

El sabor de la vida

Por, Juan Luis Ruiz Dyezma.

Juan Luis Ruiz Dyezma
Apartado de correos 236 - 28300 Aranjuez
IBSN: M-000301/2023

Dedicado,

Al verano de Mil Novecientos Sesenta y Nueve, verano que me vio nacer y al Otoño, esa estación que tanto me concede.

Y a mi abuela Antonia, de la que tanto aprendí de las plantas, de los refranes, de la naturaleza y de la vida, por los muchos ratos en su casa durante el año 1.990 mientras escribía este libro, sin saber ninguno de los dos, que ese año sería el último de su vida terrenal. ¡¡Por ti abuela!!

Prólogo

Había dado veinte vueltas al sol aquí en la Tierra cuando escribí este libro, hacía un par de años escasos que acababa de regresar de Talavera de la Reina donde cursé durante cinco años en régimen de internado mis estudios de jardinería y donde me quedó clarísimo que el día de mañana quería vivir en el campo, lo anhelaba con tal ahínco que de ahí yo creo conseguiera mi objetivo cuatro años posteriores a ello, pero que si en ese momento me lo dicen.... No hubiera dado crédito a que en un plazo tan cercano hubiera tenido ya un pequeño terrenito de tierra donde poder constituir mi vida ¡! Mi abuela siempre decía *“Comprar tierras y terrenos, que las casas no valen nada, porque si viene otra guerra y tiran un obús te quedas en la calle y nadie te la va a devolver nada ganen los que ganen, en cambio, si compras tierras aunque venga una guerra y tiren un obús, el agujero que queda sigue siendo mío.!!”* A esta frase que tanto nos repetía a los nietos y que yo le daba toda la razón, coincidía con el estilo de vida visualizado por mí. Por el amor que mi abuela profería a las plantas de las que tanto hablábamos y por todos los ratos que pasé en su casa escribiendo este libro, creo ciegamente que ella desde su dimensión me ayudó al logro de poseer un terreno donde establecer mi vida como neo-ermitaño, pues treinta años después aquí continúo solo, viviendo en el campo.

Quién nos iba a decir también, que ese año mil novecientos noventa, después de tantos ratos en su casa hablando de plantas, del campo, de las tradiciones familiares.... que no nos tomaríamos las doce uvas juntos como habíamos hecho toda mi vida.... Ella se fue.

Este libro narra la vida en el campo de una familia, en tiempo real cuando lo escribí (finales de los años ochenta, del siglo XX) donde aún sin teléfonos móviles, sin internet y sin redes sociales se vivía en mi criterio mucho mejor que ahora, donde los que se quejan del progreso y argumentan que habría que volver a la ecoagricultura, son los mismos que nos han llevado a él, y dentro de su queja nos lanzan más al abismo de ese progreso, que para mí es un retroceso tecnológico, muy tecnológico, pero retroceso no progreso.

Una familia en una pequeña granja autosuficiente, lo normal y lo propio casi toda la vida hasta que vino “el progreso”, aunque ahora sea un lujo poder ser autosuficiente en este “progreso dependiente” al que nos han conducido. Cultivando en su huerta frutas y hortalizas, criando animales sanos para su consumo, mirando el digno sacrificio de éstos como algo normal y asociado a la vida misma.

Provincia de Ávila – Enero 1.983

1

La labor de enero, no la cambies por dinero.

Por San Antón, pone hasta el capón.

En enero se huela el agua en el puchero y la vieja en su lecho.

Al empezar el año, ya crece el día un paso de gallo.

Aguas de enero, cada gota vale un dinero.

Días que pasan de enero, ajos que pierde el ajero.

Al sol sin sombrero, ni en agosto ni en enero.

En enero el carámbano en el alero.

Era quince de enero. La chimenea desprendía a todo trapo su calor en toda la cálida estancia. El fuego hipnotizaba con su danza de brincos inagotables y estáticos a la vez. La abuela, toda de negro desde que falleció su queridísimo marido hacía muchísimos años; cuya muerte fue para ella como una corona de espinas clavada en su tierno corazón; calentaba sus blancas manos sentada en una silla de enea y nogal, hecha artesanal por su difunto marido, muy cerca del gran fuego, mientras Paca, su hija, la llamaba desde la cocina

- ¡Madre!, que ya está el almuerzo

En la cocina, llena de vahos y dulces olores caseros desayunaban tortas, bizcocho, leche de vaca recién ordeñada, manquilla, miel y requesón los tres pequeñuelos de la gran prole de Paca que sumaba once partos, seis de hembras y cinco varones, los pequeños vorazmente y con gusto comían los bizcochos untados en requesón o mantequilla con miel y bebían a sorbos la leche. La abuela entró en la cocina, los chiquitines la saludaron - ¡Hola abuela!

- Buenos días nos de Dios. ¡Paca! ¿Y mi tazón.?

- Ahí, ¿no le ves.? – señaló Paca a la rustica mesa de nogal hecha también por su padre, vestida con un mantel de cuadros rojos y blancos.

- ¿Este.? – preguntó extrañada la abuela - si este no es el mío, yo quiero el de las florecillas
- ¡Es que está sucio madre!
- Da igual, ¿Dónde está.? Que yo lo lavo...
- ¡¡En el pilón ¡! – respondió Paca que ya a las ocho de la mañana preparaba el apaño del cocido para la comida de hoy, con su morcilla, su tocino, su gallina cuanto más vieja mejor, su chorizo, su hierbabuena, su penca de apio y su tomate entero y por supuesto los garbanzos que había mantenido en agua toda la noche, un poco de repollo, un hueso y una buena punta de jamón, como se hacen los cocidos en el campo al calor de la leña y en puchero de barro.

Sergio, Ernesto y Susana, besaban a su abuela antes de marcharse al colegio, mientras ella terminaba de dar los últimos sorbetones a mella abierta a su tazón de florecillas, lleno de leche con mojonos de pan. - ¡Tened cuidado ángeles míos!

Los niños como tres muelles saltisbanquis con sus cartapacios a cuestras, se perdieron como todos los días por el camino custodiado en sus ribazos por chopos itálica, desnudos ahora por el invierno, hasta desaparecer a la vista de su abuela como pulgas saltarinas.

Como todos los días en lo que constituía su bella rutina diaria, la abuela y Paca se quedaban solas en aquella pequeña granja, injertada en medio del campo, mal digo solas pues estaban bien acompañadas y protegidas por la jauría familiar que contaba con seis perros de diferentes razas, cruces y edades pero que todos defendían por igual, a garras y dientes afilados como cuchillos a aquellas dos mujeres, solas en medio de aquél valle de prados y verde terciopelo vivo forrado de bosques de frondosas y coníferas.

- Pitas pitas pitas...- llamaba la abuela a sus gallinas mientras les echaba el trigo a puñados de una espuerta de esparto que había cogido del granero. Las gallinas, revolucionadas y como locas, lo engullían rápidamente picándolo en el suelo al ritmo de pitas, pitas, pitas, alrededor de las faldas de la abuela, justo en este momento le llamó su hija – madre, sal del gallinero y ayúdame –
- Pero Paca hija, que tengo que coger los “*guevos entavía*”
- Déjalo para luego, haz el favor de venir
- Voy, voy – avisaba la abuela de lo que iba haciendo – ya voy que estoy cerrando el gallinero – mientras se dirigía a donde le había llamado su hija.

Paca estaba en un segundo corral al gallinero donde criaban patos, ocas y algún pavo.

- Ayúdame a coger un pavo ¡!
- ¿A un pavo.? – preguntó la abuela
- Sí, a un pavo, macho, a las pavas las dejamos...

Escogida la víctima, Paca y la abuela le comenzaron a acechar poco a poco, muy despacito hacia el pavo, el pavo que parecía intuir lo que le venía encima intentó burlarse de la anciana abuela y de Paca, pasando rápidamente entre medias de ambas, pero la abuela y su hija, del campo de toda la vida como suele decirse, le cerraron el paso en un santiamén, como si ellas ya supieran por donde les intentaría burlar el pertrechado animal. Y es que claro, ya habían cogido muchísimos pavos y en el mismo corral....

- ¡¡Ven aquí *jodío*!! Le gritó la abuela mientras le levantaba en vilo del pescuezo y Paca le ataba fuertemente las patas, mientras el pobre pavo aleteaba bruscamente y armaba un escándalo atroz como si le estuvieran matando ya.

Una vez bien atado de alas y patas, Paca le agarro de ellas y le condujo fuera del corral.

– bueno, voy *pal* gallinero otra vez...

- Espera madre, que ahora viene lo mejor y me tienes que ayudar...
- Que le vas a emborrachar ¿no.?
- Sí, venga, ábrele el pico

La abuela con sus blancas manos abrió el pico del atarantado pavo, que no paraba de moverse mientras Paca un poco nerviosa ya le había clavado el pistero al animal hasta sus mismísimas entrañas y vaciaba el brandi en él.

- Ala, ya se ha *chupao* un litro entero ¡! ¿Le vas a dar más.?
- Sí, ahora dentro de un rato un poquito más, tú crees que se caerá con medio litro más...
- Sí, ya lo creo hija, ¡¡ ya lo creo que cae ¡!

Así, después de haberle embutido litro y medio de brandi al pavo le dejaron maniatado bajo el comienzo de los efectos del alcohol que le llevarían a su primera y última dulcísima borrachera, causándole una feliz muerte por coma etílico.

- Bueno me voy que hoy cojo los *guevos* no sé ni a qué hora ¡!
- Anda, anda ¡!Cansina¡! Y ten cuidado no te escurras, que menuda helada ha caído hoy...

La abuela renqueando y casi corriendo como su agilidad le permitía se perdió en aquel laberinto de corrales, pajares, establos, graneros y heniles, que formaban la parte trasera de esta casa labriega donde vivían. Mientras Paca hacía las camas de los más pequeños en el segundo piso.

El pavo, olisqueado por los seis curiosos perros, ahogaba sus grados de más pegándose cabezazos contra el suelo. El sol, tímido, como luce el sol de enero por las mañanas casi blanco, salió para ir derritiendo la plata cristalizada que bañaba al prado, a los pinos, al acebo cercano a casa, a los blancos y suaves troncos de los chopos, a las hayas y a los fresnos. En el espejo plateado del prado el sol reflejaba su luz blanca creando tal luminosidad que cegaba los ojos y la vista más aguda. Pero pronto, la plata se comenzó a evaporar y a desaparecer como un sueño en forma de un vaho espeso que como una neblina invadió todo dejándolo sumergido en una nube de humedad malísima para el

reuma de la abuela, la cual ya había terminado su jornada matutina después de coger sus dichosos huevos y echar el grano a sus gallinas, patos y pavos, conejos y cerdos.

- ¡Paca hija!! Que el pavo ya ha caído ¡!
- Hay que pelarlo madre, pero eso ya esta tarde o esta noche que algún chico lo pele, ahora ayúdame a poner la mesa, que ya estarán al venir....

El caldo humeaba toda su sustancia. Olía a cocido madrileño. En medio de la mesa la gran sopera humeaba todo el sabor del caldo de menudillo, al lado una fuente de loza blanca recogía en ella todo el compango del cocido, otra fuente rebosaba de garbanzos y patatas, en un plato pequeño aparte había para quién quisiera cebollas, guindillas y pepinillos en vinagre. En un extremo de la mesa, al lado del tazón de florecillas de la abuela estaba la buena hogaza de crujiente pan, para bien acompañar a todo el cocido. Los perros estallaron en mil ladridos y salieron bufando hacia el conocidísimo ruido que para ellos hacía el tractor que se oía por el fondo del valle, eran Román y su padre Cándido, el hijo mayor y el marido de Paca respectivamente.

Después de asearse ambos, en el rústico cuarto de baño con sus artesanales muebles de madera de nogal con olor a tomillo y las jaboneras talladas en la imputrefactable madera de ciprés, bajaron y se sentaron los dos a la mesa con Cristina, una de las hijas también solteras aún de Paca, que trabajaba en el pueblo más cercano. Cristina bajaba todas las mañanas muy temprano al amanecer al pueblo con sus hermanos Pedro y Alfonso, que al igual que ella también trabajaban allí, pero a ellos no les era posible subir a comer a casa de su madre, teniéndolo que hacer en el pueblo, Cristina por el contrario debía hacer cinco kilómetros andando desde pueblo a su casa, campo a través todos los mediodías.

Terminada la comida Cándido y Román, padre e hijo, se marcharon a continuar su arduo trabajo campesino – Paca – se dirigió su marido a ella – antes de irme decirte que mañana hay que ir a la aceituna, para que lo vayas preparando todo...

- ¿Mañana.? De acuerdo. ¿Todo el día?
- No lo sé, según se dé...pero yo creo que sí, hasta las tres de la tarde seguro, mañana quiero dejar cogidas las últimas olivas y también he avisado a los maridos de las chicas, además también vienen Alfonso y Pedro, a ver si entre los nueve yo creo acabáramos todo...¿verdad.? – preguntó en tono de consulta afirmativa a un oráculo que le daba toda su seguridad, que era su ruda esposa Paca – Claro que lo acabamos, bueno ¡¡hasta luego ¡!
- Adiós vida mía ¡!

Mientras, la abuela en el salón llamaba a su nieta a voz en grito - ¡¡Cristina.!!, ¡¡Cristina.!!, ¡¡chica.!!, ¡¡Cristina.!!

Con las manos mojadas y chorreando, remangada y con el mandil entró Cristina al destemplado salón muy airadamente - ¿Qué quieres abuela.?

- Que eches leña al fuego, mira, está casi apagado que si no luego para volverlo a encender verás tú ...
- Yo ahora no puedo salir a por leña, no ves que estoy fregando los cacharros...
- Pues díselo a tu madre, que me voy a quedar aquí mas tiesa que un ajo, ¡¡leches!!

Cristina regresó a la cocina, donde ahora el intenso aroma a café anunciaba la sobremesa. - mamá, la abuela, que dice vayas a echar leña a la chimenea, que se está apagando...

Paca salió con un serillo de esparto y cargó unos buenos tarugos de encina. El intenso frío de enero se metía hasta en la espesura más recóndita congelándolo todo, pues el sol lo único que producía era luz y muy débil.

- ¿Quieres un café calentito.? – le preguntó Paca al entrar al salón a su madre que agarrada a su negra toquilla contemplaba ensimismada como iban resurgiendo las llamas en la chimenea.
- Pero cómo voy yo a tomar café con mi tensión....
- Y leche caliente tampoco...
- Sí, leche sí, y me traes un bollito de anís o algo de mazapán si queda, *pa* que no me entre la leche sola, porque habrá que acabarlos, qué ojo lo que están rodando...

Por fin, tenían un rato de descanso aquellas inagotables mujeres, en aquella entrañable tertulia vespertina con café y dulces que sólo tomaba la abuela cerca del gran fuego, mientras Paca y su hija Cristina sentadas en los sofás con una pequeña mesita velador entre ambas, el reloj de cuco anunció las cuatro de la tarde, las cuatro de la tarde de un mes de enero frío como el solo. El setenta y cuatro enero que conocía la abuela.

- ¿ Comerán aquí en casa los maridos de las chicas al regreso de la aceituna.?
- Ah, pues no lo sé madre – respondió Paca – no me ha dicho nada de eso Cándido
- Yo es que también voy a ir a las olivas – dijo la abuela
- ¡Nada! Tranquila, como yo de aquí no me voy a mover me lo decís y preparo comida para todos, digo yo que se quedarán a comer, para el domingo tengo el pavo borracho, pero mañana no sé lo que haré...
- ¿Habéis matado un pavo mamá.? – preguntó Cristina
- Sí, esta mañana entre tu abuela y yo...
- ¿Emborrachado.?
- Ya lo creo, litro y medio de brandi que se ha chupado
- Ummmh... ya me estoy imaginando cómo va a estar – dijo Cristina

De pronto como el sonar de una pandereta irrumpieron los niños a voces elogiando y alabando el fin de semana que para todos comenzaba hoy viernes.

Cristina se marchaba y su madre ya estaba en el baño abriendo el grifo del agua caliente de la bañera donde había vertido un poco de sales y un puñado de hojas de romero para bañar a sus tres benjamines.

Sergio y Ernesto, fueron bañados primeramente y después Susana, la menor de toda la familia, que ya contaba con siete años.

El ocaso era ya obvio cuando apenas eran las seis de la tarde, pues el gran globo dorado hacía rato que desapareció dando paso a la helada permanente que por toda la noche reinaba junto con el frío pétreo, dejando el campo y el paisaje entre sus gélidos juegos siempre autorizados por las estrellas pero nunca por los espesos nublados que siempre que aparecían les prohibían jugar a congelar todo, con sus juegos dejaban todo brillante y plateado. Solo las torrenteras del arroyo se resistían a su juego de cristal, todo lo demás quedaba estático, inmóvil y blanco, muy blanco.

Al final de la jornada, sudorosos y cansados, regresaban muy turbiamente por el horizonte del húmedo valle Román y su padre que como dos sombras vigiladas por Selene, avanzaban hacia la casa. Esta vez, con aullidos de alegría que se elevaban hasta el negro cielo les recibieron los perros guardianes de la granja.

A las ocho de la noche, de una noche muy cerrada, los tres pequeños ya dormían en sus mullidas camas con inmensos almohadones elaborados por la abuela, de suavísimas y cálidas plumas de gansos donde los tiernos niños hundían sus sonrosadas caritas para perderse en el relajante mundo de los sueños. Su padre, agotado por la tosca jornada, descansaba también, para mañana de nuevo muy temprano; como todos los días; volver a la carga pues para él también las ocho de la noche en enero pesaban mucho.

La abuela en su dormitorio, raramente vestida de blanco con un largo camisón hasta sus tobillos, recostada en la cama sobre el almohadón en su espalda, rezaba su acostumbrado Rosario diario al acostarse ofrecido a la Virgen del Sagrado Corazón de Jesús, solo lucía una tenue y anaranjada lucecilla en su mesilla mientras miraba a las estrellas por la ventana acristalada en nueve ventanillos, la cual debía estar siempre con las contraventanas abiertas de par en par y con las cortinas descorridas pues como ella decía, así veía a la vida irse y venir un día tras otro a visitarla, aunque la que estaba de visita en la vida era ella, y qué razón tenía.

Alfonso y Pedro que también habían regresado de sus respectivos trabajos, antes de cenar, daban la segunda ración ganadera a los cerdos de la granja, a las dos vacas familiares mientras las ordeñaban con la ligera luz de una bombillita ahorcada en un triste alambre en la oscura cuadra de olor a madera, a paja, a vaca y a pesebres con heno todo mezclado en un almizcle de olores granjeros.

Román, el hijo mayor volvía totalmente de noche bajo los rigores de la helada, trayendo al aprisco las diez ovejas y las dos cabras que componían el rebaño de la familia, acompañado por los tres o cuatro perros.

Eran las seis de la mañana y como todos los días Cándido ya tenía los pies en el suelo, mientras Paca, que se había acostado más tarde que él, se revolvía gruñendo y rechinando dientes entre las sabanas del acogedor dormitorio rural de madera.

El, se afeitaba en el baño de aroma siempre a tomillo. Ella, en camisón, despeinada y en zapatillas terminaba de hacer la cama y bajaba a la cocina a preparar el almuerzo a todos los que se iban a la aceituna. Poco a poco iban bajando, primero Cándido que miraba tiernamente a su sencilla esposa, mientras ésta hervía la leche en camisón de felpa y con unas ojeras grandísimas del sueño que tenía. Más tarde bajó Román seguido de Alfonso y cuando el almuerzo estaba acabando bajó Pedro acompañado de su madrugadora abuela.

Se escucharon a los perros ladrar, al rato se oyó acercarse un coche que aparcó en la puerta – Anda Cándido sal a abrir, que deben ser tus yernos y éstos no se bajan del coche con los perros ahí...que yo me voy a vestir y pregúntales si van a comer aquí.?

No se anunciaba ni siquiera el alba cuando ya preparaban todo para partir a la faena.

- ¡¡Pedro hijo ¡! Ordeña a las vacas antes de irte, no me lo dejes a mí, cielo mío por favor – pidió su madre.
- Voy, pero no sé si me va a dar tiempo...

Pronto partieron subidos en el remolque tirado por el tractor que conducía Cándido, arriba muertos de frío iban sus cuatro yernos, sus tres hijos y su mujer que al final se cambió por la abuela, quedándose ésta última al cargo de la casa y la granja.

- ¿Van las varas.? – preguntó Cándido
- Siii, - contestaron a coro los de atrás
- ¡¡Oye!! Por fin vais a comer aquí ¿? – preguntaba a voces la abuela desde tierra
- No madre, ninguno, comerán en sus casas, ¡¡adiós madre ¡!
- Ale...andar con Dios...

En el remolque, frío como el hielo, el aire cortaba la cara acuchillando la piel de ésta. Los ojos recién despiertos, soltaban borbotones de lágrimas del frío que los contraía, derramándose éstas por la cara hasta la boca, si no se solidificaban antes en hielo pues el frío privaba de la vista y del movimiento. Era un frío doloroso. Los dedos de las manos no solo dolían sino que también escocían, al igual que los pies y los traseros de todos los que se habían sentado en el férreo remolque, que además de estar helado en cada bache del camino el golpe era tal que subía el dolor desde la curcusilla, por la espalda hasta la nuca.

Los perros jocosos e inmunes al hielo, seguían al remolque contentos desde que partió de la granja, todos excepto “Canela” una vieja perra de caza que ya no estaba para estos trotes.

La abuela sola con “Canela” velaba por los sueños de los tres pequeños y de Cristina, que aún dormían cuando ahora comenzaba a despuntar la claridad del alba. La abuela con su bata y encima su mandil ya andorreaba por el gallinero con su manía por coger los huevos temprano para que no los picaran las gallinas. Después de dar el sustento matinal a los ganados menores, de los que ella se ocupaba, pasó a la casa y comenzó a preparar la comida como en sus mejores tiempos, cuando ella era el ama de casa y su hija Paca aún no se había casado, pero de esto hacía muchísimo tiempo.

En la olla de barro cocían las judías, con las morcillas deshechas y el chorizo troceado, las berzas, el magro, el tocino y una pizca de pimentón. Al unísono que el reloj de cuco daba las once de la mañana, Cristina bajaba en pijama de su alcoba.

- ¿Ya bajas.? Buenos días nos dé Dios...
- Buenos días abuela
- A buenas horas te levantas, *“La madrugada del pellejero, que le daba el sol en los cojones y decía que era un lucero”* ¡¡Hay que ver ¡!
- Abuela para un día que puedo dormir... ¿Qué tal día hace.? – preguntó Cristina somnolienta
- Hace sol, pero ha caído una helada de narices...y tus padres en la aceituna, con este frío...no se me va de la cabeza. Anda cielo ves a por leña que yo no puedo, para que cuando bajen tus hermanos que esté este salón caldeado... ¡¡porque está tibio ¡!! Pero ponte una bata o un abrigo para salir ahí fuera... Que mientras te preparo el desayuno.

En la planta superior de la casa, ya se escuchaban las risas y chillidos de los más pequeños jugando que pronto bajaron a la cocina en busca de su desayuno.

Cristina hoy se ocupaba de las labores domésticas, la abuela volvía de abrir el redil a las ovejas y las dos cabras, para que ellas solas como todas las mañanas marchasen al prado. Los niños a estas horas salían de casa a jugar por el campo, pero su abuela les paró pronto los pies.

- Ale.!! *Pa’dentro*
- Que no abuela, ¡Jo!
- ¡Venga! Que aquí hace mucho frío, ¡¡Venga he dicho!! Que he encendido aposta la chimenea para que esté calentito el salón y estéis ahí jugando
- Es que queremos jugar fuera
- Dentro, dentro, a jugar dentro...

Así, a trancas y barrancas entraron los tres rezagados niños, respaldados por la abuela que no se fiaba un pelo de ellos, a jugar al gran salón caldeado en paralelo por la gran fogata de la chimenea y la gran luz del sol que entraba por los ventanales de cristal cual un invernadero.

El remolque rebosante de aceitunas morunas, negras y brillantes como el petróleo descansaba ya en la puerta.

Paca agotada, arriñonada, entumecida por los dolores de pies y manos, que dejaban ver sus rojeces, entre padrastrros y alguna uña tronchada, descansaba un poco en la cama. Su marido aún fuera, pelaba al pavo para mañana ahora que ya los grados volvían a descender y la helada volvía a entrar en escena, pues la ausencia del sol a las cinco de la tarde le autorizaba a ello. Cristina se marchaba con su prometido, Germán, que había subido desde el pueblo a recogerla. Los chicos, Román, Pedro y Alfonso, ya hacía rato que se bajaron también al pueblo pues para algo era sábado y a su juventud le sobraba energía para ello.

En cambio los niños, estaban ya pestosos e insoportables dando el tostón a su abuela, que toda pacienzuda, con el temperamento de una madre más que de una abuela les aguantaba como Dios le daba a entender.

- Os voy a poner la merienda, a ver si así os calláis ya, ¿eh?
- Yo quiero chocolate – pidió caprichosamente Susana
- Tú quieres lo que haya para todos y se acabó.
- ¡no! ¡JÓ! Yo quiero chocolate ¡! – se quejaba
- Un poco de pólvora con pan te voy a dar, a ver si así explotas, ¿quieres bonita ?
- ¡Que noooo! Chocolate, chocolate, chocolate, chocolatechocolatechocolate!!
- Tú lo que eres es tonta perdida y eso te lo curo yo rápido ¿Quieres chope.?
- La tonta eres tú y sorda, qui-e-ro-cho-co-la-te.!!
- Pues ala,!! Zumbando, que es gerundio, para ti no hay nada, te comes un codo...

A Susana le duró el berrinche del chocolate cuatro horas más hasta que se acostó.

Al día siguiente a eso de las diez y media de la mañana, cuando el borrador del sol ya había hecho desaparecer todos los restos de la blanca helada caída por la noche, llegaron a casa Cecilia; la segunda de las hijas de Paca; con su marido Agustín con sus pequeños David y Celia que cumplía hoy sus tres meses de vida.

El valle cantaba su eterna soledad. El trigo chiquitito y enjuto, muy verde, decía incansablemente adiós al viento que lo hacía agitarse a ras de tierra y él, con sus bracitos verdes no paraba de despedirse. Las ramas de los árboles cortaban al indómito viento en un chasquido como el del látigo más afilado, chillando y silbando. Dentro en el gran salón comedor de la casa comían todos pavo al brandi.

- ¡¡ qué bueno está mamá ¡! – agradecía Cecilia con la boca casi llena.
- Como que este pavo, en vez de sangre, cuando murió era todo brandi lo que tenía... por cierto, tú, lo que te vas a tomar ahora después, es un buen vaso de leche de aquí de casa, con un par de yemas de esos huevos que cría tu abuela, y una pizca de vainilla, para que esta criatura tenga buen alimento
- Está hecha una bendición.- adulaba la abuela mirando a la pequeña Celia

Paca continuaba aconsejando a su hija, - y dale el pecho todo el tiempo que puedas, yo hasta los siete u ocho meses como mínimo os lo daba a todos vosotros, claro complementado con papillas según ibais creciendo y así me habéis salido todos...

El viento que soplabla y soplabla y no paraba de soplar, trajo para San Timoteo, por las montañas del fondo del valle todo el horizonte cargado de nubarrones pesados, grises morunos, que proclamaban lluvias al igual que el reuma de la abuela.

- ¡Ay cómo empiece a llover y los ajos que están sin poner.! Ya nos quedamos sin ellos.!! Porque no los vas a poner ya en febrero... - se quejaba la abuela a su hija
- Pues esta tarde madre, que no se baje Román para las tierras y entre él y yo los plantamos en el huerto, que ahora está la tierra muy bien
- Ah, pues así que aproveche si se queda aquí y que limpie la cuadra de las vacas y que eche el estiércol al huerto que va muy bien...
- ¡anda madre, anda! Qué va ir bien, a los ajos cuando hayan nacido cenizas, pero hasta entonces nada, y menos estiércol... parece mentira...
- Es que hay que limpiar la cuadra Paca que está hasta arriba de estiércol
- ¡iya!! La cuadra y la pocilga que para el mes que vienen paren las guarras y también el redil de las ovejas que como ahora en invierno se les saca muy tarde al campo y se las encierra muy pronto no te imaginas el tomo de sirle que hay... Y del gallinero, ¿Qué me dices del gallinero.? Hay tanto que hacer y solo estamos tú y yo para todo y por las tardes Cristina....pero claro tú me dirás.... No podemos con todo.
- Claro, llevas razón hija mía, van siendo mayores, se van casando y aquí cada vez va quedando más trabajo pendiente por hacer....

Con sus manos menudas de mujer de campo, de administradora, de cocinera, de madre, de labriega y con el azadón entre ellas, removía entrecavando la pesadísima tierra arcillosa que parecía plomo, donde se quedaba pegado el azadón y no había quién lo despegase, pero ella, ahí, afanosa, continuaba despacito, pasito a pasito, cavando el surco, mientras Cristina iba haciendo hoyitos a un marco de plantación de diez centímetros e iba depositando en ellos los dientes de ajo de uno en uno, que la abuela llevaba en un mandilón al unísono que avisaba de que pronto también había que podar los frutales...

- Anda por favor abuela, no atosigues que solo hablas de trabajo... no hemos terminado una cosa y ya estas con otra – se quejó Cristina

Fue terminar de realizar la plantación de ajos en el huerto cuando el cielo se enmarañó y la poca luz que el atardecer de enero emanaba terminó por oscurecerse del todo. El viento seguía soplando y de pronto, cayó una cristalina y diminuta gotita de agua arrastrada por aquél vendaval, que unida a muchas gotitas más que vinieron después formaron entre todas un buen aguacero.

- Mira lo bien que les va a venir este riego a los ajos, dentro de quince días ó antes ya están fuera – explicaba la abuela tan contenta por la lluvia en el salón.

Aquella lluviosa noche invernal resultaba acogedora, los críos jugaban como siempre formando esa típica algarabía infantil, la sufrida abuela ahora se calentaba en la chimenea. Pedro conversaba con su padre sentados cómodamente en los sofás y Alfonso contemplaba la lluvia nocturna tras el cristal mientras ésta salpicaba la ventana partiéndose cada fina gota en otras mil cuando chocaba con el cristal. En la cocina, la inagotable Paca y su hija Cristina hacían la cena para acostarse pronto todos. La trabajadora abuela que no hablaba de otra cosa, como bien le drecriminaba Cristina, le explicaba a Cándido; su yerno; - este año tienes muy descuidado el huerto Cándido...

- Ya, ya lo sé, a ver si para la primavera lo arreglo un poco
- ¿Para la primavera.? Y lo que no se planta en la primavera...que si no planto los ajos yo esta tarde con Cristina, no hay ajos....

La sopa de verdura, con su zanahoria en finísimas rodajillas, su nabos, su repollo, su berzas, su apio y no sé cuántas verduras más todas muy picaditas, humeaba en los platos donde todos cenaban con apetito, como se desayuna, almuerza y cena siempre en el campo, con mucho apetito, voraz apetito.

- Ha *faltao* que le echas un ajo Paca, hija mía
- Esta sopa no lleva ajos madre
- No lleva no ya lo veo, porque no se le echas tú, qué sabrás tú.... Un ajo, si hija un ajo, y unos picones de pan frito untaos también en ajo...
- ¡¡Faltaría más ¡! Y si me tengo que poner hacer eso os tomáis la cena para el almuerzo de mañana...

Una hora después de estas conversaciones en la cocina y de haber cenado, ya estaban todos recogidos en sus dormitorios. Paca y Cándido roncaban a pierna suelta. Los niños soñaban. Román y sus hermanos estaban comentando las anécdotas del día de sus respectivos trabajos. Cristina preparaba su ropa para mañana. La abuela totalmente a oscuras, pues al ser la noche negra y lluviosa por su ventana no entraba nada, ni un resplandor de luna, solo se escuchaba el repiqueteo de la lluvia en el tejado y en los cristales, ella rezaba como siempre, mil y una oraciones.

Las dos lechuzas que desde hacía años convivían con la familia granjera, habitando en el granero, volaban silenciosas y sigilosamente con sus insonorizadas e inmensas alas cerca de su granero con ganas de recogerse ya en él, anunciando el amanecer de un nuevo día.

El cielo era como una seda gris oscurecida, pues la luz del día prácticamente no había aparecido aún, estaba embotado de nubes que casi chorreaban agua anunciando más lluvias. La humilde casa en medio del profundo valle, con una pequeña lucecita que

emanaba de la ventana de la cocina se veía desde lejísimos, al igual que la cortina de humo que nacía de su chimenea. Dentro como todos los días sus moradores se deleitaban del difícil disfrute de la monotonía campestre que todos los días es igual y todos los días es distinta.

La fría brisa matinal acariciaba la parestesia en las ramas de los árboles, que por el frío invernal habían perdido su circulación de savia, sus verdes y pequeñitos pulmones y su vida. Los robles, alcornoques, acacias, hayas y fresnos se alzaban secos y retorcidos amenazando criminalmente al cielo. Mientras los pinos hacían bailar crispadamente a sus agujas verdes al son de la cortante brisa, creando un silbido grave e incesante.

- Pero Paca cómo vas a lavar hoy, pero no has visto cómo está el tiempo ...
- Si madre, si, lo he visto, pero ayer por plantar los ajos no lavé y ya no tengo más remedio

La abuela tendía la ropa una vez lavada, en las cuerdas que se extendían atadas de abedul a abedul, cerca del cristalino y ahora medio congelado arroyo, a su lado los tres perros jugueteaban como fieras salvajes.

- Cl,cl,cl,clu... ¡fuera chuchos! Venga, Chato, Lobo, Chiqui, Mora... que me vais a tirar, ¡leches!

Paca, con sus zapatones de campesina, sus medias gordas de lana para esta época, su falda de franela a cuadros grandes blancos y negros, debajo de la cual llevaba los pantalones del chándal de su hija Cristina, además de su cálida bata azul marino, guisaba sus típicas comidas caseras de campo, verdaderos manjares de la gastronomía suculenta, pues hoy, el buey cocía a fuego lento con sus cebollas, sus tomates, su tocino, sus ajos, su zanahoria, sus ciruelas pasas, su vino y su manojo de perejil, tomillo y laurel recién cortados de la mata, según la naturaleza lo criaba.

- Ya empiezan a poner más las gallinas y las nuevas del verano pasado también ha comenzado alguna a poner... en cuanto venga un poco de mejor tiempo y pueda abrir un poco el gallinero para que piquen por ahí las pobres, ya verás tú qué *guebos*....
- Anda, anda, déjate de soltarlas, que luego se van para los trigales y no hay quién las coja, que estás obsesionada con los huevos...
- Porque menudos *guebos* ¡! Anda, echa un par de ellos al estofado de buey, ya verás ¡!
- Deja, ¡! Por Dios ¡! Madre

Después de la revitalizante comida, de pronto comenzaron a caer ráfagas de agua cada vez más seguidas hasta que quedó instaurada una lluvia fuertemente torrencial en cuestión de segundos. Paca y la abuela, corrían al tendedero a rescatar la ropa de las cuerdas mientras Cristina fregaba los últimos cacharros en el pilón de la cocina.

El desquiciado y fuerte viento hacía chocar la lluvia contra los cristales produciendo tal efecto un chasquido incesante en todas las ventanas de la casa.

- ¡¡Ay!! ¡! y las ovejas en el prado!! Si en este tiempo no hay que sacarlas
- Qué más da abuela, si no van a coger la gripe

Los niños desde donde les dejaba el autobús hasta la casa, llegaron chorreando agua como tres sopas. La abuela les secaba el pelo con esas toallas gordas y esponjosas tan suaves para los niños, mientras ella se quejaba de que nadie hubiera bajado a por ellos con un paraguas hasta la parada del autobús.

Pronto también regresó Cándido y Román traídos por la lluvia temporal.

- No hemos podido hacer nada en toda la tarde, ha sido llegar y comenzar a llover
- Y os habréis metido en la covacha, ¿No.?
- Claro, allí hemos estado hasta ahora que ha amainado un poco...

Cristina y Paca en su oficina de trabajo, la cocina, preparaban un buen bizcocho. Cándido fuera en la cuadra, ordeñaba a las dos vacas ya anocheado. Los perros ladraron anunciando la llegada del coche de Pedro y Alfonso. Ernesto y Sergio hacían sus deberes en la gran mesa de madera que llenaba el salón. La abuela como siempre al ladito de la chimenea en una butaca con la pequeña Susana sentada en sus rodillas, descansaba de sus trajines diarios.

- Abueli, ¿verdad que hay duendes.? – preguntaba la pequeña
- Sí vida mía, si, *haylos, haylos...ya lo creo que haylos ¡!*,
- Es que las niñas del colegio no me creen
- Porque las niñas del colegio son niñas de pueblo que son tontas, tú eres de campo y vives en contacto con la naturaleza y las plantas y eso es una suerte Susana. Además, en el colegio, solo os enseñan tonterías y mentiras y cosas *mu* raras que no las entiende nadie hija de mi alma, tú no hagas caso de nada de lo que te digan que es todo mentira
- ¿Ni de lo que me diga la maestra.?
- HUUUUYYY!!! Pero si esa es la más embustera, de esa la que menos.
- Pero aquí en casa, ¿hay duendes abueli.?
- ¡¡Sí!! ya lo que creo que *haylos*, hay dos ó tres de ellos, aunque a lo mejor hay más, están desde hace *muchísimos* años prenda mía, cuando yo era chica ya llevaban *muchísimos* años por aquí...
- ¿Tu les has visto.?
- ¡no corazón! Los duendes no se ven casi nunca porque son muy astutos y solo se dejan ver por almas sencillas y humildes, almas puras como ellos.
- ¿Y no sabes como son.?
- Son menuditos, visten en blanco de luz, y vuelan sin alas, saltan, brincan, se meten por las paredes... ¡¡son duendes!!
- Y los que viven aquí, ¿dónde están.?

- Pues digo yo, que como les gustan mucho los sitios tranquilos, estarán en el granero o en el pajar, a lo mejor en la cuadra, ó en henil...vete a saber entraña mía...!!
- ¿ Y no se les puede ver ni oír ni coger.?
- Oírles es lo más fácil, verles muy difícil y cogerles es imposible. Tú en el verano ¿No has oído ruidos extraños en el pajar.?
- ¡¡¡ Sí.!!!
- ¡¡ Los duendes Susana ¡! Eso son los duendes que no hacen nada más que enredar y picias y travesuras por todos sitios...
- ¿Sí.? ¿ Y qué hacen.?
- Pues tú no has visto a veces en el tendedero de la ropa que se caen prendas cuando no hace aire ni nada. Ó que te dejas tú merienda en el *emparrao* y desaparece...
- ¡¡¡ Sííí.!!!!
- O las manzanas verdes que se caen sin estar maduras...pues los duendes que las tiran...¿quién si no iban a ser.? Y la noche de San Juan, como esa noche es mágica ellos campan a sus anchas y ahí, ¡¡ esa noche sí que hacen picias.!!!
- ¿ Es mágica la noche de San Juan.? ¿Qué noche es esa.?
- Si hija, mágica como la misma luna, más mágica que las estrellas y el mismo firmamento del universo, pero eso ya te lo contaré otro día que ahora voy a ver cómo va tú madre con el bizcocho, porque estaba helada de frío y ahora me estoy abrasando viva con el fuego que ha atizado tú padre demasiado, ahora vengo, ¡vida mía.!
- ¡cuánto sabes abueli.!
- Mucho corazón, sé mucho, y sobre todo de cosas que se sienten con el alma, no de eso que os enseñan en el colegio que es todo de mucho lío y no vale para nada, solo para volver loca a la poca gente normal que hay...

La noche, el imperio de los sueños, llegó un día más al valle, desde la cama de la abuela se veía la lluvia seguir cayendo como una cortina entre ella y los prados, la montaña y los árboles, pues la cortina de agua y la oscuridad de la noche borraban el horizonte. El ruido de las gotas al caer sobre las tejas, esta noche era un tamborileo de cálida música africana tenue y lejana, que relajaba a la mente para dejarla sumida en el sueño más profundo.

El día amaneció sin color.

Frío. El cielo uniformemente blanco se confundía con una pared recién encalada. No se sabía si traería agua ó nieve pero lo que sí, es que hacía un frío penetrante hasta lo más profundo de los mismísimos huesos. – Qué pocos *güevos* hay hoy...

- ¡¡ Dios mío, qué cruz.!! Con esta mujer y sus huevos...
- Qué dices Paca...
- Nada, que ya pondrán más
- Pues sí, si ya vienen poniendo más, pero hoy no sé qué habrá pasado.... Paca, las guarras están a punto de parir para primeros de febrero y la pocilga está hasta la rodilla de mierda.
- A ver si esta vez no te equivocas prediciendo partos, porque lo único que aciertas es el mes como todo el mundo, pero nada más
- ¡¡ Te digo que para primeritos paren ¡!
- Ya veremos

Los perros como fieras carnívoras, ladrando y casi rugiendo como leones rabiosos como siempre que venía algún extraño, anunciaron la presencia de un coche por el final del serpenteante camino de chopos desnudos ahora por el frío.

- ¡Quietos.! – ordenó la abuela – Venga, al porche, ¡¡ venga he dicho ¡! –

El coche llegó y ya sin la jauría, bajo Marta, la novia de Román. – buenos días

- Buenos nos los de Dios hija mía
- ¿No vendrán los perros.? que me dan un miedo...!!
- No guapa, no, baja tranquila que de ahí no se mueven...

Marta algo más convencida pero con dudosos pasos, avanzó y besó a la abuela en sus mejillas. - ¿qué tal está usted abuela.?

- Ya me ves... mu vieja pero bien.... Pasa a casa...
- ¿ No está Román.?
- Pasa, pasa a casa, Román no está, está en las tierras. ¡Paca.!, ¡Paca.! Mira quién ha venido ¡!
- Si ya la he visto por la ventana de la cocina, ¿Qué tal estás Marta.? Cuánto tiempo hacía que no subías por aquí ¡!
- Pues sí, desde año nuevo, casi un mes
- Siéntate, siéntate – invitaba Paca
- No, si venía a buscar a Román
- Ahora subes a por él a las tierras con el coche, tomate un cafetito con leche caliente primero
- No, no gracias, si acabo de desayunar...
- Bueno, pues así te tomas otro, si ya he puesto la leche a calentar y ¡ con el frío que hace.!, toma, prueba el bizcocho que le hice anoche.
- Pero si no...
- ¡Venga.! Si está riquísimo – interrumpió la abuela.
- Ay, cómo son ustedes, bueno, venga...
- ¿ Y tus padres como están cielo.?

- Ahí van tirando que no es poco... yo venía porque me han llamado los albañiles que van a ir a la casa y quiero hablar con Román para ver al final qué hacemos con lo de la casa.....¡Hummmm...qué rico está el bizcocho..!
- Ya te lo decía yo - dijo la abuela
- ¡Ah.! claro, lo de la obra de la casa, tú no te preocupes ahora hablas con él... ¿quieres quedarte a comer.? – le invitó Paca
- No puedo, no... gracias
- Pero porqué.? Llama a tú casa y te quedas y así podéis hablar más tranquilos y después de comer os vais a hablar con los albañiles
- Es que....
- Es que nada, si con echar un pichón más a la pepitoria....¡venga llama.!
- Bueno, llamo...
- ¿Sabes dónde está la cotorra.? – le preguntó la abuela a Marta refiriéndose al teléfono.
- Si, sí

Marta después de llamar a su casa anunciando que se quedaba a comer en la granja, subió para las tierras de labor y al poco tiempo después, detrás del tractor de Cándido venían ella y Román. Cándido aparcó su tractor en el porche y Marta dejó su vehículo cerca del tendedero. No tardó tampoco mucho en llegar Cristina y la comida familiar dio comienzo.

- Qué tranquilos comen ustedes
- Pues mira, como los tres críos comen en el colegio y Pedro y Alfonso comen en el trabajo, pues en lugar de comer diez, comemos cinco y eso se nota bastante – le explicó Cándido.
- Ya lo creo que se nota, sobre todo los niños...
- A mí me lo vas a decir - suspiraba Paca – la guerra que dan
- Así que esta tarde ¿Me quedo solo.? – preguntó Cándido
- Sí, pero no te subas a las tierras, quédate aquí y limpia las pocilgas que da horror entrar allí y al mes que viene paren las guarras... y los niños llegan a media tarde.

Con el olor nauseabundo y podrido que despiden todas las pocilgas, ese ambiente cargado en humedad de orines y amoniacos, tan húmedo que hasta la ropa se pone correosa. Los ojos no paran de llorar del ácido. – ¡ cómo está esto ¡! – exclamó Cándido

- Ya os lo decía yo y no es solo esto, es toda la granja, si desde septiembre no se ha limpiado nada...
- Bueno abuela, no me de usted esos ánimos, ya lo iremos haciendo, hoy al menos voy a ver si puedo terminar esto.
- Cándido hijo, no te enfades si es que te aviso con mi más buena fe, de cómo está todo lo demás...

Cándido, hombre pacífico y bonachón donde los haya, pedía a Dios paciencia para poder soportar a su suegra ó que la Virgen callara a la abuela mientras él trabajaba y removía toda la mierda de los puercos echándola a la carretilla, mientras por su frente se condensaban los orines de las bestias en forma de vapores ácidos, pero aún así tenía que continuar escuchándola porque ella no paraba de hablar - ...la cuadra, el redil está que da miedo,!! Bueno el redil es que tiene un tomo de mierda que llega hasta la rodilla, ahí tienes que entrar con el tractor y la pala Candido. El gallinero y el corral de los pavos, están pingos también ¡! Y los....

- Pero abuela si es que no he tenido tiempo, no siga usted
- Pues Cándido hijo, con lo que diluvió en diciembre, que no pudisteis subir a las tierras en todo el mes, podías haber aprovechado y limpiado todo, pero claro es que se me olvidó recordároslo y por eso...
- ...y por eso se nos olvidó, ¿A qué sí.? – cortó Cándido sin alterarse
- Claro, como no estáis en lo que estáis... si yo lo comprendo... - contestó la abuela en el tono más natural e ingenuo.
- ¡!Hay que ver.!! – suspiró Cándido resignadamente mientras miraba al cielo con la cabeza vuelta a su suegra.

La cochiguera se quedó limpia y ordenada, los animales hasta parecían agradecerlo sintiéndose más cómodos y tranquilos. Más apaciguados. Pero para tranquilidad la de la abuela que esa noche sabiendo que la pocilga estaba limpia descansó como nunca.

El día amaneció ligeramente nublado, pero el gran astro no llegó a lucir a pesar de la ligereza de las blancas nubes. En la zona cercada del prado pastaban las ovejas y las cabras como diez algodonosos puntitos blancos y dos negros pegados en el verde que se divisaban desde la lejanía de la casa.

La vieja perra de caza, llamada Canela, dormitaba en la parte baja ya que sus cinco compañeros de fatigas hoy se habían marchado con Cándido y Román a las tierras.

Las gallinas estaban hoy más revueltas de lo habitual cacareando y armando escándalo, los tres gallos del corral a cual más pintoresco, erguían sus rojas crestas en contraste con su plumaje de metálicos azules, dorados, plateados, púrpuras y violetas cobalto.

- ¡Paca.!, ¡Paca.! ¿Qué dirás que ha pasado.?
- Yo qué sé madre...
- ¡¡ Ha sido con una coneja ¡!
- Que se ha muerto...?

- ¡¡ Que va ¡!
- ¿No.? Pues qué le ha pasado...?
- ¡seis! Seis gazapitos que ha parido
- Pero si estaban ya amachorradas....
- Sí, pero ...ya ves, qué sorpresa... se conoce que el mes pasado cuando la eché al conejo por si acaso la cogía se debió de quedar preñada...pero como yo no la veía gorda ni nada...y hoy que estaba en el nido y había mucho pelo, miro y... ¡¡seis!! Ya la he echado otra vez al conejo y la ha vuelto a coger, ya sabes que el día que paren es el mejor para que se vuelvan a coger.
- ¿y las otras dos.?
- Esas no valen, además son más viejas todavía...
- Bueno pues qué vamos a hacer con ellas....
- Pues nada Paca, de esos seis gazapitos, nos quedamos con dos hembras y a esas dos viejas las matamos y nos las comemos con arroz...
- Muy bien madre. Échales paja al nido...
- Ya les he echado, ahora me voy al prado a ver si veo alguna lecherilla y cerrajones para que dé más leche, vamos, ¡¡vamos qué sorpresa...!!

La abuela, sabia maestra en el arte medicinal de las propiedades de las plantas buscaba por el prado las específicas hierbas (*Sonchus oleraceus*) que estimulasen las glándulas mamarias de la coneja y que diese más leche a su camada recién nacida de hoy, que entre pelusillas y paja se removían en el nido hecho por la coneja.

El remolque venía rodeado y custodiado por los perros que fatigados y con una lengua como una toalla mojada que les pesaba por la sed que traían, iban a saludar a la abuela que ahora regresaba del prado saltando por el arroyo, con un buen fardo de lecherillas y cerrajones. Los perros la olisqueaban cansinos y nerviosos, desasosegados y sedientos, se le ponían de manos e intentaban lamerla con sus salivosas lenguazas al igual que le lamían y chupaban las zapatillas y le arañaban las medias y todo porque la abuela era su predilecta y la querían muchísimo.

- ¡Quita ¡!, ¡Fuera ¡! Venga, Chato vete, iros ya, ¡Leches.!! – y de pronto la abuela atizó una patada en el hocico al Chato que dolorido se escabulló entre chillidos y alaridos perrunos.
- ¡¡ Te amuelas.!! ¡Sobón.! Que sois *mu* pegajosos, quita Chiqui, quita que te arreo otra patada a ti...

La comida, la sobremesa y la tarde transcurrieron tranquilas hasta que a las cinco y media ó seis menos algo aparecieron los niños, a los cuales su madre ya les tenía la merienda preparada. – ¡¡Vámonos a jugar Ernesto ¡! – voceó Sergio

- Vale, venga voy, Susana, que nos vamos a jugar
- Ni hablar. De salir fuera, ¡Nada.! – paró en seco su madre

- Pero porqué mamá, ¡Jo !
- Primero porque tenéis que hacer los deberes, segundo porque anochece prontísimo y empieza a helar ya, tercero porque tenéis que merendar tranquilos y cuarto porque yo no quiero que salgáis. Ya está.
- No tenemos...deberes...
- Lo que no tenéis son ganas es de hacerlos, eso ya lo sé yo, ¡jala! Venga, sacar los libros.
- Pero déjalos Paca, que jueguen...
- ¡Tú cállate madre.! Que si por ti fuera no los llevabas ni al colegio
- *Pos* no que no, *pos* vaya un *desaperreo* todos los días *parriba* y *pabajo* que no vale *pa* a...
- Bueno, hemos callado madre. Y vosotros a los deberes – se dirigió a ellos tres Paca.

Aquella tarde dio paso a una apaciguada y suave noche invernal de cálidos violonchelos, mientras Susana a las once de la noche mientras hacía ya tiempo que todos estaban en sus camas, llamaba con sus tiernos nudillitos de niña ingenua e infantil en el dormitorio de la abuela, que desde la cama sobresaltada preguntaba...

- ¿Quién va ahí.? –
- Yo abuela, Susana – susurró la niña
- Entra cielo, ¿qué te pasa ?

Susana entró pisando de puntillas con sus blancos piecezuelos por el suelo de madera de la habitación de la abuela, iluminada por la luna cuando los nubarrones no la tapaban. – que no me puedo dormir abuelita –

- Métete conmigo en la cama cielo, ¿Por qué no te puedes dormir ?
- No lo sé, pero no puedo.... Cuéntame algo de todo lo que tú sabes...
- ¿el qué quieres que te cuente.?
- Lo que tú quieras abueli
- A ver... te doy a elegir: quieres que te cuente qué son las estrellas, ó el sol, ó la luna, ó la lluvia, ó el viento, ó la nieve ó la helada ó la cencellada....
- ¡sí eso.!! La nieve ¿Qué es la nieve.?
- La nieve, mi alma, es el manto de una mujer *mu* guapa *mu* guapa, que solo sale en invierno que es cuando hace frío y así ella no puede envejecer nunca, porque el frío conserva y todo en ella es blanco, su manto es lo que llamamos nieve, el pelo que es platino puro, todo es blanco menos sus ojos que son grises como transparentes, esta mujer es más guapa aún que la primavera, que es la dueña de la vida y que junto con su amante el otoño, los dos, con sus juegos y devaneos amorosos quitan la vida a todos los seres, entre el uno y la otra...y así llevan desde que Dios creó el mundo ó antes incluso, vete a saber ¿Susana.? ¿Cielo me escuchas ?

Susana ya dormía en el más profundo de los sueños, abarcando con sus bracitos el cuerpo de la abuela mientras su carita se recostaba sobre el pecho de la misma.

Así, entre nublados que iban y venían arrastrados por los vientos que dejaban contemplar la luna a ratos, San Juan Bosco se llevó para siempre con él como todos los años un enero más.

2

Sol en Febrero, rara vez dura un día entero.

Febrerillo el loco, tiene días veintiocho pero si bisiesto fuere, cuéntales veintinueve.

Por Santa Eulalia, pega el sol por las ombrías, y a las tres semanas por ombrías y solanas.

Febrerillo el loco que sacó a su padre al sol y después lo apedreó.

En febrero busca la sombra el perro, a últimos que no a primeros.

Por San Blas la cigüeña verás y si no la vieres mal año tuvieres.

Siempre se vio en febrero, lo contrario que en enero.

Por San Matías está marzo a cinco días, y si es bisiesto cuéntalo al sexto.

El día de Santa Inocencia amaneció con una niebla espesa como si se tratase de un vaho inmenso que envolvía a todos aquellos parajes como en un sueño. Hacía horas que había amanecido, pero hoy domingo para todos, lo aprovechaban apurando horas de sueño y cama, menos la abuela, que hacía mucho trajinaba por la granja alimentando a los animales y atendiéndoles en sus necesidades, pues los animales los domingos y los días de fiesta comen también.

Una vez dentro de casa, en la cocina, con sus tiernas manos preparaba el gran desayuno para cuando todos se levantasen, entretanto los perros de manillas por la ventana de la cocina esperaban que su compasiva ama les arrojase algún desperdicio de lo que cocinaba, pero no fue así, las puches dulces para el desayuno tenían pocos desperdicios.

La espesa niebla fue levantando ligera y subió muy alta para dejar espacio a las correrías de los vientos que salvajes y libres en la naturaleza corren y vuelan por toda la inmensidad de la tierra. Hoy no hacía frío y el ligero aire que corría era templado lo que toda la vegetación les agradecía.

La gran familia ya levantada, ahora reunida tomaban sus puches dulces como desayuno en la mesa de la cocina, algunos con verdadera gula pues estaban dulcemente deliciosas. Los niños bañaban sus deditos en ellas y pintaban sus narices con ellas.

En tanto la gimnástica abuela, cuyo ejercicio laboral y el trabajo la habían mantenido en forma muchísimos años, sentada en un taburete de madera, ordeñaba la vaca despacito, silenciosa y cuidadosamente, como se debe ordeñar. La leche, en finísimos

chorrillos casi transparentes que a ritmos alternos iban saliendo de uno y otro pezón cayendo en el cubo, elevando poco a poco la descomunal espuma láctea de la blanca leche recién ordeñada. La berrenda y pasiva vaca miraba con ojazos bonachones a la abuela rumiando pesadamente pues no tenía otra cosa que hacer, sino rumiar y dejarse ordeñar por la abuela.

El valle, estático por el fresco invernal, en su gran inmensidad de naturaleza virgen, las montañas desmesuradas como cabezas de gigantes con sus hirsutas cabelleras de pinos, abetos y otras coníferas, mezcladas también con mechas de caducifolias de diferentes especies miraban a los vientos de lentos de hoy impertérritos. Los aguazales de aquellos parajes montañosos simulaban sus venas inflamadas por el hielo. Pero ahí, en el fondo más minucioso de la tierra, comenzaba la fecundación y la gesta ya embrionaria de esta nueva primavera que de aquí a un par de meses reventaría en todo su esplendor. Aunque ahora estuviera todo reseco a la vista, pareciera muerto y devastado. Los robles eran hombres quemados por el frío que con rasgos de dolor, sufrimiento y vejez gritaban y clamaban en un mecido incesante a poderes superiores con sus deformadas manos alzadas al cielo, clemencia por las inclemencias del clima. Loas boscosas veredas que en verano desaparecían de la vista borradas por las pinceladas del óleo verde de la vegetación, ahora estaban limpias y descubiertas como rendidas a los teclados tétricos del clavicordio de la Dama Invierno, que lentamente privaba del movimiento y la vida a todo ser que escuchaba sus teclados de gélida música llevándolo a formar parte del mundo de los otros seres, los inanimados ó inertes, aunque fuera temporalmente. Esa fría dama continuaba imperturbable a todo haciendo sonar impasible sus teclados de frío celestial, seguida de nubes blancas plomizas, nieves frías, hielos, escarchas, lluvias y cencelladas...

- Mañana Cristina me bajo contigo por la mañana al pueblo cuando te vayas al trabajo, pues es la Candelaria y quiero ir a la procesión de las candelas encendidas – le explicaba la abuela
- ¿Y quién va a coger los huevos.? – se burlaba su nieta
- Pues yo, antes de irme...

El sol se iba y se venía como queriendo jugar al escondite. La naturaleza abrupta, insólita pero siempre callada, ocultando miles de seres, diminutos, pequeñitos, grandes, microscópicos, enormes... tenía ya ganas de que el gran astro desterrase a la péfida Dama Invierno que se alimentaba de la energía y la vida de todos los vegetales y muchos animales. Así, despacio el sol ese día de Santa Inocencia no apareció más, pues la luz crepuscular lo inundó todo anunciando la próxima salida de Selene que ya comenzaba a elevarse para imperar sobre sus dominios de sombras y oscuras profundidades.

Todo era oscuro aún, en aquél pueblecito a esas tempranísimas horas solo se vislumbraba dos infinitesimales hileras de puntitos luminosos que a ritmo solemne y procesionario descendían lentamente desde la iglesia de la plaza de los Seis caños, a la ermita de Nuestra Señora de las Candelas.

Todas las personas, en su mayoría viudas enlutadas desde hace años y lustros, caminaban con su gran candela encendida, algunas iban descalzas por el tortuoso y frío camino de gravillas y pedrusquitas polimétricas. La abuela entre todas ellas, muerta de frío agradecía las gotas de cera hirviendo y derretida que le caían entre sus dedos.

Paso a paso, poco a poco, pie tras pie, iba avanzando la procesión y el amanecer de aquél día. Todo era una reverberación de gregoriano lejano en honor a la Virgen. Al final de ese lentísimo caminar tan característico de todas las procesiones, llegaron por fin todas ellas como una hilera de negras hormigas que iban desapareciendo al ir entrando en la ermita, donde pasaban a oír la Santa Misa de las candelas encendidas. Aquella consagrada ermita olía más a iglesia que en ninguna otra iglesia del mundo, el incienso, la humedad, el humo, el olor a cera derretida, de clavel, de madera antigua, toda aquella promiscuidad de olores místicos envueltos en la penumbra entre muros y vidrieras inundaban a la mente en pensamientos de oscuros sacrificios, cuando ahora ya fuera el alba había despuntado por completo.

A la salida de misa en aquél plumizo, ventoso y grisáceo día la abuela saludaba y era saludada por sus paisanas y comadres

- ¡¡ Pero qué tal Zenona, ¡! No se te ve el pelo por el pueblo
- Claro, con el cubrecabezas cómo se me va a ver ni por el pueblo ni por el campo...
- Anda, no se haga la tonta, quiero decir qué cuánto tiempo hacía que no bajaba por el pueblo...
- Pues desde el bautizo de la chica de mi nieta en noviembre, es que me da mucha pereza bajar desde el valle hasta aquí, no bajé ni para Navidades, pero hoy he dicho voy a ir, que para eso es la Candelaria, que, por cierto, no ha implorado...
- Pues no que no Zenona, mira qué día... con suerte llueve pero no más...
- Hace muchos años que ya no se cumple el refrán...
- Cierto, ese que dice “Si la Candelaria implora el invierno fora, pero si no implora ni dentro ni fora” vamos que sigue el invierno su curso, ya no me acuerdo ni cuando fue el último año que se cumplió ¡!
- Pues yo me acuerdo que antes, hace muchos años, imploraba casi todos, mira este día tal que hoy: helaba, llovía, granizaba, nevaba, hacía sol, viento y yo qué cuántas cosas más... pero ahora ¿? Nada... - explicaba la abuela
- ¿ Se sube usted andando ?– le preguntó otra comadre
- No hija no, hoy me quedo aquí en el pueblo a comer en casa de mi nieta

- ¿ La mayor.?
- Sí la mayor, y esta tarde me subo con Pedro y Alfonso cuando acaben de trabajar y así yo hoy me lo paso descansando...
- Pues le vendrá bien, que se meterá usted buenas palizas de trabajar allí en el campo...
- Pues mira desde las seis ó seis y media que me levanto todos los días, que si con los animales *parriba* y *pabajo*, con el huerto, la casa, mi Paca y yo no podemos con todo...
- Esa ayuda que tiene *la Paca*, ¡¡ si no fuera por usted no sé yo ¡! Ella sola sí que no podía con *to* aquello ¡!
- Huy ya lo creo que no ¡! Con que somos las dos y no podemos, claro los nietos se van casando....
- ¿Cuántos nietos tiene ya casados.?
- ¡! Cuatro ¡! Las tres mayores y *la Luciana*
- ¿Cuatro chicas ?
- Sí,
- Pues entonces sí que lo habrán notado mucho
- Sí, sí que si se nota, ya lo creo ¡! Pero bien ¡!
- Y *la Luciana* no es la cuarta.?
- No, es la quinta, antes de ella nació Román
- Ah ¡! El que sale de novio con la hija del alcalde.?
- Ese, ese...
- Ya se casarán pronto, ¿no?
- Pues sí, *pal* verano quieren, o *pa* después, según...

Poco a poco en la larga caminata desde la ermita de regreso al pueblo, éste ya comenzaba a verse, la abuela continuaba con sus comadres las típicas conversaciones femenino-rurales-octogenarias

- Y luego, quién os queda solteros, la Cristina, Alfonso....
- Sí, eso dos más Pedro y los tres críos
- Ah pero hay otros tres pequeños ¡! Válgame Dios ¡! Pero los mayores ya tendrán novios...
- Sí, la Cristina va con el hijo del tío Botijo, Germán se llama, ya llevan tres años y pico...
- ¡Ah! si, que es el pequeño del tío Botijo, ¿no.?
- Sí. Y Alfonso va con la Rosa, la hija de Moñigo y la Domadora
- ¡Anda que... se prepare ¡!
- No, la chica es distinta a esa fiera de madre...
- Espero, porque... ¡¡ ojo qué genio ¡!
- Y luego *el* Pedro, que ese por ahora no va con nadie...
- *Pos* qué edad tiene

- Diecisiete, uno menos que Alfonso, así que...
- El día menos pensado se os casan todos
- Hija ya lo sé, es ley de vida...
- Y los pequeños ¿qué tiempo tienen.?
- Sergio tiene diez, Ernesto ocho y la pequeña siete
- Bueno, pero ya van estando criaditos, lo peor ya está pasado que es cuando se *agostizan*
- Pues sí ¡! Calla ¡! Calla ¡!
- Por cierto, ¿Quiere usted boniatos Zenona.?
- Ah pues si me das me los llevo sí, nos gustan mucho al horno
- Pues esta tarde antes de subirse al campo, que la pase usted por mi casa su nieto y se lleva un saco
- Sí hija, muchas gracias, qué alegría, ¡con lo que nos gustan ¡!
- Ale, entonces hasta luego Zenona, que yo tiro por esta senda... - explicó la comadre
- Vale, tenga usted *cuidao* Nicasia, hasta luego
- ¿Sabe donde vivo, no.?
- A no ser que se haya *cambiao* usted...
- No, no, donde siempre en la cuesta los cigarrales....
- Ya ya ya
- Ale, ande con Dios
- Y usted también hija

- Ayer me dio recuerdos para ti *la* Fulgen, Paca – explicaba la abuela
- ¿Viste a *la* Fulgencia.?
- Sí, si ayer vi a *tol* pueblo hija mía

Paca tendía unas impecables sábanas blancas que eran bruscamente mecidas por el vendaval que azotaba. Desde el arroyo donde lavaban al tendedero la abuela se las iba dando a Paca de un barreño amplio de zinc, que descansaba en el suelo con toda la blanca colada.

Las melenas de los sauces llorones, pendulaban sobre el arroyo mientras el viento las castigaba zarandeándolas por los aires sacudiendo el sofisticado moño de la abuela.

- ¡Ay Paca! Cómo están los conejitos, una semana pero parece que tienen dos, una delicia el verlos, esos ya no se mueren...

Según estaban tendiendo, tuvieron que retirar toda la ropa del tendal pues los nubarrones azul cobalto y negros marengo que sobrevolaban la granja traídos por los fuertes vientos comenzaron a descargar agua de pronto.

Los nublados del cielo privaban de toda luminosidad celeste y en la cocina en medio de aquella penumbra matinal se asaban chorreando su dulcísima melaza, unos cuantos boniatos. Paca preparaba el menú para hoy y la abuela no hablaba de otra cosa que no fuesen los quehaceres granjeros, hortícolas ó domésticos.

- Hay que decirle a Cándido que siembre los garbanzos y los guisantes
- Si ya lo sabe madre...
- Qué leches lo va a saber, si no ha *preparao* ni las simientes
- Porque no tiene tiempo
- Y hay que podar, que lo llevo diciendo un mes, y limpiar la cuadra, el redil el gallinero y el corral de al lado

Paca suspiraba y suplicaba mentalmente paciencia a poderes omnipotentes.

- Y digo yo... *pa* qué compramos esas dos cabras que ya tienen un año y no se han cubierto
- No las compramos madre, nos las regalaron
- Lo mismo me da, *pa* que queremos dos cabras sin un chivo... hay que cubrirlas y si no las vendemos que las cabras traen mucho las fiebres de malta que son malísimas y crónicas hasta que te mueres...
- Pues ya me dirás tú a mí madre, cómo las vamos a cubrir...
- Pues que pida Cándido un chivo *prestao* para que las cubra y ya nacerá algún macho para quedarnos nosotros, porque ya me dirás tú que pintan dos chivas más solas que la una... ¿?
- Dilo otra vez....

Los narcisos, heraldos de la primavera brotaban detrás de los sauces que había atravesando el fresco arroyo, anunciando que pronto descubrirían sus campanas amarillas.

Los palomos en lo alto del palomar que se situaba encima de lo que era el pajar y el granero hacían su rueda amorosa a la frágil paloma que querían cortejar. En febrero los días ya son más largos y este fotoperiodo creciente es el indicador excepcional para las aves que sintiendo esto, saben que la palpitante primavera que vive en el corazón de todos los inviernos comienza a dejar sentir sus tenues palpitaciones.

Los gorriones y gorrionas locos de contentos tampoco se sabía muy bien porqué, revoloteaban persiguiéndose unos a otros por las inmediaciones del arroyo de cristal donde ahora un grupito de ellos chapoteaban en el agua de una orilla.

Los seis perros de la granja todos tumbados en el granero miraban tristemente cómo caía la lluvia de esa mañana y en los trigales a lo lejos muy lejos, lloviendo y todo se oía el primer canto de la perdiz macho.

Una vez en la comida, la abuela como la capataza que siempre había sido y sería mientras viviese hablaba con su yerno –pues menos mal que has preparado las simientes porque... ojo....

- Si. Precisamente hoy, como esta mañana llovía y no podíamos hacer nada en las tierras he estado en la caseta preparándolas.
- *Mu rebien*, oye, porqué no pides que te deje alguien un macho cabrío para que cubra a las chivas que ya son *mu* grandes...
- Sí, a ver a quién...
- Pues a quién te las dio, anda que tiene complicación...
- Ya veremos abuela no se preocupe usted...

Cuando escampó, ya en la sobremesa vespertina, las sábanas que esperaban en un gran barreño de zinc se volvieron a tender. El valle musitaba al compás del aire, la brisa y el viento todos juntos.

Cristina se calentaba en la chimenea del salón, la abuela tomaba su infusión de hierbas para no sé qué y Paca mojaba las pastas en el café con leche. Tranquilas, como la mayoría de las sobremesas en el salón, charlaban y comentaban sus cosas esas tres mujeres pertenecientes a tres generaciones de esa gente sencilla, humilde de espíritu y cargada de bondad como solo aquella familia de campesinos lo era.

Fuera los ganados rumiaban, descansaban y pacían, las gallinas picaban el trigo y las palomas revoloteaban con sigilo al lado de los sabuesos. El crepúsculo caía cada día un poquito más tarde, hoy sobre las siete de la tarde ya avisaba que venía la noche.

Susana amamantaba a dos gatitos siameses que le habían dado en el colegio sentada en el sofá, ayudada por su humilde y compasiva abuela. En cambio su madre se quejaba a veces - ¡¡Susana!! Porqué leches tienes que traerte aquí los gatos esos... ¿eh.? ¿Por qué.?

- Porque me los han dado mami y son riquísimos
- Es que no había otra más tonta en todo el colegio, pues si te vas a traer todo lo que te den... cuántas veces he dicho que no quiero más bichos, ¡¡Cuántas!! Pero tú te crees que no tenemos bastante con las vacas, las ovejas, las cabras, los cerdos, las gallinas, los conejos, los pavos, las ocas, los patos y ahora ¡¡Toma!! ¡¡Dos gatos ¡! Eso, sin contar con los seis perros, que con un perro tendríamos bastante, menos mal que los perros te los van a matar a esos dos gatos en cuanto te descuides ¡!
- A ver Paca – la abuela salió en defensa de su nieta – precisamente por eso porque como ya tenemos tantos, por estas dos monerías mas, ni te enteras

Paca bufaba y rabiaba echando chispas. – Tú cállate madre, cállate ¡! Porque esas dos monerías cagan y mean y huele que corrompe y además comen ¡! Y ahora son dos, pero en un par de años ¡¡ tenemos cien ¡!!

- Qué cosas dices hija, así cazan ratones...
- ¿Ratones? ¿Has dicho ratones? Pero si aquí no he visto yo ni un ratón desde que las lechuzas anidaron en el granero hace ya diez ó doce años...
- ¡Ahí ¿No hay ratones?
- ¡¡NO!! No hay ratones, ¡¡ni uno.!! Y lo sabes. Además esos gatos no son útiles en una granja, son de adorno. Mañana los tiras al arroyo en un cesto como a Moisés, y no hay más que hablar.
- Pero qué burra eres Paca.

Esas fueron sus últimas palabras al respecto “¡Y no hay más que hablar!”, y así fue, no se habló más, pero aquellos dos peluches de ojos azules de cristal, allí se quedaron.

Unas suaves y sonrosadas plumillas de flamenco en el cielo describían precisamente por dónde iba a salir el sol en unos minutos, aunque luego no se le viese porque el cielo estaba confuso, nubes rosas, nubes blancas, grises, azules plomo, era un variadísimo cuadro al óleo. La temperatura era agradable, hoy por fin el viento había dejado de gemir y el frío había dado un descanso febreril.

En su libro de registro animal, ni se sabía a cuántos animales había criado ella, con su instinto maternal, naturalista y montañés, pues con sus delicadas y vividas manitas la abuela daba de mamar a los dos siameses ya que la pobre Susana estaba en el colegio y no los podía atender en gran parte del día.

- ¡¡No los puedo ni ver.!! Pero madre no te das cuenta que esto no es un zoo. Eres tú peor que la chica...
- Anda... ¿No es un zoo esto.?
- ¡mira.!, ¡mira!, ¡mira! no me digas esas tonterías que no me gustan nada ¡!
- Bueno bueno, me voy a coger los *guebos*...
- Anda sí, vete, a ver si se mueren estos dos gatos

Los suspiros de Paca eran bramidos que retumbaban en el valle entero.

- Menudo paso van a llevar estos dos asquerosos – hablaba sola ofuscada en la cocina - ¡Lo que nos faltaba.! Ahora que viene el buen tiempo y comienzan a parir todos los animales ¡toma! Dos gatos por si hay poco que hacer, con lo que nos viene encima ¡!
- Mira Paca mira – la abuela entró en la cocina – ¡¡mira qué *guebos* ¡!

- Anda la de los huevos, que la vamos a tener que enterrar en el gallinero... con ¡¡la leche los huevos ¡!
- Pues mira no me importaría reposar entre las gallinas, mejor que en el camposanto con esos cipreses y todo lleno de muertos....

La abuela paseaba por el camino que conducía a las tierras de labranza, solitaria, recordando quizá en alguna de sus mil historias vividas en la vida, su vida.

Con sus zapatos de tacón cuadrado y chatos, toda de negro, con su gran faldón y su mandil encima, enlutada de pies a cubrecabezas, con las manos unidas descansando en sus riñones, meditaba el tiempo que le podía durar a su hija el enfado por los gatos, suspirando el aire fresco y puro del valle, miraba con sus vivos ojitos color miel al horizonte, donde el valle cercado por las montañas boscosas que se unían al cielo le hablaba y le decía : - Zenona, qué feliz eres, reconócelo, con tú hija, tus nietos, tus animales, tu valle, tus montañas, tu bosque, tu huerto, tus prados, tus madrugones, tu salud de hierro, tu amor por la vida, tu sencillez y tu sabiduría espiritual. Tú.

Allí, por el fondo del camino regresaban Cándido y Román, que desde la distancia sus siluetas se iban dibujando cada vez más nítidamente poco a poco...

- ¡Abuela.! Suba usted al remolque ¡
- Quita, quita si no puedo...
- ¡¡Venga.!!
- Huy hijo, ¡¡ pues venga ¡! Pero ayúdame Román corazón

Y la abuela como en sus mejores tiempos se subió al remolque ayudada por su nieto echando todo su coraje y sus fuerzas.....- ¡¡¡Aaaaarribaaa!!! – se animó ella sola a la par que subía.

- Agárrate a un lateral abuela no sea que te caigas
- Ya,ya, hacía *muchísimo* que no montaba pero eso no se me ha *olvidao* hijo

De pie, en la parte delantera del remolque, cortando al aire con su rostro, con un brazo apoyado para no caerse y el otro puesto en jarras sobre la cadera, la abuela volvía a su típica postura gallarda que había lucido durante años subida en el remolque, cuando era una mujerona de armas tomar.

- Abuela esta tarde van a traer una sorpresa
- ¿Una sorpresa? Y ¿pa quién.?
- Pues para usted y para las cabras, para las dos
- ¿¿Sí.?? ¡¡¡van a traer un chivo.!!!
- Sí, el pastor. Nos le va a dejar dos semanas a ver qué pasa...
- Pues qué va a pasar...je,je,je – se reía picaronamente la abuela

Después de comer Cándido, Román, Paca, la abuela y Cristina sembraron entre todos en el huerto habas y guisantes y a eso de media tarde se presentó el pastor con el macho cabrío que las desesperadas cabras agradecieron con locura caprina, saltando, retozando y brincando por el verde prado.

Al paso que iba anocheciendo iba bajando con la noche la espesa niebla que se había formado. Los canes aullaban. Las desratizadoras lechuzas puesto el sol, comenzaban a salir en busca de su alimento. En la oscura cuadra, Cándido ordeñaba a las dos vacas y las echaba heno fresco y un poco de buen pienso.

Los niños a trancas y barrancas estudiaban y la protegida de Susana amamantaba a sus dos ahijados siameses, bautizados por ella: Chín y Chón.

Aquella pequeña granja familiar, amenazada por la inmensidad del valle, por los bastos bosques de coníferas y caducifolias como milenarias hayas y robles, unida a toda la selvática vegetación en torno suyo, se la contemplaba en la noche como una pequeña estrellita terrestre posada entre toda esa gran masa vegetal, pero hoy el espeso vapor de la niebla la borraba por completo a ella y a la tremenda luz de la luna llena.

En su acogedor dormitorio la abuela miraba a la niebla por su ventana y al fondo, en lo alto, el hálito luminoso que intentaba vislumbrar la luna. Escuchando de cuando en cuando los siseos de amor de las lechuzas ssshhhhhh sssssshhhhhhhhh sssssshhhhhh que pronosticaban que la primavera que se estaba gestando iba viento en popa, aunque hiciese mucho frío aún.

En camisón blanco y una vez destrenzado y suelto su sofisticadísimo moño de trenzas, todo relajadamente peinado sobre su espalda en una melena blanca porcelana hasta la cadera, recostada sobre su almohadón comenzaba el descanso de un día más, en contemplación de la mágica y ensoñadora noche; mágica como todas y de ensueño como a las que envuelve la niebla.

Hoy tampoco hacía el frío invernal propio de estas fechas pues llevaba unos días que había amainado un poco, esto, las plantas como detectores sublimes del calor o del frío a través de sus termosensores lo percibían rapidísimo, los avellanos comenzaban a desprender sus amentos masculinos como cordeles de gruesa lana amarilla, a ellos se acercaba aún medio aletargada la primera abeja que rondaba estos parajes. Los narcisos estaban a punto de estallar con sus grandes y frágiles flores en trompetas olorosas clamando a la primavera.

Mojando pan en el tazón de florecillas lleno de leche, la abuela desayunaba con apetito desmesurado y al lado de ella los pequeños y glotones siameses, Chín y Chón, bebían leche en un platito, sacando sus lengüecillas a ritmo intercalado.

La cocina sabía a leche, bollos, miel y requesón con pan crujiente. Los empañados cristales de ella no permitían ver nada claro. Los niños bajaban ahora como hipnotizados aún por el sueño.

- ¡¡Qué sueño tengo!!
- Susana hay que vencer el sueño, porque...¿Sabes lo que es el sueño.?
- No
- El sueño es un castigo para los hombres que les acorta la vida a la mitad. Pues Dios hizo los días de veinticuatro horas para que los disfrutásemos, pero el demonio, como en el cuento de la Bella Durmiente la bruja, nos maldijo diciendo, de esas veinticuatro horas solo vivirán doce y las otras doce las perderán durmiendo y así hija mía en esas horas que dormimos no nos enteramos de la vida y sus maravillas mi alma, por eso “A quién madruga Dios le ayuda” porque vence al sueño y a la pereza creados por el demonio.
- ¿Cómo tú.?
- Yo no le venzo las doce horas, pero le robo muchas de esas doce horas al demonio y las vivo y las disfruto. Como yo y mucha gente corazón, así que le tienes tú que vencer también.

Aquellas palabras en la mente de Susana con tan solo seis años, se quedarían grabadas en su memoria hasta momentos antes de su muerte muchísimos años después. Tras el desayuno cada uno se retiraba a sus quehaceres y en la granja solo se quedaban madre e hija solas como siempre.

La abuela en el granero llenaba un serillo de trigo para sus gallinas y miraba despacio aquél granero pensando en lo sucio y desordenado que estaba, en un rincón se apilaba una montaña de trigo, en otro rincón el maíz, a un lado descansaban infinidad de sacos con el pienso de las vacas y más sacos por aquí junto a ella, éstos eran de abono y más aún vacíos detrás de éstos, en unos grandiosos clavones en la pared frente a ella, colgaban miles de cuerdas y maromas, correajes y cadenas todas llenas de polvo, telarañas y moscas momificadas pegadas en ellas, debajo de esas cuerdas en el suelo, reposaba la collera de una mula, también había una inmensa báscula romana oxidada y mugrienta orilla de la cual se encontraban dos sucios butacones de mimbre que servían de apoyo a cubos, espuelas, capazos de esparto y otros enseres. Por una escalerilla tortuosa y mellada se subía por uno de los rincones del granero al pajar, donde se apilaban pacas y montones de heno seco.

Paca, madre, granjera, cocinera, modista, mujer sencilla y trabajadora, preparaba la olla de hoy, huevos con patatas, cebolla, zanahorias, berzas, ajos, perejil, pimienta...

Las dos pelusas de color café con leche difuminado, llamadas Chín y Chón, ya comenzaban a andorrear muy torpemente por aquella granja y sus habitáculos. En el huerto, los ajos ya asomaban un centímetro su primera hojita por encima de la tierra. Hoy no había ni una nube, no corría el viento, el sol lucía como diciendo adiós al invierno, aunque no con esto daba la bienvenida a la primavera, pero hoy lucía. Lucía resplandeciente en aquél cielo azulillo pálido de febrero.

Así, después de una jornada agotadora como todas, y de otra, y de otra más, llegó el día de San Benedicto, y el cielo amaneció continuando su prolongada racha de buen tiempo, todo claro y con pocas nubes. Paca estaba de lavado de ropa y su madre se ocupaba de repartir el alimento a todos sus animales, gallinas, pavos, ocas, patos, conejos, perros y al llegar a la pocilga... - ¡Paca.!, ¡Paca.!, ¡Paca.! – la abuela salió corriendo en busca de su hija.

- Pero...¿qué pasa.?
- ¡¡ La guarra, que ha parido ¡!
- Anda leche... ¿y qué.?
- Que ha parido. ¡Ocho! Menos mal...
- Bueno madre, tampoco te pongas así, algún día tendría que parir, no se le iban a quedar ahí dentro...
- Que esaboría eres ¡! No vives *na* ¡! Voy a echarles paja para que estén mulliditos
- ¡¡Y ponla los hierros para que no se los coma ¡! – advirtió Paca
- Sí, eso también se lo voy a poner, porque vaya lechoncitos ¡! Da gloria verlos ¡!

Paca y su madre en la pocilga echaban paja a la guarra y la encarcelaban entre unos gruesos hierros para que no le diese por hacer lo que hacen otras muchas cerdas: comerse su propia prole.

La pequeña pocilga estaba dividida en cuatro cochiqueras, en dos de ellas individualmente estaban las dos cerdas, en la tercera un verraco y la cuarta cochiquera estaba dedicada al cebo de los cerditos antes de salir a la montanera ó ser sacrificados.

Los almendros cuajados de flores blancas anacaradas, como si se tratase de brazos humanos albergando millones de mariposas blancas posadas sobre ellos, llegaban a cegar la vista cuando les daba el sol dando en el huerto donde se encontraban una nota de color, alegría y rejuvenecimiento.

Los sauces que crecían junto al arroyo comenzaban a desprender sus verdes lagrimones de vivas hojuelas, el petirrojo entre sus flexibles ramas jugueteaba con su compañera a cortejarla, con sus pitidos, sus giros y quiebro alados de una rama a otra, pero no era un cortejo, solo era un juego, el cortejo lo harían meses más tardes una vez que abandonasen estas tierras donde invernaban.

Un poco más allá de los sauces el gran macizo de narcisos, con su doradas trompetas de fragante aroma anunciaban que ya en febrero, la primavera estaba presente en todos los aspectos. Todo comenzaba a resurgir, aunque a la vista muchos cambios pasaran desapercibidos todo tenía ya en su interior un hálito de vida palpitando y esas vidas vegetales y animales no tardarían en saltar en ebullición.

Los primeros pichones ya habían nacido y el resto no tardarían en eclosionar de sus huevos. La silenciosa lechuza en su destartado y amplio nido entre una viga y un madero, vigilaba a sus tres pollitos ya muy crecidos y casi emplumados.

Los pequeños felinos adoptados por Susana jugaban torpemente empezando a conocer aquella granja en aquél valle rodeado de montañas.

Los perros en el arroyo quemaban su energía chapoteando y jugando unos con otros.

Las abejas que hace unos días eran pocas y medio aletargadas hoy ya era un continuo ir y venir a los blancos almendros en busca de su néctar, en cambio a los narcisos solo era un ir, pues la abeja que iba en ellos se quedaba deleitándose hipnotizada por aquél dulce aroma.

En el huerto Paca recolectaba unas primerísimas alcachofas para su comida de hoy

- ¡Mira madre.! Mira qué alcachofas
- ¡Dios mío! Qué alcachofas y tempranas que son... que ojo cómo está el huerto ¡!
- Claro...como por aquí no pisan, que del gallinero no sales...
- ¿Qué.? Si no tengo tiempo, pero no te creas que no me acuerdo del huerto
- ¿Y has visto los almendros cómo están madre.?
- ¡Ojo.! Ya los veo, ya...y los ajos ya han nacido, anda que han tardado ¡! Como que aquella lluvia que nos pilló recién plantados les vino de perlas!!

El coche que traía a Cristina hizo aparición por el serpenteante camino de chopos que llevaba a la granja. - ¡Anda Paca,! ¿Ya es la una, que traen a Cristina.?

- Algo más de la una debe ser...
- Cómo se me ha pasado la mañana
- ¡Mamá.! ¡Abuela.! Qué hacéis ahí ¡!
- Cristina corazón, hija mía....
- Aquí estamos cogiendo unas alcachofitas para la comida, pero me parece a mí que hoy la comida no nos da tiempo ¡!

Cristina besó a su madre y a su abuela cargadas de alcachofas a la salida del huerto.

- Sabes Cristina, que esta mañana ha parido una guarra
- ¡Ah sí!! pues no tardará mucho la otra, ¿ cuántos ha tenido.?
- Ocho lechones
- A ver si no se le mueren y hay suerte
- Eso es lo que hace falta hija mía, ¡suerte.!

La sobremesa transcurrió callada y silenciosa como suelen ser en la naturaleza a esa hora que el sol comienza de su punto más alto a ir declinando, hasta que regresaron los críos del colegio, pues ahí cómo no, comenzó el escándalo.

Susana asobinada con los dos gatitos en el sofá jugaba, los acariciaba y los decía mil tonterías y arrumacos. Sergio y Ernesto hacían sus deberes en la gran mesa del salón.

- Susana haz los deberes
- Si no tengo
- Pero bueno, a ti es que nunca te ponen deberes... ¡venga! Que te voy yo a poner unas cuentas
- ¡que no.!
- He dicho ¡que venga.!
- Bueno, ahora los hago...
- ¡¿¿Ah.??! pero tienes deberes y estás ahí atumbarrada con los gatos, ¡levántate de ahí.!
- ¡Zángana.!
- Ya te estás poniendo a hacerlos. Vaya una niña embustera y vaga, te vas a enterar tú de lo que vale un peine ¡venga.!! – amenazaba Paca a su hija zapatilla en mano
- Jolín....
- ¡cállate.!
- Y no rechistes. ¡¡Será posible.!!

Cándido venía encantado de la pocilga, donde dormían los ocho lechoncillos recién paridos hoy. - ¡Ay abuela qué lechones! ¿eh.?

- A ver si los conseguimos, están requetepreciosos y en una semana pare la otra,
- a ver cuántos trae...

La luz del día que ya duraba hasta las siete más o menos iba desapareciendo poco a poco, hasta cerrar la noche oscura. Los días en la granja pasaban como los segundos de un minuto, todos iguales pero todos distintos porque cada segundo es único e irreplicable y ninguno es el mismo dos veces. Era un descubrir la variedad de la monotonía que también tiene su encanto.

Todos cenaban en la cálida y rústica cocina decorada toscamente con madera oscura de nogal, esas succulentas cenas, nutritivas y regeneradoras que preparaba Paca. Un par de horas después todos descansaban en sus lechos esperando dormidos el nuevo día.

El alba era blanca y sonrosada como todos los amaneceres y contemplando este pintoresco cuadro desde la humeante cocina desayunaban sus productos lácteos de autoproducción, leche pura como la que no existe en ningún mercado.

- ¿Ha helado hoy.? – preguntaba Cristina
- No entraña mía no, pero helará, ya verás como de aquí al verano tendrá que caer alguna pelona tardía pero ya por muchas que caigan la primavera empieza a aflorar

El reclamo de las perdices se escuchaba por los jóvenes trigales anunciando la despedida de su parada invernal, continuando su desarrollo y en unos meses granar gruesas espigas. Por la montaña la brecina intensificaba su menudita floración en tono magenta. Los pinzones cantaban en la espesura del bosque dando al momento una nota musical cargada de encanto como solo la naturaleza confiere.

- Abuelita bájanos tú hoy a coger el autobús, porfa....- eran las súplicas de Susana a su abuela
- Tú abuela tiene mucho que hacer para bajaros – cortó en seco su madre
- Bueno *sus* bajo pero solo hasta la mitad del camino, vale cielo.?- negoció la abuela

Cándido y Román partían a las tierras, hoy en vez de bajar con remolque bajaban con sembradora enganchada al tractor para sembrar patatas. Cristina marchaba rápidamente en el coche de Pedro y Alfonso.

- ¿Abuela nos bajas ya ?
- ¡ay! Qué perra *tan'trao* ¡leches.!
- ¡¡No les bajas madre.!! A ver, por qué les ha entrado esa tontería hoy

Pero la bondadosa y tierna abuela acompañó por el ondulado camino de chopos a sus nietos hasta conducirlos al autobús que los llevaría al pueblo de abajo ya que la granja estaba situada entre dos pueblecitos ó mejor dicho, aldeas, La Nava de Arriba y La Nava de Abajo. En La Nava de Arriba vivían las cuatro hijas casadas de Paca y también viviría Román cuando se desposase en poco tiempo, la Nava de Arriba era un poquito más grande y contaba casi con trescientos habitantes, más del doble que La Nava de Abajo que apenas llegaba a los cien pero era aquí donde estaba el colegio, solo hasta el octavo curso, también estaban aquí el Ayuntamiento y el médico, junto con la farmacia y el veterinario. Cristina, Pedro y Alfonso trabajaban los tres en La Nava de Arriba, de ahí que los pequeños se vieran obligados a coger el autobús diario que los dejaba en el colegio. Así, camino al autobús Susana le declaró a su abuela – ay abuela que no quiero ir al cole

- ¡¡Si hija ¡! Ni yo quiero que vayáis, pero eso díselo a tu madre
- No, si solamente digo que no quiero ir hoy, es que tengo dos exámenes y no me los sé...
- ¿qué es un examen ?

- Pues que te preguntan cosas y si no te las sabes ¡un cero! – respondieron a dúo Sergio y Ernesto
- ¡ah ya! Y un cero es eso por lo que os calienta vuestra madre...¿Y qué vamos a hacer ?
- Pues yo me quedo por aquí en vez de montar en el autobús y no voy al cole, ¡venga abuelita!
- ¿Y dónde te meto yo?
- No sé...
- Mira: te vas a ir rodeando el *prao*, y pasas también el segundo *prao* donde pastan las ovejas, cruzas el camino que va a las tierras y te metes en el redil de las ovejas, que ya iré yo por allí...¡jala!
- Vale abueli ¡Te quiero mucho.! – Susana dio un beso enorme a su gentil abuela – ¡¡qué buenísima eres ¡!

Cerca del mediodía la cómplice abuela entró en el redil a llevar un bocadillo y un poco de agua a su nieta tráfuga – cómo vas con los libros esos cielo

- Bien, pero ya no tengo más ganas de estudiar
- ¿Ya te lo sabes.?
- Sí, casi todo...
- Bueno cielo, súbete y a las cinco estate viva para bajarte a la parada del autocar de todas formas ya te ayudaré yo, adiós mi cielo...
- Adiós abuelita

Susana, aunque menudita comía con ahínco el bocadillo que le había traído su abuela, mirando por los ventanillos del pajar donde la había escondido su abuela, contemplando la inmensidad del valle la hierba verdecita, joven y nueva que comenzaba a reverdecer como solo la primavera pinta los prados y campos. Los trigales ya comenzaban a elevarse para esconder a su fauna anual, el sol no solo lucía sino que ya daba un poco de calor, el ambiente era primaveral aunque aún quedaba por pasar frío y ahora, una fragilísima e inofensiva mariposa blanca se deslizaba por el aire como una pluma cruzando ante la vista de Susana, que ahora una vez acabado el bocadillo abandonaba este ventanuco y se dirigía a uno de los montones de paja, donde tumbada sobre ella miraba a uno de los rincones en el que entre dos vigas las dos lechuzas no quitaban ojo a esa menudita niña, tumbada sobre la dorada paja contrastando ésta con el negro azabache de su melena de ondas y bucles como los de antaño y así Susana se quedó sumida en el más profundo sopor de las siestas, en aquél pajar donde ayudados por su abuela habían hecho novillos desde su primogénita nieta Asunción, hasta la última de ellos, la pequeña Susana, pasando por Luciana, Román, Cristina, Pedro...Sergio o Ernesto...

A las cinco y media ya estaba la abuela paseando por el camino hasta que vio aparecer a Sergio y Ernesto para ir en busca de Susana. Al rato en el salón donde charlaban Paca y su hija Cristina irrumpieron los niños como todas las tardes a su llegada.

- ¡Ay cómo se notan ya los días.! – exclamaba la abuela – que van creciendo

El tiempo era soleado, Román y Cándido regresaban de las tierras

- Bueno, ya está todo preparado, mañana a sembrar las patatas, por cierto, mañana Paca te tienes que venir para echarnos una mano, a ver si puede ser que se quedaran sembradas todas, nos subimos también a la abuela y ella que haga la comida allí, pues estaremos todo el día.
- ¿Y Cristina que come cuando venga de trabajar.?
- ¡¡Pero si mañana es sábado mujer ¡!
- Es verdad, pero mañana vienen los de la almazara a traer las tinajas de aceite...
- Bueno pues que las dejen por aquí, si estará Cristina con los críos...

Susana miraba a la abuela con ojitos de complicidad y alegría, sus pequeños felinos caminaban y jugaban sobre la gran alfombra del salón. Sergio y Ernesto merendaban.

Eran las seis de la mañana cuando las ánimas benditas del purgatorio bajaron del Purgatorio a despertar a la abuela. Entre sus muchas creencias estaba una que nunca fallaba, si antes de dormirte rezas un Padrenuestro a las almas benditas del Purgatorio pidiéndoles te despierten a la hora que les pidas, sea cual sea y con la precisión que sea, a la hora pedida harán sonar algo, algún ruido, en muchos casos se oye decir tu nombre ó notar la presión como de una mano que te llama. Nunca fallaban. A la hora citada ellas le despertaban siempre y como anoche les pidió que la despertasen media hora antes de lo habitual, la abuela ya tenía los pies en el suelo. Tras lavarse y elaborar su sofisticadísimo moño de varios trenzados, con aquella luenga melena comenzó a ponerse sus capas: el sostén, su camiseta, su faja, sus enaguas, su blusa, su jersey, su rebeca bien gorda de lana, su buen faldamento, sus pantis y sus medias de lana encima, su bata negra y su mandilón negro también como todo lo que se había puesto hasta ahora, así por último después de calzarse sus zapatones ya estaba preparada para un día más en el campo de batalla de la vida.

Al bajar por las escaleras de madera no crujían, esto la anunciaba que hoy no era la primera en bajar. En la pintoresca cocina ya deambulaban Paca y Cándido – Buenos días nos de Dios...

- Así sea – contestó su yerno

El rosicler del alba era muy tenue aún pero anunciaba buen día y soleado.

- Vaya racha de buen tiempo que llevamos

- No tardarán en llegar lluvias ó alguna helada tardía...
- Sí, pero ya es distinto Cándido porque este sol arranca a las plantas para que broten y luego ya aunque llueva o haga fresco siguen *pa'lante*
- Abuela, que si no se quiere venir usted, que se venga Cristina, es que no caí en la cuenta que al ser hoy sábado ella no trabaja
- No, deja a la chica que descanse para un día que tiene libre, voy yo.

Cuando el alba ya era clara y se levantaba silenciosa todos partían montados en el remolque tirado por el tractor que conducía Cándido y así comenzaron a bajar por el camino que llevaba a las tierras de labranza. La granja se comenzó a quedar pequeña y más pequeña en la lejanía, los prados fueron sustituidos por campos de cereales, las montañas quedaban allí a lo lejos cobijando a la granja que guardaban a sus pies pero que ya ni se veía. Olivares, tierras de labor, dibujos geométricos entutorando surcos, plantas alineadas y ordenadas, justo allí al lado del olivar, al pie de una tierra con el mejor tempero para sembrar paró el tractor y el remolque, Pedro, Alfonso y Román se lanzaron de él ágilmente de su salto, Paca tardó algo más y a la juvenil abuela la tuvieron que bajar entre los tres.

Ya había amanecido y el sol acababa de salir nuevo y entero ahora mismo.

Los perros excepto la pobre Canela que estaba en las postrimerías habían bajado corriendo desde la granja hasta aquí custodiando al remolque donde iban la mitad de sus amos, incluida la jefa de la manda: la abuela.

Estaban cansados, sudorosos y desesperados olisqueando nerviosamente todo, meaban marcando en las troncas de las olivas, unos estaban por detrás, otros por un lado ó por delante moviéndose ó haciendo un lío al que intentaba andar entre ellos.

Ahora la Pastora, una podenca canosa de dos años, oliendo los vientos de alguna pieza de caza desapareció a la vista en cuestión de segundos y sus cuatro compañeros reaccionaron en instantes tras ella como disparos de balas.

- Ahí va la jauría....¡jala! – gritaba la abuela mientras buscaba leña ya a estas horas de la mañana para la hoguera con la que realizaría la comida de hoy. Su hija, su yerno y sus nietos acarreaban los sacos de patata de siembra. Graduaban la sembradora y se ayudaban unos a otros preparando la jornada.

Pero ella poquito a poquito, no por el impedimento de su avanzada edad sino porque la leña era escasa de encontrar, ramita a ramita, tarugo a tarugo, sarmiento a sarmiento acababa de preparar una buena hoguera que con la ayuda de una cerilla y su soplido mágico comenzó a arder en una alta y chisporroteante fogata.

El día brillaba luminoso en aquella inmensidad campestre que eran aquellas montañas y los campos de labranza que a sus pies se extendían, campos de labor de estas humildes personas campesinas y de otras como ellas, sencillas y cargadas de bondad. Aquellos campos labriegos eran su medio de vida, de una vida muy normal no con

estrecheces pero tampoco permitía ningún lujo. Surcos, olivares, viñas, tierras arcillosas, trigales, secanos y regadíos unidos, cultivos de forrajeras, sudores y trabajos, tierras y campos.

Sus aspiraciones, aunque concretas se perdían en aquél magnífico círculo grandioso del horizonte que los rodeaba donde las montañas llegaban a la garganta del cielo. El aire puro e impoluto era regenerador y vivificante, nuevo y milenario a la vez, ese aire montañés que había oxigenado los pulmones de la abuela desde que nació, los de su madre, de su abuela, de su bisabuela, de su tatarabuela....de su hija, de sus nietos, como también los pulmoncitos de las hojas de los árboles, de los pajarillos, de la hierba fresca, ese aire que había formado parte de las nubes, de la nieve, del rocío, de esa primera gota cristalina que bebe un pajarillo en su vida, ese aire que ahora exhalaba la abuela soplando un poco las ascuas de la hoguera para poder clavar los trípodes y colocar en ellos la gran sartén-perolo.

Ella pelaba las patatas sentada en una pequeña roca del tamaño del taburete ideal, troceaba el chorizo, la panceta, justo ahora el aceite chisporroteaba con sus dos dientes de ajo ya refritos en él.

Así al poco rato, las espesas gachas hervían pedorroteando y la abuela con sus dichos llamaba a sus polluelos – “Cuando las puches se tiran pedos, ya están *pa* mojar pan con los dedos” ¡Venga!

Todos dejaron sus quehaceres para dirigirse al perolo, donde en común tomar las gachas - ¿Habrá cogido Cristina los *guebos*.?

- Anda leche, que sí madre, ya me extrañaba a mí que no dijeras nada
- ¿estas segura.? *Pa'chasco* se le ha *olvidao*...

Qué pesada es, pensaba Paca, - que te digo yo que no madre, que no es tonta y sabe lo que tiene que hacer...

Sus nietos reían y Cándido ya vacunadísimo contra las cansinas manías de su suegra, mojaba en las sabrosas gachas pan con vehemencia.

- Es que si no los ha cogido por una casualidad, los pican las gallinas
- ¡ay qué Cruz, Dios mío.! Que sí, que los ha cogido, anda come y calla...

Y ella como una niña obediente comía y callaba mirando con aquellos ojillos color miel clara todo a su alrededor.

Román, el más alto, fuerte y corpulento de los hijos de Paca y Cándido miraba fielmente a su abuela pero pensando con una mueca de ironía, qué le podía preguntar a su abuela para que ésta con su respuesta desesperase más aún a sus padres...

- Abuela, ¿al final las cabras se cubrieron con el chivo ?
- Huy sí Román, si estaban desquiciadas, ya están más tranquilas, las dos en espera...je je je
- Y tú también has descansado, ¿eh.? Y también estás más tranquila...

- Pues sí corazón mío, porque yo decía.....y para qué queremos dos cabras sin chivo, es que dos cabras sin chivo es como si nada....
- Bueno abuela, no lo repita usted si ya sabemos lo que decía – se desesperaba Cándido, Román viendo que su trampa había surtido efecto rompió a reír a carcajadas que daban a Román un aspecto diferente al habitual. - ¿ Y la pocilga, cómo está ahora.? – continuaba sus preguntas Román carcajeándose por los suelos
- ¿la pocilga dices.? La pocilga está muy
- Bueno madre, ya sabemos todos como está la pocilga y tú Román, no la pinches...que ya sabes que tu abuela es como los zorzales que pican hasta en la mano y en el cepo sin miga...

A la caída de la tarde todos de regreso en el remolque, rodeado y custodiado por los cinco perros habían cumplido su faena: sembrar las patatas.

En casa estaba Marta, la novia de Román esperándole y Cristina ya se marchaba, los críos jugaban por las inmediaciones y prados de la granja.

- ¡Venga para adentro todos! ¡Susana, Sergio, Ernesto.! – gritó Paca
- ¿Por qué ya ? si es muy pronto – exclamó Susana
- ¡¡Huy Dios mío pero cómo estáis ¡! Porque os voy a bañar y ya sabéis que en invierno no me gusta que estéis de noche por aquí...
- ¡Jo! Ni en verano.... – refunfuñaba Susana
- En verano es otra cosa, ¡venga!
- Otra cosa, sí, ya... Es la misma
- Susana he dicho que venga ¡! No me desesperéis ¡!

Era temprano pero ya noche cerrada desde hacía varias horas cuando los niños, sus padres y su abuela se acostaron rendidos unos por el trabajo y otros por los juegos, pues los mayores, Cristina, Román, Pedro y Alfonso aprovechando que mañana domingo no tenían que madrugar trasnochaban hoy un poco más en el pueblo con sus amigos y amistades.

Brillando el sol un día tras otro, la racha de buen tiempo no se iba, las alondras por los trigales y los pinzones por la espesura del bosque ya habían comenzado sus cánticos nupciales, así como la perdiz cual reclamo de su pareja cada día se hacía más intenso. Por San Nemesio ya se notaba que faltaba un mes escaso para el equinoccio solar de primavera.

En la pocilga olorosa, entre pajas y mugre propia de tales lugares una cerda traía al mundo su lechiguada, compuesta por cuatro lechones todos sonrosados, que vivazmente se movían por la cochiguera lúgubre, oscura y húmedamente calentorra.

- Ay hija mía, cuatro *na* mas que ha traído la otra guarra
- Madre si es que es muy vieja
- ¡pues hay que renovarla!
- Muy bien, pero ahora ponla los hierros...
- Descuida que voy a ello, no sea que se los zampe encima que solo ha tenido cuatro

El buen tiempo lucía, las plantas lo agradecían esplendorosamente pero también habían notado la falta de aguas y lluvias, ya tanto buen tiempo comenzaba a ser excesivo para ser febrero.

Así es la vida en una casa de campo, como suele ser la vida en contacto con la naturaleza. Todos los días un continuo luchar contra las inclemencias, contra la vida misma, sus problemas, sus faenas, sus quehaceres y sus trabajos, a los cuales aquella familia de labriegos ruda y sencilla superaba con facilidad, pues el callo era ya muy grande y en el caso de Paca, huérfana de padre en aquella solitaria casa de campo perdida en el valle desde los cuatro años, madre de once hijos, trabajando desde que nació, ama de casa desde que tenía uso de razón, vaquera, pastora, campesina, cocinera, lavandera...en una palabra: montañesa. Pero a pesar de todo esto, la rechonchilla y robusta Paca, expresaba mediante sus vivos ojos verdosos su sencillez, su humildad, su alegría de vivir y su felicidad, pues era feliz porque se conformaba con lo que tenía en el momento y la vida le daba. Su júbilo ante la vida lo transmitían de continuo aquellos bonachones y alegres ojos a cualquiera que le mirase. Había heredado la bondad de corazón de su madre aquella Paca campesina, que superaba los cincuenta y algún año.

Aquella mujer, como si fuera consciente de sus virtudes había escogido a su marido como ella: sencillo, campechano, generoso de corazón, caritativo y luchador, tan luchador y trabajador como ella. Cándido, hombre de mediana estatura con el pelo muy espeso pero ya muy canoso para su edad, curtido de piel en tono colorado, como suele curtir el campo, de ojos marrones como el café más cargado que se ha visto que parecían negros, hasta que no se comparaban con el color de sus pestañas que eran negras azabaches, algo panzudo por las buenas y sabrosas comidas de su esposa, era aquél hombre una de las personas más dóciles y comprensibles que existían.

Entre aquél honrado matrimonio con la ayuda de la abuela habían sacado adelante sus once retoños: Asunción, Cecilia, Magdalena, Román, Luciana, Cristina, Alfonso, Pedro, Sergio, Ernesto y Susana. De ellos, las cuatro hijas mayores ya estaban casadas.

- Paca ya he destetado a los gazapitos, ¡¡están preciosos ¡! Es que se me había pasado, los tenía que haber quitado de la madre hace ya cuatro ó cinco días porque la semana que viene pare otra vez la coneja...

- Lo que tienes que hacer con esos gazapos es reservar dos hembras y dejarlas para madres y esas dos conejas viejas se matan, así ya con dos conejas van produciendo para tener de sobra nosotros...
- Claro, y no dejar que se amachorren porque ésta se quedó preñada de milagro... hay que estar al tanto y el mismo día que paran al conejo para que las cubra, trae, que voy a matar a la vieja ahora mismo, porque ésta, vieja y *to* está preña otra vez, ya te digo que la semana próxima o antes pare...
- ¿ahora.?
- Sí, venga... y la guiso
- Pero madre cómo la va a guisar si tiene que estar más dura que un garrote de acero...esa la cueces con arroz para los perros...

Así el día que vinieron a la vida los cuatro lechoncillos se iba de ella la vieja coneja dejando atrás penas, partos, perrerías de los niños, la mugrienta y estrecha celda, los fríos del invierno, los calores del estío, los sabores de la vida, todo se vino abajo bajo el tajo del golpazo con el que le crujió el cráneo la abuela. La última humillación para la pobre coneja fue ser devorada después de ser cocida con arroz por los sabuesos de la granja.

El macizo de narcisos era todo él una manta suave de trompetas amarillas que con el sol de la sobremesa desprendían su fragancia dulce y sutil.

Los niños venían contentos y revoltosos como todos los viernes pero después del relajante baño que les dio su madre, los ojitos se les cerraban a los tres. Susana recostada encima de la abuela se estaba quedando prácticamente dormida

- Si te quieres dormir mi alma, te subo arriba, ¿vale.?
- No, déjalo si no me duermo abuela
- Lo que tú digas
- Abuela...
- ¿Qué ?
- ¿Qué es la luna.?
- ¡¡Huy!! Hija mía... ¡La luna! Total no has dicho nada...
- ¿qué es.? Dímelo
- La luna es una hechicera mágica que se come a los hombres y a las mujeres...por eso crece y mengua para digerirlos...
- ¿Y cómo se los come abuelita ?
- Se los come dejándolos vivos que es peor aún, entraña mía, ¡¡¡los come la voluntad!! Que es lo peor le pueden quitar a una persona...
- ¿ Y cómo.?
- Pues mirándola muy fijamente te la quita, por eso no la mires nunca mucho tiempo y menos cuando haya luna llena

- ¡qué mala es.!
- Malísima ¡! Además también come los corazones y la sangre de los enamorados porque ella es fría como un témpano y no la importa nada
- ¿nada.?
- Nada de nada
- Ni sus hijitos.?
- ¡Ay corazón.! Si a sus propios hijos los devoró también
- ¡Qué miedo.!
- No, que no te de miedo, al contrario, si te alías con ella te ayuda mucho
- Ah ¡! ¿sí?
- Sí
- ¿Y cómo.?
- Eso ya te lo contaré cuando seas más mayor
- Abuelita, ¿tú eres un hada.?
- No hija no, las hadas son como los duendes, no se las ve
- ¿Las hay aquí.?
- En casa no, las hadas son mucho más reservadas que los duendes, por las montañas es posible que se pueda ver alguna, pero vete a saber dónde... Están conectadas con las plantas
- Es que en el colegio dicen que soy una embustera y que tú estás loca
- No cielo no, no estamos locas, aunque nos conviene que lo crean, tú diles que sí y dales la razón....

Susana dando cabezazos sobre el pecho de su abuela se quedó inmersa en el sueño.

Los días transcurrían con trasiego y llegó un viernes más. Los viernes eran especiales y más hoy porque mañana eran los cumpleaños de Román.

La coneja hacía dos días había vuelto a parir, esta vez nueve gazapillos más y ya estaba preñada de nuevo desde hace dos días. Paca y su madre en la pocilga intentaban coger a los dos lechoncillos de la primera camada – estos van a estar de chuparse los dedos ¡! – y la abuela agarrando a cada lechoncillo de las patas traseras caminaba hasta donde Paca a una piedra cerca del tendedero donde ya tenía su buen cuchillo de matarife

- Pero Paca hija, cómo los mates con eso les cortas la cabeza de un solo tajo
- ¡¡Que bah ¡!

Los cuchillos del tamaño de una barra de pan brillaban al sol como la plata más pura. Los lechones con sus chillidos histéricos de loco se retorcían por el aire sujetados por la abuela, hasta que la totalidad de su cuello era atravesado por el gigantesco chuchillo

cortando la faringe y todas las venas del pobre cerdito, el cual al brotarle ese río de sangre a borbotones por su acuchillada faringe, por muchas fuerzas que hacía por respirar de lo único que se le llenaban los pulmones era de su propia sangre que le asfixiaba más aún, hasta que ya la cabeza le pesaba y la iba arrastrando por el suelo y los ojos se le entornaron y cayó al suelo tendido con unos ligeros temblores en las patitas. Su compañero al olor a la sangre y en presencia de la misma muerte, ahora estaba frenéticamente histérico al borde de un infarto y más vale que así hubiera sido, se revolvió, chillaba y gritaba porque él no quería morir pero por mucho que hizo fue tan grande el cuchillazo que le arreó Paca que casi le corta la cabeza como le había vaticinado su madre. – es que me pongo nerviosa porque me es muy desagradable esto madre – se excusó – a mí esto me pone mala, no tengo tu templanza...

La abuela llegaba con su antorcha, hecha de una mata de tomillo en llamas, para chamuscar la pielecilla a los cerditos que yacían allí blanquitos.

- ¡Mira Paca! ¡Una cigüeña!

La majestuosa cigüeña cortaba el cielo con sus inmensas alas blancas manchadas en las sus puntas por el negro más elegante contrastando con el naranja de su pico y sus esbeltas patas.

- Ya han vuelto al campanario, pues entonces no tardarán mucho las golondrinas...

Los gatos siameses de Susana ya corrían por toda la granja jugando con los inteligentes perros que tan solo los encizaban pues sabían que si los trataban mal ó sí mataban a esos bichitos a los que tenían manía, se les acababa la diversión y el castigo de la abuela sería fuerte.

El incesante arroyo de los palomos no cesaba nunca y menos ahora cuando comenzaba el auge de la cría de pichones. Los ajos brotaban vigorosos, las alcachofas comenzaban a dar sus frutos, las habas se despertaban del letargo invernal y los almendros estallaban en su punto de máxima floración, esa blanca y sonrosada floración de los almendros.

Cuando el guiso de hoy ya humeaba en la clara e iluminada cocina por el tibio sol primaveral, a Cándido y Román se les veía por el horizonte sur y a Cristina por el horizonte norte.

- ¡ay! Haber sí llueve ¡Señor.! – se lamentaba la abuela

- Ande, no se queje usted que en cuanto empiece a llover dirá, “Ay qué ver cuándo dejará de llover Señor.”

- Cándido hijo es que lo necesitan las plantas del huerto, los animales, la montaña, el campo...que llueva, ¡pero sí parece mayo más que febrero ¡!

Cristina y su madre Paca, tomaban café y la abuela hoy en lugar de su acostumbrado vaso de leche se tomaba una infusión de boldo para purificar y limpiar la vesícula biliar y el hígado. La cocina era una cafetera desprendiendo efluvios de café recién hecho. El sol de sobremesa daba tranquilidad a los pájaros y demás aves que parece que a esas

horas les bajan sus constantes vitales y la naturaleza se destensa de melodías, repiqueteos, trinos, burbujeos y sonares.

Los niños embriagados por ser viernes venían jugando y tonteando entre ellos pero su madre ya les tenía preparado el agua de baño con unas sales relajantes y unas hierbas perfumadas que flotaban en el agua emanando su aroma como si del balneario más exquisito se tratase, así en aquella sauna turca de aquél rudo cuarto de baño Paca bañaba a Sergio y Ernesto en la bañera y la abuela a Susana en un inmenso barreño de zinc.

Los suaves pijamas limpios y recién sacados del armario de madera de nogal con aroma de membrillo, lavanda y castañas pilongas, se ajustaba tiernamente a la relajada piel de los niños que en el sofá del salón esperaban ansiosos la merienda-cena para poder irse a la cama sin tardar mucho.

Amaneció un día más en la granja, cada día un minuto más temprano, pero hoy solo se levantó la abuela con el alba, el resto de la familia todos dormían.

Echó de comer a sus animales, ordeñó a la vaca, pues la otra en un par de meses escasos pariría y ya estaba seca porque dos meses antes del parto dejan de dar leche. Almorzó un buen tazón de pan con leche y miel que bebía a sorbetones ella sola en la cocina. Ahora, una vez desayunó contemplaba por la ventana de aquella cocina de los mil sabores a la montaña: su montaña. La montaña de sus juegos de niña, la montaña de sus hierbas salutíferas, la montaña de sus bosques, siempre sus montañas.

Cuando el sol brilló y lucía esplendoroso como lo llevaba haciendo todo el mes, bajaron Paca y Cándido

- Buenos días madre
- Así sean... ¿Os preparo el almuerzo.?
- Bueno, pero te voy a ayudar yo, porque no tardarán en bajar los chicos

Efectivamente poco a poco, Cristina, Pedro, más tarde Román, luego Alfonso y por último cuando ya estaban todos desayunando hicieron presencia los más pequeños, Susana, Sergio y Ernesto, a los que la abuela atendía con sumo agrado a pesar de llevar en la cocina tres horas preparando desayunos.

Cuando bajó Román todos le felicitaron muy alegremente por su cumpleaños

- No tardarán en venir las chicas – avisaba la abuela refiriéndose a sus nietas mayores
- Ya lo sé madre, pero tú no sufras ya vendrán...

Cada vez que había un cumpleaños todos se reunían en la granja para celebrarlo. Los dos cochinitos en el horno de leña se doraban poco a poco convirtiéndose en un manjar que más tarde sucumbiría rápido.

Pronto llegó Asunción, la hija mayor de Paca con su marido Teo y los niños. Seguidos de Cecilia, segunda hija de Paca con Agustín y la parejita de retoños. Todos felicitaban a su hermano Román.

A eso del mediodía llegaron don Tomás, el alcalde del pueblo, con Luisa su mujer y Marta, la hija de ambos, novia de Román.

- ¿Qué tal está usted.- le preguntó la abuela a don Tomás
- Muy bien, ¿Y usted Zenona.? Cómo está.?
- Aquí, tirando a media manta...

Del granero sacaban la grandiosa y larguísima mesa de madera que entre los sacos era pasto de telarañas, polillas y chinches.

- Venga madre, ahora cuando coloquen la mesa, la limpias un poco

Román, su suegro y su padre llevaban entre los tres la infinita mesa de todas estas ceremonias...

No la habían dejado en el suelo y la abuela ya estaba con su bayeta a limpiar la sucísima mesa, ahora sacaban los bancos que acompañaban a la mesa y las mujeres comenzaban a vestirla con manteles, cubiertos, vasos y platos.

En este momento llegaron Magdalena y Luciana acompañadas por sus maridos Perico y Justino respectivamente, además de los niños de Magdalena.

Marta y Román se sentaron juntos a la mesa, ambos desprendían verdadero fulgor de felicidad. Ella alegre y jovial y él grandón, alto y corpulento, reflejaba en él la tosca belleza de las montañas donde había nacido.

Los cochinitos salían ahora hacia la mesa en dos fuentes de barro y fueron a parar a don Tomás y doña Luisa, humeantes, recién liberados del horno de leña. Aparte, también la gran paellera reposaba en la ya apagada hoguera y se dirigían a por ella Justino y Cándido.

Las crujientes hogazas de pan de leña abundaban, las fuentes con las ensaladas se repartían por toda la mesa al igual que las botellas de vino.

Todos reían a consecuencia de los chorros de buen vino que corrían a uno y otro lado de la mesa, don Tomás se relamía con el cochinito y los que tomaban paella no menos que él. El postre vino servido a cargo de una gran cuajada presentada en una gran fuente de barro de la cual se iban sirviendo a su gusto cada uno acompañándola de miel ó azúcar.

Los perros no dejaban caer en el suelo ni el más mínimo desperdicio ni los huesos del cochinito ni los del conejo de la paella ni nada...

Don Tomás no paraba de hablar de la cercanísima boda de su hija con Román. Ahora para el café llegaban en su coche añadiéndose a la sobremesa, Germán, el prometido de Cristina. Los niños jugaban y quemaban fuerzas con sus pequeñitos sobrinos.

Las hijas mayores de Paca, Magdalena, Asunción y Luciana después de la suculenta comida fregaban entre las tres todos los cacharros de la comida para dar una sorpresa a su madre y abuela, quién sentada en la mesa de fuera, charlaba con doña Luisa y Paca, los jóvenes ya habían desaparecido para continuar la juerga del cumpleaños todos ellos juntos en el pueblo.

Con júbilos y alegrías por el vino, el opíparo banquete y el sabroso cochinitillo al horno de leña, se marcharon con el ocaso don Tomás y doña Luisa que lejanamente desaparecían entre el ramaje seco de los chopos al mismo tiempo que aparecía la luz crepuscular. Aullidos lejanos de los perros jugando cuyas sombras semejaban formas feroces en rápido movimiento. En otro lado, en el granero se oían las risitas ahogadas de los niños, aquellos niños montañeses. Las lechuzas comenzaban su jornada nocturna, Paca y Cándido junto con la silenciosa abuela se recogían en la templada casa. Cuando el gajo de luna se alzó a la media noche, exilió a un mes más de febrero hasta dentro de muchos meses.

3

El calor de Marzo, temprano es para el campo.

Cuando Marzo vuelve el rabo, no deja ovejas con pelleja ni pastor deszamarrado.

El cuco, San Raimundo en Marzo lo trae y San Raimundo en Marzo lo lleva.

Cuando entra el sol en aries, crecen los días y mudanse los aires.

Cuando Marzo mayea, Mayo marcea.

Pascuas marzales, hambre, miseria ó mortandades.

En Marzo las heladas, favorecen las sembradas.

Marzo y abril, si no la pegan al entrar, la pegan al salir.

Y como si la climatología conociese el refranero, marzo desde su primer día vino insuflando aires de violencia a todo el que pillaba por medio y como la abuela siempre estaba en medio de todo, el viento frío le regaló un catarrazo de los que hacen época. Los siameses, Chín y Chón, jugaban en su dormitorio con la alfombra, sus zapatillas y todo lo que arrastraba de su bata desde el butacón al suelo y rápidamente se metían bajo la cama, del armario ó de la mesilla cuando la abuela arrancaba su ruda tos en truenos interminables pero que al final siempre terminaban en lamentaciones de la abuela - ay, ay, ay, ay, qué tos de perra vieja que *ma dao* ¡leche!...vaya condena la mía ¡!

Desde su ventana contemplaba hoy el día blanco plumizo, el frío viento era casi de nieve, de hecho allá en las cumbres montañosas que conformaban el horizonte junto al cielo, la nieve lo había borrado cayendo la nevada como una fina gasa que se adivinaba blanquecina y difuminaba todo el lejano horizonte.

A sorbetón limpio, recostada en su mullido almohadón, bebía el ponche calentito compuesto de leche recién ordeñada, una yema de huevo de sus queridas gallinas, un chorreón de brandi y una pizca de miel. - ¡ay qué catarrazo hija.!

- Venga, tómate el ponche ya verás como con esto y unas infusiones de tomillo se que cura en un santiamén.
- A ver si es verdad... ¿Has cogido los huevos.?
- Sí madre sí, los he cogido
- ¿Cuántos había.?
- Yo qué sé....diecisiete ó dieciocho.... Más de una docena...
- Pues hija yo los cuento todos los días y sé de qué gallina es cada huevo
- Bueno bueno, pero yo no soy tú , y no puedo estar en eso...
- ¡Qué aburrimiento aquí ¡ No te vayas...

- Pero madre, qué tonterías dices, que hoy tengo que hacer yo todo lo tuyo y lo mío y además tengo que lavar, ale ale, ahí te quedas con tus gatos.... Ya me gustaría a mí quedarme aquí contigo toda la mañana...

Algo revitalizada, la abuela se levantó, se colocó sus zapatillas, repartidas una por cada lado de la habitación a consecuencia de los juegos de los gatos con ellas y una vez que ahuecó, aireó, esponjó su cama, se encaminó a su rudo armario de madera donde entre mil aromas y efluvios guardaba su prendas con olor a limón, a hierbabuena, ramilletes de tomillo, membrillo y hasta alguna flor seca de azahar. Sacó del fondo del armario la colcha negra de hilo que había comenzado hace treinta años en un catarro como el que tenía ahora y que solo continuaba en los catarros y gripes, pues eran éstos los únicos momentos en el que disponía de tiempo libre para ella y sus ocios.

Incorporada en la cama recién hecha y mullida y arropada hasta la cintura, mientras el resto de la colcha se esparcía por la cama, ella continuaba hila que hila, mientras que ahora los gatillos subidos en una butaca la observaban vivazmente. Los felinos y la abuela se acompañaban mutuamente amenizados los tres por la música exterior a costa de los silbidos del viento tras la ventana.

En el cálido dormitorio no hacía nada de frío pues por el cabecero de la cama de la abuela subía el tiro de la chimenea que abajo en el salón calentaba la estancia a base de leña y cálidas llamas.

El clima frío y el viento marzal que se había presentado de improviso, no importaba para que la primavera que en escasos días llegara con su cita eterna a su equinoccio, aunque ya se hubiese adelantado en la naturaleza por todos los lares.

Algunos pichones ya daban sus primeros cruceros aéreos. Los mirlos estaban atareadísimos en la construcción de sus nidos y algunos ya habían puesto su primer huevo, pues para abril ya tenían que haber sacado su primera nidada. El calor que había hecho en febrero había despertado a los lirones de su letargo que por el bosque jugaban amorosamente a buscar hierbas, raíces y brotes, así como otros suaves materiales para crear su mullido nido donde traerían a su numerosa camada muy pronto, tan solo sería en unos días. En el arroyo las ranas como hoy estaba nublado formaban un chapoteo continuo y croar repetitivo. Los avellanos ya estaban cubiertos por pequeñas hojuelas y los erizos, al igual que las ranas ya habían salido debajo de sus piedras donde habían pasado cobijados la mayor parte del invierno, buscando a su pareja lanzando con sus hociquillos besitos al aire. Los rosales rompían fogosos con sus brotes fuertes cargados de savia joven y nueva que venía atravesando desde lo más profundo de la tierra y los prados de todo el inmenso valle en unas dos semanas pedirían su primera siega.

En el gallinero los gallos no dejaban de cortejar ni un instante a sus damiselas que también de aquí a poco comenzarían a caer muchas de ellas totalmente cluecas a los pies de su gallo, algo similar sucedía en el corral contiguo con las patas y patos, ocas y gansos...

Helados de frío llegaban Román y Cándido para devorar la conseguida fabada que hoy había preparado Paca, no tardó detrás de su padre y de su hermano en aparecer Cristina que ahora se encontraba junto con ellos dos en el dormitorio de la abuela...

- ¿Cómo está usted hoy ? - preguntaba Cándido
- *Jodía*
- ¡¡Abuela por favor, qué dices ¡!
- Lo que oyes Cristina
- Pero bueno... vas estando mejor...¿no.?
- Si, parece que sí, pero voy muy despacio...
- Claro porque es lento, pero poco a poco te pondrás buena – le decía su nieto Román – de momento a guardar cama
- Claro hijo claro, a ver qué voy a hacer si no... pero con lo poco que me gusta estar en la cama y encima ahora en primavera que empiezan los bichos a criar y a salir y tengo que estar pendiente de ellos...- la abuela irrumpió con su estruendosa tos –
- Bueno, no te preocupes, estamos nosotros y el catarro no te va a durar un siglo...esto será una semana o diez días lo más
- ¡Ay qué tos ¡! Si, ya llevo una semana ¡!
- Ahora te sube la comida mi madre abuela – le dijo Cristina mientras se marchaba de la habitación.

En el campo el suelo se comenzó a ver por momentos cada vez más y más húmedo, pues aunque fuera imperceptible a la vista y no se viese, estaba lloviendo finísimamente, tan fino que era como un vapor fresco el que inundaba toda la naturaleza más que una fina lluvia. Las nubes estaban a dos metros enganchadas en las ramas de los árboles. Todo estaba plomizamente cubierto. La humedad se sentía correosa en el tacto de la ropa. Olía intensamente a tierra empapada, a vegetación bañada de agua, el pelo se erizaba solo al tacto del aire mojado, todo estaba chorreante.

El olor que exhalaba la comida se esparcía por toda la cocina a sabrosa fabada con su buen chorizo de matanza casera, allí en aquella cálida y olorosa cocina de aquella tranquila granja de aquél silencioso valle rodeado de montañas que invitaban a la meditación continua, y allí ahora comían con gula Román, Cándido, Cristina y Paca.

Hoy la tertulia y el intenso aroma a café; que siempre huele diferente al del desayuno siendo el mismo; flotaba en el dormitorio de la abuela donde Cristina, Paca y ella, cosían, bordaban y daban un empujón a labores de costura atrasadas mientras la abuela avanzaba su colcha de hilo negro.

- ¡abuelita! Qué tal estás – irrumpieron los niños en la caldeada habitación
- *Jodía*

- ¡¡Madre!!
- Quiero decir.... Muy malita ¡¡mis ángeles!! Darne unos besos, pero echármelos con las manos no sea que os pegue este catarrazo que me atañe...
- Abuela pareces del siglo pasado con esa expresión “que me atañe” ¡¡por Dios!! – criticó Cristina

Los días ya duraban hasta las siete y media de la tarde y los niños apuraban jugueteando por los campos hasta el crepúsculo más sumido cuando la voz de su madre retumbaba por todo el valle, en esa llamada de búsqueda y reunión de sus pequeños, aunque hoy por el sirimiri les tenía encerrados en casa.

Susanita sobaba y martirizaba a los pobres gatitos que hace tiempo le regalaran en el colegio y que ya, aún pequeños, andaban, corrían y gateaban por todos los sitios.

- Niña, que los vas a encanijar de tanto sobarlos
- ¿Qué es eso.? – preguntó Susana
- Que no van a crecer de tanto tocarlos
- ¡¡Ayyy!! ¿Síííí.? ¿De verdad.? Si yo no quiero que crezcan, los quiero así de chiquititos siempre, yo los quiero encanijar abuelita, cuánto los tengo que estar tocando para que ya no crezcan más...?
- ¡Susana.! Hazme caso de no tocarlos, ¡Jesús.! La de tonterías que dices a veces

El lúgubre impero de las tinieblas reinaba desde hace rato y cada uno de los miembros de la familia Guevara Cifuentes ya dormían en sus respectivos aposentos.

En el terroso y sucio gallinero, subido en uno de los travesaños más elevados, el canto gallardo y cascado del gallo, sonaba y resonaba una y otra vez como un eco por toda la granja. Cándido y Román se marchaban con el canto del gallo. El cielo estaba bastante despejado y el rosicler del horizonte ya anunciaba por dónde iba a emerger un nuevo día más el sol.

Hoy, el día de San Nicodemo, era el primer día que la abuela abandonaba su cama pues el catarro la había mantenido enclaustrada una docena de días. Por eso, después de volver a poner sus blancas manos sobre sus adoradas gallinas, sus huevos, sus cerdos, sus gazapillos y todo lo que envolvía su campestre vida llena de intensos olores y aromas se fue montaña arriba a dar un paseo por ellas, por su montañas, sus prados, su naturaleza viva, a ver todo lo que había cambiado durante su encierro forzoso por el constipado que le había mantenido alejada de todo aquel su mundo, cuando ahora en

primavera en unos días los árboles podían pasar de estar desnudos a estar engalanados con sus mejores floraciones.

Contemplaba la abuela con aquellos sus ojillos color viva miel que resaltaban sobre su carita blanca, hoy más pronunciada a causa de la enfermedad padecida, toda la naturaleza milímetro a milímetro observando las evoluciones primaverales en estos últimos días justo en los cuales ya habían venido a visitarle las amorosas y románticas golondrinas que entraban y salían de sus nidos como relámpagos, subían, bajaban, surcaban el aire, caían en picado hasta que unos segundos antes de tocar tierra doblaban velozmente en otra dirección y en el mismo aire jugaban, cantaban, se cortejaban y bailaban... por el bosque ya no era raro ver cruzar una ardilla y saltar de rama en rama para meterse en el hueco de un árbol centenario, incluso algún zorro despistado que rondando la granja era sorprendido por la abuela antes que por los perros y éste desaparecía como por arte de magia, haciendo un uso correcto de su astuta raposería. Las hayas estaban en flor, los castaños ya desplegaban sus jóvenes y verdes brotes de hojitas aserradas, así como los abedules, los fresnos, los olmos y por supuesto los sauces que siempre son los primeros en brotar. Todo era un resurgir de la vida en sus inicios, aún así quedaban muchas vidas por despertar para que todo aquello llegase a su culmen de esplendor y color. El romero, el espliego y todas las aromáticas emanaban fragores por las montañas, donde la abuela ahora respiraba profundamente con todas sus fuerzas ese aire puro y limpio de montaña.

En las vitrificadas aguas del cercano arroyo, ella, restregaba con sus manizuelas, que ya tenían muchos años, sus prendas interiores con jabón amarillo, con ese jabón que desde hace siglos lo deja todo impecable y no contamina nada. Restregaba con sus nudillos, aplastaba, enjuagaba, golpeaba y aclaraba la ropa. Algunos de los perros tumbados a su lado en la orilla la miraban pacienzudos a la par que la respaldaban de cualquier posible peligro. Posteriormente al lavado, en el tendal, tendía toda la ropa para que se orease al sol.

Uno a uno la abuela fue cogiendo a los seis lechones que le quedaban vivos a la cerda que dio a luz hace un mes después del sacrificio de dos de ellos para la celebración del cumpleaños de Román, los fue metiendo en una cochiguera aparte para comenzar su cebo hasta la matanza otoñal que tendría lugar como todos los años para San Martín, mas para esto quedaba muchísimo aún. La celda de cebo era la más amplia de todas con una puertuca que comunicaba a una zona acorralada al aire libre sombreada por ocho milenarias encinas donde los puercos pastaban, hociaban, se rebozaban y seguían todos los ritos porcinos para dar a sus amos al final del proceso de cebo la mejor matanza del pueblo entero. Ahora los seis lechoncillos, por primera vez en su vida sin la presencia de su madre y su calor, chillaban, se movían incesantes y nerviosos por toda la pocilga, ronnoneando y olisqueando....en aquella lúgubre estancia húmeda y maloliente.

- Dentro de cuatro días hay que echar la cerda otra vez al verraco, porque hoy ya le desteto los lechones... - le recordaba la abuela a su hija Paca
- Bueno, pues dentro de cuatro días me lo recuerdas para que se lo diga a Cándido

A la tarde la abuela interrumpió su habitual tertulia para salir al huerto, pues debía recuperar el tiempo perdido en su catarro sin salir a respirar aire puro. Así recolectó los primeros espárragos que con el calor y las últimas lluvias habían burbujeado verdemente de la tierra. Las alcachofas comenzaban su cometido en serio. Las matas de habas crecían fogosas en una incipiente floración al igual que su prima hermana leguminosa: los guisantes. Los ajos, como decía la abuela “daba gustico el verlos”. Los frutales que formaban la parte trasera del huerto mezclados entre sí como almendros, melocotoneros, manzanos, ciruelos y perales florecían la mayoría en una infinita gama de blancos rosáceos y anacarados donde las abejas en busca de su preciado néctar habían encontrado un trozo bruto de flores y más flores, su actividad era de lo más constante, esta zona de los frutales se hacía casi intransitable de la cantidad de abejas, que sobrevolaban esta zona.

- Mañana Paca haz un guiso de espárragos y alcachofas, mira que hermosura *to lo que cogío* – decía la abuela a su hija
- Ah ¡! Mira qué bien, pon los espárragos en un cuenco con agua hasta mañana...

La granja ahora comenzaba otro periodo de intensa actividad como era el de la primavera que proseguía en actividad al otoño. Este año se les había pasado podar los frutales y ya con su temprana floración era imposible realizarlo ahora.

Susana, Ernesto y Sergio, aquellos chiquitines granjeros y montañeses, ganaderos y campestres desde generaciones, alargaban sus juegos en la naturaleza hasta que el crepúsculo caía, pues el buen tiempo y su madre ya se lo iban permitiendo.

Las lechuzas salían impacientes en cuanto el sol se despedía a dar captura a esos minuciosos seres como ratoncillos camperos, ranas cercanas al arroyo, alguna rata despistada...para alimentar a sus trillizos que desde el nido del granero, esperaban ansiosos la llegada de sus padres con el sustento anhelado, asomándose unidos como tres siameses, que salvo sus cabezas lo que hacía creer era estar viendo un ave de tres cabezas redondas con enormes ojos.

La noche había caído y desplegado su velo azul oscuro. En la cocina cenaban toda la familia reunida. Aquella cocina de estanterías de mampostería revestidas de baldosines, tablas de madera, platos de porcelana, frascos con legumbres y hierbas medicinales, jarras de barro, fuentes de cerámica, frente a una gran alacena centenaria de madera de nogal con botellas de cristal, cazos y ollas de latón, platos y una gran sopera blanca de porcelana.

Con un guirigay ensordecedor surcaban el pálido cielo del amanecer a una altura infinita, en una estricta formación en “V” las grullas que regresaban del continente africano donde habían invernado. En la frescura de la joven mañana antes de partir a sus cuitas diarias todos miraban ensimismados el espectáculo de los escandalosos emigrantes alados. Pedro y Alfonso en el coche miraban hacia arriba a través del cristal sin arrancar, Román y Cándido desde el tractor, Paca desde la ventana de la cocina, la abuela desde el arroyo puesta en jarras mirando a lo alto, Cristina desde la ventana abierta de su dormitorio, todos esperaban a que pasase el desfile aéreo para comenzar el día.

- Paca, para abril que está aquí mismo empiezo a soltar las aves del corral
- Sabes que no me gusta madre, se meten en todos los sitios y lo picotean y escarban todo...
- Pero y los *guebos* que ponen, ¡¡qué ¡! Anda que no se nota desde que empiezan a picar por el campo... además al huerto con la vallita ya no pueden pasar
- Siempre algunas se cuelan yo no sé por dónde ¡! No digas que no pasan...!!

Hoy la abuela llevaba la casa y Paca limpiaba en el gallinero y el corral contiguo a éste donde vivían los patos, gansos y pavos. El trabajo se les escapaba de las manos a estas dos jornaleras activas de la granja. La abuela aviaba la casa, canturreando la zarzamora, mi carro, polichinela ó cualquier otro éxito de su época...

Por la umbría de las ramas ya casi brotadas en todo el bosque se dejaba escuchar hoy por primera vez el cuco con su característico “Cu-cú” “Cu-cú”... jugando al escondite con los demás íncolas del bosque a los que engañaba y robaba uno de sus huevos para dejarle a cambio un vago polluelo suyo, tan vago como el cuco, que ni siquiera incubaba ni cría a sus propios hijos.

Las camas hechas, el suelo barrido, limpiado el polvo, ventiladas y bien ventiladas por el fresco aire del valle las habitaciones, el atún a la cazuela en pleno hervor, la chimenea limpia de las cenizas que ayer ardieron y caldearon el salón, el flan de huevo se enfriaba en la ventana de la cocina y los perros olisqueaban aquél fino y dulce vapor que desprendía, como toda la repostería que hacían las manos de la abuela.

Paca extenuada sacaba la última carretilla de gallinaza y subía con ella al redil donde dormían las ovejas con las cabras y volcó la carretilla entera, sudaba, pues el día estaba despejado y cualquier trabajo hacía pasar calor. Su colorada cara así reflejaba el intenso trabajo realizado con la pala, la carretilla y la gallinaza.

En el alegre cuarto de baño iluminado ahora por el sol del mediodía, los armarios de madera de pino antiquísima estaban decorados con ramos de narcisos amarillos, cuyos efluvios flotaban en la vaporosa estancia, Paca preparaba la bañera con sales, hierbas y tónicos relajantes para ella.

El mantel de cuadros rojos y blancos, los platos de porcelana blancos con su fino ribete azul, los cubiertos colocados, los vasos, la crujiente hogaza de pan, la jarra de cristal con agua, la botella de vino, en el centro una buena ensalada con tomate y el bonito en salsa en una fuente ovalada reposando en un lateral de la gran mesa cuadrada de la cocina. Todo estaba preparado para comer pues no tardarían en ir llegando los comensales de sus respectivos trabajos, y en nada, todos estaban sentados a la mesa.

- ¡qué rico está mamá ¡! – comentaba Cristina del atún
- Lo he hecho yo alma mía – corrigió la abuela
- Sí es verdad, sigue usted guisando fenomenal – lisonjeó Cándido
- Pues sí que sí, para qué voy a decir que no... si de siempre he *guisao mu rebien* Hoy iba haber hecho potaje pero como se te olvidó comprar el bacalao Paca, pues he dicho: bonito en salsa. Porque como hoy no se puede comer carne...

Román se reía del motivo de la abuela.

- No te rías hijo mío, es cuaresma y viernes, hasta a los animales les he echado menos ración, para que hagan un poco de ayuno, ¡es lo que toca.!
- Abuela por favor ¡!

A la tarde, los críos recién llegados del colegio jugaban, mientras su padre y su hermano Román, que esta tarde no habían subido a las tierras de labranza limpiaban la cuadra donde pacían las dos tranquilonas vacas.

- Ay Paca, este tiempo no es propio de marzo... - se quejaba la abuela
- Ya lo sé madre...
- Ya verás para mayo el frio que va a hacer, ¡acuérdate! Si los refranes no fallan...

La majestuosa noche caía estrellada y templada, Cristina y su novio Germán se habían bajado al pueblo después de cenar en la granja, Pedro, Alfonso y Román hacía tiempo ya que se bajaron al pueblo pues mañana sábado no madrugaban. Así después de cenar, en la sosegada noche, la abuela y sus tres nietos benjamines junto con su hija y su yerno paseaban por el falso patio conformado por las tres fachadas en “U” unidas por ángulos rectos que eran el porche, el granero-pajar y la vivienda.

- ¿Vamos a dar un paseo como en verano por el campo.? – preguntaba Ernesto
- No entraña, es que se está *mu* bien por aquí, con esta noche tan buena...
- Podíamos bajar un poquito por el camino de la chopera... - pedía Susana
- No alma mía, ¡qué *limpica* se ha quedado la cuadra Cándido! da gusto entrar
- ¿A qué sí? así esta noche descansa usted más tranquila
- Pues sí, no te creas que no, y las vacas también

La inmensa e insonorizada lechuza les pasó rozando las cabezas con una rata en el pico, perdiéndose por una oscura ventana del pajar.

- ¡Leche! ¡Qué susto *ma dao* ¡! ¡¡ Ya podía hacer más ruido al volar la *jodía*!

En aquella tranquilidad nocturna, dando lentos y cortos paseos de una esquina a otra de la casa acompañada toda la familia por los dos gatos siameses, los niños jugaban a “veo-veo” y su abuela, su padre y su madre comentaban los quehaceres primaverales, algo que era lo que constituía casi todas sus conversaciones – Vamos por Dios, la primera vez en no sé cuántos años que se han quedado sin podar los frutales este invierno, así que ya veremos cómo viene luego la cosecha...

- No se preocupe, que siempre está igual y al final todo siempre sale bien...
- Claro madre, no te das cuenta que cada vez somos menos, que los chicos se van casando o les van saliendo trabajo y no pueden dedicarse a todo lo que hay que hacer aquí...
- Sí que sí... por cierto hija, ahora que dices que los chicos se van casando, ¿Cuándo se casa Román.?
- El ocho de agosto y Cristina para noviembre, aunque aún no sabemos el día, así que, qué me dices con dos bodas en un año...
- Pues mira, ¡jilo que nos faltaba para el duro ¡!
- Ahí sí que lleva usted razón, porque como venga la cosecha mal no se puede casar ninguno, porque no sé cómo lo vamos a pagar...
- ¡ay! Dios no lo quiera...

Día a día, llegó por fin el esperado día del primer equinoccio anual, el día del Beato Alfonso de Rojas, era el día de su cita y allí se presentó ella, aunque ya llevaba muchos días antes rondando por todos los lares, casi un mes antes, pero desde hoy ya nadie la podía echar. De nuevo volvía para poner en escena el maravilloso espectáculo que desde hacía miles de millones de años llevaba realizando, siempre al pasar por el mismo punto solar y no por esto dejaba de sorprender anualmente a todo ser viviente. Muy fiel a su eterna cita de cada año volvía: La Primavera.

Esa dama hipócrita, que solo quiere vida, color, entusiasmo, fantasía, alegría, cortejo, creatividad, amor, libertad, frenesí, exotismo y engalanamiento y que hace pagar con la muerte ó con infinitas plagas y enfermedades a todo aquél que no la sigue al ritmo que ella impone.

Es su juego, su juego de muerte disfrazada de fiestas florales, cielos azules, soles resplandecientes de luz, fragancias embelesadoras...ese es su juego, matar a todo el que no comulga con ella, pero parece ser que esta hipnotizadora chiflada era la dueña de la vida y de la muerte, su administradora y su justiciera.

El cielo hoy estaba raso, pero muy temprano antes de que el sol saliese se enturbió en gris claro, un gris característico que anunciaba agua fresca muy pronto, los únicos despiertos hoy sábado a estas horas eran Cándido y su suegra.

Pronto se despertó también rebulléndose en su gran camastro Paca y miró al clásico despertador que decoraba una de las mesillas de su cálido dormitorio conyugal. ¡¡las ocho y media!! Con todo el dolor de su corazón y toda la pereza del mundo juntas no le quedó otra alternativa que levantarse y más cuando ya oía en el piso de abajo a su marido y a su madre.

Puesta la bata de lana, la ojerosa y despeluznada Paca corrió la cortina de la ventana y en el patio vio a su marido y a su madre, uno acarreado el heno y la otra con su cestillo de mimbre repleto de huevos. Abrió la ventana, hizo la cama con su colcha de hilo blanco de ganchillo y bajó a la planta inferior.

En la cocina reposaba el tazón de florecillas azules de la abuela y otro blanco en el que había desayunado Cándido, la abuela entraba ahora a la cocina por el patio con la cesta de los huevos – buenos días nos dé Dios y buen provecho

- Gracias madre, es que hoy me he quedado frita
- Anda pues mira para un día que puedes...tonta serías ¿ Y los chicos llegaron mu tarde anoche.?
- No sé, ahora cuándo se despierten me lo dirán, yo caí como un tronco

El sol atravesaba la gran capa de nubes grises transformándolas en un color blanco que producía una luminosidad cegadora peor que cuando luce el sol limpio y claro. Mirar a aquél cielo blanco destellante era deslumbrarse.

Sergio, Ernesto y Susana, jugaban detrás del arroyo, debajo de los tres sauces llorones que con sus cortinas de ramas lo decoraban desde siempre. En el porche preparaban la segadora Cándido y Román para el lunes si el tiempo lo permitía esquilar la lana verde del prado que ya adquiría alturas desorbitadas. Pedro, Cristina y su madre como todos los sábados por las mañanas habían ido a la Nava de Arriba a realizar la escasa compra semanal de los productos que en la granja no generaban. Era la abuela hoy quién se encargaba del menú, mientras su nieto Alfonso le sustituía a ella suministrando el alimento a los puercos, conejos y resto de animales.

Los chopos desprendían sus colorados amentos a lo largo del curvado camino que finalizaba enlazando con la carretera de robles, que hacia la derecha conducía a La Nava de Abajo y hacia la izquierda a La Nava de Arriba. Las grajas cruzaban ahora el cielo con sus sonoros y crujientes graznidos que resonaban una y otra vez en la inmensidad del valle.

El arroyo ya comenzaba a gemir como en ninguna otra época del año y sus rizos de agua transparente en fuerte corriente cada día eran más turbulentos, estaba claro que el deshielo de la nieve ya había comenzado.

- ¿Por qué no bajamos al pueblo esta tarde? – preguntaba Cándido – que hace mucho que no vamos...
- A mí no me apetece Cándido, yo he estado de compras esta mañana. Yo estoy aquí tan a gusto, baja tú a dar una vueltecita...
- Cada día te pareces más a tú madre... que no sale de aquí o del bosque

A la tarde, la abuela se deleitaba contemplando a sus queridos animales del alma mientras Paca en el patio hacía punto en una silla de esparto al sol. Los niños montaban sus fregados a la orilla del manantial ya que su madre no les veía y Cándido, el sufrido Cándido hacía las veces de mamporrero con las cerdas y el verraco.

- ¡Ay Cándido! Hijo mío, ¿Va a echar las cerdas al verraco.?
- La pregunta del español, abuela, que pregunta lo que ve.
- Ay no te enfades, ¡Ay qué alegría tan grande ¡!

La abuela no perdía pieza en tan desagradable, sucio y asqueroso espectáculo de gruñidos, espumarajos bucales y olores nauseabundos mientras el pobre Cándido andaba entremedias de todo ello. En la cochiguera de cebo, los nueve cerditos con un mes y medio, tumbados los nueve en un rincón unos sobre otros, dormitaban pesadamente ronroneando entre sudores porcinos, mugre, excrementos, purines y ese intenso olor a cerdo que es característico en cualquier pocilga.

Canela, la vieja perra de caza dormía allí una siesta primaveral en la puerta del granero junto con su hija Mora, otra perra de caza más joven aunque ya madura, de pelo negro como el carbón sin la más mínima impureza de otro color. El Chato, un bóxer de dos años que parecía ser de goma por la agilidad que portaba en todos los músculos de su cuerpo olisqueaba las ruedas del tractor aparcado en el porche y las paredes de éste con signos externos de aburrimiento profundo. Lobo y Pastora, un perro lobo y una podenca de cuatro años ambos que se habían criado juntos desde que uno fue salvado de la muerte por Cándido y la otra fue regalada a Cristina por su novio, los dos jugueteaban a mordiscos inofensivos. Por último, Chiquilín, un perrazo mixto hijo de los anteriores que contaba con un año de edad y un considerable tamaño, con más trazas de podenco que de lobo se desperezaba elásticamente de su siesta al solecito.

- ya se ha cubierto una guarra hija mía, que alegría
- ¿Ya.?
- Sí, ya, ha ido muy rápida
- Pues una cosa más hecha...
- Por cierto Paca, mañana ya empiezo a soltar a las aves del corral
- ¡Qué leche con soltarlas.!
- Pero mujer, si es que disfrutan mucho, crían más, ponen más huevos y se crían más sanas...
- ¿ Y para qué están hechos los corrales ¿?
- Para que pasen el invierno y para que duerman en verano...

- ¡¡Haz lo que quieras!! Si va a dar igual lo que te diga...
- Que no te enfades hija

La noche del sábado se aventuraba como las de todos los sábados: tranquila. Solos en casa el matrimonio Guevara con los tres niños pequeños y la abuela. Pero hoy cuando ya había anochecido llegaron por sorpresa su Hija Cecilia y su marido Agustín con la parejita de vástagos y los padres de Agustín la “señora” Lola y Severiano. La abuela les recibió

- Pero pasad, pasad, qué sorpresa es esta ¡! qué tal estáis ¿?

Cecilia besaba a su abuela, al igual que hacía su marido y los padres de éste – qué tal está usted doña Zenona.?

- Aquí vamos viviendo....
- Más tiesa que un garrote, ya la veo....
- Mujer, tampoco es eso, pero pasad, no os quedéis ahí...

Como era la hora de la cena, pronto Paca preparó improvisado un buen banquete para los repentinos invitados. En la cocina la bota de buen vino tinto corría para caldear el ambiente. Los chorizos, los huevos fritos, el queso, el buen jamón casero de pata negra, como el buen lomo de bellota, las patatas asadas con sal y pimienta, la cerveza fresca, la tortilla de espinacas recién cortadas y otros alimentos llenaban la mesa donde todos comían a dos carrillos. Los chapetones encendidos de la gente del campo con el combustible del vino estaban a punto de estallar. Doña Lola, una señora muy gorda de por sí, estaba morada dando la sensación que todos iban a contemplar en breve una explosión humana, pues ella continuaba comiendo, mojando pan en las salsas y regando su estómago con vino y cerveza todo en mezcla como una lima. Ahora se destornillaba de risa ella sola. Cándido, Agustín y Severiano hablaban de sus cosechas del campo, del tiempo y de vez en cuando intercalaban algún chiste que era el que hacía que doña Lola se cayese ya de la silla de la risa que tenía. Todo en aquella cálida cocina era júbilo y alegría. Optimismo, risas y buen humor. Risas, humos de tabaco, charlas de unos y otros entremezcladas añadiendo los juegos de los niños por debajo de las patas de la mesa y entre las piernas de sus padres, lo que producía alguna molestia a los mayores.

Velozmente transcurrió aquella noche para aquél grupo de gente, de aquél valle lejano.

- ¡¡Lola que son las dos ¡!
- ¿Las dos.? Pos bueno ¡! Cómo si son las tres, ja,ja,ja,ja,ja,ja...¿Y cómo hizo eso.?–
Lola seguía a los suyos hablando y riendo a carcajadas con Paca.

Agustín y Cecilia ya se habían marchado hace un par de horas, pues los niños se lo habían pedido cayéndose de sueño. La abuela dormía plácidamente en su dormitorio y sus tres nietecillos en sus respectivas mullidas camas, pero en la cocina aún los dos matrimonios, consuegros mutuamente, finalizando su tertulia nocturna ya más sosegados, hasta la próxima ocasión.

Los días fueron transcurriendo poco a poco, las avefrías acababan de regresar de otras latitudes más cálidas. En el campo, excepto los tilos, todos los árboles habían vuelto a dar vida a sus brotes. Por las noches ya se oían los ultrasónicos y crispantes microchillidos de los murciélagos que en esta época ya andaban atareadísimos en busca de su amada vampiresa.

El día de San Amós, sucumbió en plena luna llena, tan llena como el sol le daba de lleno, pero en lugar de ir cargada de calor, iba cargada como va siempre la luna llena de muertes de amor, de místicos festejos florales que solo florecen con la presencia de su misteriosa y enigmática luz magnética. Cargada de frivolidad, de inquietud, de inestabilidad síquica, de pasión, de locura, de frenetismo incontrolado, de mareas marinas, de hechizos, todo bajo la azul gasa de la corteza terrestre desde donde la vemos enclavada a esa diosa misteriosa y milenaria.

4

Ni abril sin flores ni juventud sin amores.

Abril, a los campos hace reír.

En abril aguas mil, y todas juntas caben en un barril.

El que no guarda leña para abril, no sabe vivir.

Abril llovedero, llena el granero.

De abril y la mujer, todo lo malo es de temer.

En abril, poda el ruin.

Por San Marcos a sembrar las calabazas, las sandías y el melonar.

Abril sin granizar, ni se vio ni se verá.

La madrugada, temprana ya, del primer día de abril, San Venancio, vino fresca cargada de cirros traídos por un viento de un frío atroz. Era día de diario. De trabajo. De labor en el campo como la mayor parte de todos los días aquí en la granja.

En la fresquísima torrentera del arroyo los patos se daban su primer baño del día, zambulléndose, aleteando, remojándose, nadando alegres, se sacudían salpicándose... las dos blancas ocas subían y bajaban sus cuellos una frente a otra en un beso sin fin. Fuera, las gallinas escarbaban, picoteaban las tiernas briznas de hierbas de abril que encontraban a su paso, bebían de las cristalinas aguas del manantial y disfrutaban de su libertad hasta donde les era posible, todo bajo la escrutadora mirada de los soberbios gallos que erguidos y con sus sesgados cantos competían por ver quién hacía temblar al valle con su eco en aquél alba de de aquél abril que se les había regalado vivir.

Los pavos, al contrario que las gallinas no parecían disfrutar de su libertad, aparecían atolondrados, despistados, desorientados fuera del corral, en una palabra eran pavos... Las palomas se arrullaban todas acurrucadas dispuestas en fila india en lo más alto del palomar salvo algún explosivo palomo arriba en el pajar que giraba sobre sí mismo haciendo la rueda de amor. Los perros dormitaban al solecito del amanecer excepto los que se marcharon esta mañana con Cándido. En el redil, las ovejas aguardaban a que el sol de la mañana cogiese fuerza y evaporase el rocío de la hierba del prado donde ellas pastaban siempre con sus dos amigas las cabras. Una coneja amamantaba a la nueva camada venida hace escasos días y los cerdos en su lúgubre y maloliente pocilga ronroneaban la llegada de su ama que les trajese su sustento diario.

Las místicas golondrinas ya habían regresado y volaban en quiebros vertiginosos unas detrás de otras sin parar de entonar repiqueteos. La libertadora de todos los animales estaba en el gallinero rebuscando con su cestillo de mimbre oscuro los huevos de hoy.

En la enramada umbrosa del bosque de frondosas y en el más arcano lugar cantaba la oropéndola, ave solitaria que no se deja ver con facilidad salvo en esta época de cría cuando la primavera les reclama su tributo de vidas nuevas a las que seguirá cobrando el mismo tributo mientras vivan en una cadena interminable de vueltas al sol y primaveras hasta el fin de los tiempos y desde el comienzo de los mismos.

El martín pescador hoy subía desde los aguazales límpidos hasta aquí, donde las sonoras aguas cascaban las piedras rocosas del manantial.

- Ay madre, ¡¡ qué mes se nos presenta ¡! – se quejaba Paca
- No me digas *na...* la vaca pare, el ...
- ¡anda calla! Eso por un lado, pero lo digo porque por otro lado este mes tiene que venir el veterinario a vacunar a los animales.
- Y también Paca hay que tratar los cultivos que luego a Cándido se le olvida y las plagas no perdonan los olvidos
- Bueno, bueno, de todos modos no le atosigues, que Cándido el pobre tiene mucho encima, ya se lo diré yo...
- ¡qué cosas dices! Como le voy a atosigar...descuida ¡!

Mora, la negrísima perra de caza lamía las zapatillas a la abuela raboneando y agachadiza pidiéndole alguna carantoña... - quita, quita, que eres más pegajosa que un moco...

- Madre por Dios, cómo le dices eso a la pobre Mora
- Pero no la ves, qué cansina está
- Lo que tienes que hacer es encerrarla en la pocilga y que no salga en unos cuantos días no sea que la pillen los perros porque no ves que está en celo
- ¿Ya la toca.?
- Ay madre, no lo sé si la toca, lo estoy viendo...que mira cómo está... ¡¡en celo ¡!
- Anda, no me había fijado, qué raro, si es que tengo yo también mucho en la cabeza, dices tú de Cándido, pues detrás de ésta van las demás perras seguidas...
- Llévatela ya y enciérrala bien, qué horror de perros ¡! Si con dos sería suficiente, bueno horror de perros y de gatos y de cabras y de todo...
- Mujer no des voces, loca ¡! Van a ser un horror los animalitos...
- Pues sí madre, aquí hay que ir eliminando bichos, porque si se casa Román no vamos a poder con todo, él nos ayuda mucho
- Bueno, bueno, de eso ya hablaremos, voy a llevar a la Mora a la pocilga, ven rica, ven...

Mora iba dando brincos y arrastrándose por el suelo al mismo tiempo nerviosa e inquieta siguiendo a su ama y jefa de la manada. En el corral de la parte trasera de la pocilga que era de amplias dimensiones y que ahora florecían las milenarias encinas, los nueve cochinitos que ya habían sido soltados a la montanera para iniciar su cebo a

la antigua usanza una vez destetados, ahora tomaban el sol tumbados unos sobre otros. Para que, llegado San Martín diesen jamones, lomos y chorizos como los de antaño criados y curados en la montanera.

Los plumíferos cirros, comenzaron a descargar agua lenta y finamente pero constante e incesantemente. La naturaleza, el bosque y el valle exudaban humedad, el terreno transpiraba y en el aire fluía el intenso olor a tierra mojada por la lluvia temporal. En lo más profundo del valle y sus montañas boscosas donde las ramas ya se cubrían de hojas y brotes verdes que se entrelazaban formando entre todas ellas una cubierta vegetal impenetrable hasta casi alcanzar el cielo, y ahí, entre unas ramas ignotas en la espesura del citado enramaje se descubría el diminuto nidillo del verdecillo, entrelazado de pajuelas, musgos y pelusillas de chopo, que guardaba el precioso tesoro de unos pequeñitos cascarones donde bullían dentro unas viditas, vigiladas por los ojillos negros de vivo cristal de sus progenitores.

El horno desprendía el cálido y dulce aliento que anunciaba que el bizcocho ya estaba dorado y la abuela, cohibida hoy de sus andanzas campestres y granjeras a causa de la abundante lluvia, preparaba el relleno para el bizcocho al tiempo que Paca cocinaba en la rústica olla de barro la buena menestra en su mejor época con los recién cogidos espárragos, alcachofas, zanahorias, guisantes, habas, tomillo, perejil, hierbabuena y morcillo de ternera alimentada en aquellos verdes prados

- Paca, hay una gallina *yueca*
- Querrás decir clueca
- *Pos* eso, *yueca*, ¿Qué dicho?
- No me digas lo que vas a hacer que ya lo sé...
- La voy a poner nueve *guevos* a ver si los saca, tiene el nido en el porche...
- No pongas este año a incubar ninguna gallina
- Pero ¿Porqué mujer.? Si el año pasado saqué treinta pollos y *pa* diciembre no quedaban *na* mas que cinco
- Si, pues esos cinco ahí siguen...
- Es que hija, hay que dejar alguno para que se vaya reponiendo el gallinero
- Bueno, de todos modos no les pongas muchos huevos, porque este año hay seis pavas y entre pavos y pollos vamos a comer todos los días lo mismo el invierno que viene... ¡Ah! hay que cubrir a las dos conejas jóvenes que nacieron en enero y los otros cuatro hay que sacrificarlos esta misma tarde sin falta que ya de gazapos no tienen nada... y luego están muy duros
- A ver si no llueve
- Y aunque llueva madre, qué más da... hay que sacrificarlos
- Y la semana que viene ¡Semana Santa! Menuda se presenta de lluvias y fríos
- No adelantes acontecimientos, ya veremos...
- Este viernes ya vienen los niños de vacaciones

- No me lo recuerdes, con la tabarra que dan
- ¡¡Tampoco es para tanto ¡!
- Si no llueve pueden salir por el campo a jugar como en verano y no vamos mal, pero como llueva... ¡quita pegajoso! – exclamó Paca pegando un zurrido a uno de los siameses que se acariciaba entre sus piernas.
- ¡qué mal los tratas, pobrecillos!

La temperatura era algo fresca y la fina lluvia temporal no dejaba de fecundar el suelo. En el porche a pesar de la lluvia, como había ordenado Paca, reposaban colgando de sus patas traseras aún chorreando gotas de sangre por el hocico cuatro de los seis gazapillos que vinieron al mundo una fría mañana de enero. La humedad ambiental que provocaba la lluvia hacía que el olor a sangre se extendiese mucho más y en el cavernoso porche la abuela con las manos remangadas y con su afiladísimo cuchillo dispuesto en la diestra, iniciaba lo más desagradable de todas las matanzas: el destripe. El cuchillo atravesó el tierno vientre de uno de los conejitos muerto hace unos instantes y fue bajando y deslizándose suavemente hasta que todas sus tripas, intestinos y vísceras por su propio peso se escurrieron por la hendidura realizada en su cuerpo, viscosas y humeantes. Cristina miraba a su abuela con la mayor de las indiferencias pues desde que ella nació había visto todo este tipo de sacrificios, matanzas y despieces como lo más natural de la vida misma en su cadena trófica: matar animales domésticos para hacer la comida y comer. Una a una fueron cayendo las vísceras de todos ellos a un negro cubo de plástico. - ¿quieres que te guarde las cachuelas y te las hago frititas.?

- ¡¡Ay sí abuela ¡! –

El porche constituía una despensa bien surtida, decorado por varias trenzas de ajos, de guindillas secas, de cebollas... pasar al porche no ofrecía dificultad pues no disponía de puerta ni de pared siquiera, era una nave grande que lindaba por un lado con la pared del granero y entre el granero y una tapia de tres metros de altura se encontraba lo que se utilizaba de porche para guarecer a los tractores y otros aperos de labranza de Cándido bajo un techado de tejas levantado en la última obra acometida, y allí por el hueco de una pared lateral que faltaba era por donde los tractores entraban y salían. Cristina y la abuela no perdían de vista la lluvia, la humedad y el relente de esta triste tarde primaveral, como suele ser en sí mismo todo lo primaveral: triste. Mientras terminaban de limpiar al último de los conejos.

- Ya he *apañado* los gazapos Paca
- ¿ya.? ¡¡Qué rápido ¡!
- Sí, no han *dao* guerra los benditos, se han ido rápido para el otro barrio... ¿Paca.? ¿qué te pasa.?
- No, nada...
- ¡¡huy!! A ti te pasa algo ¡! Esa cara a qué viene...

- Nada de verdad, es que me ha dado por pensar que en verano ya se casa Román y claro, aunque siga subiendo a trabajar con su padre, luego habrá que dividir las ganancias. Además de lo que supone el gasto de la boda, ya sabes que vamos con lo justo madre, somos diez bocas diariamente y para colmo ahora en noviembre dice Cristina que se quiere casar y no hay quién la apeé del burro ...el sábado van ella y Germán a hablar con el padre Matías, si se casa más trabajo para nosotras que cada vez somos mayores, más gastos de bodas que ya no sé ni de dónde lo vamos a sacar, porque de la boda de Román en agosto a la suya en noviembre no nos da tiempo recuperarnos del bache.. ¡si lo sabré yo!
- Como que dos bodas en un año ¡es *muchísimo*!
- Tú fíjate madre, ni me lo menciones y a Pedro le cumple el contrato en mayo ¡ay Dios mío cómo no se lo renueven ¡!
- Venga Paca no lo pienses que es peor, al toro hay que darle un capotazo cuando viene, no cuando está a cincuenta metros, ¡pues no queda *ná* aún! Tu deja que los acontecimientos vengan ¿No es la vida la que transcurre como un río que nos lleva.? Pues que se encargue ella de solucionar los problemas como ella bien quiera, lo que sea será...
- Sí, ya... ¡Ay mis hijos Dios mío! Pero si no tiene ni casa ni nada, dónde va a ir esta Cristina ¡!
- Mujer, que ya has casado a cuatro, no es el primero que se va a casar
- ¡ay cómo pasa el tiempo Cristo de la Buena Dicha ¡!
- Venga Paca por Dios no llores, que para eso estoy yo aquí hija para alegrar la vida a *to* el que pillo y a ti la primera, y para ayudarte en *to* lo que haga falta ¡!
- ¡¡Ay madre ¡! Qué humor ¡! Con tus tontunas de siempre...
- ¡ anda claro ¡ eso es lo que tienes que dar gracias que me tienes a mí, con estas tontunas que Dios me dio, pero que te soluciono todos los problemas, siendo ya como soy más vieja que Matusalen
- Ya, ya lo sé madre..
 - Así que venga, deja de llorar y sal fuera que te dé el aire y la lluvia fresca en la cara, que eso es *mu* sano...que pronto llega ya la Semana Santa ¡¡que alegra el ánimo ¡!
- ¿la Semana Santa alegra.? ¿Desde cuándo.?
- La Semana Santa no, pero las torrijitas de buen vino que yo hago, esas ponen contento a cualquiera ¿eh.? Je, je,je...
- Bueno está bien, nos haremos la fuerte
- ¡¡Claro ¡! Si no vas a terminar como la loca la Nava
- ¡¡Qué le vamos a hacer ¡!

Como en todo pueblo ó aldea que se precie de tradición siempre existe el tonto o la loca del pueblo que en este caso habitaba en La Nava de Arriba, “la loca la Nava” y en

La Nava de Abajo era célebre “el tonto la Nava”. La primera tenía la manía de perderse por esos lares de Dios el día que estaba de vena, que eran la inmensa mayoría, decía “la loca la Nava” - “Me voy a perder, adiós!” - y se perdía, ¡vaya que sí se perdía! Y bien perdida, como que la última vez que se perdió la encontraron a doscientos veinte kilómetros del pueblo al cabo de un mes de su desaparición. El segundo de poca lucidez citado sus manías eran múltiples y tan simples que por eso era “el tonto del pueblo”, solía pedir en la puerta de la iglesia, sin tener necesidad de ello puesto que su familia le mantenía, se subía a los árboles a coger nidos con sesenta años, se iba al cementerio a orinarse en las tumbas de quién le había caído mal en vida pero aunque no sabía leer se acordaba muy bien de la lápida de cada fallecido en el pueblo, eso si no le entraban ganas de desahogos mayores...

En el suelo del bosque, bajo el entrecruzado ramaje de frondosas y coníferas, florecían los nazarenos intentando tapizar a rodales de color púrpura aquel boscoso lugar remojado por la refrescante lluvia primaveral. Paraje de árboles, arbustos, ramillas finas que se enmarañaban con retorcidas y viejos ramajes cubiertos ahora de hojas para camuflar los miles de nidos en plena incubación que albergaba como todos los años el mes de abril.

Finas lluvias, otras torrenciales, escampadas instantáneas, turbulentas tormentas, ventiscas e incluso una o dos granizadas para que se cumpliera otro de los refranes de este mes “Abril sin granizar ni se vio ni se verá” y así con esta misma revuelta climatología comenzó la Semana Santa.

Aquél Jueves sin prisas para nadie, despertó a la abuela el cascado canto metálico del policromático gallo. Era mucho más tarde de lo que la luz daba a entender pues estaba nublado. Zenona se levantó y contempló por su ventana de siempre un día cargadísimo de nubarrones prácticamente negros, grises y púrpuras tan bajos por el peso del agua que transportaban que quitaban la visibilidad de todos los picos de las montañas que rodeaban su impervio valle. Estática y ensimismada observaba aquella pintura. Todavía no había conocido ella nada más hermoso que un paseo por pleno campo en un alba de abril, pero hoy no podía, además el tiempo amenazaba no con frío más sí con mucha agua.

En el blanquísimo e impecable cuarto de baño, con carpintería de pino carrasco, siempre con aromas a la limpieza natural que emana en las casas de campo como el buen manojito de lilas que en uno de los floreros colocados en el mueble de las toallas, desprendiendo su acidulado aroma perfumaban todo el, y aquí, respirando

profundamente ese aroma a lilas se lavaba su tierna y suave carita con sus curtidas manos de campesina la abuela. Una vez dispuesta para comenzar el día, bajando por las escaleras de madera que hoy sí crujían y gemían todas sus rajillas y grietas diciéndole a la abuela que ella hoy era la primera en bajarlas. Al escuchar el maullido de las escaleras los dos felinos de la casa, silenciosamente como pisando el aire, volaban hacia las piernas enlutadas de su tempranera ama, que dirigiéndose a la cocina comenzó a realizar en ella lo que había hecho desde hace más de medio siglo de Jueves Santos: torrijas. Torrijas y más torrijas de vino, como son las auténticas torrijas desde que hace dos mil años le ofrecieron en plena crucifixión a Nuestro Señor Jesucristo una esponja en vinagre para que aplacase su sed agonizante.

La casa entera estaba embebida en el dulce olorcillo del almíbar del vino mezclado con miel y canela en el que se bañaban las torrijas en una inmensa fuente de barro, previas a ser rebozadas en huevo batido con azúcar y por último fritas en aceite de oliva.

El viento bufaba y arrastraba a los pesados y negros nublados cargados y rebosantes de agua. Hacía fresco.

Embelesados por el sutil aroma del bálsamo de Vaco, los niños ya despiertos, saludaban a su abuela aún en pijama en el interior de aquella cobijada y cálida granja. Despeinados, desperezándose, sin lavarse y con los ojillos hinchados del sueño.

- ¡¡Qué ricas las torrijas ¡! ¿Puedo coger una? – preguntó golosa Susana.
- Primero a vestiros ¡! mis dichas ¡!! Y tú Susana, cógete una coleta que vas a meter los pelos hasta en el cazo, ale....¡¡a lavaros la cara ¡!

Los que sí bajaban ya lavados eran sus otros nietos, que no tardaron nada en colocarse alrededor de la mesa con ganas de probar las emborrachadas torrijas.

Al mediodía, los niños jugaban en las inmediaciones de la granja azotados por el fuerte viento que a Susanita le hacía mostrar todos sus leotardos blancos pues el pichi se lo levantaba hasta la cabeza, donde la negra y bucleada coleta de la niña se zarandeaba por los aires.

En el pucherón de barro los garbanzos y judías, las tajadas de bacalao, las berzas y todos los ingredientes que componían el potaje, hervían muy lentamente al fuego de las brasas de la cocina de leña.

Las brasas de la chimenea del salón desprendían el calor de su fuego en toda la habitación y aquí tomaban sus chatos de vino Román con sus dos hermanos, su padre y su cuñado Agustín, marido de su hermana Cecilia que habían subido hoy a comer allí el sustancioso y concentrado potaje de bacalao tradicional de Semana Santa.

Los aullidos de los perros recibían y avisaban de la llegada de Asunción, Teo su marido y sus dos hijos, el mayor de los dos; Teín; era de la misma edad que su tía Susana y ambos cuando se juntaban se lo pasaban bomba montando los más variopintos tinglados .

En todo el día, a pesar de la amenaza constante de las nubes prediciendo agua, no había caído ni una sola gota. Después de la cena Román y Agustín vestidos de capuchones metían prisas al resto para no llegar tarde a la procesión del Silencio que partía de la Nava de Arriba y en ella finalizaba después de bajar a la Nava de Abajo y volver a subir campo a través. El crucero de coches, a cual más lleno de viajeros, partió pasadas las once y media. Escasamente habrían transcurrido quince minutos cuando ahora ya todos en la Nava de Arriba aparcaban. De los vehículos se bajaban todos los íncolas del valle, la abuela, los dos nietos cofrades con sus hábitos, su hija Paca y el marido de ésta, los tres niños y los nietos de Paca, biznietos de la abuela.... Ahora se dirigía hacia ellos Germán, el novio de Cristina que los había visto llegar.

En la plaza todo era un revuelo de gente, algunos cirios y velas ya encendidos desprendían sus olores a vela derretida y misticismo. Los nubarrones negros tapaban cualquier luminosidad de la luna por mínima que ésta fuese, por supuesto las estrellas estaban ausentes.

El reloj de la plaza dio las doce. Las doce campanadas. Las doce de la noche. Las doce de un Jueves Santo más. Las doce en las que todos guardaban riguroso silencio. Las doce solemnes. Las doce resonantes. Las doce sincronizadas entre los dos pueblos que eran uno. Las doce místicas. Las doce enclavijadas. Las doce anunciadoras. Las doce. Tras la última campanada, a la tétrica noche la partió en dos una corneta que al morir ahogada, salieron en su ayuda un retumbar de tambores, tamboreando martilleantes. La puerta de la Santa Iglesia de la Medalla Milagrosa que se abrió muy despacito de par en par, bajo palio salió por ella el padre Matías vestido para la ocasión. Al ritmo lento y retumbante de los tambores fue avanzando el palio bajo el que iba el padre Matías con su báculo incluido detrás de los solemnes músicos.

Una vez que había avanzado un poco más se abrieron los dos negros portones de la Santa Iglesia y poco a poco fue apareciendo Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa con esa su expresión, de bondad y dolor, sufrimiento y congoja, divinidad y aflicción.

Los mozos del pueblo que la soportaban sobre sus hombros reflejaban en sus caras el dolor y el peso de los cuatrocientos kilos de madera, faroles de bronce, cestas con claveles y otros componentes florales, todo repartido entre los ocho corpulentos jóvenes.

Detrás de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa desfilaban, el alcalde, el doctor, el veterinario, el boticario, los maestros y otras celebridades del encantador pueblín, seguidos ellos de todos los cofrades con cirios encendidos. Por último, detrás de todos los cofrades, todas las viudas del pueblo, muchas de ellas descalzas como era el caso de la abuela, otras caminando arrodilladas y otras simplemente andando para no hacer más lento aún el caminar de todos los del pueblo que eran los que seguían a estas penitentes .

La procesión partió, el aire era fresco, la noche negra y oscura, el olor a iglesia, todos entonaban cánticos lastimeros y sobrios, cuando ya ahora a paso de niño pequeño se abría paso la procesión por pleno campo. Había quién lloraba de dolor dejándose las rodillas o los pies entre las piedras, dolor, sufrimiento y recuerdo, otras lloraban de tristeza recordando cuando esa misma procesión la encaminaban junto a seres queridos que ya no estaban aquí, algunas mujeres casi lloraban sangre mientras con sus rodillas desolladas, limaban con la rótula de su hueso el áspero y pedregoso suelo, regándole de sangre, sudor, sal y lágrimas. A los niños acongojados del miedo, se les habían quedado las manitas y los brazos agarrotados a los de sus padres y madres, a los que no soltaban como si estuvieran soldados a ellos. Pero la procesión continuaba, de parada en parada, de redoble en redoble, de salmo en salmo, de grito en grito, de misterio en misterio, de gemido en gemido.

El ambiente del aire era rigurosamente místico, noche negra de sangre, claveles rojos que se bambolean al vaivén del paso, olor a cera, fuegos y llamas en las velas, flagelos, espinas, dolor, muerte que redime, espíritu, vida, frío húmedo, augurios de fe y esperanza. Sollozos y congoja, miedo infantil, murmullos, cánticos y tambores que retumban en la noche, todo esto bajo los tumbos a un lado y otro que iba dando Nuestra Señora de La Medalla Milagrosa por el tortuoso camino que conducía por pleno campo a través a la Nava de Abajo, otorgando a aquella divina figura estática vida y movimiento bajo el baile de las infinitas bailarinas de fuego que encima de las velas danzaban al suave movimiento que les daba el viento proyectándolo sobre el Sagrado Manto negro ribeteado de platino con salpicaduras de pedrusquitas preciosas y diamantes de la Virgen.

Antes de entrar a La Nava de Abajo, la Santa hermandad del santo oficio, apagó sus velas y detrás todas las demás que aún prendían se fueron apagando y la procesión desapareció en la tétrica y misteriosa oscura noche. Los cánticos cesaron, las invocaciones y las oraciones. Todo desapareció en un silencio mortal como el silencio de los cementerios, que en ocasiones es tan silencioso que hasta se oye. Tan solo una vela a cada extremo del paso de la Virgen quedaron encendidas, provocando estas cuatro velas solas movimientos trampantójicos en la sombra de la Virgen más vivos e incesantes aún que antes. Los primeros de la procesión ya habían entrado en La Nava de Abajo, a los últimos les faltaba aún una buena caminata. Una vez allí la Virgen, salió el Cristo del Gran Poder y la procesión continuó por pleno campo encaminándose de nuevo hasta las afueras de La Nava de Arriba donde se encontraba la Santa ermita de Nuestra Señora de las Candelas. Para llegar aquí aún faltaba muchísimo, el regreso solo acababa de comenzar, eran las tres de la madrugada, los niños como zombis se caían de sueño ó deambulaban sin fuerzas como espíritus....

Bajo el silencio sepulcral, la Santa Madre seguía a su Hijo Crucificado. Los cánticos se volvieron a entonar cuando el padre Matías aclamó: ¡¡Por Nuestro Señor Nazareno!! Al unísono comenzaron bajo un susurro gregoriano a cantar, hasta la llegada a la Santa ermita de Nuestra Señora de las Candelas donde por fin a las cuatro y media de la madrugada finalizó la Santa procesión

Para la familia Guevara Cifuentes, Viernes Santo amaneció a la hora de comer y para los somnolientos niños ya eran las cinco de la tarde. Hoy también había procesión pero a unas horas más tempranas, pudiéndose acostar todos a horas razonables lo que hizo que ya el sábado la abuela volviese a sus acostumbrados madrugones.

En el viejo camino los chopos cobraban vida de nuevo en él, ya desprendían sus amentos florales e incluso pequeñas hojuelas verdes, la savia volvía a recircular por sus vasos liberianos de xilema y floema.

La abuela después de repartir el alimento generosamente a todos y cada uno de sus animales desde el gallo a la pobre clueca que celosa sobre el cajón de madera repleto de dorada paja limpia incubaba maternalmente nueve hermosos huevos; nueve; porque según la abuela una gallina siempre tiene que incubar número impar de huevos y ponérselos a empollar en cuarto menguante.

También había preparado el alimento a esa pava que también clueca incubaba siete huevos como cocos, a todos, uno por uno de sus animales, les iba haciendo partícipes de su cariño. Después de realizar sus labores domésticas, partió a dar un paseo matinal por la montaña, pues también le gustaba echar una vista a sus animales silvestres como ella los llamaba, partió acompañada de la menudita Susana agarrada de su mano.

El sol hoy lucía a intervalos en los que los nubarrones negros le dejaban asomarse a dar vida con su luz a ese bosque por el que ahora, bajo su enramada arbórea formada por pinos y hayedos paseaba la abuela que se sentía la más dichosa de los mortales y es que ya lo dice el refrán: ""Quién ha visto sin temblar, un hayedo en un pinar"" Algo de sublime belleza.

Las anemonas tapizaban el boscoso suelo cubriéndolo en una malgama de blancos, amarillos, malvas y púrpuras... Las venas de la montaña desaparecían a la vista cubriéndose ahora de una amplia gama de anuales que brotaban y florecían en todo su esplendor primaveral, no dejando ni la más mínima vereda limpia de follaje.

Susana y su abuela se encontraban extasiadas por aquél paraíso vegetal, pues los cinco sentidos de ambas llegaban a su clímax en la máxima percepción de belleza y vida. Hasta en el mínimo resquicio de una corteza de un roble, una polilla diminuta realizaba su puesta de huevos, donde sus larvitas eclosionarían en quince días. Ellas disfrutaban

al máximo pues conocían desde que habían nacido a la madre naturaleza, nuestra madre naturaleza. Se ensimismaban donde otras personas no fijarían ninguno de sus sentidos y es que para una persona sin conocimientos de la naturaleza un paseo por un bosque es como recorrer un maravilloso museo de magníficos cuadros, donde el noventa y cinco por cien de ellos estuvieran colgados al revés, vueltos hacia la pared, mostrando solo la cara posterior del lienzo.... No se reconoce nada....

- ¿Abuela que estás cogiendo en esta cesta ?
- Setas, mi dicha, setas... champiñones y setas de chopo

El bosque y la montaña umbría desprendían una música de mil flautas traveseras y clavicordios, campanillas, gorjeos, cascabeleos y trinos que resonaban entre las frescas sombras de las hojas, y la nota final acompañando a todas estas mil flautas aladas que volaban perdidas en el más arcano claustro verde, la ponía el agua, bajando escandalosa a raudales por las frescas torrenteras. Claras burbujas ahora en abril tras el deshielo bajaban sollozando y gimiendo por haber vuelto a resurgir de las nieves recatadas por su dama mortífera: La primavera.

De ahí, de la musgosa piedra verde, emergía un agua límpida y clara, fresca y potable que en un gotear continuo musitaba cual la tecla más aguda de un piano que repetitivamente pulsada se perdía bajo el eco de los vetustos bosques.

- Abuela, ¿ y esa vara.?
- Esta vara es para matar serpientes y víboras
- Qué asco... ¿ Sí ?
- Si prenda si, las varas de un avellano de un año de edad tienen esta virtud. Con cualquier otra vara aún atizándole fuerte a ese “ritil” no le terminas de matar, en cambio con un simple varazo de una vara añeja de un avellano, este y cualquier otro “ritil” se muere en el momento...
- ¿Qué es un “ritil” abuela ¿?
- Pues bichos *mu remalos* que los creó Lucifer según me *enterao*.... Las culebras, las serpientes, las víboras.... Son “ritiles”
- ¿Abuela tú eres un hada del bosque.?
- No mi dicha, no lo soy, ya te he dicho que no *muchísmas* veces, que vaya perra has *pillao* con que soy un hada... *pos* estoy buena yo *pa* ser un hada más vieja que Matusalem....
- Pero sabes unas cosas que nadie me cuenta, ¿es que eso nadie lo sabe, solo tú.?
- Casi nadie. Yo sé cosas de la Tierra y de los seres humanos que se perdieron hace mucho tiempo, como el amor a la Naturaleza, a las plantas, a los pájaros....¿No los oyes cómo nos cantan.?
- ¿ A quién.?
- A nosotras Susana, ¡a nosotras!
- ¡¡Ah!! ¿Sí?? Si que les escucho ¡! Pero no sabía que era a nosotras
- El cariño a los árboles, a la Tierra, al suelo, mira Susana, mira – y la abuela entre sus blancas manos cogía agachándose del suelo un puñado de negra tierra

vegetal que se deshacía desmigajándose entre sus dedos en una mullida lluvia al suelo de nuevo mientras ella y su nieta la olían – esto es el oro del mundo, ¡¡La tierra!!, ¡¡El suelo!! Donde crecen las hierbas, las plantas y los árboles, y también crecemos las personas, pero nosotros gracias a ellas, sino....adiós a las personas.... ¿Has visto como huele?

- ¡Ay abuela qué cosas me dices tan bonitas! ¡¡No las olvidaré nunca ¡!
- Pues eso te iba a decir yo, que nunca se te olvide, aunque sé cariño mío, que nunca se te olvidará.

Y así fue, a Susana jamás se le olvidó nada de todo aquello que aprendía con su abuela en sus paseos por el bosque.

- No se lo digas nunca a nadie que no tenga el espíritu como nosotras, limpio como un espejo
- Y ¿qué es el espíritu, abueli.?
- El espíritu lo es todo, cómo te lo diría yo cielo, es el alma, es la raíz de la vida, es lo más profundo, es la casa donde vive el amor más puro y sin límites a todo...
- Qué cosas tan raras me dices abuelas, pero son muy bonitas. ¡Mira!, ¡Mira un caracol !
- Déjale, ya vendremos a coger caracoles otro día, hoy vamos de setas, y no digas que es raro lo que te cuento, ¿No viste la luna cómo brilló ayer.?
- No
- Pues te tenías que haber fijado, pues el Viernes Santo es el día que más brilla la luna de todo el año
- ¿Sí.?
- Si hija si, además, tu sabes que cada veintiocho días luce la luna llena.?
- Si – respondía ensimismada Susana a su abuela
- Pues bien, desde que el mundo es mundo, el Viernes Santo siempre luce luna llena, misterios corazón, misterios de Nuestro Señor Todopoderoso....

Con la cesta repleta de setas primaverales se perdieron entre la espesura de la verde vegetación la menudita Susana y la silueta enlutada de su abuela.

El Domingo de Resurrección, aunque no había motivo ella madrugó. Pero ella sabía muy bien porqué. Cuando el gallo cantó y los niños dormían sonrosada y plácidamente, cuando su hija Paca roncaba como una moto rota al lado de la locomotora a vapor de su marido Cándido, ella ya en la cocina lo estaba preparando todo para la comida. Aperitivo, primer plato, segundo plato y postre para veinticinco personas.

Al cabo de bastante tiempo Cristina, Paca, Cándido y los niños bajaron a desayunar pero nadie le preguntó nada. A media mañana llegaron Magdalena y Pedro con sus dos retoños: Pedrito y Felipín, de veintidós y doce meses respectivamente. Más tarde vinieron Luciana y Justino, en el salón los hombres se tomaban sus vinitos acompañados por aceitunas aliñadas por la abuela, jamón de los cerdos de casa, queso de las cabras y unas anchoas, en otro ángulo de la misma habitación al hogar de la chimenea conversaban las mujeres. Los niños jugueteaban por el campo.

Zenona ya había colocado la mesa para los ventitantos comensales, estaba dando los últimos retoques en la cocina cuando se oyeron voces junto a la leñera de fuera de la casa: - ¡¡Abuela!!, ¡¡Ven!!, ¡¡Corre!!, ¡¡Abuelaaaa!! ¡¡Ven rápido!!

Ella, asustada pero valiente como lo había sido toda su vida, tiró al suelo el cucharón de madera con el que se disponía a servir el primer plato de comida, se secó rápida las manos en el mandilón de cuadradillos grises y negros, mientras se dirigía rápida corre que te coree fuera de la casa –¡! Pero que *sus* pasa ¡!

Al salir, todos juntos le entonaron esta canción a coro:

- Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos.... Cumpleaños feliz!

Román y Agustín sostenían una tarta inmensa de nata, donde se veía un “75” y en letras de caramelo un “Abuela te queremos todos”

Y efectivamente allí estaban todos: su hija y su yerno, sus once nietos, sus seis bisnietos, los yernos y las futuras nueras de sus nietos, todos. Todos allí, mirándola sonrientes y sin dejar de entonar...”cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos.....” que todavía seguían musitando. De los ojos color miel de la abuela, brotaron a raudales inmensos lagrimones de emoción que se escurrían por sus mejillas escocidas por el frío y surcaron la dulce y suave cara de la abuela hasta caer a la tierra, su querida tierra y allí quedaron. Una vez finalizó la cancioncilla y los aplausos su hija se acercó y le entregó mientras la besaba, un pequeño frasquito de colonia – toma madre, no ha podido ser más pero ya sabes que cada día te quiero más que ayer... -

La abuela lloraba a suspiros entrecortados y solo pudo responderle – anda tonta - su entereza y su jovial temperamento esta prueba de cariño de los suyos le había calado en el alma. Uno por uno le fueron entregando sus pequeños y sencillos obsequios: una cajita con tres pañuelos, un peine, dos patitos vivos en una caja de cartón, una caja de

música, unas zapatillas nuevas, un cubrecabezas, un abanico y un tazón de florecillas nuevo porque el otro tenía ya casi cincuenta años.

- ¡! Esto no se me hace a mí ¡! Esto no se me hace a mí – no para de repetir llorando y llorando en mil sollozos, mientras contemplaba las pruebas del querer de todos los suyos para con ella,
- ¡¡Ay Señor ¡! – se secaba las lágrimas con un fino pañuelo blanco – bueno, menos mal que yo también os he preparado una sorpresa, porque *sus* conozco – fue diciendo mientras se le iba pasando la llantina.

Los suyos, su gente, esa gente sencilla y humilde de corazón se crecían al entregarse a los demás y estallaban al recibir, como era el caso de la abuela en este momento. Eran personas que a pesar de no tener nada solo pensaban en ofrecer, dar y entregarse al prójimo, por ello cuando recibían, por pequeña que fuese la prenda, estallaban de gozo. El mar de lágrimas iba cesando de los ojos de la abuela que en la mesa ya estaba sirviendo el guiso de conejo que tanto gustaba a todos los allí presentes.

Por la tarde a la hora del café, subieron al valle Don Tomás y su señora; los padres de Marta, a felicitar a la abuela. También los padres de Agustín, el marido de su nieta Cecilia, y allí entre café, tarta y licores se volvió a celebrar el setenta y cinco cumpleaños de la abuela. Hasta que con el crepúsculo de esa tarde de abril, el día sucumbió.

Las lagartijas se movían veloces y entrecortadamente por la pared posterior del granero, pues el sol que desvelaban las nubes de vez en cuando calentaba bastante. Las golondrinas en pleno cortejo subían, bajaban, pitirreaban blancas, negras, azuladas y un poco de de sangre bajo el pico, éstas reconstruían sus nidos con barrillo del arroyo, el cárabo acechaba desde lo más alto, vigilando el despiste de alguna inocente víctima.

El huerto resplandecía repleto de hortalizas de la temporada como espárragos, alcachofas, ajetes y espinacas. Mientras las habas iban cogiendo altura y densidad. Los guisantes comenzaban a florecer, el fresón reverdecía en su primera floración blanca que comenzaba a lucir y al fondo, los almendros ya verdes, albaricoqueros, perales y avellanos cuajaban su fructificación.

En la oscura y lóbrega cuadra enmaderada, un ternero dormitaba sobre la paja amarilla bajo la mirada cabezuda de su encadenada madre al pesebre, a la cual se le salían los calostros a finos chorros de sus hinchadísimas y venosas ubres, haciendo bajo ellas un charco de leche rosada por la alta concentración de los calostros, vitaminas y anticuerpos puros para el ternero.

- ¡¡Anda!! ¡!Paca, que la vaca a pario!!, ¡¡Candido!!

Candido ordeñaba a la hostil vaca que mugía y bramaba en aquél pequeño establo porque había perdido de vista a su pequeña e indefensa cría.

- Cándido hijo, hoy no subas a las tierras, que suba Román porque ya *ca'pario* la vaca y te tienes que quedar aquí, aprovechamos y sembramos los melones, sandías calabazas y calabacines...
- Ya lo tenía pensado, y unos pepinos también...
- Pues sí que sí hijo mío, unos pepinos también
- Además hoy va a subir el veterinario y no me puedo mover de aquí
- ¡ es verdad ¡ ya decía yo que este año se estaba retrasando un poco

Paca entró dando voces en la cuadra: - ¡¡Madre!! ¡¡Madre ¡!

- ¿Que te ocurre.?
- Acaba de llamar Luciana y dice...que...que... ¡¡que va a venir la cigüeña ¡!
- ¡¡no me digas!! Anda, la que no quería tener niños...je, je, je ¡!
- Ya lo sabes tú también Cándido que te veo ahí ordeñando, otra vez abuelos
- Y *pa* cuando hija.?
- Para octubre
- Mira, que buen mes, ¡¡y mejor estación ¡!
- Otra vez abuelos....- masculló Cándido
- Y las que os quedan ¡! Total *na*, con once hijos ¡! Yo no las veré todas esas veces....
- No digas eso madre ¡!
- Anda leche, si tengo setenta y cinco años y tiene la Susana siete, a esa no la veo ni *casá*, las cosas como son Paca
- Madre por Dios, no digas esas cosas que me pongo mal

A la tarde, Cándido, la abuela y Don Mario el veterinario recorrían la cuadra, el redil y la pocilga, vacunando a unos de brucelosis, a otras contra la mamitis infecciosa o la PPA...

- Y para las perras no habrá algo para que no se cubran, es que las tenemos que ir encerrando en la pocilga según van saliendo a celo... - le explicaba Candido al veterinario
- Pues sí que lo hay pero no sé si llevaré algo de esto en la furgoneta, voy a ver...
- Pero hay cosas de esas *pa* los perros...¡¡quién habrá inventao eso....¡!
- Pues la gente abuela, la gente...
- Anda mira, ¡¡ las cosas que hay que ver ¡!

Desde el huerto se despidieron del veterinario Paca, Román y Cristina, que esperaban ansiosos la ayuda de su padre y de la abuela en la siembra de melones, sandías y otras cucurbitáceas.

- Ya venimos a ayudaros... Pero Paca, no sabes que han *inventao* unas *indiciones pa* que no se queden preñas las perras, ya las han *pinchao*, ya vernos que pasa....no sé yo si eso funcionará, lo mismo se quedan preñas otra vez...
- Madre, ¡¡Por Dios!!
- ¿Tampoco te lo crees tú?, *que's* verdad, que hay unas *indiciones* que les han puesto que...
- Si, si, si ya te escuchado, anda siembra.... Que para eso lo has organizado tú
- Ya voy - pero la abuela no se movía ni un dedo de donde estaba- Uy Candido ¡! Mira, hay que tratar los frutales, *quel* que no tiene piojillo tiene pulgón y el que no la *carpocarpa*, ¡¡están *minaos* ¡!
- ¡¡No sabe nada usted!!, venga siembre ¡! A los frutales los tratan Paca y usted una mañana en un ratito, que nosotros empezamos mañana con los olivos ...
- Mira, cómo si no tuviéramos nada que hacer mi madre y yo ¡! – se quejaba Paca
- Mujer, en un hueco...
- En un hueco lo que voy hacer, es que los voy a cortar con un hacha a todos los frutales, que aquí, lo que hay que ir haciendo ¡¡es eliminar trabajo ¡!
- ¡¡¡¡Paca!!!!??
- Ni Paca ni Pepa ni porras en vinagre, ¡¡ya está dicho ¡! –

El día, cuya luz solar ya se prolongaba hasta las nueve de la tarde, se fue ahogando poco a poco, hasta que el último hálito de luz que era como una penumbra, se escurrió por el horizonte y la oscuridad lo cubrió todo, bajo los rayos de la luna.

Todo era una nube de vapor de potingues pulverizados, un olor a gato muerto podrido invadía el ambiente cuando era expulsado a presión por las mochilas que cargaban Paca y Cristina bajo la mirada de la abuela, artífice de los remedios ecológicos contra hongos, pulgones, trips y cochinillas. Desde aquí mientras su hijay su nieta aplicaban el tratamiento al huerto miraba al amplio corral de casi mil metros cuadrados donde los cerdos se curtían para la matanza bajo las encinas revolcándose en la tierra, escarbando con el hocico en busca de alguna raíz y comiendo las tradicionales mezclas que su ama les preparaba...

En el tronco de un chopo dormitaba el joven ternero nacido, amarrado a él.
En la lejanía, en medio de uno de los tantos y tantos prados, una figura a estas horas de la tarde acarrearba la mies recién cortada a un carro de madera enganchado a un tractor...

En las tierras Cándido y Román junto con el resto de rústicos agricultores del lugar, también trataban los olivos. Los olivos que eran su vida.

Hoy el sol lucía tímido todo el día y la temperatura se quedaba en ese punto de ser casi agradable, lo que había aprovechado Paca para cargar el tendedero de ropa hasta prácticamente hundirle.

Cerca del arroyo, donde ahora crecían espontáneos paraguas, juncos y lirios de agua, la dulce pata blanca y negra, estática y rígida, con la postura más femenina y maternal que puede adoptar un ave y la mirada perdida en el horizonte, esa mirada brillante de fiebre incubaba celosamente entre el cañizo sus siete huevos como su tesoro más valioso, mientras el altivo y vistoso pato nadaba, deslizándose por la rizada superficie del torrencial arroyo con toda su naturalidad, chapoteaba con el pico y la cabeza, atusándose su plumaje negro verdino, esperando también impaciente la nascencia de sus pequeña prole.

Cerca de donde se iniciaba esta incubación, hoy precisamente finalizaba otra que aún quedaba todo bajo la duda de su clueca madre que todo lo cubría, que no se levantaba de su cajón de madera ni a la de tres y menos ante la presencia de Mora, Pastora, Chiqui y sus secuaces que, aunque mansísimos con todos los ícolas de la granja, a la gallina no había quién se lo hiciese ver y ahí continuaba echada a pesar de oírse perfectamente los incesantes pitiditos de los polluelos recién nacidos bajo ella. De vez en cuando metía su cabeza bajo sus cálidas alas y la volvía a sacar pero de levantarse nada. Seguro que mañana por ser San José obrero ya levantaría banderas aquella asustada madre y liberaría a su prole. Motivo también el de mañana para que los niños no fueran a la escuela y ya desde hoy por la tarde se tomasen el asueto jugando y retozando por el campo a pesar de las horas, pues el gran astro ya no estaba por aquellos húmedos lares de agua y vegetación, notándose la frialdad que emerge tras la retirada solar, pero lo niños no la notaban, estaban muy ocupados Sergio y Ernesto clavando en un árbol de los de la montaña a un pobre y torpe murciélago que había caído víctima en sus manos y le preparaban la cruel sorpresa de hacerle fumar dos cigarrillos que habían sustraído al novio de su hermana Cristina. Si se enterara la abuela de lo que iban a hacerle a un animal suyo, pues la abuela consideraba suyos a todos los animales de la montaña, entra en cólera y no se sabe ni lo que les podría hacerles a sus nietos Sergio y Ernesto.

La abuela estaba justo en este momento muy ocupada en el patio, orilla de la leñera hablando con Susana.... – Si prenda si, a ver si un día te llevo a que veas flores bonitas por la montaña, no ese ramillete que me has cogido....

- Era para ti abuela, qué pasa, ¿No te gusta.?

- Si me gusta porque no veo flores en el, veo buena intención movida por amor, ¡¡nobleza y cariño, vida mía ¡!
- Abuela, ¿Ves eso aquí?? – preguntaba extrañada Susana, mirando atónita el ramito compuesto de amapolas, zurrón de pastor, rabanillos silvestres y algún diente de león, que portaba en sus manos.
- Si hija, sí, eso y mucho más

La carita de Susana después de esta afirmación era una mueca de interrogación y duda, - ¡¡¿Um?!!- en aquel anochecer de abril, de aquel año, en el que ella había dado siete vueltas al sol, en aquella leñera de su casa, de esa casa de aquel valle en aquellas montañas de aquella tierra de su vida, su corta vida, pero que siempre recordaría este día y esas palabras mirando aquel ramillete, por muchos largos años que se extendiera su existir.

5

*En mayo la vieja, se quemó el sayo.
Con el agua de mayo, crece el pelo como a un caballo.
Cuando marzo mayea, mayo marcea.
El agua por Santa Rita, más que dar, quita.
Marzo ventoso y abril lluvioso, traen a mayo florido y hermoso.
Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo.
Mayo hace el trigo y agosto el vino.
Los espárragos de mayo....para el amo.
Para San Matías, ya duran menos las noches que los días.*

El sol se colaba alegre, dorado y matinal por las ventanucas del salón, realizando el rojizo de las losas de barro del suelo, donde Susana espatarrada sobre un mullido y esponjoso cojín de gruesa tela de suave algodón, jugaba con tres muñecas de trapo. Su abuela cerca de ella buscaba en el oscuro aparador de caoba, la arandela de su medallón que había dejado ella allí hace tiempo. Arriba, en la recogida y silenciosa alcoba de ella, uno de los siameses se acurrucaba bajo la cama recostado sobre una de sus patas. Sergio y Ernesto, lavaban en el blanquísimo cuarto de baño su bote de cristal para cazar ranas

- Venga Sergi, date prisa que como nos vea la *plastí* de la abuela...
- Voy, es que tiene que quedar limpito

En la cocina Paca preparaba sus gallinas en pepitoria para la comida de hoy, en las alcobas aún dormían Pedro y Alfonso y en la alcoba contigua Cristina. Cándido y Román habían bajado al pueblo hace ya bastante tiempo a horas tempranas.

La clueca toda vigilante, lejos de la granja, abajo entre el camino de chopos y el prado, paseaba a sus diminutos nueve pollitos que entre las hierbas del prado no se veía a ninguno, tan solo como una onda de agua verde que iban moviendo las hierbas alrededor de la gallina, agitadas por las rápidas pisaditas de los polluelos.

En la lanosa alfombra de la alcoba ponía en este momento sus pies descalzos Alfonso, al mismo tiempo que el picaporte cedía y entraba la abuela que en la oscura alcoba no vio nada, tan solo se dirigió hacia la ventana a tientas, dispuesta a abrir rápidamente los maderos para que la luz del día entrase, ya tenía las manos puestas en las contraventanas interiores y dispuesta a tirar para abrir cuando alguien le agarró fuertemente por las muñecas y exclamó: -¡¡¡Alto ahí!!! – la abuela del súbito imprevisto se quedó paralizada y gritó: - ¡¡Pero leche ¡!!, ¿Quién es ahí.??? –

Alfonso ante tan “su generis” respuesta, perdió toda su fuerza entregándosela a la risa más atroz, escandalosa y contagiosa que se haya escuchado.

- Anda Alfonso hijo, que me vas a matar de un susto de estos
- ¿A ti? A ti no hay quién te mate
- *Clavao* a tu abuelo eres, que en paz descanse, *¡¡clavao!!*
- Eso no me lo habías dicho nunca
- ¿No.? Pues si cielo si, los mismos ojos, la misma mandíbula, el mismo pelo, el mismo cuerpo, ¡ La mismita voz ¡!
- Solo me lo habías dicho unas mil veces...pero no importa...

Pedro adormilado en la cama de orilla, se revolvió quejándose a su abuela.... – pero qué quieres ahora tan pronto, abuela ...

- Que *sus* levantéis, que ya es hora ¿no?

Alfonso a pecho descubierto y descalzo se dirigió a su cama, a los pies de la cual descansaban unas zapatillas de trapo y mientras se las ponía preguntó a su abuela, el que era eso que subía por el cabecero de su cama parecido a un bicho...

- Voy, voy, voy, voy a ver, no lo mates...

La inocente abuela miraba a la pared atónita y extrañada preguntándose dónde podía estar eso que subía y que ella en un momento había pensado que sería una araña, ahora pensaba que sería una chinche o una pulga, pero eso no podía ser porque no se había visto nunca ni un parásito dentro de casa a pesar de tener tantos animales, sería algo microscópico y se admiraba de la vista tan aguda de su nieto, que era igual de aguda que la de su difunto marido.

- Pues no lo veo... - exclamó después de mirar un rato, a volverse iba hacia su nieto, cuando bajo una seña de Alfonso,-¡¡ahora!!-, Pedro salió de su cama y la emprendieron a débiles almohadazos con ella, al primero de los cuales sucumbió al perder su endeble equilibrio sobre el colchón de lana de la cama de Pedro. Éste de rodillas sobre el colchón y Alfonso en el cabecero continuaban fustigándola con las suaves almohadas de plumas a la par que ambos se carcajaban y se meaban de risa - ¡¡Has picado!! , ¡¡Has picado abuela ¡! –
- ¡¡y éste por despertarnos!! ¡¡toma!! – y sacudían más almohadazos sobre ella
- ¡¡Y éste por decir que la Rosa es fea ...!!

La abuela chillaba como si la estuvieran matando a grito pelado, como a una urraca que se la despluma viva. Pronto entró Paca en su rescate... -¡¡¡Pero bueno, estáis locos o qué?? ¡¡Venga!! Vestiros ya que estáis medio en cueros, y dejar a vuestra abuela, por Dios y por la Virgen, pero os habéis creído que la abuela es una chica de vuestra edad..??

- ¿Ay Señor Jesucristo, dónde estoy ? ¿Dónde estoy.? Si tengo la cabeza que me da vueltas como *un’amoto*
- ¡¡Vamos por Dios, lo nunca visto ¡!, para haber matado a vuestra abuela ¡! ¡¡qué dos tontos!! Vamos para abajo madre.

Esto no era sino una prueba del grado de cariño y amor que sentían hacia su abuela. Cómplice de todos en todo. Desde el principio y hasta siempre.

El nuevo mes había comenzado apretando los calores y el sol, hacia eso del mediodía, obligaba a quedarse en mangas de camisa a chicos y grandes, exceptuando claro, a la enlutada abuela, que solo hacía alguna salvedad a esto en lo más tórrido del verano.

Sergio y Ernesto gachupeaban en el arroyo con las camisas remangadas intentando con sus manitas atrapar a algún inocente y escurridizo renacuajo, pero no fue necesario que la “salva animales” les quitase sus intenciones. Paca que desde la ventana de la cocina les había visto, llegó rápido al arroyo dando voces - ¡¡Venga!! Humo de aquí que vais a coger una pulmonía ¡!

- Mamá con el calor que hace, ¿qué pulmonía.?
- ¡no hace calor ¡! Pues no queda frío aún
- Pero si ya es verano - decía Sergio
- ¡No es verano!, Qué va a ser verano...!!

Susana acababa de salir de la casa, se dirigía también al arroyo derecha, cuando fue interceptada directamente por su temperamental madre que ya llevaba de regreso a sus dos hermanos - ¡Y tú!, ¿Dónde vas.?

Susana mostrando todo un manojito de trapos que llevaba en una de sus manos respondió – A bañar a mis hijas en el arroyo

- ¡¡Vamos déjate de baños!! Y pon a esas pobres muñecas sus vestidos
- Si es que los vestidos también los tengo que lavar mamá
- Eso más adelante, en el verano...
- ¡¡ Jolín, pero si ya es verano ¡!
- ¡¡Vaya tres tontos con el verano ¡!

Susana enfurruñada se subió con sus hermanos al cuarto de baño...

- Ya te lo decía yo Sergio, que nos subiéramos más arriba detrás de los tilos, no has querido, y ahí nos ha visto mamá, ¡claro!
- Ya, eso a vosotros y mira que a mí no dejarme ir a bañar a mis hijas, jo, qué rabia ¡! Con el calor que hace y dice que no es verano – se quejaba la fémina
- ¿Y qué has hecho con el bote Sergio.? – preguntaba Ernesto a su hermano
- Le he escondido detrás de la roca grande
- Ah... pues esta tarde cuando no nos vea, vamos otra vez
- Y yo me voy con vosotros y baño a mis hijas
- No. Tú no. Que vamos a cazar ranas y no hay que hacer ruido
- Ah!! pues entonces me voy a cazarlas con vosotros ...

En casa solo estaban Cándido y Paca, sería media tarde. En la parte alta del arroyo, en paralelo con la mitad del camino de chopos y tres tilos altos, los zagaes cazaban sus ranas

- ¡¡Allí!! ¡¡ Ha saltado una ¡!
- Espera que me quite los zapatos y los calcetines que voy dentro
- ¡¡Susana el bote ¡!
- Voyyy
- ¡¡Allí hay otra ¡!!
- Mueve esa piedra de ahí Ernesto
- Huy el pelo, que se me ha metido la melena en el agua... - se lamentaba Susana
- Ten cuidado no te escurras Susi

De pronto un grito que no se sabe de dónde salió asustó e inmovilizó a los tres niños:

- ¡¡¡ La madre que *sus* parió !!!

- ¿ Qué es eso.?
- ¡adiós!, ¡La abuela!

Allí quedaron zapatos y calcetines, diadema de Susana, piedras, palos y el bote de cristal que salió rodando por la alta y espesa hierba devolviendo a la naturaleza a las pobres enclaustradas ranas. Ella, después de recoger lo que habían abandonado en la huida sus nietos, volvió a la casa. Los niños ya estaban los tres metidos bajo las patas de madera de la cama de Sergio.

- Que me aplastáis – se quejaba Susana
- Ji, ji, ji, ji, ji,
- Cállate Ernesto que nos va a oír
- ¡Ay! Se me ha enganchado el pelo en los muelles....
- Calla Susi
- Pero si es que me aplastáis, ¡joi!, ya no me meto en medio
- Ji, ji, ji, ji, ji,
- No te rías Ernesto, ¡callaos! ¡que viene ¡!

- ¡¡Venga Leche y *releche*!! ¡¡Salir de ahí payasos!! Que ese sitio ya me le sé, pero ¡¡qué tres tontos ¡!
- Sal – hablaba bajito Ernesto a su hermano
- No, sal tú....
- ¡¡¡Queréis salir *recoño de mula escocía* ¡!! O *sus* saco yo a escobazos ¡!
- ¡¡¡Uuuuhhh, cómo está ¡!!
- Ya vamos.... – Sergio y Ernesto salieron
- ¡¡¿ Y la Susana.? ¡!

- Estoy aquí debajo abuela, que se me ha enganchado el pelo con los muelles y no puedo salir...aahhhh- rompió a llorar Susana – ay que no puedo salir, que no puedo salir, buaaarrgg
- ¡Ay Jesús! ¡Qué leche ¡! Voy, a ver dónde se te ha enganchado, tengo yo las rodillas buenas *pa* agacharme, ¡¡hay que joderse ¡!

La abuela después de desenganchar la larga y bucleada melena de Susana de los muelles del somier de la cama, con toda su paciencia, advirtió una vez más a sus nietos sobre el cuidado que debían tener con la poca naturaleza que nos quedaba, el bosque, los animales...en lugar de cazarlos ó matarlos.

Las espigas silvestres, la avena loca, las rojas amapolas, el ballico, la grama y todo el prado exudaban su frescor pre-nocturno. En la agonía del día los murciélagos ya revoloteaban en quiebros en relevo con los chillidos lejanos de los vencejos que éstos ya estaban a punto de recogerse tras la pálida luz azulina del crepuscular cielo.

Transpiración y evaporación vegetal daban una húmeda frialdad al ambiente, amenizado por los gemidos del manantial donde las ranas sentíanse las más dichosas de la naturaleza entonando canticos croáticos todas juntas a modo de coral anfílica nocturna que se oía en la lejanía.

Amanecía en el gallinero con todas sus moradoras poniendo sus blancas ó morenas perlas bajo sus plumas. Algunas habían pasado la noche resguardadas entre los matorrales cerca del arroyo ó entre las espesas hierbas de los ribazos del prado, pues a éste le habían cortado el pelo al cero. En el corral contiguo, donde en invierno era presidio de patos, pavos y alguna oca, ahora servía de refugio a los dos desgachados y larguiruzos patitos que le regalaron a la abuela por su cumpleaños.

- He *perdí* de vista a la “negrita”, esa está incubando, ya verás....
- No voces madre
- Pero porqué ¿?
- Porque están durmiendo los pequeños
- Anda pues todos los días duermen y no pasa *na* de *na*...
- Porque otros días no voceas...
- Bueno, bueno, me has oído lo que te he dicho de la “negrita”
- Como para no oírte, con esas voces que das, sí madre, sí, la “negrita”
- Que la he *perdí* de vista

Paca levantó la mirada al cielo en un gesto de ...Dame paciencia Dios mío.

El sol comenzaba a reinar doradamente rojizo por el horizonte y un día primaveral más amanecía sobre el valle, el prado, el bosque, la granja, el laberinto de corrales y los animales que los habitaban.

- El viernes que viene son las fiestas del pueblo – dijo la abuela
- Me dijo Cristina ayer, que empezarán el miércoles por la noche
- Y el lunes los cumpleaños de *la* Susana
- Es verdad madre, ¡Cómo pasa el tiempo! ¡¡Ocho años ya ¡! Y parece que di a luz ayer...

La abuela plantaba las pequeñas tomateras repicadas del semillero ayudada por su trabajadora hija

- Cómo no llueva, vamos a tener que regar *pa* que no se seque
- Vas lista ¡! Estoy yo para riegos madre
- Hija, que poco coraje que le echas a la vida, ¡¡cielo Santo ¡!
- Bastante le echado ya y le sigo echando ¡! Aunque a ti te parezca poco

Paca, con esos ojos vivos, miraba al cielo bajo el tedio del mediodía, pensando en si era poco coraje haber traído al mundo a once hijos. No había parado desde los veintitrés hasta los cuarenta y seis, en veintitrés años: once embarazos y once partos y luego, ala, ¡sácalos adelante!! A los hijos y al ganado, a la casa, al huerto,...¡Qué barbaridad! Pocas que yo sé lo hubieran aguantado... huérfana de padre desde que era una niña, trabajando, trabajando y trabajando: haciendo camas, barriendo, ventilando, lavando ropa, fregando cacharros, suelos y váteres, haciendo comidas, desayunos y cenas, poniendo y quitando mesas, ordeñando vacas, soltando ovejas..... Y menos mal; continuaba pensando Paca; que mi madre se ocupa de echar de comer a las vacas, a los perros, a los cerdos, a sus dichosas gallinas, a los conejos, a los pavos, ocas... claro que,- se decía a sí misma- para eso los quiere tener ella...así que, que se ocupe ella... Menos mal que también la pobre me ayuda con este pedazo de huerto, que es una hectárea de huerto, pero para subsistir todos los que somos, menos no puede ser.... No damos abasto a tanto trabajo, que cada vez somos mas mayores y ¡¡jodo cómo se nota ¡!

- Madre, este invierno se han quedado los frutales sin podar...
- Ya lo sé, anda que no lo dije...
- Ya, pero las cosas no se solucionan diciéndolas sino, haciéndolas. – puntualizó
- Ya lo sé Paca, ya lo sé...
- Que esto es mucho trabajo y cada vez quedamos menos y si ahora se casan Román y Cristina... pues ya me dirás tú....
- No lo pienses, mujer...ya estás otra vez pensando en eso....
- ¡¡Sí!! Es que hay que pensarlo y suprimir mucho trabajo. Este huerto ya es muy grande para los que vamos quedando y animales también hay muchos
- Bueno, bueno, pues tú dirás hija, si a mí me da igual...

- Cuando vendamos el ternero que nos sobra que se está cebando, la madre la vendemos con él, así que a esa ya no la cubrimos más. Nos quedamos con una vaca nada más y andando. Los conejos todos fuera, ¡ni uno! Ovejas con dos o tres vale, y cabras ni una. Y los patos, pavos y toda esa historia todo fuera también. Solo gallinas y menos de las que hay. Uno ó dos cerdos para la matanza y se acabó, madre, que tenemos muchísimo y tú sin parar de decir que críen, que críen.... ¡¡Ah!! y en la huerta también hay que suprimir algún frutal, así que vétele pensando y hazte a la idea...
- ¡Ay Paca no! , porque todos los animales que has dicho son muy socorridos
- ¡Anda no! Tú estás mal, pareces una cría de cinco años... ¿No lo comprendes.? ¿Lo vas a cuidar tu todo.?
- Sí, si, si, yo lo cuido.
- ¿Sí? Me río yo de tú: “si,si,si, yo lo cuido” ¡janda!!
- Paca mujer, si se casan Cristina y Román, solo quedarían aquí Pedro, Alfonso y los zagales, y digo yo, que como Cándido va siendo ya mayor y bastante ha trabajado ya... pues que deje la mitad de las tierras *arrendás* baratas a Román, y en la otra mitad que suban a trabajarlas Pedro y Alfonso y que dejen sus trabajos y vivan de lo nuestro, y Candido que a ratos les ayude a ellos y a nosotras...
- Tú no puedes organizar la vida a nadie... además no sabes que Alfonso se va a la mili en septiembre...
- ¡¡¿Qué?!!!!
- Pues ya lo sabes: uno menos todavía
- Mira, que mala pata, podía haber salido *excedido* como Román
- Si, excedente de cupo querrás decir pero no ha sido así
- Pues nada que se las arriende todas a Román, el olivar, la viña, el secano, los *praos, toíto tó, arrendao y sa'cabao*. Además lo de Alfonso es *pa* un año...
- Qué fácil lo ves todo.... Y cuando venga Alfonso, se va Pedro y cuando estén aquí los dos se querrán casar....
- Y tú, qué difícil lo ves todo, yo lo veo como es, por cierto, y a *la* Cristrina, cómo le han *entrao* esas prisas por casarse, ¡tan joven! Pero, ¿tienen casa ya.?
- Que va ¡!
- Pues hija, ésta, está tonta del *tó*, vamos que concertar la boda *pa* noviembre y no tienen casa ni *na*, que quedan seis meses y eso está aquí mismo, ya hablaré yo con ella....
- Ya ves.... Como está la cosa
- Qué raro, ahora de pronto que me caso

Los problemas y vicisitudes, inquietudes y pensamientos de cada uno de los habitantes del valle eran muy distintos. La abuela con sus gallinas, sus animales y sus plantas. Cándido con sus tierras, sus labranzas y sus cultivos. Susana, Ernesto y Sergio solo sus

juegos y sus pocos estudios. Alfonso y Pedro sus cuitas y diversiones de jóvenes. Cristina el casarse lo más pronto posible. Román solo pensaba en formar una gran familia con su prometida, Marta. Paca cada día se afligía más de ver que sus once hijos, esos once hijos que ella había gestado, amamantado, criado y sacado adelante, se la iban yendo poco a poco. De ver, que poco a poco también se hacía mayor. De ver a su madre, aunque ágil, cada día una micra más anquilosada. De ver cada día más trabajo pues las manos de los trabajadores que podían colaborar se iban casando y no volvía más. En cambio a los niños, los veía siempre igual ó incluso más guerreros, éstos para ella no crecían.

Por la noche el cielo se cubrió de una gruesa colcha de algodón azul marengo, los intentos de lluvia eran frecuentes pero no rompía a llover.

En su dormitorio, desde su ventana que era el corazón mismo de la vida, vigilaba con firmeza a las nubes, mientras ella rezaba sus rezos a sus gloriosos Santos, invocando lluvias para el huerto, el bosque, el prado, las gallinas, los patos, el arroyo... para todos.

En la alcoba de más arriba, al lado de la locomotora que tenía Paca en la cama, ésta apagaba sus sollozos por la pérdida de sus hijos casados y casaderos.

El resto de la casa dormían todos profundamente.

Los cabellos de la naturaleza estaban chorreantes de agua. En el cielo, por un pequeño agujerito se asomaba un rayito divino del sol, inerme y débil que lucía dudando si las nubes le dejarían salir ó no, pero no lo quería ni pensar porque muchas veces por este simple motivo se gafan las situaciones, y ahora en este momento y por ese pequeño agujero él se asomaba como por un ojo divino.

Susana se despertó en su oscuro cuarto, se lanzó desde el altísimo colchón y la más alta cama, abrió las contraventanas de madera alzándose de puntillas pues no alcanzaba bien, se calzó sus zapatillas y con el pijama medio caído, totalmente arrugado y remetido por todos los sitios, corrió como una ligera avispa por el entarimado pasillo que finalizaba en la escalera de madera. Las luengas melenas de la niña se le caían por la cara y los hombros a borbotones, según iba bajando a saltos los crujientes escalones, en sus vivarachísimos ojillos de sueño se adivinaba una mueca de ilusión y en su boca el gesto de una pícara sonrisita.

- ¡Hola! – exclamó sonriente al llegar a la cocina
- Anda que no has *madrugao* ni *ná*, prenda ¡! – exclamó la abuela

- Ven hija mía – le dijo su madre, en ese suave tono que solo las madres tienen para felicitar a sus hijos - ¡¡¡ Felicidades cosita mía ¡!! Ocho añitos ya... ¡!
- Ven madrugadora y ¡¡dame ocho besos como ocho soles ¡!
- Hoy no voy al cole, ¿verdad mami?
- ¡¡No prenda ¡! – se adelantó la abuela – si eso no vale pan á...
- No cielo no, hoy os quedáis aquí en casa los tres, pero saben tus amiguitas que tienen que venir esta tarde
- Sí, sí que lo saben, esta tarde vienen...
- Ale, vístete y lávate que te voy preparando el desayuno ...

Cuando Susana bajó a desayunar ya tenía dos tostaditas de pan tostado a la lumbre con mantequilla y mermelada de moras todo hecho por la abuela; pan, mantequilla y mermelada; al lado de su gran vaso de leche con miel, y en la silla dos paquetitos envueltos con papel de regalo, uno estampado con margaritas y otro de colorines, que hicieron salirse el corazón de un pálpito.

- ¡¡¡OOhhh!!! ¿Es para mí.? - Preguntó sin poder contener la alegría
- No, *pa* la *Sisibuta*, la hija el carbonero....je, je, je, je.....

Susana los desenvolvió ávidamente, de entre el papel de margaritas salió un vestidito con puntillas en celeste claro. - ¡¡Ay mami, abueli!!, ¡¡Qué bonito!! – y sin soltar el vestido de sus manos, abrió el otro paquete del que salió una diadema con flores

- ¡¡Esta es tuya abueli ¡! ¿ A qué sí.? lo sé, por las florecitas....
- Sí cielo, si

Susana en este momento llegaba al éxtasis de felicidad, en ese su mundo de niña, a la par que bañaba las tostadas mojándolas en el tazón de leche para comerlas a mordisquitos que iban al ritmo de sus piernecitas en movimiento columpiante desde la silla donde le colgaban.

No tardaron en llegar sus hermanos que con ocho tirones de orejas cada uno, le dejaron las orejas doloridas hasta que rápido se le disipó el dolor con el frasquito de colonia que le entregaron Sergio y Ernesto.

La mañana la pasaron disfrutando del asueto que se habían tomado hoy sin colegio. Aquella tarde subieron por el camino de chopos varios niños y niñas con sus humildes obsequios para Susana, aquella menudísima niña de cabellera espesísimamente negra y bucleada, de ojillos vivarachos y tez blanca como la porcelana en todo su rostro excepto en las mejillas donde lucía dos chapetones como el interior de las granadas más maduras.

Por el valle aquella panda de hombres y mujeres del mañana, corrieron, jugaron, bailaron, cantaron cumpleaños feliz a Susana, discutieron, trastearon y soñaron con su futuro, hasta que la luna les dio el toque de queda.

Cristina conversaba con su madre a la vez que desayunaba – mamá, ya tenemos una buhardilla de alquiler Germán y yo, de momento nos vale, y de aquí a un par de años ya nos podremos comprar algo...

- Pero hija, ¿tan mal estás con nosotros? Para qué te quieres casar corre que te corre...
- No mamá, no estoy mal, ¡¡qué cosas piensas!! Estoy muy bien, pero como tarde o temprano tengo pensado casarme, pues para qué esperar más...
- ¡A ver!, ¡Qué te estoy oyendo! Explícame a mi prenda, como *tan'trao* este *aprietaculos* con casarte...
- Pues si ya los has oído.... Para que te lo voy a repetir...
- ¡¡Por eso!! Porque no lo comprendo, eso de que.... para qué vas a esperar mas si ya lo tenías pensado... ni pies ni cabeza tiene esa explicación...
- Porque llevo cinco años de novia abuela, como nos ha salido esta oportunidad, que nos alquilan esta buhardilla amueblada de una tía de Germán, pues nos casamos, seguimos ahorrando y trabajando por uno ó dos años más y ya nos compraremos una casa...
- Las cosas no son como una piensa Cristina, luego surgen otra serie de problemas... ¿Lo habéis pensado bien.? Yo creo que no... - argumentó Paca
- ¡¡*Quiá!*!! Qué lo van haber *pensao*, ni bien ni mal, estos no han *pensao na*, pero ¿con diecinueve años se piensa?
- ¡¡abuela por favor ¡!!
- ¿Y los hijos.? Como venga uno, esos dos años de trabajo y de ahorro que dices, se jodieron
- ¡¡Madre habla bien!! - interrumpió Paca
- Abuela en esos dos años no van a venir niños te lo aseguro.
- ¡Huy mira! Eso mismo decía *la* Luciana, que se casó hace un año y *pa* octubre da a luz. ¿Y tú madre, qué te crees? ¿Que se casó soñando con tener once hijos.? No guapa no, nueve vinisteis por arte de magia... o por otras artes que se dominan menos que la magia....
- Bueno, yo he dicho que me caso y me caso, y no hay más, y si vienen los niños; que no van a venir; pues ya me las arreglaré yo....
- ¡¡¡Ay Dios mío!!! – Paca rompió a llorar
- Mira, mira, lo que has hecho, borrica testaruda, tú madre llorando...
- ¡¡Ay mamá, no llores ¡!

- ¡Por los Ángeles Custodios Paca no llores! Qué vamos a hacer... pues si hay que ir de boda se va, más vale ir de boda por prisas de loca que de de entierro, si se le ha metido ya en la cabeza a esta cabezona, ¡ya está!
- ¡Ay madre, y en agosto Román! Y en septiembre se me va Alfonso al frente.. ¿Dónde están mis hijos.?
- ¡¡Joder Paca,!! ¡¡Al frente, pero cómo dices al frente ¡!! A la mili.... Y dónde van a estar tus hijos, pues unos en la Nava y el resto aquí.
- Bueno pues nada, me tendré que resignar
- ¡Pagarás tú la boda entraña! Porque tú madre no tienen ni cinco y *pa* noviembre menos la va a quedar.
- Sí, si, si ya lo tenemos todo preparado...
- Anda con Dios mula cana... a ver si te casas y luego te va todo bien *pa* que no te tengas que arrepentir de *na*...
- Que no abuela, que no, que no me voy arrepentir
- Tú Paca, alegría el ánimo que esta noche empiezan las fiestas del pueblo, ¡¡hay que bajar a la Nava ¡!

La esperada noche llegó. En la plaza de la Nava de Abajo, que era donde se celebraban las fiestas del Santo Patrón San Isidro labrador, la gente hervía en charangas, grupos, cantos, saludos, voces, palmadas, bailes... esperando todos a que don Tomás, el alcalde, diese su acostumbrado pregón. Don Tomás que no se hizo de esperar y mucho menos su mujer la alcaldesa, doña Luisa, que guardando la luenguisima tradición respetada por todos los alcaldes del pueblo desde hace siglos finalizó su discurso diciendo en alto: ¡¡¡Viva San Isidro!!!!, ¡¡¡Viva La Nava!!!! ¡¡¡Vivan los navenses!!!!

- ¡¡¡ Viva la alcaldesa ¡!!! – se oyó entre el tumulto bullicioso a lo que toda la plaza respondió con un sonoro - ¡¡¡Viva!!!! –
- ¡¡Y su marido ¡!, ¡¡¡Viva el alcalde!!!!
- ¡¡¡Viva!!!

Susurrante subió el explosivo cohete que retumbó en estampida de colores brillantes, que despertando a las palomas del campanario raudas y veloces se lanzaron a la noche estrellada en la que comenzaron las fiestas del patrón.

Eran las sencillas fiestas de unas gentes humildes, algo a lo que aguardaban durante un año como el que espera lo más preciado de un ser querido: su pueblo, las fiestas de su pueblo.

Por unos días, los que duraban las fiestas, los que no se dirigían la palabra por discusiones y rencillas se volvían a hablar, los que estaban picados compitiendo por ver quién daba la mejor cosecha olvidaban sus envidias, los niños se uniformaban en grupos de la misma edad y jugaban juntos. Se olvidaban deudas, favores sin cobrar, rencores, odios, tapujos...así nacía una gran piña humana, guardando el ella en lugar

de piñones todos los habitantes del pueblo unidos, el vino ayudaba mucho a ello. Aquél pueblo perdido en la abrupta naturaleza que custodiaba a todos.

- ¡¡anda!! Mire *la* Zenona ¡! – se decían Las paisanas al ver a la abuela por el pueblo
- ¡¡Pero Zenona!!
- ¿Qué tal Alvarica?
- Bien yo bien, ¿Y usted, que no baja por aquí.?
- Yo también bien, es que no bajo aquí ni subo allí ...- refiriéndose a las dos Navas que mediaban a un lado y otro equidistantes de la granja – no se vaya usted a pensar, que de mi valle no salgo *pa na de na...*
- *Pos* hace bien, y a dónde va ir....
- *Pos* eso digo yo, a donde voy a ir... a mis nietas las veo cuando suben por allí y a mi hija la tengo tos los días conmigo, je, je, je,
- ¡*pos* claro! *Pa* qué mas...
- Hoy como eran las fiestas se han *empeñado* que bajara, pero no me hacía mucha gracia...que estoy yo *mu* bien allí
- Mujer, por un día ¡!
- Si, pero cuando yo quería bajar era mañana a la romería, hoy más que nada porque se animara mi hija
- *Pos* mañana baje usted otra vez
- Si moza, es que una está ya *pa* pocos trotes...
- ¿Qué edad tiene Zenona.?
- ¿Cuántos me echas.?
- No lo sé... le debe andar ...por los sesenta largo ó setenta.... ¡Setenta!, ¡Setenta!, ¿A qué sí.?
- Setenta y cinco, hice el día de San Zenón
- ¿Setenta y cinco tiene usted ya.? No los aparenta con esa vitalidad ...
- Anda leche, ¡¡que *pa* mi también corre el tiempo ¡!

En la taberna de la plaza, doña Luisa, don Tomás, Cándido, Paca, Guadalupe; una hermana de Cándido, con Felipe, marido de ésta; junto a más paisanos y paisanas, bebían y hablaban acalorados por la agridulce bebida que corría de mano en mano en una bota. Las cervezas espumosas chorreaban frescas, olor a vino, a fritos, a bodega húmeda que emanaba hacia el bar, olor a gente en fiestas.

En la plaza empedrada del siglo XV los jóvenes bailaban, saltaban, cantaban y aplaudían ó silbaban a la orquesta que tocaba éxitos chabacanos, olor a churros, chorizos, morcillas, mezclados con humos de sardinas, y más humos todos mezclados.

Allí estaban Asunción y Luciana con sus respectivos cónyuges, comiendo berenjenas en vinagre mientras comentaban sobre ellas... - ¡Ay qué ricas estas berenjenas de Almagro!

- Luciana, a ver si te van a asentar mal...
- Pero Asun si es muy temprano, son las once de la noche, hasta que me acueste yo, ¡!si es que me acuesto ¡!!
- Si lo digo por tu estado...
- ¡anda! Qué me va a pasar De aquí a octubre, pues no queda nada....

En la otra esquina de la plaza, abarrotada de gente se encontraba Magdalena con sus niños y sus vecinas éstas también con sus retoños y los maridos de todas comiendo churros con chocolate a mansalva...

Cecilia por una de las calles que conducía a la concurrida plaza, donde se encontraba “La tasca del Cordero”, llegaba hacia ella con su niña en brazos y el niño de la mano de su suegra, acompañada de otros familiares de su marido.

- Qué hermosa tienes a la cría – le decía su suegra
- ¡Nueve kilos y medio pesa ¡! – respondía orgullosa
- ¡No! No es posible, ¿pos que le das ¿?
- Pecho y va que arde
- ¡No! No me digas, ¿Na mas?
- Ya te digo

En la taberna de la plaza don Tomás ya tan alegre por el vino, gritaba ahora a voz en grito: ¡¡¡Vivan los novios!!! Por su hija y Román, que acaban de entrar en la taberna. Marta su hija, nerviosa y azarada se reía y su media naranja con una voz fuerte y viril gritó más alto aún: ¡¡¡Que viva la novia, que es la que más vale ¡!!! Y toda la taberna gritó al unísono: ¡¡¡¡¡Viva!!!! A Marta se le salía el corazón por la garganta de vergüenza, pero pronto le pasaron la bota quitapenas para que bebiesen ambos un buen chorro de tintorro.

En un rincón apartado del pueblo Cristina y su novio Germán, se entretenían como lo hacen los novios en las fiestas... Y en otro rincón también estaban Alfonso y Rosa...de la que la abuela decía que era fea, pero que Alfonso no opinaba lo mismo y menos en este momento....

Pedro se divertía con sus amigos y la familia de su jefe; el boticario del pueblo; en el conocido bar del tuerto.

Los niños por las callejas del pueblo corrían, jugaban a esconderse y mil tontunas de niño a altas horas de la madrugada cuando ya su cerebro les regía poco a causa del gran sueño que pesaba sobre sus ojos, pero las energías no paraban de derrocharlas.

Fraternidad, unión, siempre sencillez en aquella madrugada de mayo cargada de estrellas brillantes y cercanas en aquél cielo azul marino. Era muy tarde, serían las tres y pico pero todo seguía como a las diez cuando hace horas comenzó, el tiempo parecía haber detenido su mecanismo, niños, ancianos, adultos, jóvenes, todos continuaban a

pleno ritmo a pesar de las horas y de que mañana a las siete de la mañana daría comienzo la romería de San Isidro, aunque muchos daban por hecho ir a ella sin dormir.

La abuela, al ser una de las que antes se acostó de todos en la cálida granja del valle, hoy como siempre era la primera junto con Chín y Chón que ya andaba despierta por la cocina. Ya había preparado tres buenas y jugosas tortillas, una de espárragos, otra de patatas y otra de ajetes tiernos, una banasta de empanadillas y preparado todos los embutidos en una cesta y aún así le quedaba ultimar bastante....

A pesar de todo, a las siete hora del comienzo de la romería, toda la comida estaba lista. Paca, su marido, los niños y ella partieron a la Nava de Arriba de donde había ya salido a hombros el conmemorable Santo del día y patrón del pueblo: San Isidro. Patrón de agricultores, campesinos y gentes del campo.

La estatuilla del Santo se tambaleaba y todos los habitantes la seguían cargados con sus cestas de comida. El sol comenzó a emerger por debajo de la tierra, allí, en el fondo del horizonte. El pueblo quedó atrás. Campo de prados verdes y extensos, llanos o montañosos. El camino se estrechó hasta convertirse en una cañada casi intransitable por la que en sus ribazos crecía algún fresno aislado, que saludaba a San Isidro un año más dándole un golpecillo en la espalda, diciéndole tembloroso adiós para después quedarse de nuevo tan inmóvil como antes de pasar la Santa Imagen y el tropel de gentes tras ella. La mañana mayera era fresca y húmeda pues la pasada noche despejada y sin viento había hecho que el llanto de la aurora, destellase como pequeños brillantitos fulgurosos que resplandecían como esparcidos por el verde mojándolo todo.

- ¿Qué son esas gotitas que brillan tanto abuela.? – preguntó Susana
- Las lágrimas de una mujer que en las noches tibias y estrelladas sale a llorar la pérdida de su gran amor...
- ¡madre! ¿Ya estás.? No le cuentes a la niña esas locuras
- ¡¡Qué sabrás tú ¡!
- Que sí, venga abueli sigue contándomelo
- Esas lágrimas de amor se llaman rocío y cómo ves lo inundan todo, imagínate el sufrimiento de esa ninfa....
- ¡pobrecita abuela!
- Pues si, además esas lágrimas, si las coges con mucho cuidadito sin tocarlas con un pequeño algodoncito y antes de que la luz del alba les dé, tiene poderes mágicos, es el llamado agua lustral, que ya te digo Susana que lo has de coger

con mucho cuidadito sin tocarlo y dárselo a beber al amor de tu vida y descuida que ese se desposará contigo y tú serás el amor de su vida también.

- ¿Se puede hacer eso, con esas gotitas tan brillantes.?
- Eso, y *muchísimas* cosas más se pueden hacer con el agua lustral, no te imaginas los poderes que posee.
- ¡¡Madre te quieres callar y no me crispes!!! Que estamos en la romería, haz el favor ¡!
- Pero si ya hemos llegado a la ermita y tú vives crispada siempre...je, je, je...

No habían llegado pero ya se veía el campanario de piedra de la ermita de Nuestra Señora de las Candelas, en la explanada orilla de ella la licenciosa procesión en un hito de piedra asentó a San Isidro, algunos paisanos entraron a oír misa y otros se quedaron por allí descansando del largo trecho recorrido en aquella verde pradera, con pinos al final de ella donde hornos y barbacoas hechos de piedra, de piedra granítica de milenios, ya estaban encendidos muchos de ellos.

Ahora el sol pegaba de pleno. Por el sendero inapeable no paraban de llegar gentes y gentes y más gentes de otros pueblos cercanos, niños, ancianos, jóvenes, padres y madres con sus críos de meses en brazos... y allí en esa gran unión de todos, manteles en el suelo, otros sobre las grandes mesas de piedra, humos a chorizo entremezclados con olor de flores, sardinas con olor a prado....el vino no hace falta ni mencionarle y sus efectos sobre algunos menos aún, todos comían lo de todos, porque todo era compartido, ese día todos eran iguales y hasta “el tonto La Nava y la loca La Nava” que también habían contribuido con su colaboración...

Por las cuadrangulares piedras rocosas de siglos que conformaban la ermita, calentadas por el sol, las lagartijas serpenteaban nerviosas y vivazmente pues en este mes comenzaba su cortejo, uno de los cortejos más movidos del reino animal: el de las inquietas lagartijas. Arriba, en el campanario bajo las tejas resquebrajadas los vencejos salían y entraban chillando por el calor que apretaba.

- Qué pájaros tan feos abuela
- Pues sí hija mía, si, bastante desgracia tienen que además de feos no tienen patas
- ¡¡¿Qué.?!!
- Como lo oyes
- ¿Y por qué ?
- Porque se revelaron contra la musa de las aves que les creó, vamos, que intercedió por ellos ante Dios Nuestro Señor...
- ¿Sí.?
- Si. Y ella les cortó las patas a todos, por eso chillan de dolor, además no pueden dejar de volar jamás, como no tienen patas....
- ¿Y no se cansan.?

- ¡*Quiá!* ¿Te cansas tú de respirar.?
- Yo no, pobrecitos parecen golondrinas negras
- ¡¡Cristo del Gran Poder ¡!!! ¡No digas eso criatura!
- ¿ por qué.?
- Comparar a estos bichos demoniacos con las santas golondrinas que son sagradas. Tú no sabes entraña, que las golondrinas liberaron a Nuestro Señor Jesucristo de los tres clavos que lo sujetaban en la gran cruz de su suplicio, y aún, debajo de su pico conservan una gota de sangre del Señor..?
- ¿Sí???
- Si cielo si, pobre del que haga mal a una golondrina, de hecho han dejado a muchas personas ciegas de por vida en cuestión de minutos, pues sus cagarrutas provocan ceguera, ten mucho cuidado siempre Susana ¡! Tampoco hay que hacer mal a un jilguero pues éstos le quitaron una a una las espinas de la frente y también se mancharon la carita de sangre Divina, no les has visto que aún lo llevan...?
- ¿ Y si coges un jilguero qué te pasa ?
- De momento nada, pero las desgracias, la mala suerte y todo tipo de calamidades se sucederán una detrás de otra sin achacar tú a qué se deben por tener prisionero a un libertador del Todopoderoso...y si este pobre y gentil pajarillo desfallece por culpa de su prisión.... El augurio es fatal y no te cuento lo que puede ocurrirle al que le sucede eso, porque aún eres muy pequeña. Tú ayúdales siempre todo lo que puedas a estos pajarillos y ya verás como ellos te lo agradecerán y la suerte te traerán.

La abuela pasó todo el día hablando y hablando a su nieta de la naturaleza, el campo y otros saberes populares de los que la abuela era una enciclopedia de ellos, míticos, curiosos, tradicionales, prácticos, fantasmagóricos, místicos ...

- En el vientre de las golondrinas Susana, se encuentra una pequeña piedra llamada *chelidonia* que envuelta en una tela de lino y puesta sobre el sobaco derecho cura el frenesí y todas las enfermedades inveteradas. Además esta piedra, a quién la lleva encima le vuelve sabio, de buen humor, agradable y será bien visto de todos. La piedra puede ser amarilla ó negra. Por eso dicen que encontrarse una golondrina muerta trae dicha, pero claro debes sacarle la *chelidonia*, sino ni dicha ni desdicha. Y nunca matarla tú, eso jamás.
- ¿Tú tienes esa piedra abuela, verdad ? Porque eres todo lo que has dicho...
- No cielín no....
- ¿Y esas que llevas con el medallón de tu abuela?
- Estas son otras, que protegen de otras cosas y el medallón era de mi bisabuela, recuérdalo, la tatarabuela de tu madre, por si algún día te lo quedas tú que sepas que era de tu retataraabuela. -

De pronto se oyó - ¡¡¡¡Zenona!!!! -

- ¿quién me llama.?
- Pos yo, la bola
- ¡¡Huy!! Pero que tal andamos bola
- Aquí vamos, tirando a tirones...
- Has *engordao me paece* a mí te veo mas bola ...
- Pos no lo sé, porque hace ya que me pesé la última vez seis años y pesé ciento *trinta*... Te quería yo ver *pa* preguntarte, porque me *enterao* que se pueden tener melocotones sin hueso y me dijo la de la taberna del tuerto: habla con la Zenona la del valle, que ella lo sabe seguro. ¿Qué tengo que hacer ?
- Mu sencillo, verás: compra un *metolocomero* ó cómo se diga que nunca lo digo bien, y plantas al lado una mimbrera, abres la rama de la mimbrera como unos cinco centímetros y allí metes el tallo principal del *metolocomero* y lo cierras con goma, cuando pase el tiempo bien *pasao*, unos dos años o así cortas el *metocolomero* por debajo para que le siga alimentando la mimbrera y ni un melocotón te saldrá con hueso, eso, di que te lo digo yo.
- ¡Vamos qué!, ¡Qué cosas! Pos así lo haré...descuida que así lo haré y *muchísmas* gracias. Esta zagala quién es, ¿tu nieta o bisnieta ya ?
- Tengo seis bisnietos pero ésta es la pequeña de Paca, la última que tuvo ... - respondió la abuela refiriéndose a Susana.

Estas raras sabidurías de la abuela de las que guardaba millones de ellas, cómo eliminar los huesos de los frutos, cómo ahuyentar las plagas con los métodos más biológicos que existen, cómo impedir la germinación de malas hierbas con métodos también naturales y saberes populares...y ya, en temas exotéricos no había quién la parase los pies. Conocía a la madre Naturaleza, a la luna y a las estrellas, a la Tierra y su fauna y su flora; de manera innata y casi atávica.

San Isidro pasó, como todo pasa y con él las fiestas de La Nava. Todo volvió a su acostumbrada rutina normal. Entre las verdes espigas silvestres y toda la malgama de hierbas naturales que florecían en mayo, la pava paseaba apachorradamente a sus seis pollos, a cual más tonto y soso de los seis. El gemido clamoroso del agua daba una nota de frescor cristalino a la tierna mañana acariciada por el oro del sol nuevo. De lo más hondo de la espesura de la montaña se escuchaba el martilleo trepidante del picapinos en un continuo “Tututú”-“Tututú”-“Tututú”.

La abuela estaba recogiendo en un cestillo el aromático fresón que ya comenzaba a dar sus primeros sabrosos frutos. El prado estaba en pleno auge primaveral. Los castaños florecían desplegando sus amentos masculinos, las alubias germinaban, las habas y los guisantes se realizaban la competencia en producción diaria. Muchos de los frutales habían ya cuajado sus pequeños frutos y los ajos tomaban el sol incansables de ello.

El perfume llamado bosque, desprendía ahora su secreta composición de aromas y esencias a romeros, laureles, pinos, madreselvas, azucenas, lilas, resinas de abetos, brechas en flor y alguna violeta despistada prolongando su floración, todos ellos juntos emanaban la endulcificadora fragancia del bosque y la naturaleza en su esencia más pura, cuando la primavera obliga a engalanarse con los mejores colores, efluvios, pólenes, aromas y néctares.

Paca tendía cantando altanera, la ropa recién lavada aún chorreante y con ese olor limpio al jabón natural amarillo mientras respiraba el aire del bosque.

- Tengo unas ganas locas de que cojan ya las vacaciones los zagales que ni te imaginas - decía la abuela
- ¿pero qué dices ¡! Con la guerra que dan
- ¿Guerra.? Pero si ellos solo juegan por aquí y bien que disfrutan corriendo...
- Se aburren madre, al final se aburren y ya no saben ni qué hacer... Si hubiese otros críos por aquí cerca...
- ¡qué se van a aburrir!! con la vida que le dan a todo esto. Las mañanas de invierno son *tristísimas* sin ellos por aquí corriendo y encima con ese frío, no me digas que no Paca
- Pues te digo que no, tan a gusto sin ellos, recogidas en casa tú y yo viendo llover mientras avío la casa
- No me digas que no te gusta el verano Paca
- Pues como todo madre, tiene sus pros y sus contras...
- ¿Tiene contras el verano.?
- ¿Qué estación tiene contras para ti, madre.?
- Pues ninguna, pero el verano el que menos, con esas cenas que se organizan aquí al fresco todos juntos, esos paseos que nos damos al atardecer por el campo, no digas que no Paca, que el verano es un embrujo
- Ya te veo a ti, la del embrujo, anda, dame esa sábana y más pinzas...

Las golondrinas entraban y salían del granero donde habían prendido sus obras de alfarería, para traer al mundo una mística nidada. Mirlos, tordos, verderones, jilgueros, herrerillos, pinzones, carboneros y en lo más arcano la oropéndola musitaba constantemente su aflautado hilo musical desde la emboscada vegetal.

Se entretenía observando a sus animales; les veía crecer desde que nacían, jugar y morir... la última de las nueve ovejas que quedaba sin parir, ayer trajo de sus entrañas al débil corderillo que hoy a suaves trompicones balaba deambulando tras su lanuda madre. Las cabras en plena gravidez miraban sorprendidas a los nueve corderillos que jugaban, brincaban y mamaban continuamente de su madre y de ninguna otra sin equivocarse, y más vale que fuera así, porque el topetazo que recibiría el pequeño despistado no tendría nada de agradable para la indefensa criatura.

Los larguiruzos patos, regalo de cumpleaños a la abuela, se criaban cada vez más espigados en el desierto corral de los pavos ya que ahora éstos disfrutaban de la libertad que por mediación de su ama les traía el buen tiempo.

- ¡! Quéocas más *rarísmas* son éstas ¡! – se decía la abuela cuando miraba a esos larguiruzos patitos
- Madre, ya te dijeron que no eran ocas
- ¿A mí ?, no, ¿Qué son.?
- Cisnes dijeron
- ¡!No me digas!! ¡!con las ganas que tenía desde que nací de tener un cisne!!
- Anda no exageres ¡! Pues ahí los tienes, dos en vez de uno
- No exagero Paca, pero si yo pensaba que eran ocas, ah, pues en cuanto crezcan los suelto por aquí, pero en invierno y en verano
- ¡!¡qué!!?
- Ya lo has oído, se les hace una caseta allí cerca del arroyo y que estén por allí si a éstos no les pasa nada ...
- Nos ha venido Dios a ver... madre no te das cuenta que con los animales no razones... Anda, córtame un poquín el pelo.
- ¿Ahora.? Ahora no. Ya sabes que el pelo hay que cortarlo siempre después de las tres de tarde y en cuarto menguante. Por cierto, al que hay que avisar es al esquilador
- Para variar, las ovejas antes que yo, y esas también hay que esquilarlas después de las tres de la tarde y en cuarto menguante.?
- Es que las ovejas también son mis hijas, tan hijas como tú...
- ¿Y no lo serán las cabras y las chivas.? Te pega más... ¡!Dios Santo ¡!

Los árboles estaban cuajados de frutos verdes y ácidos pero que los niños comían y mordían a escondidas de su abuela en el huerto.

- Si te comes una ciruela verde se te cierran los ojos aunque no quieras
- Anda claro, de lo ácida que está...
- No, no es por eso, toma una y muérdela
- Que no quiero que estén muy malas - decía Susana

Con guiños involuntarios a causa de la acidez Sergio y Ernesto contemplados por Susana, se comían las verdes y ácidas ciruelas agachados bajo los frutales

- Vámonos a la montaña, al árbol viejo
- Tengo examen mañana – argumentó Susana
- ¡y nosotros! venga vente
- Bueno, mañana le diré a la abuela que me esconda y no voy al cole
- Y nosotros también

Bajo la alegría de los novillos de mañana, los críos como todas las tardes en esta época del año en la que el sol ya comenzaba a hacer fuerza, salían del entorno de la granja al paradisiaco paraje que la rodeaba y en el que habían jugado todos sus hermanos cuando la vida les hizo pasar por su misma edad.

La frescura a la caída de la tarde emanaba de entre la vegetación cargada de humedad y transpiración vegetal, efluvios a heno, a hierba y a manantial, donde las incesantes ranas no paraban de croar y croar en la orilla. La avena loca se balanceaba mágica y las espigas silvestres a su lado ni se inmutaban, ahora llegaba en ráfagas el cálido e intenso aroma a manzanilla verde, que entre las hierbas crecía. Los mosquitos, que con el ocaso salían, hacían las delicias para la cena de golondrinas, vencejos y ranas, a su vez éstas anfibias eran la delicia de la novata lechuza que asesorada por sus padres se tiraba rauda al arroyo a por una presa verde de las que croaban y había a montones. El bosque expiraba todo el aire oxigenado de su pulmón verde antes de cambiar su función clorofílica y en la noche respirar también oxígeno. Ese oxígeno que era utilizado por un vegetal después de haber estado dentro de los pulmones de cualquier animal de los que por allí vivían o incluso entrar en los pulmones de la abuela ó sus nietos para volver de nuevo a entrar por los estomas a una hoja.

En la cuadra, las moscas, las cientos y cientos de pesadas moscas se posaban en las vigas, pesebres, puertas de madera para descansar hasta mañana, bajo los resoplidos de las bestias.

Los cerdos en la montanera ya iban cogiendo el guarro lustre que el aire libre les daba. Gallina y sus polluelos entre las espigas, la pava con su torpe prole, la pata continuaba inmóvil entre el aguazal de la junquera del arroyo y la gran oca parecía haberse decidido por fin a depositar ya el primero de sus blancos tesoros. Los siameses recobraban su salvaje felinidad y en el gran prado aullaban histéricos corriendo indómitos, trepaban rápidamente a los árboles con sus cuchillas retractiles y de ellos, tan solo a lo lejos cuando la luna subió, se veían los fogonazos de esos ojos amarillos fluorescentes con una ligera tonalidad azulina.

Pedro entró en casa dando voces y exclamando - ¡¡Mamá!!, ¡¡Abuela!! Me han renovado el contrato por otros seis meses el boticario ¡!!

- ¡¡no me digas hijo mío!! La mayor alegría que me has podido dar ¡!!¿Hasta noviembre.?
- Si. Justo, seis meses más
- Pero ¡¡*ques lo coigo* ¡! ¡¡Enhorabuena ¡!!

El sol calentaba como en los inicios del verano aunque éste no había llegado aún. Los días ya se estiraban casi hasta las diez y echaban a codazos a la noche a eso de las seis de la mañana ó incluso antes. Los jóvenes se preparaban para subir al pueblo como un viernes más. Germán, que acababa de subir, esperaba a Cristina en el salón, mientras ésta se arreglaba

- ¿Y dónde os vais a ir a vivir.? – preguntaba inquisitoriamente la abuela a Germán
- A una buhardilla que nos alquila mi tía
- ¿Qué tía.?
- Mi tía Leona
- Ah ¡! *La Leona* ¡! ¿Y cuánto os lleva al mes?
- Quince mil
- ¡Qué!, ¡Pero qué locura es esa! Y así pensáis ahorrar para compraros en dos años una casa....
- Si. Tampoco es tan caro
- Mejor *sus* podéis venir aquí, que será por habitaciones.... Se os pone un dormitorio para vosotros Y andando
- ¿Aquí.? pues no lo habíamos pensado
- Pues pensarlo y me lo decís, si ya estuve hablando con mi nieta, aquí no os iba a faltar de *na*, y ni pagar alquiler ni de *na*, aquí se come de lo que se cría en el huerto y de lo que dan los animales, no hay lujos, pero tampoco *sus* costaría *na*, y los dos jornales limpios *pa* ahorrarlos *pa* la casa....

Cristina bajó, tras despedirse besando a su abuela, agarrada de la mano de su futuro marido, se marcharon ambos por el verde y frondoso camino de chopos bajo el cobrizo sol del ocaso de mayo.

Dentro del prado emergían chilliditos de los niños que jugaban en el verde...

- Me pican las espigas – se quejaba Susana
- Venga Susi calla, y a nosotros, qué ¿? ¿No nos pican?
- Es que a mí se me sube la falda y me pican por todas las piernas
- ¡Calla! Que estoy viendo a la abuela entre las hierbas que viene hacia aquí
- Vamos a atacarla preparando una emboscada como si fuéramos indios
- ¡¡Susana, Sergio, Ernesto!! ¿*Ande* estáis.? Que no *sus* veo....
- SSShhhh!!!! Callaros, cuando yo diga atacamos

- ¡Chato! – llamó a su perro preferido la abuela – busca-busca-busca ¡! Busca a los niños...

El joven bóxer no tardó ni segundos en descubrir a los tres jóvenes cachorros agazapados sobre la hierba...

- Que viene el Chato
- Que mala uva tiene la abuela
- ¡¡Pero *ca’ceis* aquí *to* tiraos ¡! Venga, a cenar zagales míos
- ¡¡Jo ¡!! Nos has visto
- Pues claro entraña, que os pensabais, si estabais aquí mismo

Calurosa y agobiante la noche hizo que después de la cena los comensales diesen su primer paseo nocturno bajo los designios de Selene que plateada, lucía casi como el sol pero en este instante el fogonazo luminoso que se reflejó en el cielo, ¡rosa!, ¡azul!, ¡amarillo! eclipsó al gran satélite, fueron décimas de segundo pues ya no quedaba nada, tan solo el suspiro de los niños apagándose ya en desilusión ...
OOOooooohhhh..... - ¿Qué era eso abuela.?

- Una estrella que ha dado a luz a otra recién nacida – Gracias que Paca y Cándido paseaban conversando un poco más delante de ellos, sino Paca rápido hubiera reprendido a su madre por relatar fantasías a los niños.
- ¿¿Qué.?? – exclamaron a dúo Sergio y Ernesto
- Lo que oís, tan prodigioso acontecimiento a saber cuándo lo volveréis a ver zagales míos: La estrella que la ven nacer, concede un deseo a todo el que la ve, si lo pide en el mismo tiempo que dura su luz, sino ...nada.... ¿Habéis pedido algo.?
- No... - respondieron Sergio y Ernesto
- Yo si – dijo Susana remaguera
- Pues tu pensamiento y su energía, flota ya en el Universo atrapado por la luz que se generó justo en ese instante y el universo te lo traerá materializado Susanilla, ya verás ¡! Y por *vosotros* dos, ya lo pedí yo.... Pero la próxima vez ser rápidos
- Que oscuro está el campo abuela, me da miedo.... Y mis padres ya no les veo ... Van muy adelante
- Que no te de miedo Susana, eso no me gusta, a las personas miedosas no se les aparecen nada, ni espíritus, ni hadas, ni los duendes, ni las ninfas, ni los faunos, ni ningún ser de otra dimensión.... Hay que ser puro y sin miedo
- ¿ Ah si? – respondía Susana un poco acongojada mirando a su abuela mientras aferraba su manita a la de ella fuertemente en la noche campera.

Entre los microsonidos crispantes y chisporroteantes de los murciélagos, los grillos del prado, la sonora carraca de las ranas en el arroyo, los extraños ruidos del bosque y los ululares del búho, bajo la frescura de la nocturna naturaleza paseaban tranquilos y parte de la familia Cifuentes.

El reposo y el fresquito después del caluroso día, anunciaba que faltaban escasos días para el comienzo del verano, tan a gusto estaban que continuaban paseando por aquellos edenes oscuros ahora.

A finales de mayo el calor al mediodía era ya pegajoso, aunque en los amaneceres y anocheceres hacia tal fresco que obligaba a esas horas a llevar manga larga, algo que en el caso de la abuela, ya sería agosto cuando ella se quitase su negrísima manga larga.

Los estupores de mayo hicieron eclosionar los siete huevos que llevaban pasando se por agua en el arroyo veintiocho días pero que ahora mismo ya vivitos y pelusillos nadaban y se zambullían como avispas en el agua del fresco y torrencial arroyo cerca de la vigilante pata, que una vez abandonada la junquera de incubación no saldría del agua hasta que sus crías fueran algo mayores.

Más pollitos seguían todos en grupito a una gallina que no se sabía de dónde los había sacado, todos chiquititos, vivarachos, negritos, dorados y tostados....

Los trigales ya granados esperaban firmes que el oro del sol les contagiase su dorada enfermedad y camuflado entre sus verdes cañitas una fauna de gallináceas en plena cría habitaban por él, como perdices y algún faisán goloso de trigo.

Las urracas minaban los olivares y en el bosque ¿quién no tenía alguna boca que alimentar.?

6

Los espárragos de junio.....para ninguno.

Para San Juan, algunas peras maduras están.

Para San Marcelino, respira el aire de pino.

Tormentas por San Juan, quitan vino y no dan pan.

Por San Pablo, el ganado yo recuerda un establo.

Hierba para el almiar, a principios de junio la has de segar.

A los tres días de San Juan, éstos comienzan a menguar.

Un nuevo día desplegaba su majestad celeste tras la temprana aurora, el sol se desgajaba en mil delicados y sutiles claros rayos a estas tiernas horas.

Un amanecer más en el bosque y en el campo. En el prado y en los dormitorios de la granja, en los cuales, no quedaba ya nadie sumido en la tempestad de los sueños, unos en la ducha del vaporoso cuarto de baño, otros vistiéndose con pereza y otros ya en la olorosa y ventilada cocina desayunando el bizcocho que anoche preparó la abuela.

- Esta tarde hay que ir a casa de Román porque le llevan los muebles y ni él ni Marta van a poder estar allí... - explicaba Paca
- ¡¡Que vaya don Tomás, leñe ¡!
- Como si no tuviese otra cosa que hacer el alcalde
- Pues no que no, ¿Qué va a tener que hacer ?
- Mami, hoy comemos aquí ya en casa – interrumpió Susana
- Es verdad, si ya ni me acordaba
- ¿Y eso entrañas porqué.?
- Porque por la tarde ya no tenemos cole y no hay comedor en el colegio
- ¿Y las vacaciones *pa* cuando.?
- ¡¡¡el diecinueve!!! – gritaron los tres pequeños.

Los gatos maullaban bajo el sol. En el sucio granero la tierna abuela buscaba un cesto de mimbre para coger el fresón, revolucionaba todo sudando, pues el sol ya lucía bien por estos días y ella enlutada de pies a cubrecabezas, de manga larga y con medias, era un charco de sudor. - *¿ande* está el *espuertil* del fresón, Paca ¡!?

Paca desde el arroyo donde lavaba con jabón amarillo las prendas en la gran piedra rodada del fresco manantial, cantando al ritmo con el que restregaba la ropa””Él vino en un barco, de nombre extranjero, en el mismo puerto que lo trajo aquí...””

- ¡¡Pero Paca!!! No me oyes.? Que me has hecho venir desde el granero
- ””” ...era alto y rubio como la cerveza...””
- ¡¡¡Paca!!!, ¡¡¡¡¡*Requetecoño*!!!! ¡¡¡No me oyes!!!!

- ¿Qué.?, no, no te he oído...
- ¿Dónde está el *espuertil* del fresón.?
- Yo qué sé...¿no está allí.?
- Nooo
- Pues yo no lo sé madre
- ¡Vaya por Dios.!! Lo cogeré con el excusalí
- ¿no tienes calor.?
- ¡Yo no.! ¿a qué viene eso.?
- Porque te veo como morada y estás sudando
- Tú ni oyes ni ves bien, anda con Dios mula cana...
- Anda si, ve tu también con Dios mula torda no te de un golpe de calor...
- Yo ya no tengo calores, como las jóvenes, de ahora es que se me fueron ...
- Ya lo veo ya
- Además ya sabes que yo no me quito la manga larga, ¡¡Ni *pa* la trilla.!!!
- Eso es muy sano – dijo con retintín
- Me voy a coger el fresón, ¡y menos guasa!

La primera comida de los niños en casa se notó bastante, primeramente por ellos; ya dejaban hasta septiembre el comedor de su escuela rural, las bromas y las chiquilladas, y secundariamente por sus padres acostumbrados a comer en la paz que daba la ausencia de niños.

- Susana deja ya de hablar y cómete la zanahoria cocida
- Ya voy... Es que entonces abuela, Pepita me dijo que ella tenía ya nueve años y claro ...
- ¡¡¡Susana come!!! – regañó su madre
- Déjala mujer – amainaba Cándido a su esposa...

El teléfono sonó en el salón. – ale Paca, que canta la carraca ves a callarla – dijo la abuela

- Abueli escucha, va a subir esta tarde Ana para bañar a sus hijas en el arroyo y así baño yo también a las mías, la va a subir su abuela que quiere hablar contigo y me ha dicho que te lo dijera...
- Muy bien cielo, ahora come, o quieres que te de yo de comer como cuando tenías dos años ...
- ¡no!

Paca partió a la tarde hacia La Nava a casa de su hijo Román, donde la alcaldesa doña Luisa la esperaba para recibir juntas los muebles. Los hombres continuaban su ardua tarea agrícola, más ardua y hostil ahora a causa de los tempranos calores. Cristina fregaba los platos y vasos de la comida, mientras Zenona trataba de dominar a los tres lebreles – venga, a la cama a dormir la siesta

- ¡que no!, ijo! Que Sergi y yo vamos a cazar ranas
- ¡¡qué!! Ni hablar del peluquín, ¡¡faltaría más!! ¡¡Las ranas no se cazan ¡!

- Abuela es que va a venir Ana mi amiga... - cada niño daba sus excusas para no dormir la siesta
- Sí y sí, en verano hay que echarse la siesta como está mandado, ¿dónde habéis visto alguien que no se la eche..? y más ahora, que madrugáis mucho para ir al colegio por la mañana más temprano. Vosotros a vuestra alcoba y *la Susi* conmigo
- Ahhh noo ¡!! Contigo no ¡!! Jo ¡! No ¡! Ellos no se duermen, luego se van a cazar ranas cuando tú te duermas, siempre me toca a mí, ¡jino ¡! Me voy a mi cama
- Vamos no digas tonterías Susana, ¡a dormir conmigo!

El sol se tumbaba encima de la cama pues la ventana de la vida le permitía el paso de par en par sin visillos ni cortinas. Debajo del sol y encima de la cama reposaban Zenona y su nieta arreguñada y casi llorando.

- Susana no llores más corazón, dame un beso
- Es que no me quiero dormir.....

La abuela junto con la señora Juliana la de la quesería, por las inmediaciones de la granja buscaban unas hierbas que le aconsejaba la abuela para ciertos males que le aquejaban a ésta. Susana y su amigueta bañaban a sus muñecas en el arroyuelo y las tendían tumbadas al sol sobre una gran roca.

- Mira, ésta se llama Paquita como mi madre, ésta es Susi como yo, y ésta es Inocenta porque es la más tonta de las tres...
- Las mías son Julianita como mi abuela, Anita como yo y Candelas como la Virgen y tengo otra que se llama María pero es que está constipada, por eso no se ha podido venir a bañar...
- ¿En verano se ha constipado.?
- Huy, en verano y en invierno, esa siempre está mal, la llevo al doctor, al boticario pero no tiene arreglo y encima el otro día se estaba comiendo un polo y otra vez se ha puesto mala, ya lo sabía yo
- Pues vaya un tostón de hija, más que una hija parece una abuela, ¡qué aburrida!
- Ya, ya lo sé...es la pequeñita
- Y ¿por qué le pusiste María si siempre está mala.?
- No sé...pues...porque....
- Haberla puesto Sisebuta, Urbana ó mejor aún Pochita
- Si es verdad ¡! La voy a poner María Pochita ¡!! Porque como siempre está mala

Las temperaturas del solsticio ya comenzaban a calentar y aunque en la noche refrescaba por el día ya se alcanzaban los veintiséis y veintiocho grados a pleno sol por estos lares. Todos habían abandonado la manga larga excepto la abuela. En esta época ya se podía ver al amanecer ó a la caída de la tarde alguna perdiz paseando con su prole de múltiples y avispados perdigones. Las palomas volaban en bandada cuando el

sol cedía hasta esparcirse por el prado más segado a picotear sus bichitos predilectos entre las hierbas. Las ranas croaban y croaban bajo el cielo violáceo con alguna ráfaga azul cobalto.

La primavera, mirando por encima del hombro al verano se iba marchando poco a poco, contenta y orgullosa de haber logrado con su fórmula mágica y sin ninguna dificultad lo que venía logrando desde que el mundo era mundo. El verano, ese justiciero domador que todo lo aplaca, mitiga y aplasta sin excepción de nadie. Que agosta, seca, quema y destruye todo lentamente, cada vez más fuerte ya se le veía llegar por el camino de la constelación de Cáncer en la que tenía su puerta de entrada y la frívola primavera su salida. Ella ni le miró al salir y él, todo cansino soso y mohíno, no le dio ningún tipo de importancia a este hecho, al que ella no le hubiese mirado nunca, ella era tan orgullosa que no había encontrado nunca motivo por qué mirarle, si como su amante el otoño no había otro con ese rango y distinción suficiente para ella. Pasó de largo, sutil, embriagadora, en tonos pasteles y llena de flores y en la constelación de Cáncer desapareció hasta su próxima cita para mantener viva a la muerte y alimentarla con vidas que algún día lógicamente morirían. El, vestido de luz cegadora, de fuego incandescente, de aire seco, tranquilo, sosegado, sin prisas comenzó a pasear por el bosque, el huerto, el prado, los trigales.... Cuando él salía, los animales se escondían, los vegetales paralizaban su desarrollo y su respiración. Era cuando él se marchaba, la ocasión aprovechada por la enigmática Selene para dar un frescor respiro a todos los seres vivientes, animales y vegetales. Los días de la canícula habían comenzado.

Efectivamente, había llegado. Aunque la droga de la primavera, todavía inundaba en parte las venas de la naturaleza, manteniéndola en éxtasis profundo hasta que él, a base de fuegos desintoxicase y pasteurizase todo como hacía siempre.

- ¡Ay que *poquísimo* queda *pa* San Juan ¡!!
- ¿Quién va a subir este año a hacer esas brujerías que hacéis ...?
- Pues con esas brujerías naciste tú, van a subir las de siempre: *la Pepa, la Zurraspa, la Ogresca, la Lagarta, la Víbora, la tía Tonel, la Tabernera* y su hija *la ...*
- Bueno calla, calla ¡!! Por Dios ¡!! Vaya generación la tuya... Tiene miga ¡!!

Los perros comenzaron a ladrar callándose rápido, pues la presencia del que se acercaba les era familiar. Era Luciana, que entró rápidamente en la cocina donde conversaban su madre y su abuela - ¡Ay Mamá!! – exclamó a la par que casi se le

saltaban las lágrimas, - ¡qué disgusto!! ¡! Qué disgusto ¡! Ahora ya no sé qué vamos a hacer ¡!

- Pero, ¿Por qué.? ¿Qué te pasa.??
- Pero qué te ocurre entraña, no me asustes – le decía su abuela
- ¡ay!! ¿Qué diréis.?
- Pero deja de llorar y desembucha, venga que te hago una tila que te veo muy nerviosa *pa* que te tranquilice...
- ¡Ay mamá! Sabíais que cuando se murió el padre de Justino, no se supo a quién le había dejado las tierras, la casa, la viña y todo... pues como no dejó hecho el testamento.... Se repartió a la mitad todo entre su hermano y Justino, pues ahora parece ser que sí tenía las últimas voluntades y dice que todo absolutamente todo menos lo mínimo es para su hermano Ruperto, y Ruperto ni fu ni fa, pero cuando se ha enterado la zorrupia de su mujer, Leoncia, no sabes la que nos ha liado hoy, que todo es de ella y que es de ella, ha tenido que venir hasta la policía y la guardia, porque la verdad es que hace tiempo cuando nos llamaron que había aparecido el testamento ya nos dijo que nos fuéramos de casa, pero claro todo deberá llevar un proceso legal, digo yo ¡! Que Justino que ni pise las tierras ni para trabajar, bueno, al principio hasta pensábamos que lo decía de broma, pero lo de hoy ha sido ¡! Nos han echado ¡! Nos han echado ¡! Nos han echado....- lloraba y se lamentaba Luciana
- ¡pero leche! Cómo os va a echar, tú te vas a subir a tú casa y yo contigo, porque esa es tú casa, y si esa te dice algo, afila el hacha que si la tengo que matar la mato y *sa cabao*, se quedarán con las tierras sus hijos pero ella las va a disfrutar muerta y yo ya vieja ni me llevan a la cárcel ¡!
- Pero abuela ¡! Anda ¡! Si ha encizañado hasta el punto que Justino y su hermano se han atizado una ¡! Están en el ayuntamiento con don Tomás y los aguaciles ...¡ay qué disgusto tengo!
- Pero hasta los hermanos se han pegado, ¡Dios del Gran Poder!
- Todo por esa puta AAagrrrrr ¡!! La mato, ¡la mato!, ¡la mato! La que la va a matar soy yo, no tú abuela, cojo un cuchillo y la degüello cortándola el cuello, aunque sea hasta en el altar sagrado de una iglesia a la puta satánica esa ¡!! Aaagrrrrr!!!!
- ¡¡¡Luciana por Dios ¡!! Tranquilízate, hija mía, tómate la tila, y no hagas caso a la abuela que está como una moto...
- Porque te crees que vengo así ?

Luciana no paraba de llorar y llorar desconsoladamente, hipar y plañir... su madre estaba medio muda y colapsada por el disgusto también y la enérgica abuela estaba que echaba chispas.

- Pero...entraña, ¿es que te pegado esa zurria en tú estado.?
- Anda, menuda hostia me ha arreado ...

- Ya verás tú cuando vea yo a esa puta arpía, que va a ser mañana mismo, directamente un frasco de alcohol a los ojos que la echo *pa* que se quede ciega de por vida, y luego la ...
- ¡¡Anda abuelaj! Calla, y Justino el pobrecito mío.... es que nos han precintado la casa como si fuera un desahucio, hasta que no se aclare la solución legalmente no podemos entrar, ahora subirá aquí si es que le dejan primero de pasar a mi casa a por las cosas más imprescindibles...si no se subirá de vacío, al final la tendremos que vender o dársela a esa zorra caliente...
- ¡menuda se nos ha presentado ¡! Claro que tú no te preocupes, porque aquí tenéis casa, os venís aquí hasta que se solucione la papeleta ya sabes hija que esta sigue siendo tú casa y de aquí a nosotros sí que no nos va a echar nadie. Justino que se suba con papá a las tierras a trabajar que aunque gane poco algo será...y lo poco que sea lo podréis ahorrar porque aquí lo tenéis todo cubierto, ya sabes que se come de todo lo que se cría...
- Ay mamá, qué buenos sois, - rompió a llorar de nuevo Luciana
- No hija, no, somos tus padres, ya estuvo viviendo aquí dos años la prima Toribia cuando la echó de la casa mi tío Toribio, cuando se quedó embarazada, que luego encima fue una falsa alarma pero tal y como se le pusieron las cosas ya ni quiso volver ella y aquí estuvo un par de años, y no estuvo aquí también mi otra tía y su marido año y medio, hasta que les terminaron la casa de Ciruelejo, pues tú siendo mi hija, ¡¡faltaría más ¡!
- Pos claro entraña mía, si esta casa ha sido siempre un albergue, con que tú, ¡ino ibas a ser menos ¡!
- Hija, ale, báñate y tomate la tila que se te va a quedar fría, y luego después de comer te tumbas un poco a reposar, ya comeremos luego, que os voy a preparar una cama limpia en la habitación que era tuya de soltera.
- ¡huy Luciana mi afrenta ¡! Qué tripita vas echando ya ...
- Claro abuela, qué cosas dices....
- Hoy Cristina no come aquí porque son los cumpleaños de Germán, y después de comer nosotros tendremos que bajar también pues queremos hablar con los padres ...
- ¿qué pasa, mamá.? ¿Va en serio que se casan.?
- Anda en noviembre, menuda perra les ha entrado...
- Creo que también se vienen aquí a vivir ... - dijo la abuela
- ¡¡No me digas abuela ¡!
- Pero a dónde van a ir esos dos pobres pipiolos, y te quejas tú ¡!
- ¿y los niños donde andan.? – preguntó Luciana por sus hermanos menores
- De vacaciones ya, estarán por ahí...por el *prao* o por la montaña...

Entre Paca y Luciana, ambas más apaciguadas preparaban una de las habitaciones cerradas de la casona para que sirviese de aposento a su hija Luciana y su yerno.

La habitación, toda enmaderada de techo a suelo pasando por paredes también de madera, contaba con una pequeña ventana que le suministraba la luz tamizada por el ramaje de los árboles frutales de la huerta, que es a donde daba esta habitación.

- Mira, en ese *armaruco* podéis guardar de momento la ropa, y allí hay un baúl que no sé muy bien qué tiene, mañana ya le organizaré para que tengáis mas espacio para guardar vuestras cosas
- Ay mamá, si no fuese por vosotros ... - otra vez comenzó a llorar Luciana
- Nada, nada hija, no llores, tú tranquila, estás en tu casa y quién sabe si el día de mañana voy yo a necesitar de ti...? para eso estamos las personas en la vida y más la familia...

La comida transcurrió ausente de alegría por el gran disgusto afectando primeramente a Luciana y Justino, secundariamente a todos sus familiares, excepto para los niños que contrariamente el disgusto repercutía en alegría y alborozo: - ¡¡¡Ay qué bien y qué alegría que la Luci se viene a vivir con nosotros!!!

- ¡¡¡Susana!!!, ¡¡¡Cállate!!! – le gritó su madre

La siesta, era la hora punta en la que él desplegaba todo su dorado fuego silencioso e impertérito. En los establos a estas horas solo se escuchaba el zumbido de las negras y bien nutridas moscas pues las vacas dormitaban en la parte baja del arroyo, junto a los tilos. En la pocilga solo se escuchaban resoplidos de alguna cerda atumbarrada sobre el estiércol blandorro y maloliente. En lo profundo del bosque se escuchaba el sonido del silencio sepulcral donde ni los pájaros cantaban víctimas de ese estupor de fragua. Los perros en el porche dormitaban canidamente moviendo de vez en cuando sus orejas bruscamente si alguna mosca impertinente se les posaba sobre su cara. En casa hoy dormían todos la siesta. Chín y Chón en el granero jugueteaban como locos entre los sacos, las maderas, las espuestas y demás balumba existente allí.

De este modo a partir de hoy Luciana y Justino se quedaron a vivir en el valle hasta que su problema se le solucionase.

Hoy era un día muy significativo, pues cuando concluyese el imperio del sol comenzaría la noche de un día, como comienzan todos los días con su noche a las doce en punto, pero este sería un día especial, el día más especial del año, junto con la noche de San Luciano y la noche de San Silvestre.

Ya en el tenue rosicler del alba se apreciaba la intensidad del magnetismo de ese día. Las plantas comenzaban a cargarse de virtudes. El aire, el fuego, el agua y la tierra emanaban en una sincronía de energías que operaban en conjunto, sin saber bien el qué era.

Así en su agonía el sol, hoy la agonía más larga del año, el celo sudoroso de gasa asalmonada que el crepúsculo llevaba puesto a la altura del horizonte se fue escurriendo sigilosamente y comenzó a brillar la pálida luz de la luna. Los vegetales habían llegado a su clímax de virtuosismo. En el aire fluía el embrujo. Olores a inciensos embriagadores. Suaves ululares de búhos en la espesura del bosque. Las aguas purificadoras y vivificantes bajaban regando a la naturaleza convirtiéndola en mágica y enigmática. Un gato maullaba inquieto, arisco y electrizado por la carga de magnetismo en el aire que era la energía telúrica que emanaba la madre tierra de sus entrañas. Casualmente era noche de luna nueva, negra como luto de muerte. Las amigas de la abuela ya estaban todas allí, en medio del prado bajo el sosiego de la mística noche estrellada y sin luna. Una luciérnaga daba un punto luminoso a la noche reclamando a su pareja. Las lucérnulas florecían hoy por primera vez y última bajo la especial noche de San Juan. Noche en la que tienen suceso todo tipo de sucesos mágicos, extraños y paranormales. No era que las lucérnulas florecieran esta noche y nada más como si un sexto sentido vegetal lo percibiera, sin confundirse nunca con otra noche, sino infinidad de poderes y fuerzas enigmáticas y sucesos virtuosos que suceden bajo el influjo de esta noche estupenda.

La leña encendida por la abuela comenzaba a arder poco a poco. La danza hipnotizadora de breves reflejos cobrizos y chisporroteantes que subían en chispas hasta traspasar las cabezas de todos los allí presentes hacía daño a la vista. Ya el fuego en su esplendor hacía sudar a todos. No había quién no hablase del acontecimiento que estaban viviendo en ese momento bajo las constelaciones zodiacales que regían la noche y otras harto conocidas como la Osa Mayor y la Osa Menor. Todos siguieron el ritual de asar un diente de ajo y comérselo para protegerse de envidias, malojados y malquereres incluida la incrédula de Paca... por si acaso... ya que este ritual lo venía realizando desde que tenía uso de razón, no sea que por dejar de hacerlo le fuese a ir mal...ó... peor, según ella. Saltaron las llamas de un lado a otro de la hoguera ya venida a menos, pidiendo sus deseos todas, desde las más torpes amigas de la abuela hasta la ágil Susana. Bebieron agua del arroyo directamente con las manos, se lavaron las caras y manos en él, incluso algunas de ellas se lavaron los pies para prevenir ó sanar sus juanetes, otras se mojaban la cabeza para sanar la migraña y hasta hubo alguna que como La Ogresa, no le importó la presencia de los niños ni de algún hombre, para ni corta ni perezosa levantarse sus olorosos faldamentos y en bragas clavar el culo en las aguas del arroyo. – pero Pepa – que así se llamaba la Ogresa – *Ca,ces* mujer ¡!!

- Anda, *pa* las almorranas que *ma* atañen que me tienen el culo *rescoció*

- ¡¡Santo Dios!! – exclamaban unas – Será posible – susurraban otras por lo bajo y las más descaradas se reían a carcajadas de tan numerero cuadro.
- Hace *mu* bien, porque ya veréis *vosotras* como se le van a curar en nada
- Pero Zenona si no lo digo por eso, que no lo dudo, es que hay aquí ¡¡hombres presentes!!!
- Y qué más da que haya hombres, si yo ya no sirvo para *na*, y verme a mí es como ver a una mula vieja...- explicaba la misma Pepa la Ogresca
- Si por algo siempre has sido la Ogresca – cuchicheaba la Lagarta a otra comadre
- Desde luego, tú lo has dicho...
- Luciana, hija, vas a coger cuatro granos de haba, a dos los quitas el pellejo y a dos no, los metes debajo del almohadón esta noche y mañana cuando te despiertes el primero que cojas me lo das que te voy a decir una cosa....
- ¿El qué, abuela ...?
- Mañana te lo diré, es para saber que vas a traer al mundo, alma mía, si un varón ó una hembra...

La abuela con su cesto de mimbre y todas sus comadres de la Nava se adentraron en la oscura espesura del bosque a recoger hierbas salutíferas que recolectadas esta noche doblan su poder medicinal y su virtud. A ninguna le daba miedo a su edad meterse en la oscura naturaleza solo con unas linternas. Lo llevaban haciendo toda la vida cuando solo podían iluminarse con velas ó ni eso.

En el recientemente habilitado dormitorio, dormían Justino y Luciana apoyando su cabeza bajo cuatro granos de haba que mañana le dirían si alumbraría un niño o una niña.

En el resto de dormitorios todos ya dormían plácidamente pues los anchos y fuertes muros de la casona aislaban del calor estival.

Hoy amanecía más pronto, como ningún día lo volvería a hacer en el resto del año. Entre una enramada vereda cubierta de hojas bajas, llegaban Zenona y sus paisanas riendo, dando gritos, voces y gastándose bromas picaronas de mujeres de su edad. Todas eso sí, cargadas de infinitos tipos de hierbas en cestos, sacos, talegos y más cestas, que habían recolectado durante toda la noche por el bosque y la montaña.

- Pero Pastora, y tú marido *ande* está con el cordero.?
- Quedé con él aquí a las cinco y media de la mañana...
- *Pos* esa hora es...
- No tardará ya, imagino

- A ver, si es que era cordera lo que subía.... Y *sa entretenío*—dejaban caer con sorna
- Huy Ogresa, qué cosas dices de mi Celedonio ...
- Anda... fíate tú de la Virgen y no corras.... Qué hará tu marido *to* el día solo con las ovejas.....
- Pero por las noches no las pasa solo, tu descuida, eso te lo digo como que me llamo Genara

La Zurraspa gritó - ¡Allí asoma! Y con la borra *destripá* y todo ya....

Siguiendo la tradición particular de este grupo de mujeres que se venían reuniendo la noche de San Juan, desde hace más de cincuenta años, comenzaron como un año más su almuerzo al amanecer asando chuletas de cordero a la brasa para reponerse de la dura tarea nocturna por el bosque y la montaña.

- No veas el hambre que se abre andando *to* la noche por esos andurriales que nos lleva la Zenona
- ¡¡Celedonio, no has traído el vino.!! – gritaba la Ogresa
- Zagala, que vas a despertar a *la* Paca y su familia
- Anda, eso es lo que voy hacer, despertarles que ya es hora... - y la Ogresa fue corre que te corre a la casona de la granja a despertar a Paca...
- Ay Dios mío, a ver si este zolochó me va a despertar a mis Ángeles Custodios
- Que no te extrañe Zenona, pero si no sabe ni donde está el dormitorio de tú hija...

Efectivamente, no tardaron en aparecer la familia Guervara Cifuentes todos en pleno, conducidos por los pasos a zancadas de la Ogresa hacia la hoguera donde se comenzaban a dorar las chuletilas de cordero sobre las brasas.

- ¡Y el vino!!, ¡¡Ande está la bota vino!!

Los chorros de vino fresco se le salían a la Ogresa de esa bocaza, escurriéndosele por las boceras, la garganta, el cuello y colándose entre sus pechazos de mujerona de pueblo

- No bebas vino zagala que no es bueno *pa* tus almorranas
- *Pa* que te crees que me lavo el ojete en el arroyo esta bendita noche, ¡¡*pa* poder beber vinito y que no se me *inriten* !!
- Vaya por Dios...
- Abuela toma el haba que he cogido ahora al despertarme ...
- ¿Este ha sido el primero que has tocado.?
- Sí...
- Pues vas a alumbrar un niño, si, si, un niño, ya lo verás...
- ¡¡un niño!!! – exclamó Luciana
- Bueno qué, ¿habéis cogido hierbas.? – preguntaba Paca
- Mira tú misma cómo están los cestos....

- ¡¡¡Uhh!! Tú no sabes cómo se conoce tu madre la montaña y todas las plantas que crecen en ella
- Ya me lo imagino....ya...

Todos comían y bebían con ávido apetito y es que a esas tiernas horas del alba, acariciados por el suave y fresquillo aire montañés, amenizados por los bostezos de esa fauna alada que ya comenzaba a musitar dándose los buenos días de árbol a árbol, todo entraba sin sentir y más las sabrosas chuletillas, hasta la jauría se relamía esperando les dejasen algún hueso.

Cuando el gran astro salió por completo, asesinando al poco conjuro que quedaba de tan mística noche todas partieron con los estómagos y los capazos llenos hasta la próxima reunión. Por el artístico curvado camino de chopos bajaban con su típica algarabía la Ogresa, Celedonio y su mujer la pastora, la Zurraspa, la Víbora, la tía Tonel, la tabernera y su hija Gumersinda, la Ojosvuelos, la Ladrillo, la Albarcas, la Almeja y la Salchicha, que eran las dos lesbianas del pueblo, íntimas amigas todas de la abuela de toda la vida desde pequeñas. En el aire según se alejaban tan singular grupo se escuchaba el lejano eco sin igual de la Ogresa..... “”ayer vi a santa puta, que venía de echar a las cabras de arriba.....””

El calor ya agredía físicamente por el día, por las noches gracias a los exudados del oxigenado bosque se podía respirar ampliamente en ese húmedo ambiente cargado de tanta transpiración vegetal en todo su apogeo.

Por los dorados y ya granados trigales del valle se oían cantar a las perdices rodeadas de perdigones que incesantemente piaban y corrían.

Las crías de los animales del bosque y de los de la granja, comenzaban ahora ya en este mes su pubertad y exploraban más a fondo el mundo que les rodeaba.

En la gran corrala que hacía las veces de montanera todos los cerdos que nacieron a finales del invierno reposaban todos sus kilos en una gran montaña de carne porcina que ronroneando dormitaba soporíferamente, sudando y orinándose entre ellos bajo las troncas de las encinas, donde millones de moscas les daban cien mil pegajosos y finos masajillos con sus afiladas manitas de mosca.

Las palomas salían cuanto menos mejor, pues no eran muy partidarias pudiendo estar fresquitas en el antiguo pajar, pasar calor por aquellas inmediateces campestres.

Los perros atumbarrados por el porche no tenían ni ganas de rascarse las molestas moscas.

Y los niños, no podían ser otros, habían comenzado su temporada de baños en las claras y refrescantes aguas del arroyo

- ¡¡No me espantéis a los patitos zagales ¡!
- Pero abuela no ves que están muy lejos allí arriba con su madre...
- ¿Los habéis echado vosotros.?
- Pero que va, si estaban allí arriba cuando hemos venido...

- ¡toma aguita!!! Y mójate un poquito abuela
- Oye, ¡ino me echéis agua, leñe ¡!!

La abuela tuvo que salir zumbando pues si se descuida la empapan de agua los zagales de su alma... ellos allí seguían en las vitrificadas aguas, rizadas y burbujeantes de aquél raudo manantial bañándose, chapoteando, jugando, echándose agua y refrescándose en un alivio acuático del joven calor estival.

Candido llegó con un par de liebres de su trabajo campero, sudando y amoratado del calor.

- Ay qué calor que hace...
- Pues sí, que me lo digan a mí – respondió la abuela
- Pues póngase de manga corta ya, y quítese el luto que pasa usted calor porque quiere...
- ¡¡¡Qué me quite el luto!!!, ¿Qué me quite el luto has dicho.?, ¡Vamos anda! Pa que se crean que busco mozo a mis años, Dios me libre, este luto es por mi santo marido que en gloria esté. Con este luto me entierran.
- Pues nada, entonces, ¡ja pasar calor ¡!
- Como si pusiese yo el verano... qué cosas dices...
- ¿has visto que dos liebres he traído.? Son machos – le aclaró Cándido a la abuela
- Si, esas las voy hacer con judías que os vais a chupar los dedos ...

Corriendo del arroyo al huerto; donde los frutales algunos ya rebosaban de frutos maduros como las ciruelas, los sonrosados albaricoques, las peritas de San Juan y algún melocotón tempranero; los niños iban y venían en bañador salpicando por todos sitios de gotitas de agua fría, encaramándose a los árboles a coger un tentempié hasta la hora de comer. Su padre que hoy había bajado de las tierras a media mañana, en medio los surcos del huerto los escardaba con la espalda descubierta y un sombrero de paja. – no comáis mucha fruta caliente no os vaya a sentar mal – les voceaba desde el surco de las tomatas

- ¡no papi! – respondía Susana que era la única que en este momento tenía la boca libre para hablar sin ciruelas ni peras...

La olla de barro se hacía a fuego lento y dentro de ella una más de las recetas de la abuela. Por el huerto alguna cuca gallina paseaba a su prole habiendo burlado la verja, a la abuela y sus medidas de seguridad y entre las tomatas se deleitaba con los golosos frutos que comenzaban a pintar, ante el estruendo de Cándido aludiendo a la madre de la gallina, a los pollos y a su dueña, finalizando en una lluvia de terrones hacia donde se encontraban éstos, que no tuvieron mas que distribuirse por el amplio huerto como pulgas de pelusa que piaban pidiendo auxilio a su madre unos por el esparragar, otros entre los pimientos, el fresón ó las judías verdes mientras la aturdida clueca con un trío de ellos que la seguían se alejaba hacia los frutales cacareando y reclamando al resto.

- ¡¡Ay mira la negrita pero si tiene pollitos ¡! ¿Lo sabrá la abueli, que está aquí en el huerto.?
- Pues claro Susana, vaya cosas dices, si la abuela lo tiene todo controlado
- Ayúdame a coger uno, ¡quiero uno ¡
- Pero Susi, tu sabes lo que corre un pollito de esos ¡!
- Si son recién nacidos
- Ya te veo, pues ala, si son recién nacidos cógele tú...

La víspera de San Pedro lo era también del cumpleaños de Pedro, como no, y ya desde temprano se hacían los preparativos para la celebración. En la cocina en lugar de aroma a dulces del desayuno, se desprendían vapores a cocido montañés con su morcilla, su chorizo, unas berzas, alubias.... El cumpleaños de Pedro abría la ristra de cumpleaños que tenían lugar en verano, como eran los de Cándido, Cristina, Magdalena, Alfonso, Ernesto y Asunción. Los cumpleaños del verano eran los que más auge tenían debido al buen tiempo y a las vacaciones... Así que a media mañana todas las hijas de Paca, sus yernos y sus nietos, se divertían ya todos en el arroyo tomando el sol, charlando, picando algún aperitivo en la gran mesa de madera que hasta el arroyo habían llevado. No tardó en llegar Marta la futura cuñada del homenajeado Pedro, prometida con su hermano Román, también subió Rosa la novia de Alfonso, incluso había subido el jefe de Pedro, el boticario y la esposa de éste y por último los amigos de Pedro, todos a comer el gran cocido montañés que la montañesa Zenona había preparado. El postre corrió a cargo de una reina macedonia con ciruelas pacientemente mondadas y deshuesadas, albaricoques, fresones, peras de san Juan a la mitad, plátanos en rodajillas, regado todo con zumo de naranja en abundancia y salpicado de unas patas de nueces.

Entre sol, aguas y baños, frutas maduras de principio de verano, arreboladas y altas nubes, más las rutinarias algarabías estivales de los niños y no tan niños, puesto que al atardecer Pedro y sus amigos cantaban en un sin par, canciones típicas de los jóvenes beodos fue transcurriendo el jocoso día hasta que el resto terminaron bailando en parejas cualquier música que sonaba en un viejo casete.

7

Por Santiago y Santa Ana pintan las uvas, y para el quince de agosto ya están maduras.

En Julio el mozo, en la acequia o en el pozo.

Por San Beltrán, los trigales se segarán.

En julio es gran tabarra, el canto de la cigarra.

En verano, el sol lleva al viento agarrado de la mano.

Por mucho que quiera ser, en julio poco ha de llover.

Del Carmen a la Paloma, los calores son sofocos y los sofocos son sudores.

Calor de julio y locuras lunares, siempre son estivales.

En las estrelladas noches del estío, cuando gracias a la suave temperatura nocturna la reina de los sueños pasea desnuda por el azul ultramar del cielo, dando rienda suelta a los edenés mágicos de las quimeras, el cielo se irisaba en ráfagas multicolores que duraban el tiempo de una ilusión óptica.

Ella continuaba errando lasciva e impúdica bajo el impertérrito reposo bochornoso de la noche, buscando con tedio el amor de su vida, tranquila, sosegada aunque adusta a causa del solsticio canicular.

La fragosidad emanaba su frescura para aliviar las partes ignitas de Selene, que en su paseo en cueros mostraba toda su luminosidad, pues hoy estaba llena. Llena de amor y maldeamor. Llena de querer y malquerer. Llena de desaire y frenesí. Llena de pasión y frivolidad, muerte y locura. Era su lunatismo.

Por el camino que bajaba a las tierras de labranza y casi más cerca de ellas que de la granja, como todas las noches veraniegas paseaban toda la familia despacio, charlando, hablando y conversando, mientras rebajaban una sabrosa cena probablemente a cargo de un pisto hecho por la abuela a base de pimientos, calabacines, conejo, cebolla y mucho tomate. Los niños como satélites al grupo de mayores giraban alrededor de sus apaciguados padres, relajados por el fresco nocturno esperado que desprendía la noche, tan sosegados que ni se inmutaban por los gritos y risas de los zagales.

Las gotas del rocío, despertaban de su sueño con la aurora, brillando desde la verde y suave hoja donde habían dormido una noche de verano cualquiera. Las abejas como todos los años por estas fechas comenzaban su segundo enjambre.

Entre los juncos, donde el arroyo calmaba sus rizos de corriente por diáfanos y tranquilas aguas, con suma paciencia hacia su puesta una brizna viviente de arco iris, agitando sus alas pausadamente al compás de cada diminuto huevo que depositaba, hasta que los niños que por allí andaban preparándose para su baño matinal, descubrieron a la policromática libélula que alzó su vuelo de colores perdiéndose por la superficie del extenso manantial.

En su piña de barro, colocada en lo más alto del viejo granero, cuatro crías de golondrina asomaban sus cabecitas con sus manchas de color sangre cristiana bajo su pico, viendo como sus progenitores revoloteaban agitada y bruscamente como locas orilla del nido animándolas para salir de él, hasta que la más menudita de todas, sin pensárselo dos veces se lanzó al mundo del aire yendo a parar a una maromilla que cruzaba el granero ahorcando a una bombilla llena de mugre. Sus hermanos se miraban entre sí como diciéndose ““Pero bueno, quién se iba a esperar esto, siendo la más canija, lo más probable es que se haya caído del nido seguramente”” Pero no, ella lo sabía y con eso le bastaba, no se había caído, se había tirado ella, ella sola a surcar el mundo, negra azulada, sangre el pico y blanca la tripa. Ahora comenzaba su segundo vuelo agitando sus alitas desde la maromilla hasta lo más alto del granero, evidentemente era la mas esmirriada pero estaba demostrando su entereza y es que no olvidemos, que siempre en la vida son los más pequeños e insignificantes los que dan los saltos más grandes, y si no, que se lo pregunten a la pulga... ó al bíblico David como venció a Goliat.

La abuela se había pasado todo el día sacando ajos que iba echando a una espuerta y ahora por la noche, hoy en lugar de pasear, sentada en una butaca de mimbre los trenzaba como era su costumbre, para colgarlos en el porche al sol. Susana orilla en un pequeño taburete de madera conversaba con ella mientras intentaba también realizar una trenza de ajos

- Espera mi dicha, ahora te contesto, ¡Paca! Mañana vais a la siega del trigo, ¿no?
- Sí, mañana a pasar más calor.... ¡A ver qué nos llevas ¡!
- Sus llevaré un gazpacho fresquito
- Vamos a dar una vuelta a que nos de el relente un poco, menuda peste a ajos que tenéis....
- Andar con Dios, yo me quedo aquí con *la* Susana trenzando ajos...
- Que mal huelen abuela
- ¡anda, anda, no digas tonterías ¡ a ajo, a que ha de oler.... Bueno y qué era eso que me decías antes....
- No nada... ¿porque dura mas el sol en verano que en invierno ...?

- Corazón ¡! Eso ni los mismísimos Arcángeles lo saben ¡! Vete a saber....
- Hoy quiero dormir contigo abuela
- ¡¡¡uuuyyy no ¡!!!! Con el calor que paso, lo que me faltaba, mejor cuando ya refresque, además apesto a ajo...
- ¿Las plantas por qué no hablan.?
- Pero quién te ha dicho a ti que no hablan criatura ?
- Ah ¡! ¿Si hablan.??
- Ya lo creo, y sienten y padecen
- Ah... ¿Y los cardos también.??
- También hija.
- Pues la hija de la Ogresa se los come que la vi yo
- ¿Va contigo a la escuela la hija de la Ogresa.?
- Si y se come los cardos
- Serán cardillos....
- No abuela, se come los cardos borriqueros de los que crecen en el erial...
- ¡¡Santo Dios!! Si de tal palo tal astilla, pues para cagarlos se verá negra la pobrecita con esas púas que tienen... ¿Se llama Pepa igual que su madre.?
- No, se llama Gerardita, pero la decimos todos la Comecardos
- Jesús igual que su madre ¡! Cuentan de su madre que cuando era moza se encaramó en lo alto de una higuera y se comió al menos treinta kilos de higos que traía el árbol de frutos.... Y su marido, el Morroscos, dicen que mató a una mula de un puñetazo en la cabeza, esa familia lo lleva en la sangre, no te rías no Susana....
- Es que me hace gracia...

La luna iluminaba el rostro candoroso de Susana y las incansables manos de la abuela que seguían trenzando en ristras y más ristras de ajos.

- No quiero hacerme mayor abuela
- ¡¡Anda ni yo ¡!! Por eso ya he *empezao* a encoger
- ¿Qué?
- *Pa* caber mejor en el nicho
- Abuela no digas eso, no me gusta, jo, yo no quiero que te mueras, es que yo no quiero ser como tu ni como mi madre, ni como Cristina, quiero estar siempre así como soy ahora ...
- ¡Ay cariño! Pues.... Por mi edad has de pasar, ó la vida te ha de costar.... Dice el refrán....
- Y dale ¡! Que no quiero que te mueras ¡!
- Si no se muere Susana, lo que desaparece es el cuerpo, pero yo me quedaré aquí en la montaña con mi bosque, mi valle de siempre, mis animales, mi lluvia y mi otoño. Así que a mí, no vayas a visitarme al camposanto, cuando quieras visitarme o hablar conmigo después que me haya ido de este cuerpo, súbete al

bosque y cuéntame lo que quieras, yo te escucharé y estaré orilla de ti aunque tú no me veas con los ojos pero me notarás, y si quieres llevarme flores no me las lleves al nicho, me las dejas detrás de cualquier tronco viejo del monte ó en alguna roca ó en el sitio que tú creas que más me gustaría a mí, yo te lo agradeceré y hablaré por ti a los pájaros, al susurro del viento, a la tierra, al agua, al aire....

Susana rompió a llorar desconsolada y sentimentalmente - ¡¡Ayy... Abuela....bonita....qué pena tan grande que te vayas a morir ¡!!

- ¡¡¡Jesús!!! Pero no llores tesoro, que todavía estoy viva, ¡qué criatura tan sentida!!
- ¡¡Ay, ay, ay, ay ¡! - suspiraba entrecortadamente fatigada Susana
- Jesús del Gran Poder, dame un beso entraña, aunque huelga mal a ajo

La noche transcurrió llena de dulces sueños para todos los íncolas del valle.

Entre las tiernas hierbas de verde vivo que brotaban en uno de los prados tapizándole completamente, dormitaba acurrucado el ternero que esta noche había venido al mundo bajo la luz de la luna y la protectora mirada de su madre que le lamía su suave piel berrenda en negro, cuando ahora el alba venía clara anunciando un día más de calor estival.

- A ver quién es el guapo que le quita el choto a la vaca... anda qué ¡¡Haber parido sin encerrarla... qué fallo!! Pero es que se ha adelantado un poco... *pos* Candido no vas a tener más remedio que intentarlo, que te ayude Román...
- Román se va hoy con su novia a repartir las invitaciones de la boda
- ¿Ya están las *invitaciones* ?
- Si
- Pero si yo no las he visto ni me las han *enseñado*
- En la alacena del salón hay unas cuantas

La abuela daba de mamar al secuestrado ternero, Paca ya temprano había lavado en el arroyo mientras los niños ahora como todos los días del verano, después de la digestión del desayuno se bañaban en las frescas y torrenciales aguas del manantial hoy junto con todos los perros y a lo lejos les miraban los patos, las ocas y los dos cisnes de la abuela que ya comenzaban a deambular por aquellos parajes paradisiacos.

No tardó Candido en irse con los compadres de la Nava, campesinos todos ellos, a la siega de los dorados trigales que granados y maduros desfallecían sus espigas hacia el suelo, con esa típica curvatura seca de la mayoría de las espigas de gramíneas llegado el momento de su cosecha. Paca hoy se marchó con Cándido como la mayoría de las esposas navenses que hoy, el día de la siega del cereal, bajaban con sus esposos a ayudarles en cualquier menester de tan dura tarea.

Zenona llevaba hoy la casa, guisando, limpiando y recogiendo la ropa que había tendido Paca tras lavarla que ya estaba oreada y como no, preparando la mesa para la comida, que corría a cargo de un buen gazpacho con tomates maduros recién cogidos de las olorosas y fragantes tomateras, pepinos, cebollas, pimientos, comino, ajo y miga de pan. De ese pan que solo hay en los pueblos con la Nava.

En las tierras de labranza los trigales quedaban rapados cual presos medio calvos. No era raro ver salir en espantada a alguna perdiz seguida de sus millares de perdigones. Sin ninguna distinción de sexos, todos trabajaban en los distintos quehaceres como transportar las pacas de paja a los remolques, acarrear los sacos de trigo, limpiar la cosechadora antes de que entrase en un nuevo trigal no segado del siguiente paisano, casi todo el pueblo estaba allí presente pues ese día alquilaban la cosechadora entre todos para segar los trigales de todo el pueblo. Les acompañaban la bota de vino, zurrone y talegos llenos de comida... Los perros deambulaban como aturridos entre tanta zozobra de personas y de calor picajoso y asfixiante. Paca por allí, así un saco de trigo de los suyos hacia su remolque, la Ogresía, con un sórdido vestido por la parte baja del cual iba perdiendo la combinación y por arriba dejaba mostrar los brutos encantos de tan ordinaria mujer, mientras ella hacía boato de fuerzas, masculinidad, poderío y falta de escrúpulos.... - ¡¡Pásame la bota vino!!!

- Zagala, a ver si te vas a chispar que ya te veo yo muy contenta
- *Quiá, es pa quitarme la caló, la sudó y la escozó* que tengo entre las patas y es que *pa* mi, que se me ha *remetió toas* las pajitas del trigo por *tos* los sitios ¡!

Todos y todas estaban agotados y ansiosos de hacer un descanso y más de que tan su género personaje del pueblo les amenizase tan duro día, pararon un poco sus labores para ver cómo bebía el vino y alguno que otro lanzó algún silogismo en el que cayó rápidamente la Ogresía, presa de su afán de notoriedad y su falta de cerebro....

- Ogresía, vas a perder la enagüa....

La Ogresía miró hacia abajo y vio cómo por debajo del vestido arrastraba media combinación. – el caso es que yo notaba un cosquilleo en la entrepierna baja, *pos* me la quito y así más fresca voy y no me molesta.... – y delante de todos sus paisanos se pegó un tirón por debajo del vestido y la enagüa cayó al suelo, ella la recogió y mostrándola en alto como si fuese un estandarte exclamó: - ¡¡mirad que *resudá* la tengo ¡¡¡Menudo charco!!! – mientras señalaba el redondel de sudor que marcaban toda la combinación.

- Pues ala, ¡¡cuélgala en esa higuera ¡!

Y allí en la rama de una higuera al sol tórrido de la siesta canicular quedó la prenda mientras todos retornaban a sus trabajos riendo, sonriendo o comentando el número ofrecido.

De pronto hubo un revuelo al fondo de un trigal de donde traían a una mujer entre varias personas - ¿Qué pasa.?

- Dios Santo, qué ha pasado....
- ¿Quién es.?
- ¿A quién traen..?
- ¿Qué ocurre.?
- Nada, a la Angélica, que le ha dado un soponcio

Debajo de la higuera las mujeres la refrescaban, le daban a beber agua fresca y le desabrochaban la ropa a Angélica, la víctima de un golpe de calor, que ahora había recuperado el conocimiento se quejaba atolondrada : - ay, ay, ay, qué me ha pasado....

- *Na*, hija mía, que te ha *dao* un patatús y *tas quedao* tiesa, pero ya *sa pasao*, ale, tú quédate aquí y ya no hagas *na*....tranquilita, ¡y no te muevas de aquí ¡!
- Ay lo que me duele la cabeza...
- Será que tiene migraña....
- O que la *dao* una *ensilación* del sol... - aclaró la Ogresa

El caluroso día de trabajo pasó y cada uno volvió a su hogar. Allí quedaron los rastros de los trigales que había visto nacer el otoño con su germinar verdecillo, el invierno ahijar, la primavera espigar y el verano dorar, pero ya no verían más... salvo un granero, un pesebre ó el suelo de algún gallinero para servir de manjar a mil y una locas gallinas.

- ¡qué tal la cosecha ¡!
- No ha estado mal madre, ha sido un buen año, ahora ya que llueva para los prados que están un poco secos, que ya el trigo está segado.
- Sí, va a llover ¡¡En pleno julio ¡!

Como el despertar de una música barroca emergía el sol por instantes cada vez más alto, para iluminarlo todo un nuevo día. La cocina orientada al este, era iluminada por él como en todos los amaneceres del año y era su luz la que hacía a esa hora que fuese el momento más acogedor en la cocina, allí desayunaba Luciana sentada a la gran mesa de nogal, pensativa, la abuela interrumpió los instantes de meditación de su nieta.

- Buenos días nos de el Señor

- Ya veremos cómo se nos presenta el día abuela
- Mujer, por qué va a ser malo...?
- No sé, desde que nos quedamos sin casa...
- ¡Luciana! No estáis sin casa, estáis aquí
- Ya lo sé, pero....
- ¡Venga! Que hoy es el cumpleaños de tu padre
- Ya lo sé, - volvió a remarcar - por eso me he levantado por bajar al pueblo a ver si le compro algo...
- Muy bien, pues baja antes de que se levante porque hoy no va a subir a las tierras, total por un día, y ayer fue la cosecha que terminaron muertos... y hay que descargar todos los sacos de trigo y meterlos al granero, hoy se quedará aquí....

Candido bajó a media mañana, como denominaba él a las nueve de la mañana, sus tres hijos más pequeños se lanzaron a él como fieras por todas partes para felicitarle su sesenta cumpleaños. – Susana hija, pareces una ventosa, no me beses más corazón

- Es que te quiero mucho papaíto
- Ale sí, no seas tan zalamera....

Todos le felicitaron uno detrás de otro... - Abuela, a ver si me hace usted un pollo tomatero de esos que he visto por ahí, como usted sabe...

- ¡¡Uuh ¡!! Total *ná* ¡! No pides tú poco aunque sea tú cumpleaños ¡! Si no puedo cogerle.... Ahora que andan sueltos...
- Pues yo se le cojo, no se preocupe usted por eso...
- Bueno, tú le coges y yo le mato y le guiso. Es que menudo sin vivir tengo en verano con las gallinas...
- ¡¡Será posible Jesús del Gran Poder ¡!! La que tiene el sin vivir con las gallinas y contigo, las cuatro estaciones del año no solo en verano, ¡soy yo ¡! – se quejó Paca
- Abuela, aquí te traigo el pollo.
- Pos ala a la faena, y Paca, lo del sin vivir lo digo, porque como en verano andan sueltas y muchas de ellas no sé dónde ponen los *guebos* porque no pasan al corral a ponerlos....
- ¡¡Pues no las sueltas.!! – gritaba Paca desde la cuerda del tendedero que cruzaba de olmo a olmo ondeando la ropa fresca mojada y limpia.
- Cómo las voy a soltar ¡¡Qué cosas tienes ¡!
- No, las cosas las tienes tú, y mata a más de un pollo y le haces con arroz para todos, además esta tarde van a subir Magdalena y Asun y Cecilia con los maridos y los zagales...
- Cómo voy a matar a mas pollos ¡¡Voy a dejar el gallinero pelado ¡!
- ¡¡Pero madre!! Si hay gallinas y pollos para parar un tren y encima la mayoría están criando... ¡Por Dios!

Cándido cogió otros seis pollos tomateros más y los metió en un cajón mientras Zenona daba muerte al primero de ellos. Los pertrechados pollos encerrados en el cajón se movían como locos y armaban bulla nerviosos, pues desde que nacieron en el cesto de dorada paja donde su clueca madre los trajo al mundo habían estado siempre en libertad campeando por los trigales, comiendo hormigas, picando briznas de tiernas y aromáticas hierbas, bebiendo del manantial o del agua del rocío al alba, durmiendo bajo el colchón mullido de plumas de su madre en algún rincón improvisado donde les cayó el atardecer en las inmediaciones de la granja.

Ahora ya, los perros mordían y trituraban las cabezas y patas de los pollos a los que la abuela había quitado las penas.

A la tarde llegó la primera de sus hijas, Asunción y su familia, seguida de la familia de su hermana Cecilia y más tarde llegó Magdalena con la suya.

Cuando la media tarde caía y todos estaban sentados a la luenga mesa de tablas de madera muy cerca del manantial, por donde picoteaban los patos la hierba verde, apareció don Tomás, doña Luisa y su hija Marta. El alcalde felicitó a su consuegro Cándido, obsequiándole con la típica caja de puros.

La mesa estaba surtida con varias cazuelas de barro rebosantes de pollos tomateros cómo no, con tomate y ajo, dos ensaladas y varias fuentes de embutidos y quesos.

Cuando el banquete onomástico llegaba al postre también llegaron los suegros de Cecilia. Luciana, apoyada en jarras y como arriñonada mostraba enteramente toda su futura maternidad, a la par que hablaba con la suegra de su hermana Cecilia....

- Pero cómo se habrá atrevido el pendón de tu cuñada a haceros eso....
- Porque es muy egoísta *señora Lola*
- ¡ Eso no tiene perdón de Dios! Hacerle eso a un hermano ...
- Anda...pues hasta se pegaron allí... ¡¡fíjese usted ¡!
- ¡¡No me digas ¡!
- Y eso no es todo, ella también me enganchó a mí de los pelos ...
- ¡Vamos qué valor!! Estando como estás, en tu estado.... Pero mira, gracias a Dios, no os va a faltar de nada aquí con tus padres que son unos santos ¡! Hasta que se resuelva el asunto, así que... ¡¡alegra esa cara guapa ¡!
- Ya ya...
- Y bueno, para cuando eres mamá...
- Para primeros de octubre...
- O sea, de aquí a tres meses... ¿no.?
- Sí, más o menos....

El frescor nocturno emergía entre la masa vegetal de la montaña pues la noche ya había caído.

Los padres de Germán, el novio de Cristina, hablaban con Candido y Paca...

- Vaya unas prisas que les han entrado a estos dos por casarse...
- ¡Vaya por Dios! Yo cuando me lo dijo mi hija ni me lo creía, luego ya me quedé de piedra, porque claro, en agosto sabrán ustedes que se nos casa Román...y por nuestra parte dos bodas tan seguidas no puede ser ya se lo dije a mi hija, pero se han emperrado...ellos sabrán....
- Paca, ella ya es una mujer, va a hacer veinte años y mi hijo veinticinco, y respecto a la boda nosotros les vamos a ayudar todo lo que podamos...
- Ay, no sé, yo la veo muy joven aún....
- Anda Paca, no sea usted dramática, además trabajan los dos, porque vivan dos años en una buhardilla y de las grandes, no les va a pasar nada, porque ya le digo que para nosotros la boda no es inconveniente, una boda sencilla eso sí, que somos personas normales...no se vayan a pensar....

La granja en este mes de julio entraba en un gran periodo de actividad. El granero se llenaba hasta rebosar de sacos de trigo donde las palomas habían trasladado su residencia. Rara era la gallina que no había terminado su incubación y andaba afanosa por aquellas campiñas sacando adelante su numerosa prole. El henil cada quince ó veinte días incrementaba más los kilos de mies que en los días fríos, servirían de alimento a las vacas. Los cerdos se cebaban hermosos en el amplio corral de la parte posterior de la pocilga, donde dentro de ella las dos guarras, atumbarradas sobre unos de sus lomos encima del estiércol, anunciaban claramente que pronto volverían a dar a luz. En uno de los prados pacían las diez ovejas tumbadas medio amodorradas mirando a sus retoños como jugaban, corrían y saltaban haciendo cabriolas torpes e improvisadas y algunos tímidamente mordían su primera brizna de hierba a la par que a descontrolados orejazos espantaban esa pestosa mosca negra que se les había plantado en su rosado hociquillo. Sus parientas las cabras a pesar de estar ya en sus últimos días de gravidez ramoneaban casi subidas en un árbol que sombreaba los límites de esa pradera ovina con otra donde las dos vacas a ritmo de uno y otro sonoro cencerro movían sus rabos fustigando a los pesados tábanos del prado. Toda la fauna aviar como pavos, gallinas, patos y gansos se podían ver por todos los lares de la granja, ya fuera por el arroyo, ya fuera por el prado, por el huerto, el granero, el porche, los rastrojos del trigal, la leñera o cualquier otro inimaginable lugar. Las negro azuladas golondrinas no paraban de practicar sus vuelos quebrados.

- Paca y la artesa que voy a lavar... ¿dónde está?
- ¿El qué vas a lavar.?
- Mis cosas...
- Déjalo para mañana que tengo que lavar yo
- Que no, que no, que mis cosas me las lavo yo...

En el límpido manantial los niños se bañaban un día más despreocupados. A Susana ya se le había ido de la cabeza hasta lo que era un libro. Más debajo de ellos, enfrente de un melencuado sauce llorón, la abuela lavaba con su artesa y su jabón amarillo, rodeada de sus fieles Chato, Canela, lobo, Pastora, Mora y Chiqui, que hoy a causa de la sofocante temperatura se veía que además de las ganas de juego les apetecía refrescarse incluida la vieja Canela. Unos mordisqueaban a otros, saltaban, correteaban chapoteando en el agua por delante y por detrás de la abuela hasta que el Chato se puso totalmente de manillas yendo a apoyarse después de golpe en la espalda de su anciana ama, que de rodillas restregaba sus prendas a la orilla del arroyo, del inesperado achuchón de Chato la abuela fue de mocha al fresco manantial ... Me cago en la leche...que me....*Aaahhgggg ¡!!!*

- ¡¡¡Mamá ¡!! Que a la abuela se la lleva el arroyo ¡!
- ¡¡Sacarme de aquí ¡!! *Recoño ¡!! Aagghhh ¡!!!* - gritaba mientras las aguas del arroyo la iban bajando poco a poco por el cauce, vestida y chorreando ...

La abuela surcó las torrenciales aguas del arroyo hasta que éste cruzó la verja de palos y espinos que delimitaba el prado donde las ovejas inmunes a todo pastaban pacíficamente y allí quedó enganchada intentándose levantar sin lograrlo cuando ahora por ambas orillas entraban Paca y los niños para sacarla. La pobre y chorreante abuela se levantó agarrándose a los palos y con la ayuda de Paca que intentaba incorporar el cuerpo de su madre más todos sus capisayos que con el peso del agua pesaba como cien abuelas juntas.

- ¡¡Ay Dios mío!! ¿Madre, estas bien.???
- Ay Paca – se quejaba dolorida – bien *jodía*, bien *mojía*, bien *mareá*...me duele tó ¡! Ay ¡! *Pa haberme matao* ¡! – comenzó a llorar
- ¿Te has hecho algo...? Vamos a casa, te cambias, te seco y vemos si te has hecho algo...
- Sí, mírame porque parece que me ha *pillao* un tren Paca....

La abuela salió andando descalza, sin las zapatillas que había arrastrado el manantial a saber dónde... sus medias parecían haber sido picadas con una picadora.... Su trenzado moño estaba totalmente deshecho y por un lado le colgaba escurriendo agua una trenza canosa cual vikinga naufraga y todas sus innumerables enaguas y faldumancos iban regando el terreno por donde pasaba agarrada a Paca....

- ¡¡¡Del *alpargatazo* en los cojones que le voy a atizar, le van a salir disparaos!!! Al cacho perro este... ¡¡Chato asqueroso ¡!
- Bueno madre, tranquilízate por favor.... deja al perro ahora...que sabría él....
- Mira, que chichón tengo que tener en la frente ...y mira qué rasguño llevo en la pierna ... mira qué cardenal en el pie... y mira qué medias *man quedao*....¿Y las zapatillas.? Esas ya habrán *llegao* a la Nava de Abajo...se las ha *llevao* la corriente
- Venga, vamos a entrar a casa que te preparo una tila y te curo todo

- ¡¡Ay cómo me ha *dejao* ¡!! Pero a este Chato le voy a dejar yo pingo ¡!!
¡¡¡Chato!!! Ven aquí.
- Venga madre ¡¡Vamos a casa. ¡!

Pero la abuela testaruda, sórdida tal y como iba, andrajosa chorreante la emprendió a tales palos con el perro, el pobre que no podía comprender a qué venía ese castigo, el desdichado sabueso se retorció chillando y lloriqueando por el suelo...

Paca comenzó nerviosa a chillar y llorar de impotencia - ¡¡Madre por favor ¡!! Deja al perro pero que él qué sabe ¡!??

- ¡Toma *jodío!*, déjame Paca ¡! Y toma y toma y toma y ahora ven aquí que te voy a....

Lo agarró de una pata trasera y arrastras se lo llevó magullándose el cuerpo por todo el terroso suelo del falso patio y lo dejó encerrado en la pocilga.

- ¿Y tú eres la que te gustan los animales.? Madre, eres más testaruda que una mula. Eso que has hecho es de loca, ¡¡¡qué sabe el perro ¡!!??
- Pero si por poco me mata. ¡Mira cómo estoy! ¡¡Pobrecito mío si lo sé....!! – la abuela rompió a llorar ahora desfogándose de todo el susto, disgusto y tensión acumulada, mientras Paca comenzó a desvestirla para secarla.

Oro, trigo, alba, plata, azul, verde, bronce, celeste, prado, sol y en lo más hondo del bosque, donde entre las miles y miles de hojuelas no dejaban ver la luz bajo su umbrosa enramada de hayas y fresnos, con el pulso de una joven de quince años en sus manos, después del susto de ayer recogía con suma delicadeza uvas de oso, como ella misma llamaba a las frambuesas silvestres del bosque. Pensaba en la vida. La vida. Siempre igual y siempre distinta. Pensaba en todo lo que rodeaba a cada estación del año y lo que hacía característico en sí a cada una de ellas, esa serie de pequeños detalles que la sabia naturaleza solo deja saborear en cada una de las cuatro comidas de vida que ofrece en el ciclo de una vuelta al sol. Nunca había dejado de saborearlas y de hacer a los suyos que las saboreasen con ella, pues esos cuatro menús diferentes eran en esencia el sabor de la vida, el aroma de cada estación embriagaba de forma diferente. Cada una de ellas tenía su olor y sabor específico y eso sí, todos los años era el mismo pero no por ello se acogía con menos ganas, incluso cada año con más deseo al anterior pues el postre de todos esos manjares era lo que hacía abrir más el apetito del siguiente menú, avivaba el deseo de vivir el próximo, de sentir el que venía ya fuese con olor a humo de chimenea y aire gélido, ya fuese con pasteloides florales que alteraban y hacían morir a cualquiera, pudiendo ser ese cálido y dulce néctar con aromas de heno recién cortado ó un dorado plato de castañas asadas con efluvios de tierra empapada de aguas de lluvia. Era el menú con el que la naturaleza servía a sus fieles vivos. Era la vida y su perfume, sus fragores de mujer, sus locas faenas de chiflada encantadora, su brisa fría y su recogimiento cálido. Una luz cegadora ó intensa

gasa azul marino nocturno, de nuevo la vida. Con sus mil fragancias como los que ahora desprendía desde el ancho alféizar de rojizas losas de barro de la ventana de la cocina, el hermoso pastel de frambuesas elaborado por la artesanal abuela que haría las delicias de críos y mayores a pesar de llevar ya en el medio el agujerito del pequeño índice de Susana que había sido incapaz de evitar la tentación que desde que tenía uso de razón venía incurriendo en ella en todos los pasteles, tartas y bizcochos que su abuela preparaba, a pesar de amenazas, riñas y castigos pero todo ello era superior a sus fuerzas de niña golosa y libérrima como la misma golondrina que intentaba dar caza a esa blanca mariposa y que resultaba imposible establecer quién de las dos tenía más ganas de juegos, quiebros alados y surcos de aire, si la novata y tierna golondrina ó la delicada y sutil alada mancha blanca.

En las aguas del manantial los niños representaban burlescamente la comedia de ayer: Susana hacía que lavaba ropa arrodillada en la orilla del mismo, mientras Sergio y Ernesto ladrando y haciendo perrerías daban un empujón a su hermana y ésta se lanzaba de mocha fingida cayendo al agua - ¡Coño Paca que me ahogo! ...Ahhh!!! La zapatilla ¡!! Mi moñoooo ¡!!! - mientras sus hermanos se desternillaban de risa y ella se refrescaba jocosa por las aguas del manantial.

Distaban mucho las tranquilas sobremesas invernales en el salón de casa frente a la cálida y encendida leña de la chimenea tomando café ó té con pastas a la luz de un cielo nublado, a estas sobremesas del tórrido verano, cuando algunos dormían sus españolas siestas incluso acostados con su pijama, otras cosían y hacían punto fuera de la casa bajo la sombra del sauce, escuchando las musicalidades y burbujeos de las cristalinas y sonoras aguas del manantial. En lo oscuro del pajar, entre pacas, henos, pajas y espigas jugaban aquí ahora los benjamines de la casa hasta que el gran astro declinaba y todos merendaban algún pisto hecho por la abuela, acompañado de cualquier embutido bien curado, queso y pan de hogaza, todo ello mojado por buen vino, para después, cuando la cena y la noche habían caído, salir a pasear entre los frescos exudados de la naturaleza nocturna. Unas noches dirigirían sus pasos hacia la Nava de Abajo, divisando trigales ya en rastrojo a una mano y pastizales verdes a la otra por donde se adivinaban las sombras de las bestias, rumiando, paciendo ó trotando en la noche. Otras en cambio pasearían por el curvado camino de chopos, ahora en todo su esplendor hasta coger la carretera hacia la Nava de Arriba ó incluso alguna noche se podían perder a través de alguna vereda montañesa....

- ¡¡Señor!! Qué poco que ponen estas *condenás* ó será que no encuentro los nidales donde ponen... la negrita en la junquera, la gorda en la hierbabuena, la vieja en... - hacía su recuento de todas sus gallinas la abuela.
- Mira Paca no te lo vas a creer hija, pero diez *guevos na* más que he cogido hoy...
- Cómo no me lo voy a creer, si tienes criando a medio gallinero, si crían pollitos no ponen. Si no pusieras tantas gallinas a incubar, que tenemos la granja infectada de pollitos por todos sitios... además cada año se van más lejos del gallinero, ya se van hasta para la montaña y al medio de los trigales
- Venga, voy hacer una tortilla, ¿de qué la hago...?
- Tú cambia de tema.....ya te veo

La abuela batía sus adorados huevos en un ancho cuenco de porcelana blanca, en paralelo Luciana estaba entrando en la oficina de trabajo de la abuela y su madre

- Buenos días a las dos, abuela y mamá
- Buenos días nos dé Dios, cómo vas de ánimo hija.... – preguntó la abuela
- Cada día peor abuela, Dios mío. Si llego yo a saber esto no me quedo embarazada, ahora cuando venga el niño y esta situación.... ¡¡Ay!!
- No te preocupes por nada, cómo eres...
- Cómo no me voy a preocupar ¡! Cuando os vais a tragar todos al crio estando yo aquí...las malas noches y los malos ratos....
- ¡¡Anda, anda!! Que todavía no ha *nació* y cuando nazca ya veremos...! Y tú Luciana no te arrepientas nunca de *ná*... Te casaste, *mu* bien.!! Vas a tener un niño, que va a ser tu primer hijo, pos *mu* bien.!! Que ha pasado esto con la puta de tu cuñada y su marido...mala suerte, ya está...
- Por cierto mamá, ¿Se casa Cristina.?
- ¡Anda! Que si se casa, con la perra que tiene, eso ni se pregunta...
- Pero ...¿Y eso....?
- Eso quisiera yo saber, porque se la ha cruzado un cable, ya la conoces, ¿no.?
- ¡¡*Releche*.!! Cómo no la va a conocer si se han criado juntas
- Pues entonces como dice tu abuela no hace falta que te diga las venas que le dan a tu hermana...
- Ya, ya, y ahora le ha dado por ahí...¿no.?
- Ya lo ves, pero bien en serio que le ha dado
- La Cristina es que ya nació *zumbá y zumbá* se irá *pa* la tumba, vamos, que *ma'cuerdo* cuando siendo *mocica* le dio por beber agua del arroyo directamente con la boca, no podía beber en un vaso y en una botella como las personas, no, tenía que meter la cabeza hasta el fondo el arroyo como una cabra, en invierno y en verano....
- Anda madre ...y cuándo le dio por coleccionar polillas muertas en una caja...¡qué asco! Y no solo era eso, todas las noches se levantaba de madrugada y se iba por ahí a cazar polillas y así estuvo once meses, ¡qué noches me daba!

- De siempre, de siempre *zumbá* y lo último esto: querer casar de golpe y porrazo
- Por cierto, mamá, hablando de bodas, a la boda de Román va todo el pueblo, por lo que estoy oyendo...por ahí...
- Si hija, sí, a don Román le ha dado por ahí...
- Se tiene ganar al pueblo y el voto y como solo tiene una hija..... pues claro....
- Ya no queda prácticamente nada para la boda, cuando nos queramos dar cuenta ya se ha pasado y todo
- Que va Luciana, habrá que pasarlo y vivirlo, todo en la vida hay que pasarlo
- Ya lo sé abuela, y tú mamá estarás bien contenta porque vas a ser la madrina en una boda a la que va todo el pueblo
- Estoy más nerviosa que contenta, la verdad
- Ya era hora que fueras madrina, porque hasta ahora habías casado cuatro hijas

En una inmensa fuente de porcelana blanca, mientras hablaban, se bañaban en zumo de naranja infinitos tipos de frutas cortados en trocitos, todas ellas recogidas en la huerta familiar.

Los niños en la espesura del bosque comían higos en la ladera del monte donde crecían silvestres unas higueras cargadas de melosos y tempranísimos higos.

- No te subas más alto Sergio
- Si es que mira, aquél moradito de allí ¡!
- ¡jo, lo que me pica la boca! – decía Susana
- La tienes morada, pero quítalos la piel....
- Yo no puedo quitársela
- ¡iiii Qué coño hacéis aquí ¡!!!!!!
- Hola abueli
- Comiendo higos
- Pos ala, se acabó la fiesta higuera, *pa* casa que os llama vuestra madre

Los tres niños sentados en taburetes de la cocina, con boca, labios y parte de las caras tiznadas por el morado del manjar que habían comido miraban a su madre boquiabiertos y aturdidos sin saber qué decir a la pregunta que les había hecho, hasta que la más avispada de ellos respondió: - ¡Huy, se me había olvidado ¡!!

- ¿Y a vosotros también.?
- Sí, - respondieron a dúo Sergio y Ernesto
- Pues a vuestro dormitorio a buscar las notas y me las bajáis que quiero ver si habéis aprobado alguna ...
- Hombre...alguna sí... - decía Sergio
- ¡¡Venga!! Y ya estáis aquí con ellas los tres... Un mes que os dieron las vacaciones y si no os digo nada, ni me las enseñáis ni nada de nada.... Vuestro

padre con las tierras ya tiene bastante, y yo...soy la que tengo que estar en todo... ¡¡Dios mío!!

- ¡¡Huy no!!! No es posible, Susana solo ha suspendido tres, ¿No me habréis engañado.? Qué raro.... Que en septiembre voy a ir yo a hablar con los maestros...¿eh.? Ciencias, Manuales y Deporte, no está mal hija mía para tus costumbres.... A ver Ernesto: éstas ya son como siempre las traes tú Ciencias, Sociales y Religión.... ¡Qué va a decir el padre Matías....!! Y a ver Sergio... tú cuatro ¡! Este año el peor de los tres tú...
- Es que....
- Es que nada, a partir de mañana de baños en el arroyo, ¡nada! Con Luciana a hacer los deberes y si los hacéis, por la tarde os bañareis y si no, ¡ni hablar!
- Bueno vale pero los hacemos en una mesa fuera en el porche...
- O si quieres mejor metidos en el arroyo para que los hagáis más fresquitos...¡Jesús!, esta chica es tonta ¡
- ¡¡Pero déjalos mujer ¡! – les defendía la abuela
- Tú cállate que me crispas cuando empiezas con esas de Martín Galas....

El verano, como uno más en la inmensidad de la vida, cuando la Tierra en su vuelta eterna alrededor del Sol, pasa por los rayos de éste astro tan perpendiculares a ella que todo ardía y todo resultaba sofocante, seco, agobiante, pues desde que comenzó la canícula no había llovido nada y en su anterior estación primaveral las lluvias también habían sido escasas... El mediodía era árido y la naturaleza entraba en una estivación momentánea a causa de la ignita temperatura, los pájaros se refugiaban en lo más profundo del bosque, no tocaban sus flautas, sus melodías apagaban su tono y todos los seres de la montaña parecían desvanecerse a causa del estupor tórrido y picajoso del mediodía estival castellano.

El fresco del amanecer era un relente frío, Candido no lo notaba agarrando fuertemente las cuatro patas de un cordero que reposaba sobre una piedra, mientras sus agudos balidos se perdían en el valle. Su suegra con el larguísimo cuchillo matarife atravesaba la faringe del pobre animal, cuyos ojos ahora del dolor, se le salían de órbita mirando a ni se sabe dónde pues su mirada ya se había perdido en el infinito de la muerte, que es no contemplar nada. Su respiración solo era una respiración larga y lenta y su movimiento era estático. Su compañero sabía que el día fatídico había

llegado para él también por ello se liaba y se retorció en la maroma que le sujetaba al tronco de un árbol, cercano a la piedra.

- Dele usted un puntillazo, para que no sufra y tampoco nos de guerra que ese está muy nervioso....

Y ella sujetando la cabeza del otro inocente cordero, entre sus faldumancos negros, cuando ya le había tranquilizado no se sabe cómo, le dio la puntilla, dejándole el largo cuchillo clavado, separándole con la punta de su cuchilla fría y metálica la base craneal de su columna vertebral: la muerte fue instantánea.

- ¡ no ha perdido usted tino dando puntillas ¡
- Al contrario, cada día tengo más puntería....la práctica hijo mío....

La chuletada a cargo de casi treinta kilos de chuletilas de cordero hoy era en honor a Cristina, que hoy cumplía una veintena de años y también a su hermana Magdalena que pasado mañana haría veintisiete años de su nacimiento. El numero comensales sumaba hoy casi los setenta. Los hijos de Paca, sus nietos, todos sus consuegros presentes y futuros, cuñados de muchos de sus hijos e hijas, hermanos de Candido y sobrinos de éste... El vino como elemento indispensable no faltaba, ni las ensaladas con sus toques de refrescante pepino veraniego, tomate y lechuga. Los quesos y embutidos elaborados por la abuela y Paca. Para el ínclito don Tomás sacaban ahora del horno de barro asadas a la leña las cabezas de los corderos. Doña Amparo la suegra de Cecilia ya medio chispa una vez más con tan solo aspirar el ambiente tan cargado de vapores de buen vino, se reía a carcajadas como era típico en ella y no paraba de lisonjear al alcalde y a la alcaldesa mientras éstos se ponían morados con las cabezas de cordero, y la alcaldesa solo elogiaba lo bien que les atendía su futura consuegra y lo buena anfitriona que era y aludía a lo bien que se lo iban también a pasar todos en escasos días en la boda de su hija y Román.

Las conversaciones eran multicolores... pero no sabía usted Zenona que se murió "la tía Caimán"...

- Nooooo, ¡¡pero cuándo.????
- Pues ya hará...cuatro meses lo menos, por marzo ó por ahí...antes de la Pascua...

- Y dónde se ha marchado ahora.??
- Y yo qué sé mi buena Paca.... Dijo lo de siempre: me voy a perder, salió andando andando, la buscamos pero ya no estaba...y de esto hace ya diez días
- ¡mujer! Ya vendrá... no se preocupe usted...
- Me va a quitar la vida, igual que se la quitó a mi madre...que en paz descanse

- Para San Damián, cuando empiece la otoñada es la mejor fecha para sembrar el cereal...
 - Es mejor unos días después.....para San Miguel
 - ¡Vamos no fastidies! Y para el Pilar ni te ha nacido si siembras en San Miguel... ¡!
 - Si viene un año bueno de lluvias, sí
 - Anda, y tú qué sabes cómo va a venir....y aún así...
-
- Por Dios Asun ¡! No me digas que no vas a ir a por la niña
 - Ves tú y me la traes a mí, que a mí me da igual que no sea mía...
 - Pero con lo joven que eres que puedes tener casi diez hijos más ¡!
 - ¡Vamos, no jodas Juana.!, ¡¡o veinte!!
 - No seas “Ogresa” con esas palabras Asun
-
- Y yo le dije: Ni-se-te-o-cu-rra.!!! Y no me hizo ni el más mínimo caso
 - Claro, es que con los críos....
 - Ya, pero luego los follones no los tienen los críos sino los padres, nosotros los mayores
 - Pues eso sí, ves eso es verdad, luego...
-
- Qué ricas están las chuletas
 - Es que como tienen prados y pastan
 - Claro, claro, menuda carne, anda que no se nota
 - Para Navidad yo siempre les compro un cordero, porque como ésta carne no la hay...
-
- Pues mira Pepa, para la picazón de almorranas no hay nada mejor que lavarse con agua donde se ha cocido bicarbonato.
 - ¡! Ah, con *micarponato* ¡! Pues lo voy hacer porque ojo,!! Y eso que me lavé el culo en el arroyo la noche de San Juan pero con estos calores tengo *to rescocío* y *sudao*... - explicaba Pepa la Ogresa que también había subido al cumpleaños, por ser hermana de la suegra de Magdalena.

Entre conversaciones de campesinos, de jóvenes y otras, entre toda aquella amalgama de charlas que tenían los humildes vecinos de La Nava de Arriba y de Abajo, transcurrieron los cumpleaños de Cristina y Magdalena un año más para siempre. Se despidieron sus invitados saciados y alegres, bebidos y jubilosos, marchándose hacia sus hogares de aquellos dos pueblines de gentes sanas, sencillas, sin malicias ni

rencores y no por ello bobas. Gentes de costumbres naturales en su modo de vida básico, en su alimentación, así como en el trato y los sentimientos. Desprendidos, serviciales, hospitalarios, luchadores, abiertos de corazón, jóvenes en su espíritu hasta su lecho de muerte, trabajadores en exceso pues toda su vida, su principio y su fundamento era su trabajo en su tierra, sus bosques, sus prados, en una sola palabra: su naturaleza.

- ¡¡¡Vaya por Dios Paca ¡!!!
- ¿Qué ha pasado.?
- ¡¡No te los vas a creer!! Las cabras han *parío* las dos ¡!! Una dos chivos y la otra uno ¡! Qué casualidad el mismo día ¡!

Hoy el cielo estaba cubierto en un velo gris perla que unido al fresco que corría parecía anunciar agua en el transcurso del día.

- Ojala y lloviese porque tenemos los prados de pena...
- ¡¡Huy no ¡! Te digo yo Paca, que hoy no cae ni una gota, ya lo verás

Los niños en la mesa del salón hoy más tranquilos a causa del inestable tiempo hacían sus deberes y estudios guiados por su hermana Luciana

- ¿Quién decía que no iba a llover.?
- ¡Ay no!!, ¡No es posible!! no me digas que llueve, ¡Ay mis chivitos recién nacidos!!

El sirimiri caía tenue y lento pero sin pausa como una espesa niebla húmeda en todo el valle que instantáneamente te trasladaba a un día de enero, en vez de julio.

- Mañana no trabajaré Cándido - comentaba la abuela dando por hecho la consulta lanzada mientras en la olla se guisaba el estofado de cordero.
- Pues no sé...me imagino que a partir de mañana trabajaré algo menos, pero sin trabajar no estará... ya sabes cómo es y todo lo que tiene encima...
- ¿Quién se va a subir este verano aquí Paca.?
- Pues este año como ya está aquí Luciana, solo puede subirse una, no sé quién se subirá, creo que Magdalena, además mañana también coge las vacaciones Cristina, hasta el día dieciocho, después de san Roque
- ¿A Alfonso no le dan vacaciones ni a Pedro.?
- A Pedro no, a Alfonso diez días a finales de agosto y así como a primeros de septiembre se va a la mili, ya descansa un poco...
- ¡¡¡me cago en la mili!!!!
- Madre por favor, contente, qué le vamos hacer...
- ¡¡Ni por favor ni por *ná*! Menuda mala leche se me pone de pensar en guerras, milis y armas... ¡Mira tú pobre padre!! Que en gloria esté...es que no me entra en la cabeza

En el salón continuaban los niños aburridos ya de su hermana Luciana y de los deberes, esperando que se pasara el sirimiri ó el mínimo resquicio para desaparecer

- Qué hacen mis zagales ¡!
- Nada..... aburrirnos como moscas.....
- ¿Cómo que nada ? Estáis con los deberes – replicó su hermana Luciana
- No *sus* preocupéis ¡mañana ya son vacaciones!
- Abuela no digas tonterías, si desde que les dieron las vacaciones en junio han empezado a hacer los deberes hace cinco días, llevan un retraso de un mes ó más ¡!
- *Pos* mañana coge *to* el mundo las vacaciones: tu padre, Cristina, se sube *la* Magdalena....y vas a tener a estas criaturas aquí encerrados, que son ángeles de Dios ¡!
- ¡vaya! Cómo lo sabes ¡

Después de la comida hoy no hubo siesta, los pequeños salieron de estampida a trotar como locos por los prados y laderas tapizadas de verde seco, ahora humedecido por la lluvia caída durante la mañana. Cristina se quejaba que si antes le dan a ella las vacaciones antes se nubla y cambia el tiempo y a media tarde, cargada de maletas, subió Magdalena y su marido Pedro, con Pedrito y Felipín, mientras la abuela consolaba a su nieto Pedro, - anda, anda, no te preocupes hombre...

- Ya...es que no lo ves ? que todos están de vacaciones, ¡¡y yo no!!!
- Ni *el* Alfonso ¡! Eh ¡!
- Pero Alfonso las coge a final de agosto ¿Y yo cuando.?
- Es que la botica tiene que estar abierta siempre hijo mío, ¿Cuándo las coge el doctor.? ¿Y tu jefe el boticario.?, ¿Y el veterinario, cuándo.?, ¿ Y el alcalde.? ¡¡Y es el alcalde!!
- ¿Don Tomás? Pero si don Tomás está siempre de vacaciones, no hace nunca nada...
- ¡¡Jesús!! Si te oyera el pobre don Tomás que no vive por el pueblo y no para
- Anda abuela que estás más tocada que “la loca la Nava” a qué alcalde habrás visto tú que no viva por el pueblo, vive del pueblo, que no es lo mismo ¡!
- Por cierto Pedro, ¿Han *encontrao* ya a la loca la Nava.?
- ¡¡Que va ¡!
- ¿ Cuánto tiempo lleva ya perdida ?
- Dicen que veinte días ó más...
- ¡¡Señor del Gran Poder!!! ¿Y dónde andará con estos calores.?
- No lo dirás por el calor de hoy ¿?
- ¡calla! ¿Has visto los tres chivitos que han nacido ?

Los nuevos invitados hoy se acostaban pronto en la alcoba del Este. Los niños junto con sus padres, la abuela, Luciana y su marido dieron su acostumbrado paseo estival, entre la acaracolada chopera que finalizaba en la carretera que bordada de inmensos robles llegaba hasta La Nava de Abajo, donde concluía.

8

Por San Lorenzo, no sopla ni el cierzo.

En agosto, frío en rostro.

Por Santa Helena, la avellana es plena.

Por san Roque si no produce, poda el albaricoque.

Agosto tormentoso, septiembre caluroso.

Luna de agosto más dulce que el mosto.

Hoy comenzaban para muchos de los íncolas de la granja del valle sus vacaciones, que a cada uno de ellos les durarían más o menos pero para todos era hoy su primer día, por lo tanto a estas horas de la mañana cuando el sol era una bola anaranjada allá en el horizonte al Este, a la cual se podía mirar sin el menor peligro de deslumbramiento, Zenona entre los juncos y la hierbabuena que brotaban del arroyo buscaba los huevos de hoy, pues las gallinas en esta época al estar sueltas no realizaban la puesta en sus ponederos del gallinero sino entre los romeros y matorrales del campo. Su hija Paca preparaba el almuerzo para todos los que hoy emprendían sus días de ocio, que eran todos excepto Pedro y Alfonso que continuaban en sus cuitas diarias, acabándose de marchar a ellas.

Pronto bajó Cándido al olor de las puches dulces preparadas por Paca para desayunar. Para Cándido las vacaciones consistían en no madrugar y a lo sumo en no subir a las tierras algún día, ahora en esta época del año tras la siega del trigo había poco que acarrear, en cambio en el huerto de casa siempre había tarea, aparte de limpiar algún corral, poner a punto los tractores, la maquinaria y los aperos, ordenar el granero que aún rebosaba de sacos de trigo, segar algún prado para recoger la mies ó bien atender el ganado, y más después de lo que venía anunciando la abuela: ¡La guarra ha parido otra vez!, ¡siete!

- Habrá sido la guarra joven....
- Claro, la vieja si trae tres, es rabiando
- ¿Les has puesto los hierros.?
- Ya se los he puesto, tranquila...

Los niños sufrían en el salón las lecciones de su hermana Luciana, mientras estaban más pendientes a través de la ventana de lo que sucedía fuera que de sus deberes diarios.

Fuera tomaban sus baños de espléndido sol estival Cristina, Germán que había subido a bañarse en el arroyo también, Magdalena y Justino... mientras Cándido andaba con la abuela por los pajares y graneros de la granja. Paca en la cocina preparaba una gran olla podrida pues hoy a la hora de comer también subirían Román y Marta, que ahora mismo se encontraban en La Nava ultimando los detalles de su inminente boda para este próximo sábado.

Ernesto, Susana y Sergio salieron como almas que lleva el diablo hacia el fresco manantial donde remojarse en las torrenteras y olvidarse por completo de su hermana Luciana, las ciencias, las matemáticas y la lengua...

Los hijos e hijas de Paca estaban forjados a su imagen y semejanza moral, conservadora y costumbrista. Habían crecido en un valle en el que entre las dos aldeas sumaban cuatrocientos habitantes. Con aquella escuela tan su género en la que solo había seis aulas para albergar a los escasos niños que daba el pueblín. Aquella escuela de promiscuidad olorosa tan peculiar como ella sola, mezclando olor a tiza, a goma de borrar, a lápiz, a libro húmedo y a la pestilente colonia de la profesora doña Gervasia junto con el olor a vaca que traía diariamente Petrita que antes de venir al colegio tenía todos los días que limpiar el establo de su casa y no le daba tiempo ni lavarse las manos. Aquella escuela donde todo el pueblo en su niñez había pasado y aprendido lo más esencial de la mano de aquél clan de profesores conocidos por sus moteos... "la Chicle", "el Micina", "la Tres en una" por su tamaño, "Tarzán" y "la Mona Chita" y cómo no, el padre Matías, con aquellas nostálgicas tardes de tres a cuatro comiendo caramelos, elevando cánticos y salmos a Nuestro Señor Jesús, mientras en las cabecitas de algunos de los niños, mientras el sol les acariciaba a través del ventanal se les ocurría hacer el gato, lanzar al aire un avión de papel ó pellizcar a la niña de delante que era la que mejor cantaba y que su chillido cortarían el salmo entonado y por miedo a represalias la víctima se justificaría diciendo que se había pellizcado con las tablas del asiento de madera tan incómodo como eran, todo menos decir que Ramoncito le había clavado su afiladísimo lapicero en el hombro.

Remembranzas y recuerdos de una escuela rural. Aquella escuela de la aldea en aquella plaza empedrada, decían que original del siglo XV, "vaya usted a saber de cuándo", como decía la abuela.... Plaza ribeteada de pinos y chopos en su espalda. Pinos siempre verdes y chopos pelusones, verdes, dorados y secos en invierno.

En verano todos comían en la gran mesa de madera que abandonaba el granero estivalmente para vestir el centro del falso patio y acompañar las sobremesas veraniegas que se prolongaban hasta la tarde bien entrada, cuando comenzaban a subir los suegros de uno y otro hijo, amigos ó familiares cada uno aportando su merienda-cena para a la noche cenar todos al fresco aunque Paca les reprendiese por traer cenas. Después de cenar, se rebajaba la cena paseando por el valle al fresco dulce de la noche estival. Los días de agosto la infinita mayoría transcurrían en esta relajada rutina. Días tranquilos pero que rompían la monotonía laboral del resto del año.

El cielo estaba totalmente despejado, el sol comenzaba a desplegar su fulgurosa majestad azul sobre los dorados rastros de los trigales segados donde se cebaban ahora temprano una familia de perdigones.

En el blanquísimo cuarto de baño atiborrado ahora de hatillos de romero y lavanda en flor que esparcían su intenso aroma en él, la abuela a estas tempranas horas se terminaba de acicalar, arreglar y terminar de peinarse con su sofisticadísimo moño de pueblo, hoy más sofisticado y repeinado que nunca por ser la boda de su nieto Román. Paca terminaba el chocolate que serviría de desayuno a todos. Luciana se vestía en su dormitorio y animaba a Justino a que se levantase. Cristina ya estaba medio compuesta, Pedro y Alfonso dormían aún a pierna suelta como si nada aconteciese, los niños aunque en pijama ya alborozaban en sus alcobas...

- Susana, ven que te arregle
- Abuela si el cuarto de baño está ocupado
- Ya lo sé, ahí está tu hermano Román, vente a mi dormitorio

La abuela quitaba a Susana la redecilla y los rulitos con los que había dormido la criatura, dejando ahora suelta su bucleada melena, hoy liberando infinitos bucles azabaches muy definidos.

Cándido ya engalanado como mandan los cánones rurales para tal día estaba de punta en blanco desayunando.

- ¡¡Te vas a manchar de chocolate!! Luego no digas que no te lo advierto, pero a quién se le ocurre vestirse primero ¡!!
- Paca mujer, que no, y vístete ¡¡que eres tú la madrina ¡!

Luciana y Justino ya bajaban de sus dormitorios, ella quejándose y él aún muerto de sueño

- ¡¡Si es que a una boda no se puede ir embarazada ¡!
- ¿¿Quién se casa embarazada.??
- No abuela, no, lo digo por mí, mira que mal voy con este *bambo* y este bombo...
- ¿Mal ?
- Mal no, horrible, no me gusta ir como voy y ya está
- *Pos* yo te veo *mu* bien, un *bambo* mu mono
- Que no abuela que embarazada no pega ir a una boda porque no luces nada
- ¡Qué tontunas dices! De todas formas no te preocupes, *pa* la boda de *la* Cristina ya estarás sin bombo otra vez. Por cierto Paca, *pa* la boda *del* Alfonso, cuando sea... yo soy la madrina ¡! ¿Me oyes.?

La santa misa de matrimonio duró lo suyo y tras la bendición del padre Matías toda la iglesia volvió a salir fuera de la sauna en la que se había convertido la santa iglesia del Cristo Bendito del Gran Poder. La salida de aquella lúgubre iglesia llena de oscuras vidrieras por todos sitios menos en el altar mayor donde presidía un gran Cristo crucificado de más de tres metros, se hizo interminable pues no paraba de salir gente muy despacito y todos a la vez querían ser los primeros en ello para apedrear son granos de arroz a los novios, que ahora en la sacristía firmaban su compromiso nupcial.

A la salida de los novios todo fue una lluvia de arroz en tales cantidades que había quién, como la Ogresa, hasta lanzaba los paquetes de kilo enteros con plástico y todo contra los novios reventando éstos en el nuevo matrimonio. ¡¡¡¡Vivan los novios!!!! Era la frase que al unísono vibraba en la plaza. Los flash de los fotógrafos relampagueaban de continuo.

En el gran patio del restaurante del pueblo donde don Tomás se había volcado, en mesas interminables, esperaba todo el pueblo a que los novios regresasen para inaugurar y abrir el banquete. Los críos jugaban bajo las mesas, las mujeres charlaban de lo guapa que iba Marta la novia, la alcaldesa ó Paca la madrina, y comentaban el vestido que llevaba fulana ó mengana. Los hombres ya le daban al descorche, cuando de pronto todos se levantaron aplaudiendo con esa magnanimidad del ánimo común a causa de la entrada de los novios, los músicos de la orquesta comenzaron la marcha nupcial, hasta que éstos se sentaron en su mesa custodiados de los padrinos, sus padres, la abuela y el padre Matías. El acto dio comienzo. El menú corrió a cargo de unas delicias de caviar, rape alangostado, solomillos al jerez, pastel de trufa, helado al queers y la tarta nupcial, todo ello regado por los mejores vinos para cada manjar, cava, licores, café, puro para los caballeros y Ogresa, cigarrillos para las damas.

¡¡Qué buen alcalde!! Si por algo le elegimos siempre. ¡Qué hombre! ¡Y qué hija! Es que piense como piense que ni lo sé, yo le voto siempre. Don Tomás tan bueno, tan agradable, tan simpático, todo lo hace por el pueblo. Porque solo se presenta él, pero aunque se presentasen más, ¿a quién ibas a votar?? Pues a don Tomás claro está.

Tantos eran los comentarios en torno al alcalde que finalizada la comida lo primero que se oyó entre gritos de borrachera y jolgorio desmedida fue ¡¡¡Viva el alcalde !! Y más tarde ¡¡Viva la novia !!, ¡¡Vivan los novios!! Y por una esquina se oyó ¡que se besen! Gritando esto repetitivamente como enfermos mentales de un siquiátrico continuaron todos los invitados histéricos una y otra vez hasta que Román, se levantó, Marta continuaba sentada y colorada tapándose la cara con las manos, venciendo toda su timidez se levantó y él agarrándola por la cintura le dio tal beso que si se descuida al soltarla se encuentra un pellejo en lugar de con su esposa. El beso dio que hablar, suspirar y exclamar.

La pequeña orquesta de músicos comenzó un vals para que Marta y Román inauguraran el baile como marido y mujer por primera vez. No hubo sido terminada de tocar la pieza polonesa cuando la Ogresa y alguna otra atrevida ya se habían agarrado a sus respectivos cónyuges para acompañar a los novios.

Las enhorabuenas, todavía les llovían a Paca, don Tomás, Cándido, Zenona, a la alcaldesa ó a los novios. El baile estaba en su apogeo, no hizo falta que bailaran mucho para que el revoltiño a colonias de pueblo degradadas por los sudores que había hecho brotar a todos el asfixiante calor y la agobiante espera en la iglesia, se remezclaran más aún, añadidos estos efluvios con los desagradables desarreglos que habían sufrido los maquillajes llamativos de las comadres, raro era el vestido de alguna de ellas que no chorreaba sudor por el ajetreado baile. Ellos descorbatados, la mayoría iban descamisados con las camisas por fuera, alguno se la había quitado enseñando panzas

enormes. Mujeres descalzas, hombres cantando mal entonadamente a coro, jóvenes bajo los chorros de vino, mozas casaderas tonteando con los quintos de ese año, moños deshechos, alguna palabra soez y algún comentario picante sobre las noche de bodas que le esperaba a la novia con su corpulento, rústico y viril marido.

Bien entrada la noche, el patio del baile se fue desalojando pero la juerga continuaba por el pueblo de casa en casa, de mengano ó de fulano, ó en la taberna donde ahora abierta a propósito para esta ocasión, todo era gratis a cuenta de don Tomás.

El coche de los novios pasó arrastrando veinte ó treinta botes y latas viejas alejándose por las adoquinadas callejuelas de La Nava de Abajo.

Hoy muy temprano Zenona ya vestida despertaba a todos.

- Abuela por Dios, que anoche me acosté muy tarde – se quejaba Cristina
- Pues haberte acostado antes que bien sabías que hoy era el día de la Virgen y hay que ir a la romería y a oír misa.
- ¡¡hay que amolarse!!!
- ¡¡¡Venga arriba!!!

El día de Nuestra Señora de la Asunción, era uno de esos días junto con el de la Inmaculada Concepción, Navidad ó Semana Santa y las onomásticas de sus patronos en los que todo el pueblo, absolutamente todo el pueblo participaba y asistía a las ceremonias, no había excusas salvo agonía de muerte. Era su tradición.

Desde bien temprano el aliento del sol era fuego, todos sudaban tinta china, desde los mozos que cargaban la imagen de la Santísima Virgen a las últimas paisanas en chancletas por las pedregosas veredas.

- ¡¡Qué calor Zenona j!!
- ¡¡No me diga usted ná j!
- En el pueblo es peor, pues hace más calor que allí en el valle donde vive usted
- Lleva usted razón.

La misa se prolongó casi dos horas en la ermita de Nuestra Señora de las Candelas arriba en el monte, al salir todos los campesinos y labriegos se saludaban pues con la Virgen de agosto comenzaban las fiestas veraniegas de La Nava de Arriba y Abajo que finalizarían con la romería y misa a San Roque dos días después.

Para estas gentes, sus fiestas lo eran todo: eran los días del año en el que no trabajaban pues para ellos no había ni sábados ni domingos. Solo respetaban el descanso en sus tradiciones festivas, todas de carácter religioso: San Isidro con el que abrían sus fiestas primaverales. La Asunción y San Roque en plena canícula que eran

las más sonadas porque en medio del verano había más visitantes en el pueblo junto con antiguos paisanos que volvían por el pueblo en estas fechas que al ser una fecha agrícola y ganaderamente más relajada permitía acudir a todos a la romería. En San Cosme y San Damián hasta San Miguel, con los que se comenzaba la otoñada, esto es, la siembra del trigo y demás cereales junto con otros quehaceres otoñales. La festividad de todos los Santos y fieles difuntos que suponía una puesta punto del cementerio por parte de todas las mujeres del pueblo. La Inmaculada abriendo diciembre y el adviento, Navidad, donde todos dejaban sus cuitas diarias para venerar otro tipo de quehaceres menos duros. Todas sus fiestas eran religiosas.

Al salir de la prolongadísima misa se formó un revuelo en el que todos intentaban formar parte.... ¡¡Qué ha pasado!!?? – preguntó Paca a la tabernera

- Pues que han *avisao* a *la* Leandra que han *encontrao* a su hermana ¡!!! Casi dos meses después ¡!
- ¿Dos meses llevaba perdida ?
- Sí, dos meses, esta vez ha sido la vez que más ha durado, yo para mi Paca, ya la daba por muerta....
- Le va a quitar la vida a *la* Leandra
- Ya, si ya estaba últimamente comidita de los nervios, al final termina ella peor que la hermana ¡! ¡¡ya lo veréis!!
- A este paso ya lo creo, lo que tenía que hacer es ingresarla
- Ya, eso digo yo y todo el pueblo, pero tú ponte en su lugar, ¡es su hermana!
- Pues sí...

- ¡¡qué ¡! ¿*Sus habéis enterao*.? – preguntó Zenona
- Sí, que ya han *encontrao* a la loca la Nava
- En las canteras que estaba ¡! Vamos por Dios ¡!
- ¡¡No me diga ¡!
- Si moza sí, en cueros vivos ¿Cómo te quedas ¿?
- Huyy ¡!!! No me diga ¡!!! Lo que más me sorprende es que no se haya muerto de hambre ¡! Jesús ¡!
- Allí estaba como su madre la echó al mundo con heridas no saben si de algún perro ó algo....
- Que la hayan encontrado viva y en las canteras con lo peligroso que es, ¡es un milagro ¡! ¡¡Un milagro que ha hecho hoy la Virgen ¡!!
- Yo si fuera mi hermana, es que la tenía *amarrá* de pies y manos en una habitación pero a mí no se me escapa, porque ...¿qué vas a hacer con un loco.?
- ¡¡anda Ogresa!! Qué cosas tienes es una persona, aunque de ti me espero cualquier cosa

Por la noche, en pleno campo al olor de humos de chorizos, morcillas, pancetas, sardinas, chuletas y demás aliños de parrillas, todos embriagados por la noche estival de vinos, estrellas, cohetes, cervezas y licores, bailaban lo que tocaba la orquesta fuese lo que fuese y con quién fuese pues todos los allí reunidos, aunque entre algunos hubiese sus diferencias, en las fiestas eran una familia de cuatrocientas personas, más que un pueblín dividido en dos barrios separados por tres kilómetros campo a través.

El día de San Roque transcurrió igual de concurrido o incluso más que el de la Ascensión, pues el número de habitantes de ambas Navas; de Arriba y de Abajo; había aumentado bastante ya que al olor del festejo acudían numerosos vecinos de los pueblos cercanos como Tejuelo, Piedras del Río, Cornezuelo... A éstos se añadían los familiares que a causa del verano visitaban a sus padres, abuelos y demás familia aprovechando las vacaciones veraniegas y las fiestas de estos días de diversión y jolgorio rural.

- Paca ¿y los novios, qué tal?

- Ya vienen de la luna de miel la semana que viene
- Y qué tal
- De momento llamaron y todo muy bien, ya se sabe...la luna de miel es así...luego Dios dirá...
- Luego también bien mujer, menuda chica se ha llevado ¡! Apañada, limpia, curiosa, lista, prudente, recatada, modosa...e hija de don Tomás ¡! Además de la buena planta que tiene la zagala, sin desmerecer a tú hijo que...¡ojo! Cómo se te ha criado de bien, eh.?
- Qué cosas tienes mujer Que me da hasta vergüenza, anda, anda....

En su dormitorio, esa habitación enmaderada de pino que constituía su espacio, con sus cortinajes de hilo blanco siempre descorridos, en invierno y en verano, para que según ella entrase el sol, la luz y la vida, recostada sobre el almohadón, mientras en todo el resto de la cama descansaba la gran colcha de ganchillo en hilo negro eran síntomas inequívocos del catarro que debía tener Zenona y para corroborar dicho malestar, eran los vahos de hojas de eucalipto que aspiraba...

- ¿Te subo un ponche a ver si te hace algo.?
- Sí, pero vete rápido que ya lo dice el refrán...*"se pega más fácil que un catarro en verano"* no te lo pegue...
- Mujer, madre, no exageres...
- ¡Que no exagere! Si ni siquiera sé cómo le *pillao* yo
- Si lo sabes. Pero si dices que no lo sabes te lo voy a decir yo cómo le has pillado: Ese catarro lo has cogido de ir en pleno verano con camisa de manga larga, y jersey encima, la falda, la enagua, medias de lana y qué sé yo más.... ¿No me ves a mi ? con mi bata y mis chancletas...
- Sí que te veo sí.... vaya cuadro, si enteramente vas desnuda....
- Y con toda esa ropa puesta encima, lo raro sería que no te diese una pulmonía de asfixiarte. Tienes que tener más cuidado que ya tienes setenta y cinco años y ya son muchos años....
- ¿Son muchos años setenta y cinco.? Vamos ¡! No jodas ¡!
- Bueno una moza no eres
- Ya, ya... pero
- ¡¡¡Pero nada !!! Tómate el ponche, venga.

Chín y Chón, que ya eran dos gatos adultos a sus seis meses de edad, desde que el verano llegó no habían vuelto a entrar en casa, tan pronto estaban en la pocilga, como en el pajar o en el granero o por el porche, ó allá en el huerto entre las altas judías, los tapizantes pepinos ó subidos en una higuera, ahora bebiendo agua, jugueteando con los canes de la granja ó maullando histéricamente por los bosques y prados como gatos salvajes en las noches estivales.

Las gallinas comenzaban a poner, pues la mayoría de ellas ya a finales de agosto había sacado adelante a su tropa de polluelos, que ya convertidos en pollos tomateros andaban por toda aquella naturaleza totalmente libres, lo mismo ocurría con los patos y ocas, aunque éstas este año solo habían sacado tres descendientes de toda su numerosa puesta. Los cisnes ya comenzaban a distinguirse por su blanca belleza en las cristalinas aguas del manantial. Los cochos de cebo ronroneaban a la sombra de una encina, mientras en las cochiqueras las dos cerdas amamantaban a sus proles de cinco y cuatro lechones. Las palomas cubrían por entero el tejado del granero, blancas, grises, canelas y gavinas. En el verde pacían las ovejas cada una con su corderillo, excepto los que ya fueron sacrificados para alguna celebración o comida. Los chivos corrían, brincaban y saltaban torpemente vigilados por sus negras madres. Un choto amarrado a un olmo intentaba desatarse y trotar por aquellos valles y más allá, pesadamente, una detrás de otra avanzaban las dos vacas arrastrando entre ellas sus hinchadísimas y venosas ubres de recién paridas, que cargadas de leche hacían un suplicio a los animales.

El bosque entero estaba aletargado por el gran calor diurno, árboles, pájaros, hierbas y animales vivían a la caída de la tarde, cuando todo cobraba movimiento y respiración de nuevo ante el frescor que emanaba la vegetación.

- Mira lo que te traigo abuela
- Susana no entres que te voy a pegar el catarro
- Bueno, aquí te lo dejo en la mesilla ¡adiós! ¡Y ponte buena ¡!
- Sí. ¡Mi estampa.!

En la mesilla quedó en una jarra de barro llena de fresca agua cogida en el arroyo con un buen ramillete de florecillas silvestres como linos, brecinas despistadas, gencianas, salicarias, becerras, milenramas, margaritas y algún gordolobo, que rápido esparcieron sus efluvios flotando por la habitación convirtiéndola en el bosque, prado, valle y montaña de la abuela.

- ¡¡Abuela mira lo que te traigo ahora ¡!
- Pero chica, que al final te lo pego de tanto entrar y salir ¡! ¿Qué es eso una gallina.?!!!!!!
- No, tres pollos, para que estés como en el campo, ven Canela, ¡entra! Ale, ahí te dejo a la perra, ¡adiós!
- ¡¡¡Susana!!! Que como venga tú madre, encima me mata a mí, con todos estos bichos aquí

Susana volvió a subir con un pichón y luego con el Chato. Más tarde volvió a subir con un conejito y luego una vez más, ésta vez con un pato que pudo coger.

Canela y el Chato jugaban por encima de la cama ensuciando la colcha de hilo negro que la abuela con todo el amor del mundo llevaba años y años continuando su labor solo en sus catarros, el pichón se daba cientos de porrazos contra el cristal de la ventana queriendo escapar por él, los tres pollos ante el pánico de estar allí encerrados con los perros se habían escagarruceado por toda la habitación, el conejillo ni se movía de un rincón y la abuela llamaba a Susana mientras intentaba calmar al Chato y a Canela - ¡quietos! ¡Estaros quietos! Chato que te doy, ¡¡Canela quieta, ven aquí ¡! ¡¡¡Susana!!! Dios mío ésta chica ¡!! Con qué vendrá ahora ¿?!!

- ¿Qué quieres madre.? – Paca se quedó muda - ¡¡¡¡¡Pero esto qué es ¡!!!!!!
- *Na*, unos animales.... Pues no lo ves....
- ¡¡¡ya lo sé!!! que son animales ¡! ¿Y qué hacen aquí.???
- Nada....Susana, que
- ¡¡¡¡¡Susanaaaaa!!!!!! - gritó Paca hasta los confines del universo.
- Qué mamá, aquí estoy
- Porqué has subido aquí toda esta mierda de bichos ??
- No, si la mierda ni la he subido, se habrán cagado ellos....
- ¡¡No seas boba ¡!!! Digo los bichos ¡! Ya los estás bajando, ¡¡pero ya mismo!! Y luego friegas el suelo. ¿Me has oído.? Y tú madre, toma, mata este pichón que ahora subo a por el para hacerte un caldo.
- Pero qué culpa tiene el pichón....
- Tú haz lo que te digo, que te va a venir muy bien un caldito
- Pero hija no te enfades por estas “*miniedades*” si la pobre lo hace porque me quiere mucho
- Si no me enfado, pero esto no es una Ni-mie-dad ¡! Hay que joderse ¡!

La menudita Susana fregaba el suelo de la habitación y entre las manos de la abuela el pichón cada vez más comprimido comenzaba su agonía abriendo cada vez más el pico en busca del aire que le faltaba hasta que una espesa espuma de agonía que él comenzó a expulsar lo ahogó definitivamente.

- Mira la que has liado con toda tu buena intención, mira cómo se ha puesto tú madre y encima ha habido que matar al pobre pichón.!
- No haberle matado
- Si no lo mato yo, lo mata tu madre y ya sabes cómo los mata ella...¡qué no sabe ni matar.!!
- Yo lo he hecho para que te pusieses buena antes abuela y estuvieras como en el campo
- Ya lo sé, prenda de mi corazón ¡! Yo lo sé bien, que ha sido así....

- ¡¡Madre al teléfono ¡!
- ¿Quién es.?
- “La Salchicha”... ponte, toma – y Paca le pasó el auricular a su madre
- - ¿Lazara eres tú.?
- Sí, la *mismica*, oye te llamo para ver si tú sabes algo contra las hormigas que en este tiempo tengo la cocina infectada ¡!!
- Pues sí, mira, echa acido bórico que lo venden en las droguerías, ya verás cómo no queda ni una ¡! También puedes echar zumo de verdolaga con vinagre que

no las mata pero las ahuyenta, también con el olor del orégano se van, así que ya con todo lo que te he dicho....

- *Muchísimas* gracias preciosa ¡! Ahora mismo voy a poner algo de eso, es que se me pasó preguntártelo el día de San Roque cuando te vi en la romería...
- *Pos na, pa* eso estamos

- ¡¡¡¡Madre, mira ¡!!!!
- ¡ay leche, qué día ¡!!! A ver ahora qué quieres ... ¡¡¡Ay los novios ¡!!!! ¿Qué tal estáis pichones ? dadme unos besicos ¡!
- ¿Os quedáis a comer verdad? – preguntó Paca mientras besaban a la abuela
- No, no, tenemos que ir a ver a don Tomás mamá
- Por Dios Román, que no le llames don Tomás, que es mi padre – recriminó Marta
- La costumbre cariño
- Bueno, bueno, pero en algún sitio comeréis ¿no.? Así que aquí ¡!
- Es que mi padre...
- Nada, ahora mismo le llama Paca por la cotorra y que se suban los dos aquí a comer también, así ya los ves sin tener que bajar al pueblo, que yo sé, que a tu padre le encanta comer aquí ¡!

El guiso de conejo se puso en marcha en manos de la abuela, mientras los novios conversaban con Paca en la cocina... - ¿Y papá y los demás donde andan...?

- Pues papá y los zagales en el pueblo, que tenía que comprar no sé qué del tractor y se les ha antojado a los tres bajarse con él, a Luciana y Justino les ha llamado el juez de la pedanía y han tenido que subir a San José de los Caños. Cristina ya desde el día veinte de agosto trabajando otra vez, Pedro ya sabes que no tuvo vacaciones y Alfonso las coge el treinta y uno de este mes
- ¡qué familia ¡ - exclamaba Marta
- A ver qué cuenta Luciana, que les dice el juez... - cuestionaba Román
- No me digas nada, que lo que les ha hecho su cuñado es para matarles y los jueces que no valen *pa na*.... Les dirán cualquier tontería...
- A mí, porque no me han dejado intervenir, si no a ese le cojo y le rebano el cuello con un cuchillo¡! – gritó la abuela indignada
- Ale abuela tú sigue al guiso y no te alteres...
- Dejarles sin casa, a él sin trabajo, ¡por Dios! Y ella en su estado ...
- Si de esa familia ya se sabe abuela..... – dijo Marta menospreciando

Los perros irrumpieron como fieras subiéndose hasta en el capó del coche de don Tomás, hasta que salió Román a calmar la situación apaciguando a los canes. Después de los efusivos saludos de su también efusiva suegra entraron al salón de la casa, donde a estas tempranas horas del mediodía dio comienzo un aperitivo. La alcaldesa como conocía todo el pueblo a doña Luisa, no hacía nada más que habar y hablar con su hija y don Tomás charlaba con Román y su madre Paca.

- Paca, ¿Y Cándido ?
- En la de Arriba a por unas piezas del tractor y también tenía que pasar por la cooperativa a preparar todo lo de la vendimia

- Este año viene buena, me han dicho ...
- A nosotros normal, el trigo nos vino muy bien este año, que ahora después de la vendimia ya sembraremos otra vez...
- ¿Antes de San Damián.?
- Por ahí le andará...más ó menos, en cuando termine la vendimia a la siembra del trigo, miedo me da el otoño, es un no parar...
- ¿Miedo.? A la estación más preciosa de todo el año – voceó la abuela desde la cocina
- ¡Zenona! A usted también se le ha dado bien la temporada de cría con los animales ¿verdad? – le preguntaba don Tomás
- Pues no se ha dado mal, no, no.... – la abuela vino desde la cocina limpiándose las manos en el mandil
- Anda madre cállate, lo primero que la dije esta primavera: no dejes a los bichos de criar...ni caso me hizo....
- La pava seis, las ocas dos, las gallinas treinta pollos, los patos dieciséis y los cochos este año para San Martín ya verá, ya verá don Tomás... qué matanza nos espera...

Agosto, ya como siempre por estas fechas comenzaba a predecir suavemente lo que se aproximaba. El frescor nocturno se convertía ya en frío. La luna poco a poco desterraba cada tarde unos minutos antes al tórrido sol canicular, ya no tan tórrido.

Doña Luisa invitaba a los novios a comer en su casa mañana, pues siguiendo la gran tradición rural, los novios serían invitados a comer por todos los matrimonios de ambas familias y amigos allegados.

Estas gentes camperas, en ese su mundo, no necesitaban de lujos ni de hiperbólicas comodidades ó dinero en exceso, pues en él solo veían el poder para adquirir más tierras donde sembrar su forma de vida casi de autoconsumo. La mayoría de todos los habitantes del boscoso valle eran felices con sus quehaceres domésticos y rurales, sus madrugones en enero bajo el frío gélido de la noche, o en abril ó noviembre, con sus ganados, su aire y oxígeno puro de montaña, sus frutas naturales, su humilde y acogedora casa. Cada momento de su vida les era gratificante, saboreándola gustosamente, cada aliciente, sonriendo ante todo y olvidando rencores y sufrimientos.... Y, es que la vida es así, si el dolor se olvida con lo fuerte que es su huella en el alma y en el cuerpo, cómo no se va a borrar la alegría siendo ésta tan frágil la huella que deja....

Tener la mejor cosecha, ser el ejemplo de solidaridad y ayuda, no estar en la crítica de nadie, sacar adelante a sus hijos, cultivar su tierrecita...eran las sencillas y humildes ilusiones de estas felices gentes, que eran tan felices gracias a que se conformaban con lo que tenían, ya sabemos que no es más feliz quien más tiene sino quien menos necesita.

Cantar, loar a Dios como la primera mañana de la creación eran sus obligaciones por convicción y ello constituía su todo.

Luciana entró de pronto - ¡Ay Dios mío ojala y se nos arregle la situación.!!

- ¿Qué os ha dicho el juez.? – interrogó don Tomás
- Nada, que la casa lo mismo se la quedan ellos, pero nos dan el dinero de lo que vale y todas nuestras pertenencias que hay dentro...
- ¿Y cuanto dinero os darán.? Porque hija mía esa casona no baja de los siete millones de pesetas ¡!
- ¡¡¡Valdrá más Paca!!!! – exclamó la alcaldesa – lo menos, diez ó doce ¡!
- No lo sé, tenemos que volver dentro de diez días, a ver qué ocurre... Bueno pareja, y vosotros qué tal luna de miel ¡! – se dirigió Luciana a su hermano y a Marta

Más tarde subió Candido y los tres zagales, cuando todos estuvieron reunidos, la comida dio comienzo. La tarde transcurrió tranquila y la noche emanaba su frescura pre otoñal.

9

Por San Miguel, al establo has de volver.

Por San Cosme y San Damián, comienza la “otoñá”.

De septiembre es bien sabido, el veranillo del membrillo.

Los Arcángeles lo aconsejan: guardar el ganado después de estas fechas.

El día de San Mateo, tanto veo como no veo”

Agua del diez al veinte, para todo es conveniente.

Septiembre o seca las fuentes o arrastra los puentes.

Otoño verdadero, por San Miguel el primer aguacero.

Por San Miguel primero la nuez, la castaña después.

Los rayos dorados del sol se filtraban entre el ramaje y las hojas en la espesura de los árboles. El sol arrancaba oro cobrizo donde se posaba, ya no era el oro virgen y puro de sus meses de esplendor, ya, un poco decrépito iba alargando su agonía hasta San Mateo, donde el bello otoño cogería el báculo de mando para gobernar el trimestre anual que le correspondía. Con septiembre y más con esa poesía cobriza que es el otoño, comenzaba la época de mayor trabajo en casa y en la granja. Siembras y recolecciones, labores preparatorias, las últimas siegas de los prados y el comienzo de muchas recolecciones de frutas y hortícolas.

Alfonso, que hoy cogía su primer día de vacaciones hasta que el ejercito lo llamase para hacerle perder uno de sus mejores años de juventud y energía vital, desayunaba en la cocina dos buenas rebanadas de pan emborrachas en vino y nevadas de miel. Luciana despertaba a sus hermanos menores, que hoy tenían que bajar a La Nava de Abajo a la recuperación de sus asignaturas suspensas, para ver si habían dado fruto los esfuerzos de Luciana con su dedicación diaria dirigiendo sus deberes.

- Vega niños, desayunar rápido que os va a bajar Alfonso y aplicaos en los exámenes
- A ver qué nos ponen... lo ponen siempre aposta para suspender...¿Y la abuela.?
- Ha ido a la vendimia
- ¿Se la han llevado.?
- No, se ha querido ir ella a la uva...

En la vendimia, al igual que en la siega o la recogida de la aceituna, eran de ese tipo de trabajos en los que colaboraba todo el pueblo, desde los más ancianos, que generalmente se dedicaban a buscar leña y hacer la comida para los vendimiadores y charlar entre ellos de los últimos y escasos chismes que podía albergar el pequeño pueblín a los jóvenes colaboraban con sus padres en la recogida de la uva.

Todo era solidaridad y compañerismo, evidentemente esta narración se desarrolla en La Nava de Arriba y La Nava de Abajo, una pedanía o villa, donde la idiosincrasia de sus gentes eran bastante inusuales al común de lo que son las gentes de los pueblos y líbrese el que pueda... que suele ser gentes chismorreras, metijosas, criticonas,

envidiosas y acomplejadas...todo hay que decirlo.... n esta España de los ochenta... del siglo XX

No eran las gentes del valle nada más lejos de lo que comúnmente se entiende por gente de pueblo. Hospitalarios, sanos, sencillos, desprendidos y dispuestos a ayudar a sus vecinos. En el pueblo durante el verano, en cualquier casa lo más que impedía el acceso era una mera cortina de tela gruesa, incluso en algunas casas hasta por la noche. En invierno con tan solo empujar cualquier puerta se abriría ó a lo sumo levantar la gran llave-cerrojo que daba paso a cualquier vivienda. En el caso de su poco mundo y cultura, como podía ser la abuela Zenona, sus formas de hablar, grotescas, descuidadas, vulgares e incultas al igual que las de la mayoría de sus habitantes, eran en el fondo expresiones tan sencillas, que esa sencillez les perdonaba la ausencia de estudios recibidos tantos lingüísticamente como a todos los niveles.

Al anochecer regresaban todos de la vendimia en el gran coche de don Tomás incluida Zenona, Paca y su marido seguidos de todos los demás...

- ¿Qué tal abuela.?
- Bien zagales míos, lo nuestro como era poca cosa ya se ha cogido y lo han llevado a la bodega, pero vaya día de trabajo ¡! ¿Y vosotros en el colegio qué tal.?
- Regular, pero cállate!!! – dijo muy bajito Susana

Según fueron transcurriendo sus días de descanso desde el primer día de septiembre, cada día se le hacía más corto a Alfonso hasta que llegó el día de marcharse al servicio militar.

En la cama su gran maletón negro se llenaba poco a poco y holgadamente con mudas, jabones y algún peine con alguna púa rota, aunque para el poco pelo que le iban a dejar poca falta le iba a hacer el peine ni que tuviera púas. Pedro desnudo y atumbarrado bocabajo en su cama evitaba mirar a su hermano con los ojos arrasados en lágrimas, doblemente motivadas por la despedida de Alfonso y por su propio futuro ingreso en filas dentro de un año justo cuando se licenciase Alfonso. La abuela entró guardándose un pequeño pañuelo blando en la manga izquierda, Pedro ni se inmutó a pesar de su desnudez de la presencia de su abuela-

- ¡¡Ay mi Alfonso!!! Ya me lo quitan como me quitaron a mi Canciano ¡! Hace cuarenta y cuatro años y me parece que fue ayer ¡!, ¡¡Señor del Gran Poder ¡!, ¡¡Protégelo.!!
- Abuela que es para un año, que no me voy para siempre
- Ay ya, pero con la mala gente que circula por ahí...ten cuidado y no te fíes de nadie ¡¡Rezará por ti todas las noches entraña mía!!, cuando mires a la luna, acuérdate que mirando a la luna aquí estaré yo rezando por ti. Llévate estas

hierbas, si algún *hijoputa* que hay muchos, te hace algo se las echas en el agua o en la comida, o las cueces y la infusión que salga se la echas, con poco va, y lo pasará mu *jodío*

- Abuela, si me hacen algo, ¡mira!! – y Alfonso contrajo sus bíceps mostrando toda su masculinidad de mozo montañés.

Paca entró en la alcoba llamando a su madre y Pedro y se cubrió rápido con una sábana... - Madre no le estarás metiendo las tripas en un puño, ¡que te conozco ¡!

- ¿Yo.? *Quía* ¡!
- Hijo llévate unos chorizos y un queso y un poco jamón y ...
- Mamá no fastidies con lo mal que huele el queso donde voy a ir dando ese cante...anda, anda, no me llevo nada...
- Sí hijo si, te le llevas y miel...

Pedro se reía ahora a pesar de los chorros de lágrimas que le brotaban de sus ojos y su abuela miraba a Alfonso consternada y abatida.

Sus hermanas ya casadas y sus cuñados, sus hermanos pequeños, así como sus padres, su abuela, sus tíos todos subieron a despedirse del joven militar.

- Abuela no llore usted más, que en la cocina le he dejado unos racimos de uvas tintas que me ha dado la “Ojos de gato”, para hacer pasas...
- Voy a por ellas, pero estoy yo buena con esta faena que le hacen a mi Alfonso....

Desde que Alfonso se marchó, la abuela ya no era la misma, se encontraba compungida y con ánimo luctuoso, no hacía falta decir que su ojito derecho era él y no otro nieto, ya que la primera que lo había manifestado abiertamente desde siempre era ella que lo había criado, pues cuando nació Alfonso, Cristina contaba con un año recién cumplido, cuando Alfonso contaba con nueve meses nació Pedro, Paca estaba agotada y no daba abasto para atender a sus ocho hijos por aquél entonces, contando la mayor de todos, Asunción, once años. La abuela lo había enseñado a hablar, a andar, lo dormía, lo vestía, lo bañada, al igual que había realizado todas estas cuitas con todos sus nietos, pero no de forma habitual y acostumbrada ni con ese especial afecto que demostraba por Alfonso y más, cuando con el transcurrir de los años Alfonso se fue convirtiendo en la viva estampa de su difunto marido.

Los racimos de uvas tintas perdían su humedad lentamente al sol en el porche colgados de una cuerda. Ella cabizbaja echaba de comer a sus preferidas mientras recogía sus huevos depositándolos en el cestillo de mimbre. Luciana tendía la ropa de todos ya lavada en su octavo mes de gestación. El cielo plomizo claro, anunciaba la

fiesta de despedida del verano y la entrada del otoño y Paca reñía a Sergio por su bajo rendimiento escolar en las pasadas recuperaciones de septiembre

- Al que más le quedaron y el que menos has recuperado ¡zangano!! Mira, Susana las tres que le quedaron las ha sacado adelante y Ernesto otras tres también se las ha quitado de en medio y tú de cinco que te quedaron solo has aprobado dos, ¡idos! Y es por vago ¡! Porque tú puedes sacártelas ¡!
- No eran cinco, me quedaron cuatro
- ¡¡¡cállate y no me rechistes!!! Qué más me da cuatro que cinco, total ya... ¡zángano de colmena ¡
- No le riñas Paca, coño, que bastante castigo empiezan ya mañana las criaturas
- ¡¡Tú cállate!!! ¿Me oyes.? Menos mal que empiezan ya. Y tú, te tenías que ir con ellos también, que no te vendría mal....
- Yo sí, pa mi edad es la escuela....
- Que *airazo* que hace Dios mío, se va a volar toda la ropa que he tendido – se quejaba Luciana
- Como que va a llover Lucianilla....
- No digas eso abuela
- O no sabes que faltan siete días *pa San Mateo y se acaba el veraneo....*
- ¡anda!
- Nada, como lo oyes, no falla. Ya verás como llueve, si esto ya son las nubes que traen el agua de la *otoñá*... ¡que falta hace por cierto! Que vaya verano más seco...

Según transcurrió el día el cielo se fue ennegreciendo más y más y a eso del mediodía el cielo se había cubierto de un luto riguroso, más negro que el de la abuela. De vez en cuando, en instantes fugaces, cuando las hebras quebradizamente luminosas hacían el cielo un poco más claro hacían retumbar los truenos, de nuevo en la negrura del cielo lo invadía, hasta que posteriormente relampagueaba otra vez de nuevo, cada trueno iba superando al anterior en volumen. De pronto comenzaron a caer gotas de agua del tamaño de hojas de periódico que en segundos formaron un fortísimo aguacero. Los relámpagos eran continuos y los estrepitosos truenos hacían sonar su estruendoso ruido al chocar su eco repetitivamente con las altas montañas repitiéndose una y otra vez el mismo trueno y cuando aún sonaba el retumbar lejano de uno, partía el chasquido de otro y ya relampagueaba la chispa del próximo. En la cocina Paca rezaba a Santa Bárbara Bendita.... *“Santa Bárbara Bendita, que en el cielo estás escrita, con papel y agua Bendita, en el ara de la Cruz, tres veces Jesús”* Padrenuestro. Así hasta tres veces. Mientras tanto Cristina fregaba los cacharros y la abuela se preparaba para realizar las conservas del invierno de tomates, pimientos, peras, manzanas en almíbar y metía en vinagre cebollas, guindillas, zanahorias y pepinillos...

La brusca tormenta continuaba, las gallinas habían vuelto la mayoría de ellas solas a guarecerse a su corral de invierno. Los pavos aguantaban el chaparrón. Los perros miraban aburridos y con una mueca de sorpresa aquella tromba de agua después de los ignitos calores del verano. Los patos disfrutaban de ello en la cascada del arroyo, chapoteando y revoloteando junto a las ocas y los cisnes.

- Esta es la primera lluvia de la *otoñá*, ya veréis cómo crecen los prados a partir de ahora hasta las primeras nieves. Paca hay que destetar a los lechones ya, que nacieron el mes pasado hija mía de mí....
- Recuérdamelo mañana, no voy a ir con la que está cayendo... ahora déjame que rece que me da mucho miedo estos rayos... *Santa Bárbara Bendita que en el cielo estas escrita con papel y agua...*

Cuando el gran nubarrón dejó la zona, aquellos parajes no vieron la luz del sol aquel día pues ya la fría plata de la luna era quién gobernaba el cielo magistralmente luminosa.

- Pues vaya un último día de vacaciones – comentaban los niños en sus camas
- ¡Venga! ¿No os vais a dormir.? Que mañana hay que madrugar – irrumpió Paca en su dormitorio
- Mamá a mí este año me toca de profe “Tarzán”
- A mí “la Tres en una”
- Y a mí doña Gervasia...
- Bueno, muy bien, a ver si os sirve para algo ¡que los que tenéis que estudiar sois vosotros, el maestro da igual, ¡ale a dormir! Y tú Susana a tú alcoba, que ya te he acostado yo a tus hijas en tu cama...
- Voy mamá....

En aquella alta cama y más alto el mullido colchón quedó suavemente hundida la dulce Susana rodeada de Paquita, Susanita e Inocenta, sus muñecas de trapo. Sus únicos juguetes y por ello sus preferidos desde que nació. El rey de los sueños la inundó la mente de días sin colegio jugando por los bosques de la montaña, bañando a sus hijas en el arroyo, paseando con su abuela que le contaba la vida de las estrellas una por una y cada vida era diferente pero todas luminosas y sus hijas cobraban vida..... ensueños de una niña sana y humilde de ocho años en aquel impervio valle.

Las intensas lluvias caídas en aquella semana hicieron que los pequeños comenzasen sus clases pasadas por agua, que los prados como bien vaticinaba la abuela emergiesen vestidos del verde más lleno de vida y por último, hicieron que el verano, el loco, calorero y alegre verano se marchase por su puerta de San Mateo hasta dentro de tres estaciones más. Pues el cobrizo otoño venía desnudo, mostrando su piel de cobre, su pelo doradamente rojizo, tapando sus partes púdicas con racimos de uvas tintas, custodiado de vientos y aires turbulentos, de flores marchitas, de frutos granados, de hojas de oro, con sus velas de silencio. Pausado, melancólico, romántico, vivo y sutil. Cómo no, por supuesto bohemio, a parestesiar a todo lo viviente. Coronado de nubes grises oscuras, cual gasas negras.

El, había llegado, las únicas que se habían percatado de su presencia eran las nubes, sus enigmáticas cómplices, para ir poco a poco embebiendo de agua a toda la naturaleza hasta que hastiada de agua, frescor y frutos maduros decidiese echarse su acostumbrado sueño invernal pero eso sucedería meses más tarde.

El otoño, esa estación.... De encuentro del alma y de amores perdidos en el crepúsculo de cualquier pasada estación, abismo de calma, otoño de candencioso ritmo, las aves gorjean al compás de su triste canción que son mil claves de su romántico orfeón. El otoño hambre de celos que muerden, de pasiones que aniquilan en un gotear continuo de la sangre sobre las crujientes hojas secas al son de los violines de la muerte, de noches que martirizan, de abrojo y de espinas, de hechizos color terroso que a los sentidos enloquece y estremece, ese coro dorado donde aún florece alguna blanca rosa de amor puro en la más pura umbría de ese corazón hecho añicos, murmullo de rezos entre oscuras nubes de silencio, de lirás de amor deshecho, latidos de vida eterna, el otoño, esa estación....

El otoño, esa sinfonía de colores y sonidos. Se puede comer, pintar, escribir, tocar, oler, vestir, respirar, sentir, vivir y el resto del año desear.

El otoño son esos mil viejos violines chillando al compás de esos tantos chelos que maúllan gravemente.

El otoño, ese sollozar de gozo y alegría por la plenitud de la vida, nostálgica y melancólicamente.

Meteorológicamente hacia el veintiuno de septiembre; día de San Mateo; los días ya se han acortado considerablemente y se igualan las horas de luz con las de noche, a partir de este día comienzan las noches a alargarse. En el otoño son muy célebres los intervalos de periodos soleados y calmados, son los conocidos como veranillos, uno hacia finales de septiembre, el de San Miguel. Otro a mediados de Octubre, el de Santa Teresa, y un tercero, la puntilla del otoño, hacía San Martín, que en realidad marca sin ser invierno meteorológico, la llegada de los primeros fríos y heladas climatológicamente.

La estación de sabores más exquisitos, de tonalidades más sofisticadamente elegantes, en toda la sinfonía de ocres, violáceos, dorados y tierras.... con matices de rojo bermellón y gris. La estación que más paz ofrece a la vista y a los sentidos, la sangre se fleva, el pulso mengua, la que más inspira, la que más se siente, capricho de los dioses del romanticismo y del amor, la que mas intensamente ciega y adormece a los sentidos al alcanzar el éxtasis de la vida terrenal. Su sabor es sin igual.

El otoño, ese melancólico y bohemio Dionisios cargado siempre con el cuerno de la abundancia de frutos, sutilezas y supremacías de sabores y aromas. Olor a tristeza, a cariño y ternura. El otoño es el crepúsculo de esa tarde que muere después de pasar un día completo y agradable en el campo. Es ese momento después de amar en el que se siente esa dulce ternura sin fin hacia la persona amada. Es el primer día sin un hijo tras su emancipación. Es contemplar por fin la carita por primera vez de esa criatura recién nacida tras los horrorosos dolores de dilatación y contracción sufridos en el

parto. Es soñar en la vida, pues soñar es vivir y vivir es soñar. Es el sentimiento que surge tras terminar una etapa de plenitud completa ó la superación de una meta donde hemos dejado parte de nosotros mismos y a la que ya nunca jamás podremos volver. Es esa soledad espiritual y física fundidas las dos entre sí. Es esa pérdida de la juventud y la aparición de las primeras arrugas en nuestro rostro. Es esa contradicción emocional de tristeza al haber concluido algo que no volverá y la alegría por lo nuevo a acontecer. El otoño todo lo madura, árboles, hierbas y frutos, como las bellotas del roble y encinas, que ya totalmente maduras se desprendían del coscobil y caían al amplio corral de la pocilga donde se cebaban los cerdos de recría hasta San Martín. Los cuales esperaban todos ansiosos la caída de una bellota para vorazmente engullirla. Dentro de la mugrienta pocilga, la abuela; separaba a los lechones; ya algo menos entristecida aunque afligida aún por el raptó, según ella, de su Alfonso. Su hija, después de haber ordenado la casa, preparaba la comida, ya no necesitaba ni pensar, su cuerpo al cabo de tantos años de soportar esa rutinaria monotonía ya todo lo ejecutaba mecánicamente.

- Paca me voy a recoger avellanas al bosque
- No tardes, que aquí me quedo más sola que la una...
- No, si esta tarde volveré a ir, así que volveré pronto, pero vamos si aunque esté aquí en la granja no me ves.... Que estoy por los corrales...
- Ya, pero hoy como Luciana ha bajado a La Nava

La actividad estival ya amainó bastante y las tardes volvían a ser las de esas sobremesas de intenso aroma a café, té ó hierbas en infusión, todo mezclado en el ambiente, acompañadas de pastas, bollos ó algún sustancioso dulce preparado artesanalmente en el horno por la abuela.

- Del siete al quince de octubre me ha dicho el doctor salgo de cuentas – explicaba Luciana
- Pues bajaremos ya la cuna del desván, para ir limpiándola y vistiéndola...
- ¡qué nervios!
- Hija tú tranquila, que ahí no se te va a quedar, ya saldrá...
- Por Dios mamá,!! No me digas eso ¡!

Cristina sonreía mirando el vientre de su hermana con ojos de malicia, miedo, ironía, astucia y picardía...

- Tú no te rías que la próxima eres tú...
- ¿yo.? – exclamó sorprendida – no digas tonterías abuela, yo no quiero niños, además me da mucho miedo
- Eso decía yo, y tú madre, y “la Cecilia” y “la Magdalena” y ésta que tienes aquí delante con el tripón, por eso pone Dios pasiones y arrebatos que son más fuertes que el miedo a dar a luz y no hay casi nadie que se resista.... ¡¡si fuera por miedo!

Candido interrumpió la tertulia – buenas, vengo a por el tractor para prepararle, mañana vamos a subir ya a la tierra para la sementera, que con lo que ha llovido ha cogido la tierra muy buen tempero y así *pa* San Damián a ver si está ya el trigo sembrado...

- *Pos* yo ahora *mismico* me voy pal bosque
- ¿A coger avellanas.?

- Avellanas ya pocas, ya nueces, escaramujos, hayucos y *to* lo que pille, me llevo una cesta y *to pa* dentro, ya lo separaré cuando tenga tiempo
- Tenga usted cuidado por ahí...
- Candido hijo, nadie mejor que yo conoce estos lares, además, si tropiezo y me mato mejor muerte en el bosque imposible, así me gustaría morir y no en una cama viendo a la muerte acercarse a mí, ¡¡porque a la muerte se la ve ¡! Se la ve venir en la agonía cada vez más cerca...
- Madre, anda, no te pongas trágica y cambia de tema a algo más alegre
- Me voy, aquí *sus* deajo

Los críos entraron cabizbajos por su vuelta al colegio.

- Susana vente conmigo a por frutos al bosque – le sugirió la abuela a la pequeña
- Madre, déjala aquí, que tendrá que hacer los deberes
- Si no tengo mami
- Eso dices siempre, que no tienes, menos mal que no te hago ni caso

Susana se marchó corriendo con su abuela

- ¡¡Susana!! Vuelve – gritó su madre pero Susana ya rebrincaba por los prados con su abuela dispuestas a adentrarse en la emboscada umbrosa.
- Cuando llueva un poco más vendremos a buscar setas Susanilla, aunque a lo mejor hoy ya tenemos suerte y encontramos alguna...
- Abueli, este año me da clases doña Gervasia
- Pero es posible ¡! Si cuando yo era chica ya era vieja ella y yo ya tengo setenta y cinco castañas
- ¿Sí.??
- Esa mujer es una momia con vida
- ¿Qué es una momia.?
- *Pos* por lo visto, no lo sé yo *mu* bien, pero una personas *mu* viejas, *mu* viejas, que no se mueren y si lo hacen se quedan como *disecás*
- ¿Ah, sí.?? - no salía de su asombro Susana
- Sí entraña de mis entrañas
- ¿Y doña Gervasia se va a quedar disecada.?
- Ya lo está, que no es lo mismo
- No todavía no, habla y se mueve y....

Por una vez tanto candor hizo reír a la abuela a carcajadas, raro en ella, y más raro desde la ausencia de su nieto predilecto, pero en este caso contrarrestaba la compañía de su nieta preferida, con ella se olvidaba del mundo y se entregaba a ella confiándole su sabiduría popular más profunda, una sabiduría de la más efectiva así como todos sus secretos naturales, que jamás había revelado a nadie

- Susana cariño mío, no pierdas nunca la inocencia
- No abuela, si la cuido mucho, pero se llama Inocenta, no Inocencia, a ver si te crees que porque sea mi hija tonta....¡jes mi hija!! Y ella la *pobrina* no eligió ser tonta y la quiero un montón
- Je, je, je, claro Susana claro, ahora sí que me has *matao*, je, je, je....los tontos no lo eligen ellos, ¿verdad que sí.?
- Claro abuela, lo elegí yo, porque alguna hija tonta tenía que tener

- Tampoco es eso Susana, mejor es tenerlas normales
- Pues peor es lo de la hija de la “ogresa” abuela, que tiene a todas sus hijas mal, una manca, otra coja, otra sin cabeza y dice que vive, pero cómo va a vivir sin cabeza, sin cabeza no se puede vivir ¿verdad abuela.?
- ¡¡huy hija!! Pues no son pocos los que viven sin ella ¡! Nacen sin ella y estiran la pata sin ella...
- Pues yo no he visto a nadie así....

Por lo lozanos bosques, donde sus habitantes comenzaban en esta época del año a mostrar el preciado tesoro de sus frutos, unos dorados, otros colorados y algunos ocres y terrosos.

Ella con tino y paciencia iba recogiendo uno a uno los coloradísimos escaramujos encendidos en bermellón, los secos hayucos, las atezadas avellanas y las primeras nueces aún con su cáscara verde.

- ¿les voy quitando la cáscara verde abuela.?
- No, con esa cáscara verde hervidas con agua, se te pone el pelo negro y brillante como el mismo carbón ¡!

Los últimos grillos de la temporada iniciaban ahora su concierto ponderando y despidiendo aún a la estación que ya se había ido y que a ellos les daba la vida en sus mágicas noches cálidas donde ofrecían sus festivales musicales a la luz del embrujo que las alumbraba.

Pues ahora ya el sobrenatural satélite nocturno, iba comiendo tiempo de reinado al brillo dorado de la gran fragua de oro y entorno a eso de las ocho de la tarde o incluso algo antes ya reinaba ella impertérrita, álgida y frívola para exponer cada día un poco más a sus radiaciones lunáticas y chifladas a mentes y corazones. Reinaba la locura. Era entonces cuando comenzaban las pasiones a resurgir o a morir, el amor a ocupar planos prístinos de la vida y así ella era feliz, sin sentimientos y asesina, sobre todo asesina, esparciendo su solimán como siempre lo había hecho.

Candido vio que regresaba su pequeña hija y su suegra justo cuando él terminaba de dejar apañado el tractor para las labores de mañana y que le ocuparían al menos un par de días.

- ¡ya vienen!
- Si, ya *nos sus* venimos, Candido hijo, mañana no te levantes ni madrugues que te aseguro de todas a todas que mañana llueve
- ¡¡no me diga!! Con el retraso que llevamos en el campo
- Ya lo sé, que este año *pa* San Damián no hay *na sembrao*...pero el tiempo es el tiempo.....

Como bien dijo su suegra, el día amaneció negro, con un viento fuerte que hacía a las finas gotas que se desprendían de las nubes cayesen violentamente contra la tierra y cristales de las ventanas. En la cocina almorzaba él mirando con soberbio respeto a su suegra...-¿ Cómo sabía usted que iba a llover hoy.? –

- Anda hijo mío, una, primero es *mu* vieja y segundo que, a pesar que no sepa casi ni leer ni escribir, sé mucho de la vida y de la naturaleza, si me parieron donde nace el manantial, ¡allá arriba! Iba mi madre buscando setas y ya salió de casa un poco jodía y se puso de parto allí y...
- ¡¡Vamos por Dios!!
- Que sí Cándido cielo ¡! ¿No te lo he contado nunca.?
- No, es la primera vez que lo oigo...
- Pues sí hijo, si es que antes no eran las cosas con las comodidades de ahora que se da a luz en la casa, en la cama, con ayuda y hasta con palanganas de agua caliente ¡¡vamos, vamos!! En pleno campo nació, un doce de abril, dicen que corría el año mil novecientos cinco, porque yo de números tan altos no sé....Luego me crié en plena naturaleza, la primera vez que bajé al pueblo fue a los doce años ¡¡imagínate! *Pa* tomar la Comunión y echarme mozo, porque ese *mismico* día me vio Canciano, que en la Gloria le tenga Jesús con Él, y me pretendió *na* mas verme, desde ese día todos los días bajaba yo la mitad de la ladera de la montaña y él subía la otra mitad al mencionado lar que te digo, hasta que a los dos años, que tenía yo ya catorce, se enteró mi padre y me prohibió bajar.
- Pero, bajaría usted conociéndola, ¿A qué sí.?
- Je, je, je, je, *pos* sí que sí, porque una a esa edad estaba ya *mu* ducha en el arte de las hierbas je, je, y mira que tenía solo catorce añitos pero le echaba en el vino a mi padre un poquito de adormidera que había cocido aparte con otro poco de vino bien concentradita y se quedaba frito el pobre, je, je, je
- ¡¡será posible.!!?
- Hasta que a los tres años de esto me pilló, que tenía yo ya diecisiete, *entavía* recuerdo los palos *ca* matizó ¡Ay Señor! Moraduras por *to* el cuerpo, fue la primera vez que creí morirme, te lo prometo, seis meses en cama que tuve que guardar. Tanto fue así que ya tuvo que subir mi Canciano a pedir mi mano al borrico de mi padre que no sé ni cómo no lo mató a él también, luego ya desde aquél día a pesar de los pesares comenzó nuestro noviazgo *declarao*, que duró cinco años eso sin contar los seis de antes, que no consintió mi padre, que en la Gloria le tenga el Altísimo
- ¿Cómo se llamaba su padre.?
- ¡Luminoso!, pero qué pocas luces tenía el pobrecillo, lo puso así mi abuela porque nació justo en la aurora, pobrecito mío, qué final tuvo, que lo mató una borrica de una coz. Mi madre se llamaba Escolástica, como mi abuela y mi bisabuela y así se tenía que haber *llamao la* Susana y Alfonso: Canciano. No esos nombres tan remellaos de ahora que no dicen *ná* ¡! Cecilia...?? Luciana...?? Pero qué nombres son esos.....
- Abuela, pues nombres de ahora, lo que ya no se llevan son esos nombres de antaño

- ¿Porqué.? Mira nosotros, éramos seis hermanos... Escolástica, Atanasia, e/ Damián, Telesfora, yo y el pequeño que le pusieron Toribio, no sé yo qué les pasa a eso nombres....- hizo un mohín de gran duda.
- Que ya no se llevan – respondió Paca limpiándose las manos en el mandil mientras interrumpía entrando en la habitación
- Pues ya se llevarán, si es cuestión de tiempo....
- Madre, a ver cuando guardas en los corrales las gallinas y todos los bichos que crías en sus corrales
- Pues ahora, a *primericos* de octubre...
- Y porque no puede ser más tarde ¿verdad?
- Papá, - interrumpió Luciana - ¿Por qué no me ayudas a bajar la cuna del desván.?
- Deja Luciana ahora ayudo yo a tu padre, que tú no estás para esos trajines, oye, ¿Y Justino, dónde ha ido.?
- Ha subido al juez otra vez....
- Pobrecillo, ¡ojo! Lo que está pasando con ese *condenao* de su hermano pero cómo podrá ser tan *arrastrao*, tan *desalmaa* y canalla, ese ladrón ¡! Criminal y egoísta ¡! Yo es que le retorció el cuello y le...
- Abuela, abuela, no te alteres.!
- Es que me duele mucho lo que *sus* ha hecho, que el pobre Justino hasta ha *adelgazao* que le veo yo más *delgao*, del disgusto y la amargura que lleva, ¡leche!
- No te preocupes abuela, si les está dejando de hablar casi todo el pueblo, lo que no había pasado nunca en La Nava
- ¡no me extraña.!

Como en todos los pequeños pueblines cuando ocurría algo, nadie podía permanecer al margen, o te sincerabas con uno o con otro. El hecho de no hablar a los cuñados de Luciana era tanto como estar de su parte y el dirigirles la palabra era como estar en contra de Luciana y a favor de los primeros y no entendían otras explicaciones.

Los cenicientos nubarrones daban ahora un intermedio a la caída del agua y el sol se colaba a fisuras resquebrajadas del cielo irisando las gotas que aún chorreaban de los árboles. Las cúpulas de las escarpadas montañas no se divisaban pues el intenso vapor de las esbirras del otoño habían creado una intensa nebulosidad que simulaba la gran sutil y volátil corona de él. Unas palomas se lanzaban en picado surcando el aire hacia este grueso bajo techo de nubes, al cual querían atravesar para que el sol las inundase, pero al sol ya lo había abandonado su altruista amante y ya no volvería a disfrutar de ninguno de sus caprichos, ahora estaba bajo los designios del emperador del romanticismo, las tinieblas, las uvas, el vino y sus borrachos de amor.

Ella, aunque había escampado, continuaba rezando el rosario a su Virgen predilecta, ya pudiera ser la Candelaria, Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa o cualquier otra a la que dedicaba su fe y devoción orando por su nieto Alfonso tal y como le había prometido mirando a la luna, la ausencia de su nieto a ratos le punzaba el corazón y más con la imaginación que esa cabecita enmoñada a la altura del cogote, con un recogido que agrupaba sus tres inacabables trenzas canosas que tanto cavilaba.

- Mamá, doña Gervasia no nos pone deberes y hasta dice que nos llevemos las muñecas al colegio
- ¡¡Susana no seas fantasiosa!!
- Mamá – salió Luciana en defensa de su pequeña hermana – si cuando me daba clase a mí, hace doce años ya estaba la pobre como una locomotora, con que ahora.... Si por lo visto ya la tenían que haber jubilado hace como siete años pero como no mandan a ningún sustituto al pueblo.....pues ahí sigue...

Susana se dirigió a la abuela que ahora mismo, finalizado su rosario, volvía a bajar al salón - Abuelita, me parece que ayer oí duendes y hasta creo que vi uno, ¿cómo son.?-

- ¿Dónde te pareció verle.?
- En el pajar
- Oírlo, ya te he dicho mil veces que sí se puede oír, pero ver no, esos seres son deidades de la naturaleza y están por encima de ella, y con estos ojos que nos ha dado Dios a los humanos no se les ve, pues son de otros colores que nosotros ni conocemos cariño mío
- ¡¡pues vaya.!!

Amanecía un nuevo día de reflujos doradamente cobrizos, como luce el sol en otoño muchas mañanas, con esa clara luminosidad del cobre. En su reinado el color gobierna con munificentes leyes, exóticos cánones de belleza agreste, el sol pone su imperio en la crápula de frutos, avellanas, vendimia, membrillos, nueces, acerolas, escaramujos, piñones, granadas, castañas y un auténtico sin fin aliento de aromas maduros.

En su alcoba hacía la cama con esmerada paciencia, aireando el colchón y el blando y sedoso almohadón de suave plumón de ganso. Luego esparció el grano por el patio para las gallinas y demás aves, los perros comían la ración asignada para hoy y los cerdos su maná de desperdicios.

Después de recogidos por sus tiernas manos, ahora introducía más efluvios acidulces en su armario, como huelen los membrillos recién cogidos.

Los niños se desperezaban y Candido aprovechando el día sin lluvias ya se había subido hace un buen rato a las tierras de labor para labrarlas y sembrar el cereal, a pesar de ser festivo. – no está bien que se haya subido Cándido a las tierras siendo fiesta...

- Ya se lo dije cuando se levando madre, pero ya sabes cómo es...bastante siento yo no poder ir a la romería de San Cosme y San Damián que son los patronos de las Navas de Arriba y Abajo...
- Mujer, pero esta tarde bajarás al pueblo...

San Cosme y San Damián significaban muchísimo más que un día de fiesta. Era su fiesta de bienvenida al otoño recién llegado todos los años, celebrando también la recogida de la uva, la siembra del cereal que este año a causa de las lluvias no les había sido posible a ninguno, celebraban también la próxima siega de los prados que sería el último corte del año hasta las lluvias primaverales.

Después de San Cosme y San Damián las gentes parecían recogerse más, se segaban los lazos que pudiesen recordar a los días de cordialidad estival, aunque de esto se encargaba muy bien la naturaleza siguiendo las leyes de su rey regente: El Otoño.

En La Nava, ese pueblín humilde de sencillas gentes afanados en sus trabajos, en el campo de batalla de la vida, en sus quehaceres diarios, sus tristezas y sus alegrías, sus chismes y sus pesares, sus preocupaciones del día a día... ahora, recién entrada la oscuridad, donde el reloj del ayuntamiento en un canto isocrónico mencionaba las ocho, los paisanos comenzaban a bullir, a salir de sus casas abiertas, en busca de las contadas tabernas a por un vaso de buen vino y un plato de lo más típico de este tiempo: conejo, perdiz, tórtola, faisán ó codorniz. El aire que se respiraba en el pueblo olía a fiestas. Se cargaba de colonias fuertes de pueblo que se ponían a litros en fusión con olores a sudor, a chorizos, al vino, al refrito del conejo ó al estofado de perdiz, todo ello formando una miscelánea de olores y efluvios.

En la plaza colgaban bombillas de colores, en una de las esquinas reposaban dos inmensas tinajas repletas de vino para todo el que quisiera beber, al lado también repartían mosto para los más niños. En la esquina en diagonal a la esquina de los vinos en espuertas de esparto repartían higos, membrillos, peras, manzanas y algunos frutos secos, sin faltar los churros con chocolate en otro esquinazo de la empedrada y cuadrangular plaza. Al fondo se descubría el escenario ya preparado anunciando el baile nocturno.

Por una de las callejuelas que confluían en la plaza, acababan de llegar a La Nava el matrimonio Guervara-Cifuentes agarrados del brazo, Paca repeinada, perfumada, vestida de flores abigarradas y mostrando toda su hermosura de madraza cincuentona de once hijos, acompañada orgullosa y flamencona del padre de sus once floridos retoños, Cándido, todo coloradote, risueño, compasivo, fortachón, canoso y barrigón. Saludaban a sus paisanos. La abuela por cuatro calles andorreaba y zascandileaba, saludaba y cascaba desquiciada con una y otra comadre. Los niños jugaban en la noche cargada de sabores festivos. La gente subía a la plaza, bajaba, iba, venía, discurría y transitaba por las calles, aceras y tabernas, pateaban la plaza al ritmo que marcaba la orquesta que acababa de abrir el baile en honor a San Cosme y San Damián; aquellos dos hermanos que en el siglo III, ejercían la medicina gratuitamente entre las gentes sencillas y humildes, por ello y por ser cristianos encima fueron martirizados y torturados hasta su muerte.

- ¡Zenona!, ¡novillera! Que no te he visto en misa...
- Pos la verdad es que no he *podío*, con los críos allí, los animales que hay que atenderles.... imposible me ha sido. Pero he prometido que en falta de hoy iré el día de los Arcángeles, así pasado mañana verás....
- ¿A la ermita de la Virgen.?
- Sí, allí ¡!

En las tabernas las conversaciones en este festejo, año tras año, eran casi las mismas...sobre la variedad de trigo sembrado, el abono en sementera echado, el número de labores de grada, la cantidad de uva recogida y el precio pagado, el tiempo otoñal, la berrea, las lluvias y los prados junto con la recogida del ganado de nuevo a los estabños, era una de esas fechas en las que hombres y mujeres, ambos hablaban de lo mismo, o sea de la vida, de su vida.

En la contrita y tétrica ermita de Nuestra Señora de las Candelas Encendidas, entre una puertona de madera oscura ya salían las gentes a estos albores de la fresca mañana del día de los Arcángeles: San Gabriel, San Miguel y San Rafael. La abuela ya conversaba con sus paisanas sobre la fútil noticia acontecida, - Pues sí zagalas sí, ¡jotra vez se ha ido la loca La Nava ¡! Y esta vez se ha ido igual que la encontraron la última vez, ¡jen cueros vivos!!

- Le habrá cogido el gusto...
- ¡No me digas ¡! Sigue, sigue...
- Porque se han *encontrao* en el pilón que hace de abrevadero de las vacas, toda su ropa allí...
- ¿toda.?
- ¡¡*Todica*!! Hasta el sostén y las bragas, ¡¡como lo oís!!
- ¡¡Jesús!!
- Pero bueno, y su hermana la Leandra, ¿es que está tonta ó qué ? O que ya le dará igual....
- Pues su hermana dice la pobre, que vaya martirio el suyo, que ya no puede hacer más.... que ojo lo que está sufriendo desde que se murió su madre y no para de llorar y llorar, y eso que a ella no le han dicho que se ha ido en cueros *pa* no disgustarla más... no se lo digáis ¡!
- Noooooooooooooo!!!! Qué cosas tienes ¡!
- Yo solo se lo diré a mi Paca, pero de ahí no pasa
- Es que te cae una loca así, y a ver qué haces...
- Pues si eres su madre, su hija, su hermana o su mujer, si es tú marido al que le toca la locura, joderte y apechugar...como hace todo el mundo decente y con un poco de moral.!!! No como dice la Ogresa, que ella la amarraba a un establo...
- Paisana, eso lo dice porque no le ha pasado, pero luego haría lo que todas ...
- No sé yo.... Porque menuda es la Ogresa...
- Desde luego que la Gertrudis ya nació loca y quitó la vida al padre y luego a la madre, y al final le quita la vida a la hermana, ¡¡ y si no, ya lo veremos todas ¡!

Perdidas en estas peculiares conversaciones de comadres, fue derivando la noticia de la nueva pérdida de “la loca la Nava” mientras bajaban caminando campo a través desde la triste y desolada ermita en medio del campo, por un sinuoso sendero de piedras hasta el pueblo.

10

Octubre, las mejores frutas pudre.

En octubre de la sombra huye, pero si sale el sol cuida la insolación.

En seco o en mojado, por San Lucas ten sembrado, y el viejo que lo decía ya nacido lo tenía.

En octubre si lo temprano miente, lo tardío siempre.

Suelen dejar recuerdos espantosos, octubres que comienzan tormentosos.

Si en octubre sientes frío, a tus animales dales abrigo

Octubre que termina claro, favorece lo sembrado

En octubre, el agua del diez al veinte para todo es conveniente.

Otoñada segura, San Francisco la procura.

Toque de muerto. Toque siniestro. Toque de queda. Toque de tierra. Toque final. Toque fatal. Toque de luto. Toque injocundo. Toque sobrenatural a la llamada celestial. La campana de la iglesia desde arriba del campanario, continuaba con sus compungidos toques, su sonar lento y trágico. Pausado y afligido. Taciturno y grave. Moroso y horroroso, seguía y seguía bajo los pocos luminosos rayos del sol de la sobremesa otoñal, mientras que por una de las callejuelas bajaba el sepelio con el féretro a hombros de Leandra Nárdez Orduña, más conocida como “la hermana de la loca la Nava”

Varios hombres y mozos del pueblo llevaban a sus hombros a la sufrida Leandra, embutida en su último traje de madera, cargada de esas flores que la primavera deja olvidadas para estas fechas y ocasiones, detrás de la fallecida en cuerpo presente, todos enlutadísimos con el negro más riguroso, sus tres hijos y su marido deshechos y apuñalados por el desgarrador dolor de la muerte, deambulaban guiados y agarrados del brazo por sus familiares más cercanos, también vestidos del zaino más luctuoso. Seguían a este primer grupo unas comadres llevando del brazo a la “aparecida” que inmune y ausente a todo férreo desconsuelo de sus acompañantes de Leandra en su último adiós hacia el camposanto, “La loca la Nava” decía adiós a todos con la mano muy sonriente, ausente mentalmente al trágico acontecimiento, mirándose de vez en cuando a sí misma, extrañada, como preguntándose porque le habrían vestido de aquél color tan oscuro.

En las calles, el doloroso murmullo pasaba inadvertido pero en el sepulcral silencio de la Iglesia del Cristo del Gran Poder, todo era un sonoro sonajero de sollozos, llantos, gemidos, lloriqueos y plañidos. Hipos incontrolados, suspiros y gimoteos de pena y aflicción.

Después de finalizada la misa, al salir de aquella patética Iglesia de olores a incienso y cera mezclados con el olor de los crisantemos, todo el pueblo acompañó a Leandra hasta el camposanto.

Por el tortuoso y escarpado caminillo que llevaba a él, los mozos sudaban tinta con el ataúd de Leandra a hombros, todo el entierro detrás lloraban y se dolían por la pérdida contristada y desconsolada de aquella buena mujer que se había ido para siempre de con ellos.

Las maromas que aguantaban el féretro, fueron bajando a Leandra hasta el fondo de la fosa donde hasta su conversión en polvo y cenizas, descansarían sus restos, pues su alma ya había sido acogida por la Gran Misericordia del Nazareno, por el Cristo del Gran Poder, por su Virgen de las Candelas Encendidas y Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, en una palabra: Por el Gran Redentor. Su hija desgarró un chillido que partió al cielo en tres cuando la tierra comenzó a cubrir con las primeras paladas granuladamente el féretro de su madre. Las comadres la agarraron prediciendo lo que instantes después ocurrió, cuando su hija se desplomó entre las coronas de flores que decoraban la tumba de Leandra: su madre. Esas flores de muerto como son todas ellas, tristes y melancólicas, pues qué diferencia hay entre la primavera mortal y un camposanto....

De regreso al pueblo los paisanos y paisanas bajaban comentando entre sollozos la gran pérdida y su causa probable ya conocida de todos: ¡¡Igual que su madre!! Le ha quitado la vida la loca, ¡pobrecilla! El cielo ganado se lo tenía.

- ¿y cómo fue.? Dicen que de pronto...¿no.?
- Pues mira, llorando estaba la pobre Leandra cuando le dijeron que habían vuelto a encontrar a su hermana, pues esta vez desde que desapareció la encontraban muy mal peor que de costumbre, cuando le dijeron que la habían encontrado en cueros que la tenían en el ayuntamiento, que bajara con algo de ropa a recogerla, ahí mismo le dio un mareo...
- Uuuuhhhhhhhhhh ¡!!!
- ¡¡calla que te cuente!! Bajó al ayuntamiento y allí le dijeron lo gordo, que a la Gertrudis la habían tomado, tras un reconocimiento que le habían hecho...
- ¡¡¡No me digas.!!! ¿Pero quién ha sido el sinvergüenza.?
- Más que sinvergüenza, quién habrá tenido el valor y el poco decoro ¡¡Callaos que os cuente ¡! Fue aquí cuando se cayó al suelo de repente, creían que le había dado un soponcio de la noticia, y lo que había ocurrido es que le había dado el mal final.
- Eso ha sido un pal de pecho, seguro....
- Sí, al corazón
- ¡qué final! La pobre, después de tanto como había pasado con la loca y la muerte de sus padres...
- Pues mira, así ha descansado ya, y en la Gloria Bendita estará riéndose de nuestra vida miserable....

El, se reía al escuchar esas conversaciones sobre la vida bajo sus auspicios otoñales. Tristes y románticos como era él. Pues sí, efectivamente la vida era un penar constante. Era una batalla que siempre finalizaba en lo mismo para todos, para las gentes sencillas como para las aparatosas, para las gentes serias como para las guasonas, para las prudentes y juiciosas como para las insensatas y descerebradas. Para todos la batalla finalizaba igual, por lo tanto por qué vivir pensando en los demás

y en el qué dirán a mis espaldas, por supuesto, pues a uno nadie es tan “sincero” como para decirle lo que comúnmente se opina de su forma de ser y estar, así que lo mejor era vivir la vida, además en el Gran Juicio Final ya sabremos todos lo que opinaban todos de nosotros, al igual que veremos a los que han vivido reprimidos, si a vivir reprimido se le puede llamar vivir.

Vivir la vida y saborear todos sus platos pues la gama era inmensa y cuando estaban ahí por algo sería ... -Qué gentes más extrañas- pensaba el Otoño, - sabiendo que mi chiflada amante se los llevará algún día, por qué vivirán así.?.... trabajando de sol a sol, haciendo lo que no les apetece... en lugar de reír y disfrutar

Por el camino que venía del blanco camposanto, las lluvias otoñales habían hecho brotar una fina y espesa hierbecilla verde clara, que junto con las tonalidades verde doradas que comenzaban a tomar los árboles daba a la tarde una nota de paisaje típicamente otoñal, pues el sol quemada pero la sombra congelaba.

Una vez en el pueblín en casa de Leandra, todo el pueblo intentaba consolar a su viudo y a sus hijos, dando ánimos de condolencia...aludiendo a cómo era la vida...que había que salir adelante...que no le dieran vueltas a la cabeza que no era bueno....

En la granja comentaban el suceso las mujeres mientras Cándido y su yerno Justino preparaban los últimos detalles de la siembra del trigo para mañana. Los niños se rebozaban por la suave y tierna alfombra del prado jugando con los perros, pues hoy como se tenía por costumbre a causa del sepelio no habían asistido a clase ningún niño, ya que en Las Navas, cuando fallecía alguien ó como decían ellos “le daba el mal final a alguien” a su funeral iba todo el pueblo, desde niños a ancianos.

- Paca voy a hacer un pastel de uvas de oso
- Madre, por Dios, no hagas ahora un pastel, que terminamos ahora mismo de venir de un entierro y no está bien...
- Eres más antigua que mi abuela que a saber dónde estará.... eso ya no se lleva, el guardar silencio y voluntad. ¿no hemos ido al sepelio.? Pues ya hemos cumplido y eso que he ido sintiéndolo de verdad que yo a la Leandra la quería de verdad, si yo supiera que no haciendo el pastel volvía otra vez para acá, ¡no volvía a hacer ni un pastel en mi vida, fíjate lo que te digo ¡! Pero no, la Leandra ya no vuelve, pues no estará a gusto en la Gloria Divina ¡!! Sin la loca, sin hijos, sin marido, sin pesares ni problemas ni sufrimientos ¡! Si la vida es un infierno, que fíjate si será malo, que hasta irnos del infierno nos da pena, creyendo que esta miserable vida es lo mejor, cuando lo teníamos que celebrar ¡!!
- Bueno madre, a mí eso no me parece bien.!!!
- Anda calla, calla, y dame el harina, los *guevos*, el azúcar y los....

El sol irisaba toda la transpiración vegetal nocturna a estas horas de la aterida mañana. Las sosegadas palomas con gesto candoroso se desperezaban atusándose con el pico su suave plumón, todas juntas en lo alto del granero, salvo alguna que ya bebía de las aguas frescas de cristal en la orilla del manantial. Las gallinas con sus pollos ya grandes volvieron a la alambrada cárcel invernal, arremolinándose en torno a las lindes de la alambrada metálica ansiosas de picotear alguna brizna de las hierbas que brotaban fuera, verdes y vigorosas por el agua y la gallinaza aportada por ellas mismas durante el verano, enriqueciendo al suelo en bacterias y microorganismos vivos, al tanto, los gallos dejaban salir su roto sonido altivo y profundo. En el corral contiguo, a los patos les costaba más aún adaptarse al confinamiento que a las pendonas de sus compañeras las gallinas, después de un verano de aguas, chapuzones, libertad e incubaciones entre los juncos, mientras ahora se bañaban en el bebedero dejándole tan sucio que algunas cloacas las hay más limpias. Las ocas miraban asustadas, mientras esbeltas y rebolludas se movían por su prisión a paso uniformado todas en fila. Los pavos, tontos de ellos, miraban con su moco colgando al exterior recordando melancólicos días estivales de calor, alborozo y libertad. Los chivos en el redil de las ovejas lamiscaban las secas ubres de sus madres pues desde hace tiempo se debían haber destetado, las blancas y lanosas primas de éstos esperaban en fila en la puerta para irse ellas solas en cuanto les abriesen la puerta a pastar a su vallado y amplio prado. Las vacas, más tristemente amarradas al pesebre, tan inmunes estaban a todo que ni siquiera pareciesen echar de menos los días de olorosa y tierna hierba por los prados y en el último rincón tras la leñera, que ya estaba repuesta de leños, tarugos y troncas para la próxima temporada invernal, estaban los guarros, sucios y mugrientos, los sabrosos cerdos que ya les quedaba poco más de un mes para hacer las delicias de muchos.

En la cocina, con las ventanas abiertas de par en par para que el remusgo de la mañana la espabilase, preparaba un buen almuerzo para todos y un mejor postre: requesón con pasas.

Cuando Paca bajó hoy domingo un poco más tarde de lo normal, su madre se echó a ella con los brazos abiertos amorosa y maternalmente tierna: - ¡! Paquita, hija mía de mis entrañas ¡! Cincuenta y cuatro años que te traje al mundo una mañana de lluvias y ventiscas en esta misma casa en la alcoba donde duermen Luciana y su marido, ¡¡Felicidades!!

- Muchas gracias madre
- Mira, mira lo que te he preparado, que sé que te gusta mucho
- ¡mamá!! – exclamó tiernamente Paca - ¡requesón con pasas.!
- ¿Mamá.? Yo creía que esa palabra ya ni la sabías decir ya...

Candido que bajaba ahora envuelto en olores a colonias fuertes de caballero de pueblo, afeitado, con la cabeza encharcada de agua y repeinado a raya, entró exclamando y elogiando a su mujer, su Paca, su compañera de pesares, de problemas y sufrimientos.

- ¿Dónde está la madre de mis once soles.?
- Aquí la tienes, desayunando lo que la he preparado
- ¡¡Felicidades María Francisca de mis amores!! Mi sol, mi norte y mi vida ¡!
- Anda tonto...

- Tú, que me vuelves tonto a mí...

Qué suerte pertenecer a esta familia – pensaba ella para sus adentros – me quieren a pesar de todos los tormentos y momentos que me hacen pasar, mi madre con el suplicio de sus animales y plantas, los pequeños con su no parar de jugar a enredos y travesuras, este año en particular Alfonso con su ausencia, Cristina con su próxima boda, Román con su reciente boda que ya nos ha dejado casi en la quiebra, Luciana con sus disgustos por parte de sus cuñados, y cuando vivían aquí de solteras era Asunción con genio, Cecilia y Magdalena con sus pocas o ninguna ganas de estudiar, ¡ah! y Pedro, el bueno de Pedro que decía que no se quería casar...será que querrá ser cura este chico...? Porque si no, que explicación y qué motivos puede tener para decir eso tan raro Dios Santo, si solo se han quedado solteros en el pueblo “la loca La Nava” y “el tonto el pueblo”...ella continuaba pensando en sus seres queridos...

Mientras tanto él, seguía ahogando a la luz del sol, su calidez y su esplendor, cada día un poco más y ya por estas fechas a las siete y algo era de noche oscura ó clara, eso dependía de ella, el monóculo plateado ó la media lágrima de platino.

Los violines borrachos tras la vendimia, maullaban tan delicadamente como las hojas de oro se balanceaban por los aires al ritmo cadencioso de su compás de maullidos, cuando abandonaban su rama, su árbol y su vida para siempre. Su fiesta anual en esta época era cuando llegaba a su esplendor máximo, pues en el próximo mes de noviembre, tras la matanza, se podría considerar invierno a pesar de quedarle aún por reinar un mes más hasta diciembre.

Sus chelos y violines carraspeaban, trinaban, maullaban, aguda ó gravemente, los árboles le obsequiaban con sus frutos típicos y más sabrosos de octubre, madroños, castañas, acerolas y bayas silvestres... bañándole toda su impudicia en tonos, olores y sabores cobrizos, bronces, oros.... mientras pensaba en su frívola amada; todo romántico; bohemio por ella y para ella, sutil, embriagador, seductor jugando a ser seducido que es cómo más se seduce, ido, chiflado de amor, loco de cariño, trastornado de tanta ternura, demente encantador, equilibradamente desequilibrado, lunático incomprendido de todos que un día, oscuro y de noviembre, decidió desaparecer, errar y vagar penando su calvario de sufrimientos infinitos, eligió para ello un trece de noviembre, la fecha más triste, oscura, olvidada y horrorosa de todo el calendario. Aunque para dejar esta vida y pasar al estado sobrenatural de consciencia sin materia, cualquier día será triste, oscuro, olvidado y horroroso. Eligió la muerte más dulce y sutil tomando las setas y hongos que tan solo en su reinado se desarrollan pero es que ya tenía ansias y agonías por ver a su amada, eximida de cuerpo, en ese Edén de hojarasca, frutos y placeres. Pero de esto hace muchísimos años, no miles, sino millones de años ó quizá más...¿Quién lo sabe, si el Otoño nunca responde a esa pregunta.?

Su amada al ver que su amante había perecido por ella, enojada, decidió no dejar extinguirse a la muerte y alimentarla, para ello creó la vida inagotable y un resurgir anual, así nunca se agotará la muerte. Así, ella le regalaba todos los años haciendo pagar a la naturaleza tributos de vida, que ella les agasajaba drogando a todo ser viviente con sus elixires, brebajes, olores, aromas y efluvios. Pólenes, flores y néctares.

Para que cuando su amante llegase pudiera ahogar, dorar, secar, curtir y madurar toda la vegetación y otros seres vivos. Frutos en el suelo esperando pudrirse y transformarse en bacterias vivas para el suelo ó bien servir de alimento a cualquier animal del bosque....

Los vientos los traía él, las lluvias suaves y alguna tormentosa. Su corte estaba formada por suicidas de amor como él, lunáticos asesinados por la guadaña de algún cuarto creciente afilado y frio como la muerte, genios incomprendidos, músicos de vida marginada y bohemia, alguna vieja chiflada que pasó toda su vida esperando el retoño que no vino, amargada y frustrada, él se la cobijó en su dorado reinado para que cuidase no de un retoño sino de sus cien mil querubines tiernos y llenos de sonrosado amor para dárselo a esa humilde anciana que jamás pudo ser madre, el amor era la forma de morir exigida por él, para formar parte de su romántica corte: Morir de amor.

¡cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!...- era la tenue cancioncilla que ahora le cantaban todos sus seres queridos a Paca...

- Abuela y tú cuántos años tienes – preguntaba Ernesto
- Yo qué sé.... hoy son los de tú madre ¡!

El teléfono que acababa de descolgar Cándido tras sonar, descubría la voz masculina de Alfonso para felicitar a su madre.

- ¡déjame a mí de hablar con mi Alfonso del alma!. ¿Hijo mío qué tal.? . Si soy tú abuela ¿Comes bien.? ¿Es *mu* dura la *jodía* mili.? ¿Te tratan bien.? ¿Qué tal gente hay.? ¿Te mando hierbas de las que tú ya sabes...?

Después de una larga retahíla de simplezas para el resto pero importantísimas para su abuela, Alfonso pudo felicitar a su madre. Los ojos de Paca comenzaron a derramar lágrimas, que su madre le secaba con un pañuelo, mientras ella agarrada al teléfono y acariciándolo como si fuera el brazo del único hijo que le faltaba este día donde todos se habían reunido en torno suyo... - sí, hijo mío, si, cincuenta y cuatro, bueno y lo dicho cuídate, cuídate mucho, prométemelo!! Ahora te paso con *la* Rosa, que ha subido la zagala para felicitarme y está aquí....

El día despuntaba, cada alba una gota más tarde que ayer, conducida por él y sus luenguisimas muertes de luz, románticas, tan lentas que no se parece morir. Hoy estaba todo el cielo cubierto con una corona de nubes grises y cirros que pregonaban agua a raudales, y ella tan alborera como de costumbre una vez más ya se encontraba a estas horas por los corrales alimentando a sus gallinas y demás aves de corral. Cogiendo sus preciados huevos y cosechando las cinco hiperbólicas calabazas que el huerto produjo este año, para después en la cocina comenzar la elaboración del cabello de ángel para sus dulces predilectos y que haría las delicias de todos a principios del mes próximo.

Paca interrumpió dando los buenos días a su madre en la vaporosa cocina otoñal.

- Buenos días nos de Dios Paca, hija
- ¡ya veremos! Deja las calabazas para mañana, que Luciana ha pasado muy mala noche y yo creo que de hoy no pasa, y que al crio le tenemos aquí ya...
- ¡¿Qué!?, pues ala, a prepararlo todo
- Buenos días – entraba ahora Luciana en la cocina gimoteando, sofocada y muy nerviosa...
- Pero chica no te muevas, quédate en la cama- le aconsejaba su madre
- ¡ay abuela qué dolores que me dan! ¡Ay qué miedo! ¡¡Que me voy a morir ¡!
- *Quiá*, no te vas a morir, ¡¡ vas a parir ¡!
- ¡¡¡Ay!!!, ¡ah, qué dolor ahora me viene! No quiero, ay ¡!
- Paca, ¿has preparado ya el dormitorio.? ¿ Y el agua.? ¿Y el...
- ¡¡todo madre!!
- Pues ale, voy a por una víbora al bosque
- ¡¡¡¡AAAAhhhhhh!!!!!!!, ¡NO!, abuela que a mí no me gusta eso y tú lo sabes. De siempre te lo he dicho, ¡¡Ni se te ocurra.!! ¿Me oyes.? ¡¡Abuelaaaaa!!! ¡¡Ven aquí!!!! Mamá por favor dile que no...¡¡¡¡Ayyy qué dolor!!!!

Cuando la abuela llegó con la víbora a la hora de comer, Asunción ya había para preparar la comida a todos ese día en el que su madre y abuela estaban con su hermana. En el salón aguardaban impacientes Cándido y Justino, Teo con Cristina, mientras Paca acompañaba a su hija en los duros momentos que iba a vivir por primera vez en su vida. Luciana con contracciones cada vez más duras y constantes apagaba su angustia, su miedo y sus nervios en unos lloros a mansalva mordiendo a la par una almohada pequeña

- Pero no llores prenda, si esto no es *na*...aquí traigo la víbora
- ¡¡¡¡¡¡¡¡AAAAAAHHHHhh ¡!!!!!!! Noooooooooo, socorrooooooooo....
- Pero Luciana, prenda mía si *to* el pueblo ha parido con una víbora delante de la cama que quita los dolores del parto este sortilegio milagrosamente
- ¡¡¡Ahhhhhhhhhh!!!!, ¡¡que noooooo! Socorro ¡!! Quítame este bicho de la cama, que me va a dar algoooo, Ahhhh!!!!!!! – Luciana ya no oía ni escuchaba nada de lo que su abuela le decía. Entre gritos de tormento no se sabe si a causa del doloroso parto primerizo o de los nervios y ansiedad que la víbora despertaba en Luciana, hasta que al cabo de unas tres horas, cuando en el piso de abajo ya tomaban café y bollos en la sobremesa, se oyó el chillidito dulce y tierno del primer llanto de un niño al venir al mundo y a la vida, y es que claro, si ya venimos llorando a este valle de lágrimas, cómo a lo largo de los años que residimos en dicho valle no vamos a sufrir.....
- ¡un niño! Como yo bien predije la noche de San Juan., ¡qué Bendición de Dios.!

La abuela bajaba dando alaridos - ¡¡Cristina!! Mata a la gallina más vieja del corral *pa* hacerle un buen caldo, y tú Justino ¡¡enhorabuena!! Que ya eres padre de un buen mozo ¡!

Todos corrieron al piso de arriba por las sonoras y retumbantes escaleras de madera, donde en la cama, Luciana extenuada, pero gratificada con tal preciado regalo sonreía entre dolores y molestias, angustias y una diáfana alegría. No tardaron en venir a conocer a su sobrino, Cecilia, Magdalena y Román con sus respectivos cónyuges.

Luciana bebía un buen consomé caliente procedente de la gallina más vieja del corral cocida lentamente con picadillo de la misma y un huevo cocido desmenuzado, seguido de un buen vaso de leche recién ordeñada. Rodeada de sus hermanos, hermanas, padres, marido y abuela, mientras su niño sonrosadamente tranquilo hasta su próxima toma dormía en su cunita de madera con soportes de alabastro ovalados donde se mecía suavemente.

El, bañado de lluvias, rodeado de aires frescos, nubes acuosas, románticos bohemios y muertos por amor, se entretenía viendo aquella escena familia desde fuera por la ventana.

Todo el valle era una fragancia de oro y bronce, en constante contraste con los verdes prados y coníferas. El curvado camino de chopos amarilleaba ya casi por completo junto a los olmos, fresnos, hayas y sauces, muy animados a unirse a la gama cromática estaban a punto de ello los robles, abedules, castaños y nogales.

Seis cigüeñas surcaban el plumizo y lluvioso cielo alejándose poco a poco hasta el próximo San Blas, mientras que en los cables del granero piporreteaban cientos de golondrinas que como todos los años se reunían aquí por estas fechas para todas juntas partir a continentes más cálidos y benignos para ellas.

En el bosque musitaba el cristalino clavicordio de las gotas de lluvia al caer entre las hojas y entrecruzadas ramas, en la ya, ahora, cerrada noche.

Luciana, con esos pechazos de moza de pueblo, que con las pócimas y caldos de la abuela se le habían puesto a reventar, amamantaba a su niño en la cama a la luz tenue del nublado amanecer, su marido junto con Cándido ya estarían por las tierras en sus cuitas diarias.

- Buenos días Lucianilla
- Buenos días abuela
- Que tal noche ha dado el pirindolo....
- No ha llorado mucho...
- Bueno qué, habéis decidido ya cómo le vais a poner de nombre
- Sí, Damián.
- ¡ah mira! pos no está mal...bueno cielo me alegro que vayas mejor, me voy a por madroños y amajuelas, madroños es pronto pero lo mismo ya encuentro alguno coloradito....

Cuando ella regresaba con su cesto de mimbre cargado de amajuelas, setas, castañas y algún madroño, hacía aparición justo ahora don Tomás y su señora.

- Buenas Zenona ¡! Ya viene de sus tareas...

- Buenas, si, ya vengo
- Qué tal va Luciana...
- Bien, muy bien, pasar, pasar dentro...
- Le traigo buenas noticias del juzgado
- ¡no me diga! Pues qué contenta se va a poner, bueno, ella y todos, venga pasar que voy a hacer puches porque con este día no apetece otra cosa, y así *sus* quedáis a comer...
- ¡¡Ay cómo es usted.!! – intervino la alcaldesa – cómo nos vamos a quedar a comer... no mujer, Zenona....
- ¡¡nada!!, ya está dicho, ¡¡*Sus* quedáis!!!

Con todo su amor, que era inmenso, preparaba las puches para su familia y sus inesperados invitados. Invitados, como todas las personas que subían a la granja a cualquier menester y evidentemente no sabían resistirse ante la bondad de corazón de ese ofrecimiento unido a los artes culinarios tradicionales de la abuela en la cocina que seducían a cualquiera.

Alguien tapó los ojos por detrás a la abuela con las manos. - ¿Quién es.? ¡coña! Que se me van a pegar los torreznos ¡!

Las manos que le aprisionaban los ojos le dejaron visibilidad de nuevo, ella se giró enérgica a ver quién era esa persona que le había gastado esa broma a ella, una vieja sin ganas de juegos... ¿sería don Tomás.?, pensaba...

- AAaaahhhh ¡!!!, ¡¡Mi Alfonso.!!!! Dame dos besos alma mía ¡!! Pero...pero, pero, por dónde has venido tú ¡! Que ni los perros han ladrado...
- Por detrás, ¡aposta! Para darte la sorpresa
- ¡Ay Señor! Y vaya que si me *las dao* – fuertemente abrazada a él se le saltaban las lágrimas sin soltarle aferrada con todas sus fuerzas a su nieto... -¿Pero no sabe tú madre que venías.?
- Sí, pero le dije que no te dijera nada, para darte la alegría
- ¡¡anda *jodío!*!, voy hacerte una perdiz estofada para ti, que para eso eres el capitán y el batallón comemos puches, pero cuéntame, para cuánto tiempo vienes entraña mía
- Para nueve días, luego te cuento, voy a ver a mi madre, a mi hermana Luciana y al crío, que ya me lo han dicho en el pueblo.!
- Al Damián, Damián se llama, bien *riquín* que está ¡! sube, sube, y luego ya me contarás cómo te va...

A las puches también se apuntó Rosa la novia de Alfonso, tras enterarse de su inminente llegada.

El fresco, día a día, se hacía más y más intenso. Todos habían vuelto a sacar de sus armarios las prendas de entretiempo como toquillas, rebecas, jerseys gordos de lana, incluso para por las noches algunas mantas y colchas. Susana saltaba a la comba en el falso patio junto a la repleta leñera de tarugos de madera pues ya desde hacía un par de días la chimenea había vuelto a comenzar sus hechizos hipnotizadores de fuego y luminosidad vibrante.

Cuando la noche entró y todos se marcharon, el matrimonio Guervara conversaba en el cálido salón a la par que ella, tejía punto de lana para el recién nacido y él miraba el televisor. Sergio y Ernesto leían tebeos arriba en sus camas, Luciana amamantaba de nuevo al voraz bebé custodiada por Justino. Susana y la dulce anciana montañesa conversaban, acostadas en la cama de la abuela apoyadas sobre el tierno y esponjoso almohadón, como solían hacer siempre en esta época del año, alumbradas por una ahogada lamparita....

...una moza decente Susana debe saber guisar y llevar una casa entera y lo demás son cenutrios

- Pues Cristina dice que cuando se case va a seguir trabajando
- *Pos mu* bien que trabaje, pero tú casa la llevas tú, *na* de coger a otra *pa* que limpie y haga las cosas que tu no haces, eso es de cerdas...
- ¡Qué ¿?
- Lo que oyes Susana, serás rica y podrás pagar a alguien que te limpie, que te haga la comida, que te lave y te planche pero no dejas de ser una inútil, una rica pero inútil, porque uno en la vida debe ser autosuficiente en lo básico, y saber guisar para comer, lavarte la ropa y tener limpio el lugar donde vives eso es básico de autosuficiencia, y no me vengas con las milongas de que es directora de un banco o cosas de esas, *pos mu* bien, una directora de banco inútil, otra vez lo vuelvo a repetir
- Yo cuando sea mayor quiero casarme, y tener mis hijos de verdad no de muñecas, y limpiar la casa y matar conejos como tú para guisarlos
- Esperemos se te cumpla ¡!
- ¿Porque no se me va a cumplir.?
- ¡yo qué sé! lo mismo no te sale mozo....
- Ah... pues me quedo sola y ya está...
- *Quiá* entraña mía, a ti te van a salir a cientos, porque para guapa tú ¡! Acuérdate de lo que te digo Susana, serás la novia más guapa desde hace muchos, muchos años y años, pues contaban de mi tatarabuela que fue la mujer más guapa de todos estos lares y tú, eso que yo no la conocí, pero por *to* lo que me decían de ella que eres *clavaíta* a ella ¡!
- ¿Qué.?
- Ya lo verás, ya lo verás, que el tiempo da respuestas a todo, eso es lo malo de cuando vaticinas algo...que luego ocurre y ya no se acuerdan que lo habías dicho, pero hoy por hoy, en mi conciencia queda que el tiempo me ha dado la razón en todo Susana ¡!
- Pero yo sí me acordaré
- Tú Susana, siempre tan agradecida, a ver si es verdad, porque de aquí a que tú te cases, si yo vivo, estaré más pegada que un sello del siglo *pasao* ¡!
- ¡si vivirás! Tienes setenta y cinco y me caso a los veinte como Luciana y Cristina, tendrás ochenta y siete...
- No sé si te casarás a los veinte, *mu* pronto me parece a mí eso, no hagas lo que tus hermanas, aún así no sé yo si llegaré a los ochenta y siete me da a mí que no llego, pero si llego...voy a estar cojonuda casi con noventa años ¡!
- ¡¡abuela!! Eso no se dice

- No se dice, pero se llega a estarlo, ije,je,je!, ale, que duermas bien ángel mío que ya es *mu* tarde.
- Igualmente abuela, dame un beso.

El horno en la cocina desprendía su cálido aliento a castañas asadas que la abuela echaba sobre la mesa y Alfonso comía echándose entremedias algún trago de leche bautizada con anís.

- *Muchísimas* vitaminas tiene lo que estas tomando hoy de desayuno, tú abuelo, que en su sitio lo tenga el Todopoderoso, desayunaba esto desde que empezaba el tiempo de las castañas hasta que se terminaban
- ¡Buenos días!
- ¡¡Luciana!! ¡Pero ya te has levantado y has bajado ¡!
- Abuela que llevaba arriba en la cama ocho días, sin casi moverme ni andar y venga a comer, mira, si parece que no he parido, me he quedado igual de gorda... voy fuera
- Ten cuidado no cojas una pulmonía
- O te tiren los perros al saludarte

Luciana rápido volvió a entrar, pues el gélido aire arrancaba al plumizo cielo verdaderos chorros de agua que lo inundaban todo. La chimenea tiraba a todo trapo en la estancia, donde Luciana ahora mecía entre sus amorosos brazos y pechos una pequeña bolita de carne recién bañada, vestida y alimentada, que cerrándosele los ojitos se durmió plácidamente hasta dejarlo en su cunita, como duermen casi todos los niños de ocho días, como lirones en letargo porque ni sueñan, pues con qué van a soñar si su cerebro no conocen absolutamente nada de la vida ni de la creación terrenal donde acaban de llegar.

- ¡cómo llueve, así de pronto! Y qué frío que hace ¡

El, día a día se encrudecía más y más, con cielos blanquecinos, aires tempestuosos, lluvias repentinas, soles muy débiles, hojarascas arrastradas, árboles áuricos y un sinfín de acompañantes locos, chiflados, bohemios, y cómo no, románticos todos.

Cuando la lluvia cesó, al valle lo embebió una espesa y blanca niebla, era el perfume de la Dama Invierno, que como todos los años intentaba seducir al bohemio Faraón de los lunáticos para que le entregase su reinado casi dos meses antes del día de su cesión y no era difícil adivinar que él le entregaría en escasos días todo su imperio como venía haciendo desde tiempos remotos...

En la calidez de dentro de los muros de la casa granjera, Paca en la planta de arriba hacía limpieza general en el dormitorio de Susana... La habitación de Susana era la más pequeña de toda la casa, iluminada por un ventanuco por donde al abrirlo se metían

las ramas de los frutales del huerto. Toda ella estaba repleta de objetos que para la niña eran de gran valía pero que para su madre le daban qué pensar lo sucia y poco pulcra que era su hija.... Piedras con formas raras cogidas por el arroyo ó por el bosque reposaban a raudales en la parte alta de un armario, en una caja guardaba atadas, ramitos de plumas blancas, negras, grises, tricolores, empedradas... en otra cajita pequeña guardaba unas pelusillas amarillas de algún pollito que ella crió de pequeña, en su armario más que ropa se encontraban membrillos por todos lados, ramilletes de lavanda seca, romero, margaritas disecadas y casi pulverizadas pegadas con pegamento en la puerta del oscuro armario, unas espinas de rosal pegadas formando una cruz... Sus muñecas, a las que ella llamaba “sus hijas” descansaban junto con muchos trapos que Susana utilizaba como ropa de las mismas. De los muelles de debajo de su cama atados con hilitos colgaban rabitos de conejo negros, blancos, pardos....

- ¡¡¡Huy Dios mío, pero qué es esto ¡!!! Ya lo que me quedaba por ver, ¡¡Dios mío, Dios mío!! Esta chica acarrea lo que nadie sabe, y todas estas tontunas ya sé yo quién se las mete en la cabeza...!! Es que no ha podido salir más igual a su abuela ¡! - gritaba Paca agitada al ver el dormitorio de su pequeña hija Susana como el aposento de una bruja.
- Qué dices, que te oigo de dar voces... - llegó la abuela
- Que cuando limpie el dormitorio de Susana voy a ir al tuyo ¡! Que debe estar también como una caverna de osos...
- Qué bruta eres hija, deja a la zagala que tenga esas cosas, todo eso son sus sentimientos y los recuerdos de lo que ella más ha apreciado y querido, es su sensibilidad...¿no lo guardabas tú.?
- ¡¡Pues no madre ¡! Además aquí huele a “cucufate”
- Pues yo te diría que huele a una mezcla de membrillo con....
- ¡¡Anda cállate ¡! Y ven a ayudarme
- ¡Eh!!, ¡¡Alto ¡! A mi alcoba no entres y menos para limpiar nada, que ya la tengo yo como los chorros del oro ¡!

Entre espesas nieblas que chorreaban humedad, limpiezas de Paca, lloros de Susana nuevamente al ver su cuarto limpio, tristes despedidas de Alfonso, los problemas agrícolas del bueno de Candido, noches en vela de Luciana y Justino por el glotón de Damián, impaciencias de Cristina ante su esperada y ansiada boda junto con travesuras y picas de Sergio y Ernesto finalizó un mes más de la vida para siempre de los siempres, pues ese mes de octubre, ese en concreto de mil novecientos ochenta y tres no volvería nunca jamás.

11

*Por San Andrés, todo el tiempo noche es.
Santa Cecilia, la nieve en la rodilla y la vaca al grano y la semilla.
En lloviendo por los Santos, siembra aunque sea en un canto.
Cuando San Andrés viene, trae agua o nieve.
Para San Martín de Porres, a matar los chones.
Por San Eugenio, castañas al fuego, lumbre en el hogar y ovejas a guardar.
El veranillo de San Martín, dura tres días.... Y fin.
De todos los Santos a Navidad, o bien llover ó bien helar.
En noviembre, las flores que dan, son el azafrán.
Abril trae las hojas y noviembre las despoja.*

Todo el aire de la habitación estaba impregnado del dulcísimo olor a los buñuelos que ella amasaba, freía y rellenaba. Tras los cristales de la cocina todo era una niebla que bañaba al valle en un fresco remojado a rocío, el frío era intenso aunque hoy no había helado ni siquiera escarchado.

Los perros anunciaban con lastimeros aullidos de hambre la presencia de Paca, que hoy más madrugadora de lo habitual, subía ya del pueblo cargada de crisantemos, claveles y mocos de pavo.

- Paquita, hija de mi vida, ¿ya vienes.?
- Ummm...qué bien huele, dame uno madre...
- ¡qué ramos! Estos hay que llevarlos cuanto antes al camposanto

Hoy todos en la granja desayunaban buñuelos de viento hasta hartarse pues la repostera y administradora de ellos ya había salido despavorida a llevar las flores traídas por Paca a su difunto marido y a sus padres, junto con hija y su yerno Cándido.

Luciana daba de mamar a su pequeño Damián delate de todos sentada en una butaca, los niños discutían entre ellos la cantidad de buñuelos rellenos de chocolate que había ingerido cada uno... Cristina fregaba la cocina...- ¡¡ay que nervios que el día catorce me caso y esto ya está aquí!! – comentaba nerviosa

- Bueno la casa ya tenéis, y el vestido, cómo va...¿Le queda mucho.?
- El vestido me lo dan dentro de tres días, eso me han dicho...
- Bueno, pues que no se retrasen...que luego pasa...
- ¡¡Ay Luciana ¡! Me vas a decir que me parezco a la abuela, pero ¡¡cómo pasa el tiempo Dios mío!
- ¡a mí me lo vas a decir.!, ¡¡Mira!! con un niño ya, a mis años ¡!
- Yo no quiero niños, que miedo por todo, embarazo, parto y tan chiquititos para qué les pase algo...
- Anda... si no pasa nada, yo tampoco quería y mira...

Marta y Román acababan de llegar auto invitándose a comer hoy en casa, la típica comida preparaba por la abuela para el día de Todos los Santos desde toda su vida: perdiz estofada al zumo de naranja y de postre, cómo no, más buñuelos de viento.

- Qué tal *sus* va al matrimonio – preguntó la abuela recién venida del camposanto
- Muy bien
- ¿y las comidas.?
- Ahí, me defiendo como puedo...
- *Pos* no habéis *perdí*o peso, yo diría que habéis *engordao* algo...
- Madre, están los dos igual que antes, ni más gordos ni menos, igual.
- No sé yo, no sé yo, Marta qué poco comes, voy a tener que llamar a tu padre que a don Tomás da gusto verle comer....
- Es que come poco porque lleva unos días mal que le sentó mal alguna comida ó algo... - excusó Román a su esposa
- ¡anda! ¿Te ha dado un cólico.? Si me lo dices antes te preparo otra cosa que te hubiera apetecido
- No, no es cólico, si lo que creo es que estoy...embarazada... - dijo ruborizándose al máximo

Hubo una exclamación común en toda la mesa expresando espontáneamente tal y com lo sentían, la alegría por la noticia sorpresa....

- Pues si tú lo crees... ¡entraña! Es que sí lo estás, ¡vamos!
- No lo sé seguro, mañana vamos al médico...
- Anda hijo que no habéis perdido el tiempo – dijo irónicamente Cándido
- Poco habéis tardado, y nos decíais a Luciana y a mí - argumentaba Justino – que si nos corría prisa tener hijos que al año de casarnos se quedó Luciana embarazada, pero ¿Y vosotros.? ¡¡a los dos meses!! – se carcajeaba Justino de sus cuñados.

La sobremesa ya después de la comida fue interrumpida por Asunción y su marido que se añadían al café y los deliciosos buñuelos de viento de la abuela... - ¡vengo que echo chispas.!

- Qué te han liado los críos esta vez.?? – preguntó su madre
- Los críos nada, ¡¡llama a la abuela!! Porque he intentado hacer los buñuelos de viento y los he tenido que tirar, ¡¡jun desastre!!!, ¡¡Tú te crees, qué...!! no sé, qué es lo que me ha salido mal, o he hecho mal....
- Je, je, je, te estoy oyendo alma mía, y es que las jóvenes de hoy día sois *mu* desmañas y no *servís pa* casi *na* en la cocina, porque no tenéis paciencia
- ¡anda calla! Y no me enfades más ¡! Dime otra vez cómo los haces tú...
- ¡*sencilísimo!* Yo te voy a decir lo que hago para todos nosotros, tú divide luego las cantidades si quieres hacer menos: Medio kilo de harina de trigo, una docena de *guevos* frescos, cien gramos de mantequilla de oveja buena, tres cortezas de tres limones, ciento cincuenta gramos de azúcar y tres pizcas de sal. Se pone a cocer tres cuartos de litro de agua con las tres cáscaras de los tres limones y se va echando cucharadas de harina y removiendo hasta que te salga una pasta fina, lo retiras del fuego.... ¿Te vas quedando.?
- Sí, sí...

- Y al retirarlo vas echando los *guevos*, sin dejar de remover con una cuchara de palo, para los dulces no valen cucharas de alpaca ni de metal, siempre de palo... Calientas el aceite aparte y los vas friendo, para el relleno...
- Pero con eso tienes para...
- Para dieciocho personas y con ganas de comer buñuelos ¡! Como aquí ¡!
- A ver si mañana me salen bien, lo intentaré otra vez...

La noche cayó pesada y profunda. Nublada y fría, muy fría. Todos dormían en sus respectivos dormitorios, excepto en la alcoba de ella, donde debajo de las innumerables mantas, colchas y sábanas se escuchaba el susurro de Susana y de su abuela....

- ...pues si hijita sí, esta noche es la noche de todos los difuntos y de las ánimas Benditas del Purgatorio, esta noche hay aparecidos por muchos lares...
- ¿y para qué se aparecen.?
- Pues principalmente, se aparecen porque te portaste muy bien tras su muerte y les rezas mucho, para darte las gracias, otras por lo contrario para que les reces...
- ¡qué miedo.!
- No, miedo no Susana, porque antes de aparecerse ellos y Dios te dan la paz y tranquilidad necesaria para ello, por eso nadie, nadie al que se le han aparecido ni se ha asustado ni nada ¡! Se te pueden aparecer en una cortina, en una pared, una puerta, donde sea...en cualquier sitio, la cara y medio cuerpo, en la otra vida piernas no hay.... Y reflejando luz, mucha luz y siempre sonrientes....
- ¿sii.??
- Sí, y les puedes pedir que intercedan por ti ante Nuestro Señor, al igual que nosotros les hemos ayudado a salir del purgatorio rezando.... En el purgatorio Susana se va a pagar lo que la Justicia Divina exige por nuestras faltas cometidas aquí en la Tierra, ¡¡qué son tantas entraña mía¡! Y allí estás sufriendo hasta que las oraciones de los vivos aquí en la Tierra pagan tú deuda, fíjate si podemos ayudarlas y el poder que tenemos, si no rezas por un alma allí se quedará eternamente ¡!
- No lo sabía...
- Hija, pero tanto colegio y no leéis la Sagrada Biblia.??
- Muy poco...
- Pues hay que leerla, y si quieres sacar a un alma en concreto del Purgatorio el Papa concedió la siguiente indulgencia hace muchos años: Del uno al ocho de noviembre debes de: confesarte, escuchar misa y comulgar. Rezar un credo y un padrenuestro por el alma en cuestión que tu elijas sacar, y otro credo y padrenuestro por las intenciones del Papa, por último has de visitar un camposanto, realizado esto dices: Por la indulgencia del alma de "Fulanito de tal" para que salga del purgatorio, y si dicho alma ya estuviese en la Gloria Divina por el alma de mi familia que Dios así lo estime....
- Qué bonito es todo lo que me cuentas, abuela
- Algún día lo tendrás que hacer por mí, para que salga del purgatorio y pueda ir a estar con Dios
- ¡¡Claro que lo haré abuela ¡!! Y a ti, ¿se te ha aparecido alguien.?

- Pues no lo sé porque no lo vi bien, pero hace *muchísimos* años, una noche como hoy se nos escapó una oveja y se nos fue para la montaña, salimos todos por ella, tu padre, tu madre, Román y yo, buscándola entre unos matorrales me manche las manos de *musguina*, fui a lavarme al manantial y vi de reojo una cara que se reflejaba en el agua que yo creía que era Román y por eso no reparé detenidamente en mirarla, claro, cuando terminé de lavarme las manos y vi que no estaba Román....fui a la orilla otra vez y miré pero ya no había nada ni nadie... ¡¡para mí que era tú abuelo.!!!

Todo el suelo era una extensísima y gruesa moqueta en tonos oros, bronces, cobres y algún marfil matizado. Los desnudos árboles volvían a quejarse al plumizo cielo alzando sus retorneados brazos contra él, pero de nada serviría quejarse al plumizo cielo cuando aún entre sus brazos brillaban briznas de oro. Pasaría mucho tiempo hasta que el sol tuviera clemencia y volviese a calentar y vestirles de verde. El valle olía a frío y humedad, a humo de leña y a hoja podrida. Como siempre ella se había adelantado y hoy cuando la niebla se alzó descubrió una brillante escarcha plateadamente blanca. Amanecía a las ocho y poco de la mañana y la noche entraba antes de las seis de la tarde pero los días tenían que encogerse aún un poco más. En el huerto en esta época solo crecían unas acelgas, repollos, unas coles y poniendo una nota de color las lombardas, que rehogadas con piñones servirían para alguna cena de noviembre. El cielo estaba uniformemente gris claro, no parecía nublado sino que en toda su inmensidad celeste hubiese empalidecido a causa del frío intenso.

El postre hoy consistía en tazones con granos de granada en vino, agua y miel, pues el cesto de mimbre estaba repleto de ellas mientras sus cálidas manos seguían cogiendo las que quedaban aún en el viejo granado. Su respiración era un vaho espeso que se divisaba desde la gran ventana de la cocina donde su hija Paca acarreaba comidas. Los cisnes, ya adultos tras el cambio de pluma invernal caminaban esponjándose sus mullidas y blanquísimas plumas para guarecerse del temprano frío comenzado. En el redil esta mañana de frío y oscuro otoño acababa de llegar a la vida un indefenso e inocente corderillo que mamaba tiernamente, preludio éste, de lo poco que tardarían en también parir las otras ocho ovejas restantes.

- Esta tarde iré a coger niscalos con *la* Susana cuando venga de la escuela, mira lo que he cogido para ella, ¡¡una piedra preciosa ¡!
- ¡A ver....! ¿qué hace la piedra, cura la gripe, la migraña, el cólico ó baila sola...?
- ¡¡Nada de eso boba ¡! Trae suerte y da cautela
- ¡vaya por Dios.! Cuántas veces te he dicho que no le metas esas fantasías a la chica...? ¡Jesús! Cómo tenía la habitación el otro día que la limpié ¡!parecía del

aprendiz de una bruja....piedras, dientes de ajo, dientes de conejo, dientes de qué se yo... plumas de todos los colores, una pata de perdiz, rabos de conejo debajo la cama ¡daba asco entrar allí! Y todo, por todas esas fantasías que le metes tú.

- ¡de fantasías nada! ¿Quién te cura los cólicos.?
- Tú y tus hierbas, pero no las plumas de graja, ni la *chelidonia*, ni mirar a la luna tres horas el día de no sé qué... ni lavarse la cara en el arroyo la noche de
- ¡¡¡oye!!! ¿Tengo yo arrugas en la cara.?
- No, pero...
- Pero nada. Es de lavarme la cara en el arroyo la noche de San Juan, lo creas o no...
- No tienes arrugas porque ni tú, ni tu madre las tenía, ni tu abuela....
- ¡anda que *jodía*! Porque también se lavaban la cara en el arroyo y mi abuelo tampoco tenía porque se lavaba, pero qué me dices del incrédulo de mi padre... que no hacía nada de esto, más *arrugao* que un higo *pasique* que se fue *pal* otro barrio...¡fantasías, fantasías! ¡¡Qué sabrás tú ¡! De la naturaleza y del cosmos ¡!
- ¡¡Vaya por Dios si ahora eres física también ¡!
- ¡astrofísica!
- Ya...

A la tarde, ella y su nieta Susana regresaban con un buen capazo de níscalos y setas que revueltas con huevos sirvió de cena a todos menos a Cándido, hombre de campo por naturaleza y también buen conocedor de los manjares secretos del campo, que cenaba lo que toda la tarde había estado buscando con Mora la perra que le ayudaba a buscar y coger trufas, las primeras de esta temporada.

El día anunciaba pálidamente que la primera nevada estaba a punto de hacer aparición. Cándido y su suegra junto con Paca habían madrugado hoy mucho más de lo habitual. Eran las seis de la madrugada, la noche totalmente oscura aún, la luna brillaba fría y el alba no se adivinaba por ningún lado.

Tras el desayuno ella afilaba los largos cuchillos y su hija las cuerdas y alguna maroma. Cándido en la cochiguera disponía el orden de los pertrechados. Hoy era San Martín.

Según se acercaba el amanecer fueron llegando los yernos de Cándido y Paca: Teo, Agustín, Pedro y Justino que se acababa de levantar y desperezar, no tardó en llegar poco después Román.

Después de echarle la soga al cuello el cocho comenzó a chillar. Con todas las masculinas fuerzas que los hombres de estos campos poseían tiraban del animal amarrado a la soga, que parado y estático ni se movía, hubo un momento que la corrediza soga tanto le apretaba al cuello que le cortó la respiración ó la circulación sanguínea al cerebro y cayó desplomado al suelo - ¡Mantener la soga tirante!- gritaba Cándido, al tanto que al rústicamente anestesiado animal sin conocimiento, le ataba fuertemente las cuatro patas, delanteras y traseras con cuerdas y nudos inamovibles. Una vez seguramente amarrado, todos a pulso, levantaron a la bestia y la colocaron sobre la elevada losa de piedra que había conocido miles de cerdos sacrificados por San Martín.

Continuaban sujetando al animal, cuando éste recobró el conocimiento retorciéndose, revolviéndose contra la muerte, chillando tan atrozmente que los gritos estaban más cerca del holocausto humano que del sacrificio de una bestia lanzando sus últimos berridos. El frío era de necrópolis. Ella sin pensarlo le atravesó el gaznate, solo se oyó un crujido de faringes y tráqueas, y el cuchillo volvió a salir por el otro lado del cuello. Su saltuaria respiración se mezclaba con los charcos de sangre que aspiraba su propio gaznate y posteriormente burbujeaba por su faringe como si se estuviera ahogando, y efectivamente su propia sangre le encharcó los pulmones que en esa agonía por querer respirar él aspiraba. Unido que por otro lado se desangraba cada vez mas poco a poco llenando un cubo que le colocaron debajo. Los chorretones de sangre le inundaban los ojos, el hocico, las orejas y toda la jeta. En los últimos estertores de la muerte antes de parársele el corazón vacío sin sangre, pegó tales sacudidas que no en vano hizo perder el equilibrio a todos los que le sujetaban, que eran cinco de aquellos viriles y fornidos hombres del valle.

Seguido de él, y del mismo modo que él, se fueron yendo de esta vida otros cinco cerdos más. A la hora de comer al mediodía subieron las hijas de Paca con todos sus retoños, incluso alguna de ellas con sus suegros e incluso algún cuñado, también subió Marta con sus padres, Germán el novio de Cristina... La comida de matanza estaba compuesta a base de sangre encebollada, orejas de cerdo, torreznos, manitas asadas al horno de leña, criadillas a la brasa y todos los derivados de una matanza porcina de pueblo.

Las mujeres se caldeaban las manos en la lumbre donde enchiscaban a los cerdos para quemarles los pelos, los niños arropados y desataletados jugaban y retozaban por allí al olor del humo...aprovechando que este día no habían tenido clase y es que el día oficial de la matanza nadie iba a la escuela y todo el pueblo se paraba para tal menester.

Las carnes para embutir las guardaba la abuela, ya que esto constituiría la labor de mañana. Las chuletas, paletillas, lomos y jamones eran repartidos entre todos los que habían colaborado en la matanza. Los cochinitillos nacidos en la última lechigada, que también habían sido liberados de la vida, eran repartidos enteros entre las hijas de Paca excepto uno, el más hermoso, que cumpliendo con los principales cánones del caciquismo inconsciente, era regalado a don Tomás y otro al padre Matías, personalidades que por estas fechas llenaban sus despensas y arcones frigoríficos para todo el año.

Se había marchado. A pesar de quedarle un mes aún de reinado ó incluso algo más había desaparecido. Nulo era el llorar. Futil el gemir. Hasta el próximo año no volvería, se había llevado con él todas sus pertenencias, sus bronces, oros y cobres. Sus ríos de muerte, sus bohemios de amor inertes, sus suicidas sangrantes, desconsuelo pertinente de sus amantes sin suerte. Sus núbiles ninfas habían dejado de aromatizar el bosque y la vida con su perfume húmedo a hojarasca, a humo de leña quemada, a castaña asada, a membrillos y a toda esa serie de efluvios de los que eran portadoras y hasta ayer se podían oler en la naturaleza. En cambio hoy, toda la gruesa capa blanca de la Dama Invierno cubría el valle, el bosque, el prado.... lo único que continuaba vivo era el impertérrito y raudo manantial con sus agitados rizos de corriente. Los blancos cisnes con la cabeza bajo el ala se hacían invisibles sobre el manto de la frívola dama, que una vez conseguido su objetivo de desterrar antes de tiempo a aquél bronceado Dionisios del romanticismo, se paseaba fría, gélida y pausadamente, arrastrando tras de sí su gran manto blanco entre vaporosas y espesas nieblas y cielos tan pálidamente agrisados como sus sesgados y pérfidos ojos. Pocos eran los árboles que sostenían sobre sus ramas alguna brizna de oro. El se había ido y se había llevado todo con él y lo que no se llevó él, lo escondía ella bajo su manto de plumón blanco helado.

- ¡¡Abuela, vaya granada.!! – exclamaba Luciana a la par que su abuela rellenaba las tripas de un cocho convirtiéndolas en chorizos para freír, en morcillas de sangre ó de arroz, salchichones y todo tipo de embutidos.
- Ya ves, ésta granada yo creo que ha sido la mas grande en *muchísimos* años- se admiraba Zenona ella misma de ello, viendo aquella granada casi como una sandía de pequeño tamaño
- ¿qué conjuro le echaste...?, je, eje – se burlaba Luciana
- Ninguno mi alma, recién cuajado el fruto bajé la rama hasta meterla en un *perolo* con agua y la tape con una tapadera, y mira, cómo crece ¡¡Esto lo hacía ya mi abuela ¡!
- ¿Y lo mismo haces con los melocotones y los albaricoques para que sean como melones ¡!??
- ¡no exageres entraña!, ¡Jesús! A esos les riego con leche de cabra ¿por qué te crees que yo quería que se quedaran preñadas esas *jodías* cabras...? Je, je, je...

Al pequeño Damián se le escuchaba llorar y llorar desde la cuna que lo albergaba en una de las alcobas de la planta de arriba. Los empañados cristales de la hogareña cocina no dejaban ver la nieve que fuera volvía a caer ahora lenta y tenuemente cual pelusas de un nido de paloma blanca, como las que en este momento se arrullaban en el pajar todas juntas en los maderones, vigas y palos que lo cruzaban. Los perros olisqueaban la fría nieve bajo la cual aún quedaban restos de sangre tras la matanza porcina de ayer. Paca atizaba al fuego de la chimenea echando unos buenos tarugos de leña de encina.

Los gatos siameses tras el loco verano y tierno otoño persiguiendo por los bosques pajarillos y lirones, subiendo por las troncas de los árboles, bebiendo en el arroyo... ahora con los fríos habían vuelto a cobijarse en casa y cerca del gran fuego se curioseaban su higiene personal a lametaditas en sus manos y cara.

Ya no se escuchaban sus chelos ni violines, sino los grandes teclados de su clavicordio frío y medieval. Su orfeón retumbaba en toda la inmensidad del valle, el bosque y los prados.

Selene se pasaba horas y horas del día reinando entre tinieblas, reflejándose en el espejizo manto blanco de la gran dama invierno, siempre y cuando sus vaporosos y pálidos cabellos la descubriesen la solemne noche cargada de estrellas a tan sutil mueca de sonrisa de vieja, ó ya fuese llena de amor, sangre y muerte.

Las lechuzas surgieron silenciosas a resonar su siseo que podía llegar a asustar al más bragado mocetón de estos lares a medianoche, su vuelo era tan insonoro y su plumaje tan camufladamente nocturno que era difícilísimo descubrirlas, excepto sus achinados e inmensos ojos negros, que giraban trescientos sesenta grados sobre su cuello, observando el más mínimo movimiento a su alrededor.

- Aquí traigo mis invitaciones de boda ¡!
- Ay la Cristinilla ¡! Cómo se nos va ¡!
- Esta tarde subirá Germán con el coche y te vamos a llevar abuela a la buhardilla donde vamos a vivir para que la veas, es chiquitita, pero ¡más mona!!
- ¿cómo no *sus* quedáis aquí ?
- Porque en la buhardilla, no nos va a cobrar alquiler la tía de Germán, ha dicho que como solo vamos a estar como mucho un par de años, nos lo hace como un favor...
- ¡anda mira.! si *sa estirao* la Nicasia....
- Y el vestido me lo subo ya también esta tarde, es sencillín, pero bah ¡!Lo que quería y lo importante es casarme así que no me quejo ¡!
- Cada vez *sus* vais yendo más, ya solo quedan los zagales, Pedro y Alfonso....y...éste lo mismo dice el día menos *imaginao* que se casa con el *zuyón* ese.... que tiene por moza
- Abuela para eso queda mucho ¡! Además unos nos vamos pero otros vienen, porque ahora está aquí Luciana y con el chiquitín y todo, así que no te podrás quejar...
- ¡¡¡ Lo que te voy a echar de menos ¡!! Sobre todo por las tardes a la hora del bollo y la leche, que era cuando ya estabas en casa
- No te preocupes que a tomar el bollo me subiré todas las tardes que pueda...
- ¡ay...! Eso dices ahora....

Las ovejas una tras otra habían inundado todo de lanosos y blancos corderillos que serían las delicias de más de uno en las fiestas que se acercaban el próximo mes de diciembre.

Ella aliñaba aceitunas en agua salada con laurel, tomillo, limón en rodajas, alguna hojuela del mismo olivo, dos clavos de especia, un buen chorro de vinagre y su esmerado cariño. Mientras en el salón Paca cosía afanosa remiendos y más remiendos entretejidos todos ellos formando un multicolor, que sería un edredón para su benjamina hija.

Damián absorbía ávidamente uno de los pechazos de su madre en su toma de las cuatro de la tarde. El álgido tiempo se veía en el cielo y se sentía en el alma. Hasta se oía lejanamente su murmullo de grave clavicordio.

- ¡¡¿Y mi corazón?!!!
- Miralé – respondió Luciana – aquí lo estoy dando de merendar
- Ay qué chiquitín y que *riquín* ¡!
- ¿Madre has aliñado ya las aceitunas ? – preguntó Paca
- Si, si, ya las he aliñado.... Para mí que ésta, va a traer algo.... – explicaba irónicamente la abuela mirando a Chón, la gata siamesa.
- Más vale que te equivoques, porque la que no me voy a equivocar en tirarlos al arroyo ¡¡soy yo!!
- Qué colcha tan bonita, cuándo la has empezado
- Este verano ¡¡y no me cambies de tema ¡!
- Pues va *mu* rebien, ¿es *pa la* Susana.?
- Sííííí

La sobremesa transcurrió lúgubre, triste y negra a pesar de las frías y blanquísimas nieves que lo rodeaban todo, pero, ¿qué no hay triste, lúgubre y negro en el onceavo mes de la vida.? La repetitiva vida solar, girando en torno al gran astro.... Ya fuera el alba, el día, la sobremesa, la caída de la tarde, el ocaso ó la tétrica noche.

Cuando el viento bufaba hacía desprenderse los cuajarones de nieve de las ramas. La infinita tropa de flautas melodiosas habían desaparecido rigurosamente. Ya no alegraban los bosques, ni deleitaban al sentido del oído. Todos se habían desvanecido al compás que los vetustos árboles habían sido parestesiados de nuevo.

Solo se escuchaba cual un susurro la elegía del viento frío y álgido. El plañido de los árboles. El quejido del cielo y sus graves teclados en la lejanía gris.

Era el mes húmedo de noviembre. Las amarguras afloraban, la muerte surgía, las tinieblas lo inundaban, los vientos volaban, la nieve se helaba, la luna lloraba en lágrimas de plata cristalizada, el sol se cubría de velos blancos. Era el taciturno noviembre como siempre callado, mudo, hermético, introvertido en sí mismo, sombrío, cariacontecido, lloroso, pesimista, mohíno, pardo y fúnebre.

En una de las alcobas dentro de casa Sergio y Ernesto simulaban que estudiaban mientras tramaban cómo meter en la cama de Susana un lirón medio atolondrado que capturaron en la fría nieve.

A la noche la partió el crujido canto del gallo, que anunciaba, que a pesar el alba no despuntase aún eran las ocho de la mañana. En el baño, donde ahora fluía el intenso aroma acidulce de los membrillos que ella colocó entre las blancas toallas, Cristina se preparaba para su gran día ayudada y aconsejada por su madre, su abuela y su hermana ya que no había más mujeres en la casa, sino también hubiesen pasado al baño a vestir y con sus consejos atosigar más a la ingenua novia.

- ¿Llevas algo viejo, algo azul y algo prestado.?
- Ay no ¡!! No llevo nada ¡!
- Toma hija este lazo azul
- Me lo guardaré en una liga
- Toma, toma, espera, te voy a dejar una liga mía, que algo más viejo que esto pocas novias lo habrán *llevaro* entraña mía
- Me falta algo prestado
- Toma, te presto esta sortija – exclamó su hermana Luciana, casi con más ilusión que la propia novia.

La boda se celebró en la iglesia de Nuestra Señora de las Candelas a las afueras del pueblo. El número de invitados se dividió por cuatro de los que habían asistido a la boda de Román y Marta, ésta última mostrando ahora claros síntomas de su reciente estado. En la iglesia hubo lloros, suspiros y muchas emociones pues con Cristina se casaba la última de las hijas de Paca, hasta que la pequeña niña Susana fuese moza casadera. El viento hacía vibrar las coloreadas vidrieras de la fúnebre iglesia a la par que el padre Matías echaba la bendición a los novios. A la salida no solo llovieron granos de arroz sino nieve espesa a raudales. El frío era penetrante, la ventisca de nieve quería arrancar hacia el cielo el velo y la toca de la novia. Las fotografías para la posteridad ya todos sabían cómo saldrían... el viento también arrancó alguna mantilla a cuajo del moño a alguna comadre, alguna falda dejó ver alguna horrible visión de alguna señora muy mayor, que la falta de reflejos no le daba ya para reaccionar ante el impúdico vendaval. Todos corrían a sus coches y los que subieron a la iglesia andando buscaban azarados un coche que les bajase aunque fuese apretujados. Los kilos de aparatoso maquillaje, esta vez les había servido de poco a las comadres pues el frío era tan fuertemente pronunciado que las había maquillado él personalmente a todas con un rictus de mala cara helada, con sus colores favoritos invernales: cutis blanco amoratado, labios cortados, ojos lacrimosos, nariz enrojecida, sonrisa contraída y cabellos al viento huracanado. La enérgica ventisca parecía barrer a las gentes al salir de la iglesia envolviéndolos entre la espesa nevada.

Una vez en el rústico y cálido mesón, todo cambió por completo. Todos eran conscientes del mal día que se le había presentado a la novia, y le daban su hálito para hacerle el día más grato.

Como en todas las bodas rurales, los comensales iban como predispuestos a competir por ver quién comía más, quién bebía más y quién era el que menos “desperdiciaba” del convite llevándose lo que sobraba ó todo lo que fuese.... las sobras para el perro, los culos de vino de las botellas sobrantes para el abuelo que no pudo asistir, el bistec de la niña en bocadillo para el novio de la mayor para cuando saliese de trabajar... Convites y bodas de pueblo con esa gente llana, como los daba el valle y la sana naturaleza. El vino tinto, ahora volvió a remaquillar en violáceo las caras masculinas y

a las caras de ellas les puso dos chapetones lustrosamente rojos a la altura de las mejillas.

Fuera la nieve continuaba cayendo espesa, lenta y albina, y ella se divertía sobremanera agitando su manto, sus cabellos plateados y parpadeando presumida sus grisperlados ojos sesgados.

El cálido jolgorio llegaba a su clímax tras la rumbosa apertura del baile que hicieron los novios, a la alcaldesa le acababan de duchar vertiéndola toda una botella de espumoso que explotó líquidamente por sus pechos, ella se reía sonrojada pero su marido la sacó a bailar chorreando de vino hasta por la entrepierna, pues el botellón de espumoso que le entró por el escote traspasó todo el vestido y le caía ahora a chorros por los bajos del vestido, los invitados ancianos bailaban paralizados como astronautas y con movimientos propios de su senectud pero alegres como castañuelas, muy alegres, y la más alegre Zenona. En medio del jolgorioso baile, calado de frío, con el pecho entremezclado de nieve y con copos pegados al cuerpo llegaba ahora Alfonso de permiso para la boda de su hermana Cristina, lo antes que había podido llegar. Todas las miradas giraban en torno a él. Todos le saludaban y le besaban, todos los comentarios los acaparó él... que vaya buen mozo, que al corpulento Román lo iba a dejar pequeño como siguiera creciendo, que si era Rosa la moza con la que hablaba, qué donde trabajaba....

Alguna pareja se cayó al suelo y no era extraño pues el suelo era una mezcla resbaladiza de grasilla, mugre, tarta pisada, vino derramado y un batiburrillo pegajoso de todo mezclado y pisado, muy pisado, aunque a alguno que otro le daba por andar descalzo por aquella sin igual moqueta de caldillo mugriento, pero los tacones y los grados del alcohol eran una mezcla propia para ello y como la misma Ogresa había exclamado – Mis pies no están hechos *pa* tacones si *me se* ensucian ya me los lavaré con agua y sal ¡!!

De sus ojos volvieron a brotar vivas lágrimas cristalinas, y es que le resultaba muy duro despedirse de un ser tan querido y amado como era su nieto predilecto: Alfonso. Miraba por su ventana de la vida con los ojos enrasados en lágrimas tan sensibles como su propio espíritu de agua, perdiéndose su borrosa visión en el infinito del blanco valle, también se acordaba de Cristina, que ya hacía una semana se había marchado de luna de miel y aún no había vuelto.

Recordaba duramente cómo se habían ido yendo uno a uno los trozos de su tierno corazón.... Asunción, Cecilia, Cristina, Magdalena, Román....Alfonso....Sergio, Ernesto, Susana, Pedro... trocitos de su ser.

También recordaba ahora a su difunto marido, cómo la dejó sola aquél horroroso año treinta y nueve, cuando le arrebataron la vida por el simple hecho de poseer varias tierras de labranza que se había comprado con el sudor de su frente. Como se fue hace mucho también su padre y de la muerte de su madre y de sus abuelos, como cada vez la vida le había ido dejando más y más sola. Ella se autoanimaba, pero es que hoy el plomizo día era poco optimista. Para colmo ahora Susana entraba escandalosa perturbando su calma, con un viejo carpetón bajo sus bracitos – ¡¡abuelita!!, ¡¡Mira!!, Mira lo que he encontrado ¡!! ¿Abuelita.? ¿estás llorando.?

- No entraña, es que una cada día se ve mas vieja y más sola
- No digas eso abuelita
- El tiempo va pasando y *sus* vais yendo todos

La fuerte energía que emanaba de la abuela traspasó la empatía de Susana y rompió desgarradora y desconsoladamente a llorar - ¡¡Ay abuelita!! Yo no, yo no te voy a dejar nunca, ya no quiero fregar los suelos ni tener hijos ni hacer las comidas, me quedaré contigo aquí para cuidarte a ti, yo no te voy a dejar, te lo prometo, ¡¡ya lo verás ¡!

- Ya, ya lo sé cariño, si te dejaré yo antes, la vida es así....
- ¡¡ino, tonta!!! Ayyyy... -rompió de nuevo a llorar Susana
- Tesoro de mis entrañas no llores ¡por el Glorioso Redentor! Venga ¡! Qué era eso que habías encontrado – la abuela tras secarse las lágrimas hacía de tripas corazón para consolar a Susana, cuando era ella hoy la que necesitaba más de consuelo y confortación que su diminuta nieta.
- Mira, es un álbum de fotos...

Ver aquél polvoriento carpetón fue lo que le faltaba para que el corazón se le escurriese entre todas sus vísceras y se le cayese al suelo sin palpar tan siquiera. No le salieron palabras de la boca. Susana ya estaba sentada en la cama con el carpetón abierto por la primera página esperando a que su abuela se sentase a su lado para comenzar el repaso a la joya del recuerdo que había encontrado.

- ¡huy!! ¿quién era esta tan chiquitita.? ¿Tú.? ¿A qué sí abuela.?
- No, mi madre el día de su comunión, tu bisabuela.
- ¿Tu madre.? ¡¡Ay que niña tan guapa ¡!
- ¿guapa.? Pero ni siquiera se la ve, si tiene ese retrato mas años que yo ¡! Está turbio....
- ¡Y ésta quién es.?
- Mi madre otra vez, el día de su boda
- ¿Y ésta niña que buscaba cosas por el bosque....quién es ?
- Yo – respondió en un tono más que compungido
- ¡lo sabía! Me lo había imaginado. Debía ser otoño, porque mira está todo el suelo lleno de hojas secas...
- Era otoño...
- ¿Y esta es tu boda.?
- Si

- ¿Y este era el abuelito que ahora está en el cielo.?
- Sí. Ya me queda menos para volver a verle y estar con él...
- ¿Qué? –
- No, nada, cosas de vieja...
- Y ésta quién es...??
- Esa fue mi mejor amiga: “la Marcelina” también está en el cielo
- ¿Y esta niña pequeña es mamá.?
- Sí cielo
- ¿De qué está disfrazada? ¿de pastorcilla para el Belén...?
- No está disfrazada cielo....
- Ahh! ¿no.? Parece una pobre...
- No hemos sido otra cosa hija mía...
- Y ésta debe ser la boda de mamá... ¿no.?
- Sí. Sigue viéndole tú sola que yo voy al cuarto de baño
- Pero no tardes, para que me expliques qué personas son, que no las conozco

Susana terminó de ver el álbum sola pues su abuela no volvió. No podía más con el cuchillo de la melancolía que hoy la estaba acuchillando el corazón con cada recuerdo que como siempre, como todos los recuerdos en un alma sensible y sencilla, hunden, deprimen y se clavan en el alma cual espinas arqueadas de rosal silvestre tentado con su mejor obsequio floral, ya sea verano, otoño, invierno ó la mortal primavera.

Aquella fría noche, en aquella cama, de aquella su alcoba, arropada hasta los ojos y observando por aquella ventana siempre abierta, cómo bajaban del cielo lentamente los millares de copos despacito y monótonos, terminó de hacer su repaso a todos los seres que la habían dejado ya y con un rosario que apretaba entre sus manos con la misma fuerza que sus mandíbulas y dientes por no llorar, rezaba por todos ellos pasando las cuentas debajo de sus sábanas y sus suaves mantas.

El emperador de los sueños poco a poco fue invadiendo de áureas blancas, áureas rosadas, alguna azulada y en breve quedó sumida al mundo mágico de las quimeras e ilusiones, aunque nunca sabemos si el mundo de los sueños es este terrenal y por las noches visitamos el mundo de la realidad donde todo es posible hasta que con un despertar eterno pasamos a él para el fin de los tiempos..... Y allí en ese mundo estaba con su amiga Marcelina buscando juntas las dos setas para hacer un revuelto a su marido de cena, que la esperaba en casa con Paca y con los once nietos que nunca conoció. En un butacón de mimbre muy mayor, se postraba su madre con todos ellos haciendo como siempre calceta incansablemente..... La cálida manta de la nieve lo arropaba todo en la eterna noche de sueños y tinieblas tan irreales como la vida misma. A los pies de su mullida y cálida colcha solo se apreciaban unas lucecitas fosforescentes, que no eran sino los ojitos de la pareja de sus dos gatos siameses, que esta primavera había criado ella cuando un día los trajo Susana, como a otros miles y miles de animales a lo largo de su vida.

Ella dormía. Soñaba. La noche y su complicidad esotérica escondían infinitos sueños, promesas e ilusiones de todas esas gentes. Sueños imposibles, promesas irrealizables, ilusiones ilusas, deseos inconfesables, metas inverosímiles superadas mágicamente, amores platónicos consumados, era la noche.... y sus duendes reprimidos de día salían a dar rienda suelta a sus más íntimas ocurrencias. La noche. La noche y los sueños. La noche de invierno.

12

Días de diciembre, días de amargura, apenas amanece ya es noche oscura.

Diciembre, mes de hielos y mes de nieves.

En diciembre, leña y duerme.

De pascuas nevadas, primaveras engalanadas.

Cuando en diciembre mucho llueve, buen año el que viene.

En lloviendo en Nochebuena, no hay sementera buena.

En diciembre, como el día tres, será todo el mes.

Caliente diciembre y caliente enero, frío seguro para febrero.

Recogiendo sus dichosos huevos dentro del gallinero estaba, ya que con la gélida mañana ni una de sus protegidas se atrevía a salir a picotear fuera, cuando la agarró por la cintura suavemente una fría mano y una más fría cara la besó.

- ¡¡¡¡Cristinica!!!! Dichosos los ojos que te ven, ¿vienes sola.?
- No abuela, está ahí fuera Germán
- Qué tal esa luna de miel....

Cristina respondió a la pregunta con un largo suspiro que dio a entender que había sido estupenda pero breve.

- Qué tal mancebo, - dijo dirigiéndose a Germán – cuídamela bien, que no sabes lo que te has llevado ¡!
- Sí, sí que lo sé
- Abuela, que tal estuvo la boda, ¿qué te pareció.? Fue una fatalidad lo de la nevada....
- Parecías una princesa de un cuento de hadas, ¡*guapisma!* Toda de blanco, solo faltaba la nevada para que te hiciese juego con el vestido y tu belleza, ¡y nevó! Así que, más que una fatalidad fue un recuerdo maravilloso para siempre Cristina ¡! Siempre lo recordarás ¡! ¡¡Tu boda Fue única ¡!
- Abuela cómo eres ¡! para dar ánimos eres única, pero....¿en qué no eres única tú abuela?

Una vez dentro de la cálida casa, Cristina saludó a sus padres y hermanos mientras desayunaban antes de comenzar sus tareas, Cristina se quedó allí toda la mañana recogiendo sus últimas pertenencias.

Luciana en el salón, avivaba las brasas que aún brillaban en la chimenea, de la gran fogata que caldeó la estancia la noche anterior. Fuera en el campo, todo era blanco, el cielo, el prado, los pinos, los abetos, el tejado, los corrales....los perros se cobijaban en el fondo del porche.

- Si no lo veo no lo creo, ¡vamos! Con una *endición* que les pusieron a *la Canela*, a *la Pastora* y a *la Mora*, no han *salió* a celo en *to* el año, y eso que ahora para diciembre les tocaba otra vez...
- Madre, en el caso de *la Canela* aunque no le hubiesen puesto la inyección...
- Tampoco es tan vieja....el año pasado por estas fechas, acuérdate, parió cuatro

- Sí, ¡¡¡sí!!! sí que me acuerdo, cuatro.!!! Que si me acuerdo ¡! –rechinaba entre dientes Paca

De pronto en el exterior comenzó a disiparse por el ambiente una fina gasilla pálida que al irse intensificando dio lugar a una espesa nevada de copos inmensos que rápidamente subían como levadura el nivel de la nieve que todo lo cubría. Las finas ramificaciones de los árboles caducos parecían haberse rebozado en nieve. Las coníferas soportaban heladas de frío los grandes cuajarones de nieve sobre sus ramajes. Los prados eran suaves y blancas colchonetas de nieve. El frío arreciaba. Penetraba hasta lo más hondo del alma. La niebla lo cubría todo, húmeda y gélida. En casa, ella ahora preparaba un buen pudín de pasas, piñones, ciruelas y trufas.

Los niños, venían arropijados de pies a cabeza, con varios pares de calcetines y Susana con tantos leotardos unos encima de otros que le hacían una cintura y un culo casi como el de su lustrosa madre, más que el de la niña menudita que era. Los tres hermanos regresaban ahora del colegio recubiertos de la polvorosa y fría nieve por todo el cuerpo. Damián, el más benjamín de toda la casa reclamaba a su madre gimiendo desesperado su toma de las seis de la tarde, ó de la noche, pues ya todo el plomizo cielo estaba negro y cubierto de la mágica noche invernal.

En lugar de oler a los dulces del desayuno, en la cocina ya olía a judías con liebre, donde en una buena olla daban ya su primer hervor.

Una vez finalizado el desayuno Cándido, Luciana, Justino y Paca con Damián en brazos bajaron en coche a la iglesia del Cristo del Gran Poder, donde el padre Matías dio bautismo cristiano al chiquitín. Al regreso a casa acompañados del padre Matías tras el sencillo bautizo, ya que la economía no daba para más, todas las estancias de la granja desprendían un sofocante calor a causa de la chimenea a todo trapo y la gran muchedumbre acumulada allí esperando subieran de bautizar al pequeño. Tanto fue así que no fue extraño ver en mangas de camisa a más de una mujerona de por estos lares. Allí estaban presentes todas las hijas de Paca con sus maridos e hijos, alguna de ellas también subió acompañada de sus suegros e incluso algún cuñado, y cómo no, por allí deambulaba toda la tropa de amigos labradores de Cándido con sus señoras e hijos menores que alborotaban pueblerinamente en el bautizo rural pidiendo al padre Matías caramelos y las niñas medallitas de la Virgen Milagrosa.

De la despensa dio salida parte de la reciente matanza, aún no muy curada, en forma de morcillas, chorizos y demás embutidos. Después de este aperitivo hicieron aparición las sabrosas judías con liebre acompañadas de buen vino.

Los dos acaramelados siameses se dejaban acariciar pasivos y cariñosos por todo el que los cogía para manosearlos, y si no era así, ellos eran los que se restregaban mimosos entre los tobillos y piernas del primero al que se podían pegar mohínos y ñoños.

Los blancos cisnes bebían en el arroyo, divinos y majestuosos.

Al pequeño Damián, se lo pasaban en brazos todas las comadres y Luciana iba recogiendo los obsequios que le hacían a su hijo, como polainas, toquillas, pijamas de punto hechos a mano por las paisanas, como mandaban los buenos cánones del ahorro y del saber ser una mujer apañada y como Dios manda y no quedar en lo ridículo de tener que gastarse el dinero en prendas por ser una desmañada, que era lo mismo que decir que una mujer no era mujer sino un zolochó que no sabía hacer ni punto, algo esencial lo mismo que coser, guisar, planchar, parir, trabajar en el campo, saber blanquear, pintar y limpiar... Limpiar a troche y moche para tenderlo todo como la patena. Si fallaba algo de todo esto que era lo imprescindible ya no era una, una mujer apañada ni como Dios manda. En el caso de ellos las reglas sociales eran otras, se reducía todo mucho más. Para ser un hombre, había que despreocuparse de todo, incluida tú mujer, familia, diversiones y ocio, solo había que trabajar y trabajar para dar la mejor cosecha del pueblo y sacar a los hijos adelante, además del orgullo que suponía haber producido la inmejorable cosecha del pueblo ese año. Ni siquiera el adictivo fútbol entraba en sus costumbres, aquí los hombres con lo que había que tener y como Dios manda, solo trabajaban y en el bar jugaban a la baraja y al dominó. El agua para los hombres solo constituía un mero líquido con el que lavarse y asearse, pues desayunaban con leche y aguardiente ó carajillos, los más finos con brandi ó anís dulce, comían y cenaban con vino, si por el día en el trabajo ó cuando fuese la sed les llamaba empinaban el codo con la bota de vino o una cerveza. Su sangre era vino puro y su estómago una cuba con tanta madre que lo que engulliesen se convertía en fuerte vino inmediatamente en su estómago. Sus caras eran violáceamente coloradas con alguna derramación amoratada, que era el color de los hombres y lo demás eran chuminadas.

Al sobado niño Damián de mano en mano, ya lo habían tenido en sus brazos medio pueblo, elogiando las gracias, gestos, facciones, parecidos, lloriqueos y quilos ganados del niñín.

El sencillo bautizo, llegó a su consumación con una crítica general al cuñado de Luciana Por su avaricia con la herencia de su padre.

El cielo empalidecía. La abuela buscaba en el gallinero sus dichosos, frescos y recién puestos huevos. Candido entre chupones de hielo y alientos álgidos intentaba poner en marcha el tractor. En el horizonte intentaba vislumbrarse el alba del tardío amanecer pues era noche aún. Las espesas pieles de la jauría estaban finamente espolvoreadas de nieve por todos sus lomos, colas, hocicos y orejas. La glacial temperatura era fuertemente aterida. Los cisnes se habían petrificado a la nieve cual dos estatuas de frío hielo. Las orillas del cascabelero arroyo se encontraban finamente cristalizadas, si bien esto no era así en su torrente central. Los fantasmas del bosque elevaban sus blancas manazas ante ella, pero ella seguía rígida, fría, helada, polar, frívola, semidiosa, estirada, albina y autárquica.

En la cocina, los niños adormilados bebían a sorbetones la espumosa leche recién ordeñada y caliente, comiendo pan tostado para acompañarla. Paca encarcelaba en el horno una docena de manzanas con sus corazones bañados en fino azúcar.

En la mullida y dulce cunita dormía sonrosada y plácidamente el prístino vástago de Luciana mientras ella aparranada y destapada, dormía en la cálida estancia a pierna suelta pues su buen Damián, había dado la peor noche desde que nació.

En su alcoba, la pareja de gatos cariñosos y melosos se acurrucaban en el suave almohadón de la abuela que aún no había hecho la cama.

Los gañidos y aullidos de los sabuesos anunciaban además del frío, que Candido se marchaba hacia las tierras. Justino ya lo hizo varias horas antes desesperado en la madrugada ante los rabiosos gemidos y lloros de su primer fruto.

Ya regresaban las lechuzas a estos albores de la mañana a su desaseado nido colgado en las vigas de madera del granero. Los pavos emplumados del frío comenzaban a predecir mediante las bajas temperaturas, las fechas que se avecinaban, fechas algo trágicas para ellos. No menos trágicas que para los corderos lechales que en el redil mamaban, dormían o soltaban juguetonas carantoñas saltimbanquis, pasivos, despreocupados, alelados e indiferentes al holocausto que les esperaba y que les tenía preparado la fría dama Invierno, en su caso no se los llevaría la necrológica primavera, ni el ardiente verano, ni el desnudo e impúdico romántico otoño, sino ella: a su frío y tenebre reino, desierto de nieves, hielos y glaciares perpetuos.

Cuando la noche cayó, los niños regresaban de la escuela hoy más escandalosos que nunca pidiendo a su madre las panderetas y zambombas, para llevarlas mañana a clase. Susana y la abuela ya animadas en la búsqueda de las panderetas, sacaban de un viejísimo baúl, un más antiguo nacimiento que perteneció a la abuela de la abuela, todo constituido por minusválidas figuritas de barro que el paso del tiempo a través de Navidades y más Navidades junto con algún golpe que otro fueron mutilando. En un viejo aparador grande que vestía una de las grandes paredes del salón, colocaron bajo un portal hecho de troncos recogidos de la leñera las figuritas de la Virgen María, San José y el Niño Jesús, eran éstas las únicas figuritas que a pesar de tener la misma edad que sus compañeras, se conservaban milagrosamente enteras y muy poco deterioradas por el paso de los doscientos años, que aproximadamente deberían tener cada una de aquellas reliquias de barro, que entre papeles envueltas, una a una iban desenvolviendo ahora Susana y su abuela. A un pastorcillo le faltaba un brazo entero, a

una lavandera media cabeza, a un ángel el ala, a un mendigo un trozo de pierna, las gallinas de barro estaban todas acocladadas poniendo huevos, pues el tiempo les mutiló las patitas de alambre a todas y no les quedaba estar en otra postura, por poner, ponía hasta el gallo también acoclado en el suelo y sin patitas. A las ovejas de arcilla les pasaba tres cuarto de lo mismo, pues todas pacían tumbaditas, y así una por una todas las figurillas de aquél Belén que iban colocando la abuela y su nieta Susana.

En el falso abeto de plástico, pues la guardiana de los bosques impedía cualquier acto cruel para con la naturaleza, sus árboles y sus montañas, abuela y nieta también colgaban detalles que sacaban de una vieja caja de madera que en letra inglesa se leía “*Navidad 1.908*” de donde sacaban paquetitos de madera forrados de papel charol con lazos, campanitas talladas de madera, angelitos del mismo material, una bota de papa Noel, alguna bola de cristal, unos zuecos, unas piñas de abeto pintadas con purpurina plateada... en la puerta del salón se entrecruzaban unas ramas de acebo y muérdago, ambos naturales.

Todo este cuadro navideño estaba amenizado por la pandereta y la zambomba de Sergio y Ernesto, acompañados por los canticos de la abuela y de Susana....

*..... “yo pobre gitanilla, al Niño le diré
no la Buenaventura, eso no puede ser....
le diré me perdone, lo mucho que pequé
y en la mansión eterna, un ladito me dé...
le diré me perdone, lo mucho que pequé
y en la mansión eterna, un ladito me dé...
¡¡¡Vamos pastores vamos!!!, vamos hacia Belén
a ver en aquél Niño las glorias del Edén
a ver en aquél Niño las glorias del Edén
sí, sí, sí,....las glorias del Edén....
sí, sí, sí,....las glorias del Edén....*

*Es tan bonito el Niño, que más no puede ser
sus ojitos me encantan, su boquita también
su madre lo acaricia, su padre se mira en El
y los dos extasiados contemplan aquél ser
su madre lo acaricia, su padre se mira en El
y los dos extasiados contemplan aquél ser
¡¡¡Vamos pastores vamos!!!, vamos hacia Belén
a ver en aquél Niño las glorias del Edén
a ver en aquél Niño las glorias del Edén
sí, sí, sí,....las glorias del Edén....
sí, sí, sí,....las glorias del Edén....*

Hoy el desayuno era distinto pues con las vacaciones navideñas de los niños llegaba el alboroto, producido en este momento por las discusiones a causa de los dulces que su abuela, como tradicionalmente elaboraba por estas fechas convertían la cocina en una auténtica tahona de pastelería.... cuencos con masas para rosquillas, azucareros, huevos batidos y otros enteros en la huevera, almíbares y canelas, anís en especias, claras a punto de nieve, almendras y piñones.... Todo para elaborar tocnillos de cielo, rosquillas, pestiños, borrachos y un buen bizcocho relleno, bollos y turrón de guirlache... El horno de leña esparcía todo su cálido aroma dulce por toda la cocina como otras miles de veces antes....

La capa de nieve se había endurecido tanto al no volver a nevar desde hace una semana, pero sí haberse intensificado los hielos y el frío que había convertido todo en una inmensa pista escurridiza donde los niños patinaban, hacían equilibrios y malabarismos, arrojados hasta los ojos para no pasar frío, hasta que su madre avisada por Luciana se enteró que estaban fuera de casa - ¡¡¡Venga para dentro ¡!!! – gritó

- ¡¡¡noo!!! Que vamos a hacer un muñeco
- No vais a hacer nada, ¡¡¡a casa!!!
- Que no

Paca no habló más, campechana y rumbosa se dirigió donde jugaban sus hijos pequeños y agarrando de un brazo a Sergio y por otro a Ernesto los llevó de regreso forzoso a casa. Sergio no facilitando que se le llevase su madre y paralizado intentaba dar su último patinaje al ser arrastrado por ella, mientras Ernesto refunfuñaba, seguidos de la pobre Susana, que embutida debajo de varios leotardos, faldas, jerséis, babis, verdugos, gorros, bufandas y un par de manoplas, caminada muy despacito y espatarrada; pues le era imposible caminar de otro modo con toda la ropa de abrigo que le cargó su abuela, hasta que al llegar a la puerta de casa se quejaba... - con lo abrigadita que me había puesto la abuela para jugar sin pasar frío....¡¡ayyy!!- rompió a llorar – no nos dejas hacer nada....¡¡ayyy!! –

- Venga zolochó ¡! Quítate todo eso, ¡Dios mío! Si no puedes ni moverte
- Mira abuela no nos deja....
- ¡¡¡Qué!!!??? Pero porqué no les dejas jugar *jirecoño!!* Que jueguen con la nieve, como juegan *to* los mancebos, que más que una madre *paeces* mismamente un sargento militar ¡!
- ¡Nada! Que se pongan a cantar al Niño Jesús ¡!
- ¡No quiero! – gritaba enfurruñado Ernesto
- Bueno entrañas más, ahora iré yo a enseñaros villancicos de los de antiguamente

A la tarde la abuela fue atando las patas a sus más cebadas y lustrosas víctimas: dos patos, seis pollos y cuatro conejos, que todos uno a uno fueron diciendo adiós a la vida pues ella se encargó de que la dulce muerte los durmiese para siempre mediante su afiladísimo bisturí, que más que dolor producía placer mortal. Luciana y Cristina que se habían desplazado a propósito para tal menester, la ayudaban destripando y desollando los animales. Candido sacaba un par de ternos lechales, que junto con el

pavo que terminaban de dar captura Paca y su madre embarcarlos también en el viaje sin retorno a un lugar llamado Edén.

La noche esparramaba cual mercurio vertido sus miles de bolitas estrelladas, unas brillaban más, otras menos, unas más gruesas, otras cual chispas. Era sentir la magia del mundo nocturno, la noche....

La luna presentaba todo un halo luminoso a su alrededor prediciendo más frío. La helada caía pausada, húmeda y cristalizada, álgida y correosa, la ropa crujía, el frío penetraba solo y finamente a través de cualquier prenda. El silencio gritaba y la luna era su eco. Hoy no había niebla y el monóculo de Selene se reflejaba en las pistas de patinaje montañosas. En los corrales las aves dormían. Un perro gañía y los demás lamiscaban sobre la roja nieve manchada por la sangre de la matanza de esta tarde. Los dueños de dicha sangre descansaban tiesos como garrotas congelados por la helada en unos ganchos del porche. Su vida terminó y ahora volaban eternamente surcando el manto de la gélida dama Invierno.

- ¡¡¡Sus traigo el desayuno a la cama mis ángeles ¡!!!
- ¿Y qué nos traes.?
- Requesón, bizcocho de chocolate y leche caliente
- Uuummmhhhhh..... – no dejaban de relamerse los pequeños

En la cocina se doraba ácidamente pato a la naranja, pavo al mazapán con salsa de almendra, perdiz estofada, conejos rehogados con tomate, pollos al limón, cordero asado y algún que otro succulento manjar tradicional para esta noche celebrar la fiesta más grande para estas personas humildes: El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. También secundariamente celebrar en la comida de hoy, veinticuatro de diciembre, el santo y cumpleaños de Luciana que justo ahora era felicitada por su madre.

En estas entrañables fechas festivas todos se intentaban reunir pero si no era posible, ya que las otras seis hijas de Paca también debían reunirse con sus suegros, no ocurría nada, pues el sentimiento era puro de unión y fraternidad. Paca comprendía que los maridos de sus hijas también tenían que estar junto a la calidez de sus padres, calidez en la que sabía que sus hijas eran también acogidas, cada una con sus respectivos suegros. Al igual que acogía ella a sus hijos políticos, con vivo cariño y acogimiento hogareño.

Una tarta de nueces, un par de guantes, un frasco de colonia, una bata, un ramo de flores y un Niño Jesús fueron algunos de los obsequios que recibió Luciana de su familia.

Román y Marta subieron a comer junto con las hermanas del primero, aunque Asunción, Magdalena y Cristina después de la sobremesa se marcharon a casa de sus respectivos suegros para preparar la cena de Nochebuena con ellos. Don Tomás y la alcaldesa fue a la hora que subieron, después de la sobremesa, preferían pasar con Candido, Paca y su hija Marta todas las fiestas navideñas que pasar una de ellas con su única hija y Román, y el resto solos.

Cuando la noche entró de lleno llamaron a la puerta. Se escuchaban sonar panderos, voces, cánticos de jóvenes, gritos, jolgorios acompañados por los ladridos histéricos de los perros... eran la mayoría de los mozos de Las Navas que siguiendo la tradición de tal día, iban de casa en casa cobrándose el aguinaldo en copas de vino y licores, no se les pasaba absolutamente ninguna vivienda. Abrió Paca y todos salieron fuera uniéndose a sus cánticos ofreciéndoles aguardiente, anís, vino, cervezas y coñac. La desorbitada sorpresa fue que entre todos ellos con un macuto de soldado al hombro pululaba Alfonso cantando y dando saltos de jolgorio junto con sus amigos del pueblo. - ¡¡Aquí le traemos a su hijo *seña* Paca!!!

Los mozos y los hombres que los acompañaban en su juerga, pues algunos ya sumaban los cincuenta años inundaban ahora todo el cálido salón cantando a coro beodos... ""*esta noche es Nochebuena y mañana Navidad, saca la bota ¡!Zenona!! que me voy a emborrachar...ande, ande, ande, ande la Marimorena, ande, ande, ande, que es la Nochebuena.*"" Haciendo sonar los grandes panderos de más de un metro de diámetro con mazos que retumbaban en el salón pareciendo que la casa se hundiría del resonar tamboroso, los cristales de las ventanas palpitaban atormentados, las zambombas zumbaban y Paca sacaba más bebida aún para todos mientras la abuela sacaba queso, morcillas, chorizos, aceitunas, patatas fritas, todo se le hacía poco en prueba de sentirse tan querida por toda aquella su gente que la apreciaba. Entre toda aquella mole de hombres y mozos avinatados, perfumados de tierra y nieve, frío y alcohol se escuchaba a la Ogresca exclamar - ¡¡Pero si está aquí en *ca la Paca* el Alcalde ¡!! ¡!!Que se lo merece *tó* usted don Tomás ¡!!

- Pero la Ogresca ¿dónde anda? Que la acabo de oír – gritó la abuela
- Quién me nombra, ¡¡aquí!! ¡¡Estoy aquí ¡!!
- Pero Ogresca, cómo vas tú con tanto hombre... ¡!
- A beber unos tragos de vino y a celebrar la *Nocheguena* Zenona
- Tú tenías que estar en tu casa haciendo la cena *pa* tus hijos, ¡¡vamos qué zolocho!!
- La cena, Zenona, la hace mi madre que *pa* eso es la *Nochegüena, ande ande ande, ande la Marimorena, ande ande ande que es la Nochegüena....*
- ¡anda jodía! Que vaya templa llevas y que peste anís... no te extrañe luego si mañana amaneces *preñá....*con tanto mancebo...
- ¡ no lo querrá Dios Zenona ¡ si he tenido cuatro hijas y *pa* mis cálculos mentales tenía que haber tenido una cada nueve meses de mi vida, no valgo yo mucho *pa* preñarme.... ""*en el portal de Belén han entrado los ratones y al bueno de san José... pásame el pellejo vino que le eche un trago*
- La madre que te parió, pobrecilla ¡!

Los sonares y retumbares de los panderos se fueron perdiendo en la lejanía del valle, en la inmensidad de la noche, en la magia de las nieblas que todo lo borran y en el confín de los tiempos ...

En casa, una vez reorganizados y atizando de nuevo el fuego del salón todos comenzaron la entrañable cena, al calor de aquella granja que había visto tantos inviernos, primaveras, veranos y otoños, donde todos vinieron al mundo en el dormitorio matrimonial asistidos por la abuela. Sitio de juegos para todos por todas sus inmediaciones de prados, bosques, corrales, graneros y pajares.

La chimenea caldeó tanto la estancia que la mayoría de los comensales a la mesa se encontraban en mangas de camisa. Con el estómago lleno y hastiados de la cena, recibieron todos los dulces que el día anterior había elaborado la abuela. Una vez finalizada la gran celebración excepto Luciana, Justino y Damián, todos partieron hacia una de las iglesias del pueblo, abrigadísimos de pies a cabeza a oír la Santa Misa del Gallo, donde al entrar a la iglesia les daba la bienvenida un gran Belén con musgo, rocas, riachuelos con agua de verdad circulando, molinos, piedras de río, ramas de arbolillos.... esperando toda esta obra artesana diesen ansiosamente las doce de la noche para que en aquél humilde pesebre, entre un buey y una mula, el padre Matías colocase entre unas pajuelas al Niño Jesús que era lo único que faltaba a este gran nacimiento de la iglesia del Cristo Bendito del Gran Poder.

La misa del Gallo duró, como su nombre indica, casi hasta el canto del gallo. Canticos y más canticos, felicitaciones navideñas entre unos y otros. Al finalizar, el padre Matías dio a besar al Niño Jesús a toda la iglesia y por último lo colocó en su pesebre y el gran nacimiento se iluminó con lucecitas dando el aspecto de un pequeño pueblecito en la noche, los molinos giraban, el agua corría y la gran estrella de Navidad resplandecía de júbilo y alegría en el portal de Belén.

La Navidad era su fiesta por antonomasia, pues en ella todos eran uno. Nadie aparentaba falsas maneras. Humildes y generosos todos con todos. Humanitarios para con todos los paisanos. Desprendidos. Dativosos hasta alcanzar la felicidad, pues dando se recibe, se recibe felicidad. A pesar de sus duros trabajos y sus cuitas diarias, sus disgustos y penares, eran felices porque se conformaban con lo que tenían, por poco que esto fuese, y no les corroía la codicia del poseer más y más. Para Zenona ya era mucho poder vivir en aquél valle campestre rodeada de bosques y prados, veredas secretas que solo conocía ella, caminos, robledales y arroyos. Para colmo vivía con su hija y los nietos que ésta le había dado, que la querían con locura, rodeada de sus animales tanto domésticos como silvestres a los que adoraba y cuidaba a todos ellos, y

ellos a su vez la amaban a su manera y ella lo percibía, ¿qué más podía pedir a la vida.? Viviendo tan conectada la naturaleza con ese cariño tan grande por ella.

Desde su dormitorio, por esa ventana de los mil pintorescos cuadros contemplaba ella su setenta y cinco día de Navidad. Setenta y cinco Navidades vividas. Este era un día de Navidad gris plomizo, manso y solemne, aterido y húmedo, silencioso y tranquilo. Los había vivido de todo tipo. Incluso navidades en guerra.

¿Cuántos días de Navidad le quedarían por ver.? ¿Uno.?, ¿Dos.?, ¿Tres.? ¿ó quizá este era el último y no tendría ya un próximo día de Navidad.? Quién sabe...eso solo lo sabía su queridísimo Dios y su Virgen de las Candelas... ¿Cuántas Navidades le quedarían aquí en la Tierra para volver a ver a su querido y adorado marido....? Dios lo sabía.

Susana una vez más interrumpió los pensamientos meditativos de la abuela, entrando en su dormitorio a pedirla que le explicase de dónde venían los Reyes Magos, pues no lo comprendía si era de un país en la Tierra o de un planeta del cielo.....

- Los Reyes Magos son tres sabios, y de lo único que eran reyes era de la sabiduría
- ¡ya! Eso dicen todos, pero ¿de dónde vienen.? Es lo que yo quiero saber
- De un país del cielo en el que todos son niños y está lleno de juguetes
- ¿Y quién hace los juguetes.?
- Ellos, por arte de magia....
- ¿Y a los Reyes se les puede ver...?
- No cielo no, son peor que los duendes...
- ¡¡¿Peor que los duendes.?! – exclamó sorprendida Susana
- ¡ya lo creo! No les ve nadie...
- Es que la hija de “la Ogresa” dice que su madre es la reina maga...
- Lo entendiste mal, lo que te quiso decir es que su madre es: “Reina Vaga”, ¡eso sí! su madre es como un negro, pero no como el sabio Baltasar sino como un zulú zumbón de una tribu del África.... No hagas caso a esa niña cielo....
- ¿Qué me echaran este año...?
- El secreto está cielo mío, en no pedirles nada, sino la voluntad que ellos quieran
- Ya, ya lo sé – respondía Susana con todo su candor – si no les he pedido nada abuela, ¡¡nada, nada, nada ¡!
- Eso está mu *rebien*, porque hay niños pobres que lo necesitan más que tú... porque tú algún juguete tienes ¡!
- Si que sí.... es verdad

Susana algo más conforme se alejó haciendo vibrar su pandereta, golpeándola con sus tiernos nudillos al son que cantaba uno de los más tarareados villancicos por su abuela y por ella siempre en las navidades.....

*”” Es tan bonito el Niño, que más no puede ser
sus ojitos me encantan, su boquita también
su madre lo acaricia, su padre se mira en El
y los dos extasiados contemplan aquél ser
su madre lo acaricia, su padre se mira en El
y los dos extasiados contemplan aquél ser
¡¡¡Vamos pastores vamos!!!, vamos hacia Belén*

*a ver en aquél Niño las glorias del Edén
a ver en aquél Niño las glorias.....*

Para la noche de san Silvestre subieron aquí a la granja a cenar con sus padres las hijas de Paca que no habían venido en Navidad, o sea Asunción, Magdalena y Cristina, Román y Marta pero esta vez sin los padres de ella pues don Tomás esta noche no tenía otro remedio que como presidente del casino del pueblo presidir la cena de gala de fin de año. Alfonso a muy pesar de su maternal abuela había sido invitado a cenar por su novia, ya que su relación de noviazgo con Rosa parecía tomar cauces más formales.

Así poco a poco, como se van las estaciones, como nos vamos las personas de la tierra, como todo en la vida tiene un fin, como todas las puertas se cierran, el año se fue. Se acabó. Finalizó. Como todo llegó a su fin. Como se llega a la muerte, a la meta, a la portería. Como finalizará este relato, finalizará esta estación en la que tú lector estás viviendo en estos momentos, o esta vida que vivimos, esa tormenta o tempestad que nos preocupa, este problema que hoy nos abrumba ó esta felicidad instantánea que recorre nuestro cuerpo de higos a brevas. Finalizará.

Con júbilo, vinos alegres, bebidas alicoradas, espuma y burbujas, uvas y besos y sidra se recibía al año nuevo. Felicitaciones, más y más besos, risas y gozos de los habitantes de esta cálida granja familiar. Mientras en el exterior la fuerte lluvia y los briosos vientos deshacían la plateada manta de la dama Invierno siguiendo la tradición que sigue todo lo que se crea en este mundo que tarde o temprano desaparece. El frío arreciaba. Los sabuesos aullaban. La torrencial lluvia ahogaba a los lejanos golpes de los panderos y hacía sordos los petardos brutales que en lo remoto del valle resonaban bajo el aguacero.

Los leños de madera caldeaban el rústico y acogedor salón de los mil y un acontecimientos diarios. La abuela bailaba con Susana. Paca seguía brindando con Candido otra copita más.... – ya verás tú cómo empiezo yo el año – se decía.

13

Para Reyes, crecen los días un pasito de bueyes.

A la luna de enero yo te comparo, que es la peor luna de todo el año.

Por San Antón, crecen los días un pasito de lechón.

De amores siempre el primero, de lunas nunca la de enero.

Siempre fue febrero, al revés que enero.

Agua en enero, no la quiere el labrador ni el ganadero ni el jardinero.

En enero, el mejor sol es el brasero.

Su manto desapareció con las lluvias de la última noche del año. No volvería a arrastrar su manto hasta el próximo mes de noviembre sobre estos parajes a pesar de que las lejanas y excelsas montañas del valle continuarían nevadas en sus picos hasta el destierro total de la fría dama allá por marzo. Frío intenso, tierras mojadas, aire gélido, colorido banal, sol asténico, hoscas nubarrones amenazaban marciales y pendenciosos, las cristalinas gotas de agua se desprendían del ramaje y de la floresta seca y muerta invernal, el viento crujía con desnudo y los pináculos de los abetos se vencían a él, ella continuaba como el primer invierno hace millones y millones de años, austera, parca, frugal, sobria, aterradora, espantosa, plateada, deífica y espeluznante. Fría y sobrenatural. La humedad no solo flotaba, se veía, olía y sentía en los huesos. La hojarasca descompuesta era el aroma que entremezclado flotaba en el húmedo ambiente y perfumaba todo el valle, el bosque, los prados, las montañas, era el crudo invierno, en toda su dimensión.

En la granja, dentro de casa todo era acogimiento y calor. Los gatos se acurrucaban en un cesto de mimbre relleno con un mullido y suave cojín, cerca de la chimenea donde no tardaría Chón en traer al mundo su primera camada, Susana le daba galletas en trocitos y la golosa gata, acaramelada y pegajosamente cariñosa, como era ella, se relamía atumbarrada en el blanco cojín.

Entre la dorada paja de los ponederos la abuela recogía sus blancos y morenos huevos recién puestos. Las gallinas atontadas e insulsas por el frío, caminaban lentamente mirando sigilosa y muy curiosamente a ese hilo negro que le colgaba a la abuela del bajo de una de sus enagüas y refajos.

El invierno transcurría melancólico, silencioso y discreto con algún regusto navideño aún. Transcurría la vida en general, tal y como avanza ella, día a día, segundo a segundo, estación a estación, exhaustivamente rápida ó escrutadoramente lenta, todo dependía de cómo fuesen los acontecimientos cotidianos que ella presentaba o mejor explicado: cómo nos los tomásemos nosotros, los citados acontecimientos. Sin duda era mejor tomárselos sin preocupaciones, sin dar importancia a nada, sin alterarse por simples impedimentos como venían actuando la mayoría de estas gentes campesinas ante las situaciones que la vida les iba presentando, buenas ó malas, fáciles ó difíciles, alegres ó tristes.

Bajo la mágica ventana del salón, desde la cual se podía apreciar el encharcado cielo y suelo de la heladora noche, colocaban Sergio y Ernesto junto con Susana sus tres pares de zapatillas subiéndose descalzos por las cálidas y crujientes escaleras de madera a sus dormitorios, la abuela también dejó las suyas al lado de las de sus nietos, seguida del esperanzado Cándido, su esposa, Pedro, Luciana y Justino. Adornado todo el calzado por unos trozos de pan, hierba y tres vasos de leche que Susana dejó para los camellos y los tres magos de oriente.

Todos dormían. En el salón oscuro solo resplandecían las minúsculas estrelluelas anaranjadas de las brasas de la chimenea, casi apagadas. El Niño Jesús miraba al oscuro salón desde su pesebre en el Belén pacíficamente sereno, como lo llevaba mirando año tras año, desde que Asunción era la hija única de Paca y daba sus primeros pasos por allí y Paca era una joven y lozana veinteañera al igual que su apuesto mozo Cándido y la abuela una mujerona de armas tomar. Habían transcurrido muchos años de aquello. Muchísimos. Concretamente treinta y cuatro.

En su alcoba mirando al raso cielo por su ventana y sin dejar de perder la ilusión de cuando era una niña como Susana, ó incluso más pequeña, esperaba impaciente y soñadora, qué regalo se encontraría mañana al despertar. En el dormitorio de Susana sucedía lo mismo, ésta acurrucada entre cientos de mantas, colchas y edredones de plumas esperaba ansiosa el amanecer. Luciana y Justino charlaban en su cama de lo que les depararía el año nuevo recién comenzado mientras contemplaban candorosamente en su cunita el regalo que les trajo el año pasado. Sergio y Ernesto en la oscuridad de su pequeño dormitorio, desordenadísimo y lleno de mil enredos por el suelo, por el sillón, con los armarios abiertos y juguetes muy viejos por todos los rincones, hablaban entre ellos sobre los juguetes pedidos este año a los Reyes Magos. Pedro, puesto que hoy había trabajado duramente casi doblando la jornada no le quedaron fuerzas para irse de jarana, tumbado y tapado hasta media cintura meditaba sobre su vida a la clara luz de la noche. Tan solo dormían en toda la oscura casa a pierna suelta y ronquido batiente el amoratado Cándido y la buena de Paca, espanzorrados ambos por la cama y medio destapados de las revueltas sábanas y mantas, a la par que un fino rayo de luz de la luna les iluminaba sus rostros soñadores.

Había oído cantar al gallo muy lejanamente, pues a la abuela se le olvidó abrirles la trampilla del gallinero y cantaban desde dentro, entre sus innumerables mantas se revolvió hasta deshacerse de aquél montón de edredones y del grueso y mullido colchón donde hundida se encontraba, saltó de la cama al lejano suelo alfombrado la pequeñilla Susana, pues la cama era alta. Se calzó y una vez se puso la abrigada bata de lana color marfil como es la lana de las ovejas, abrió sigilosamente la puerta de su dormitorio dirigiéndose al dormitorio de sus hermanos Sergio y Ernesto.

Despeinados y con muecas de sueño en sus bocas se dirigían ilusionadísimos y nerviosos al salón donde anoche dejaron los tres sus zapatillas de trapo. La escalera de madera crujía, lo que les revelaba lo mismo que siempre esto sucedía: Que hoy eran los primeros en bajarlas. Los dos gatos deambulaban por toda la casa como zombis silenciosos ansiosos de que todos se levantasen.

Como una mágica lluvia de regalos en papeles de brillos multicolores esparcidos desde el cielo se disgregaban por toda la habitación los paquetes de los regalos correspondientes a cada uno...

- Y para qué bajas tú Susana si no les quisiste pedir nada....?
- Eso, eso, tus regalos dijiste que para los niños pobres...
- Ya....pero por si acaso me han dejado algo....siempre me han dejado algo... por eso deje las zapatillas a pesar de no pedirles nada....

Todo fueron suspiros de emoción y entusiasmo al abrir los paquetes y lo de Susana una exhalación al ver que sí tenía regalos: - ¡¡¡¡¡Una muñeca de trapo!!!!!!! La primera que me regalan, porque las otras tres que tengo eran de Asun, Cecilia y Luciana de cuando eran pequeñas y ya están muy viejas, ¡¡y cómo yo la quería!! Rubia, con los ojos azules, y un vestidito de rayas....

- ¡¡Mira Susana!! Mira lo nuestro... - vociferaban sus hermanos.
- ¡¡Pero que *sus* pasa!!! – se oyó desde la escalera
- ¡¡¡Mira Abuela!!!!, ¡¡¡Mira!!! – gritaban Sergio y Ernesto
- Mira lo mío, tengo otra hija más – gritaba Susana
- Y... ¿Pa mi que hay.?
- Nada, porque a ti si te echan algo es una gallina y por aquí no hay ninguna...

La helada convirtió a las lluvias caídas de nuevo en un hielo blanco y recalcitrante que ahora, el escarchado sol hacía brillar plateadamente por el suelo, las ramas, los prados y piedras. El gélido arroyo cursaba lento y cascado pudiendo cortar como chuchillas a cualquiera que introdujera una mano en sus aguas gélidas.

Hubo regalos para todos incluyendo al pequeño Damián y sus padres, abuelos y bisabuela. Los niños no paraban de jugar por el salón con sus nuevos juguetes. No tardaron en subir Cristina y su marido Germán, más tarde llegó Magdalena y uno a uno fueron subiendo todos los hijos de Paca excepto Román y el militante Alfonso.

Las cristalinas bolas de navidad destellaban en el abeto del salón, reflejando su fulgor en toda la habitación, la chimenea ardía de pleno, la abuela cosía, Candido fuera en la leñera partía unos congelados troncos de leña, que alimentarían el fuego durante toda

la noche, para que el tiro de la chimenea que subía hasta el tejado atravesando el segundo piso donde estaban los dormitorios, los mantuviese caldeados durante sus sueños. Paca charlaba con su hija Luciana mientras Cecilia les escuchaba atenta. En el blanco y pulcro cuarto de baño en esta época invernal solo olía a pino del valle, que sumergido en agua en una jarra de cristal además de esparcir su aroma daba una nota de verdor contrastado con el blanco impoluto del baño. La cocina descansaba.

En las cuadras las vacas pacían resoplando ávidamente y los terneros nacidos ya habían sido amarrados al pesebre pues hace mucho tiempo que dejaron de tomar leche materna. Los canes aullaban muertos de frío menos la postrimera Canela que tiritando en el porche y bajo un tractor intentaba pasar la noche, aunque como la abuela había anunciado... - de este invierno la Canela no pasa...-

Las silenciosas lechuzas que en verano tenían alimento a discreción en las noches de paseos nocturnos, ahora muertas de frío miraban escrutadoras hasta el último rincón donde encontrar algún ratón con lo que saciar su hambre. Era el reinado de la dama Invierno. Sinceramente cruel, no se escondía, aunque más duro era el próximo reinado de la hipócrita primavera.

Como todo lo que se celebra una vez al año tarda mucho en llegar, cuando llega nos parece que el año se ha pasado en un instante y cuando ya se ha pasado nos queda la impresión fugaz de ni haberlo vivido sino haberlo soñado, así se les pasaron a los niños las Navidades y su día de los reyes Magos.

El cielo amaneció ceniciento. Los niños volvían por primera vez al colegio cargados más que de libros de juguetes y regalos, abrigados hasta las orejas con verdugos y pasamontañas ya que el frío arreciaba. Candido y Justino ya se marcharon hacía un buen rato para ir preparando la futura recogida de la aceituna en los olivares. Paca limpiaba la casa después de tanta festividad navideña ya pasada – el Belén no le quites Paca, ni el árbol, que *“hasta San Antón, pascuas son”*, ya le quitaré yo con *la Susana...* - y tras ese consejo obligatorio, se dirigía con sus cestilla huevera al gallinero a recoger lo que hubiese en los ponederos, su obsesión desde hace años y años.

La chimenea como todas las mañanas era atizada de nuevo, hoy por Luciana, las llamas ahora saltaban, brincantes, fogosas y saltarinas.

La mágica helada brillaba blanca cual diamantes esparcidos a borbotones por el campo, el valle, el prado.... diamantes y brillantes que chorreaban de las ramas secas de los árboles o de los ramones verdes de abeto.

En el cesto de mimbre a los pies de la chimenea y bajo el calor maternal del suave y mullido pelito de su madre, se rebullían cinco gatitos que hoy habían llegado al castigo de la vida, y es que la vida es así: Unos venían cuando otros se iban, pues en la gran piedra cercana al arroyo, la abuela atravesaba la faringe a un lechal entre balidos y suspiros entrecortados, la causa de la muerte se introdujo en él para liberarlo de la vida. Las tiernas y duras manos de la abuela le sujetaban ensangrentadas hasta que expiró para siempre. A ella se le saltaban las lágrimas a pesar de ser una buena matarife y llevar toda su vida realizando estas tareas de ganadería y autosuficiencia muchas veces reñida con la sensibilidad mal entendida, pero la abuela comprendía perfectamente a la vida, sin las ñoñerías de este siglo XX que muchos quieren hacer confundir con sensibilidad y nada más lejos de ello. Sus cisnes se paseaban torpes hasta zambullirse en el torrencial y fresquísimo agua del manantial, para dar paso entonces a la elegancia más sutil y refinada.

Sus nietos regresaban ahora ya tarde, pues el autobús estaba hoy averiado, llegando helados, blancos cual copos de nieve con la nariz enrojecida del aterido frío, cual pulgas arrastrando abrigos. A Susana solo se le veía un ojo por el verdugo y a sus hermanos las bufandas y gorros con los que su madre les abrigaba exageradamente les tapaban toda la cara.

La vida en el campo continuaba, a pesar de los quehaceres que cada uno de los moradores de la granja realizaban. Así, volvería a reinar la primavera y más tarde el ardoroso verano secando trigales, seguido del febril y cobrizo otoño para continuar de nuevo con el invierno para nunca acabar, era lo único que no acababa en la vida: la propia vida. No tenía fin, era un suceder continuo de discontinuidades infinitas. Era una alegre monotonía nunca igual y siempre distinta y al mismo tiempo nunca distinta y siempre igual. Era la vida. Su encanto. Su elegía. Su juego. Su elixir embrujador. Su nostalgia mágica. Su melancolía apuñaladora. Su hechizo. La amante ideal. La confidente única. Sus tiernas memoranzas. Sus frutos exquisitos. Su canto gregoriano. Sus violines. Sus gorjeos. Su clavicordio. Su chelo. Sus flautas. Su sabor, único e incomparable a nada existente en ella: el coctel de todo lo que ofrecía. Inconfundible la vida.

Con sus dolores y alegrías. Monotonías y vicisitudes. Dulces y salados. Sus venenos y néctares. Nublados y rasos. Tormentas y heladas.

Y ella, mirándola cara a cara desde esa ventana de la vida, por la que había visto pasar miles de amaneceres y anohecidos, soles y nubarrones, lunas y estrellas, recordaba cómo se había ido el cordero esta tarde que con tanto cariño ella crió y cómo habían nacido los cinco gatitos... si parece que fue ayer cuando me los trajo Susana.... Miraba meditando sin pestañear a la vida como esa compañera de dificultades y entusiasmos. La ventana iluminaba la fría noche.

Rezaba el rosario a su eterno Niño Jesús. Ese Niño Todopoderoso que no tardaría en retirarla del campo de batalla de la vida terrenal. Era esa su vida de cuitas campestres y granjeras, como su ordeño, la recogida de sus dichosos huevos, la sana y buena alimentación de sus adorados animales y dirigir el cotarro de las siembras en el huerto y demás labores.

Noche estrellada, aterridamente helada, Selene magnetizaba, dañinamente perturbada, asesinaba, desangraba, congelaba... La dama Invierno descalza, se deslizaba pausada y plateadamente entre la hojarasca inundada de azúcar escarchada.

La vida: ese manicomio de bohemios, románticos y melancólicos y cómo no, vividores, descerebrados y frívolos. Cainitas, endemoniados, pérfidos y bondadosos, angelicales, leales. Escandalosos y prudentes. Fanfarrones y humildes.

En su perchero descansaba su uniforme de trabajo: unas medias negras, unos calcetines altos de lana que se ponía encima de las medias, las dos faldas que la protegían del frío así como sus enaguas, su camiseta y su blusa, su jersey, su rebeca gruesa de lana gorda, que siempre llevaba encima de todo excepto de su bata cuando estaba por casa y su gran mandilón a cuadros grises y negros, única prenda ésta, que no vestía de color negro, pues desde la muerte de su difunto marido no había vuelto a vestir de otro color que el negro, pues para ella lo fue todo y se lo merecía todo hasta después de su muerte, por muchos años y años que transcurriesen de aquello.

No conocía el rencor ni el odio, a lo sumo alguna elevación de cólera por su visceral carácter pero nada más, su ser estaba por encima de dichas miserias terrenales.

Pensaba en la próxima primavera, que de aquí a un par de meses volvería chiflada y loca, embriagadora, asesinando y arrasando con la muerte por bandera, con su séquito de enfermedades, virus, tributos de vida, depresiones, alergias, pólenes malignos, ansiedades, epidemias, trastornos, afecciones, asma, desmayos, achaques y malestares, adulterando todo. Pero a la abuela le daba igual, ella lo superaba porque sabía que esa mortal primavera formaba parte de la vida, era un componente más, una esencia más para conformar plenamente su exquisito sabor.

Lo sabía y por eso conciliaba el sueño tranquila y serena. Sabía que hay algo tan inevitable como la muerte: La vida.

Fin

Santoral

San Alfonso de Rojas.....	1 de Agosto
San Amós.....	31 de Marzo
Santa Ana.....	26 de Julio
San Anastasio.....	23 de Junio
San Andrés.....	30 de Noviembre
San Antonio Abad (San Antón).....	17 de Enero
San Antonio de Padua.....	13 de Junio
Ntra. Sra. De la Asunción. (Virgen de la Paloma).....	15 de Agosto
San Bartolomé.....	24 de Agosto
San Benedicto.....	12 de Febrero
San Benito.....(Patrón de Europa).....	11 de Julio
San Blas.....	3 de Febrero
Ntra. Sra. Del Carmen.....	16 de Julio
Santa Clara.....	11 de Agosto
San Cosme y San Damián.....	26 de Septiembre
Ntra. Sra. De las Candelas (La Candelaria).....	2 de Febrero
San Esteban.....	26 de Diciembre
Santa Eulalia.....	10 de Diciembre
Ntra. Sra. De Fátima.....	13 de Mayo
San Francisco de Asís.....	4 de Octubre
San Fernando.....	30 de Mayo
San Gabriel Arcángel.....	29 de Septiembre
San Miguel Arcángel.....	29 de Septiembre
San Rafael Arcángel.....	29 de Septiembre
Santa Helena.....	18 de Agosto
Ntra. Sra. De la Inmaculada Concepción.....	8 de Diciembre
Santa Inocencia.....	1 de Febrero
San Isidro.....	15 de Mayo
San José.....	19 de Marzo
San Juan Bautista.....	24 de Junio
San Juan Bosco.....	31 de Enero
San Justino Mártir.....	1 de Junio
San Lorenzo.....	10 de Agosto
San Lucas.....	13 de Octubre
Santa Lucía.....	13 de Diciembre
San Luciano.....	24 de Diciembre
San Marcelino.....	2 de Junio
San Martín.....	11 de Noviembre
San Mateo.....	21 de Septiembre
Ntra. Sra. De la Medalla Milagrosa.....(La Milagrosa).....	27 de Noviembre
Natividad del Señor.....	25 de Diciembre

San Nemesio.....	20 de Febrero
San Nicodemo.....	12 de Marzo
San Pedro y San Pablo.....	29 de Junio
Ntra. Sra. Del Pilar.....	12 de Octubre
San Roque.....	16 de Agosto
Santiago Apóstol y Santo.....	25 de Julio
San Silvestre.....	31 de Diciembre
Todos los Santos.....	1 de Noviembre
Fieles difuntos y almas Benditas del Purgatorio.....	2 de Noviembre
San Timoteo.....	26 de enero de 2021
San Valentín.....	14 de Febrero

*** El santoral cristiano católico cuenta con muchísimos más canonizados, aquí simplemente aparecen los que tienen relación con el refranero climatológico ó agropecuario utilizado. ***

Índice

Enero.....	pag. 5
Febrero.....	pag. 25
Marzo.....	pag. 52
Abril.....	pag. 65
Mayo.....	pag. 83
Junio.....	pag. 106
Julio.....	pag. 119
Agosto.....	pag. 138
Septiembre.....	pag. 150
Octubre.....	pag. 164
Noviembre.....	pag. 176
Diciembre.....	pag. 190
Enero.....	pag. 201
Santoral.....	pag. 208
Índice.....	

*Este relato fue terminado de escribir el
Uno de Marzo de Mil Novecientos Noventa y Uno
Por
Juan Luis Ruiz de Dyezma
Con
Veintiuna vueltas al Sol.*

y terminado de transcribir y corregir el domingo tres de enero de 2021